











# FAMILIA ALAIN

La familia Alain = 360. pgs

Mortensial = 105 pgs

Andres = 49 pgs

VALLADOLID



# LA FAMILIA ALAIN,

POR

ALFONSO KARR.



JOSÉ VAZQUEZ-YLLA  
SABATER  
VALLADOLID

VALLADOLID:

Imp. y Librería Nacional y Extranjera de Hijos de Rodriguez,  
Libreros de la Universidad y del Instituto.

---

1881.



---

# LA FAMILIA ALAIN.

---

## CAPÍTULO PRIMERO.

---

El Dive es un pequeño río que serpentea á través del fértil valle de Auge y vá á desembocar en la mar. Algunas cabañas de pescadores y herbajeros han llegado á formar un pueblecillo que ha tomado el nombre de aquel río. Los hombres son pescadores ó ganaderos, y las mujeres, las unas se ocupan en la industria de sus maridos, y el mayor número de ellas en hacer blonda. Todo el valle se compone de pastos limitados por arroyuelos que alimenta el Dive, el cual, despues de pasar por debajo del puerto de madera de Cabour, lugarejo de unas diez casas, se desliza por entre el pueblecillo de Dive y un enorme banco de arena que lo separa del mar en el que vá á desembocar mas arriba de Beuzeval.

Beuzeval viene á ser la reunion, en los libros del catastro, de quintas aisladas sobre una alti-planicie elevada sobre el nivel de la mar, y de molinos de agua movidos por un riachuelo que se llama simplemente rio (y que lo es á creer la definicion de los geógrafos) de uno ó dos pies de profundidad, de un agua clara y cristalina, y sobre el cual de trecho en trecho han echado un viejo sáuce que, apoyado en ambas orillas, forma un puente suficiente.

Un domingo, en una mañana de Agosto, subia la marea y henchia el Divo que, en baja marea, no es, como hemos dicho, mas que un riachuelo. Cerca de este, se hallaba reunido gran número de personas en una parte de la ribera en que están situadas dos ó tres tabernas con esta muestra: *Sidra por jarros.*

Acababa de concluirse la misa, y los habitantes de Cabour, que no tienen iglesia, y una gran parte de los de Beuzeval, que se hallan mas distantes de la suya que de la de Dive, habian bajado despues de la misa hasta la orilla del rio y de la mar para asistir á una ceremonia que iba á celebrarse. Algunos hombres escanciaban su sidra; algunas muchachas muy endomingadas se paseaban en grupos de tres ó cuatro chachareando y riendo alto para llamar la atencion de los mozos, á quienes aparentaban evitar, mientras que estos, divididos tambien en grupos, hablaban de la mar, de la pesca y del tiempo, sin perder de vista á las muchachas. Entre los que estaban sentados delante de la taberna era imposible no notar dos hombres de edad avanzada, pero vigorosos aun, que, repartiéndose fraternalmente un jarro de sidra, cambiaban algunas palabras que salian de sus lábios entre espesas bocanadas de humo de tabaco.

Uno de estos era el único de los concurrentes que no estaba endomingado; llevaba en la cabeza un gorro de lana encarnado; una almilla de lana con rayas blancas y encarnadas que no dejaban ver mas que sus



mangas, porque encima llevaba abotonado un chaleco de paño burdo azul oscuro; un pantalon de paño azul cubierto en la parte superior por una especie de zaga-lejo de lona, y en la parte inferior por unas botas que subian hasta la mitad del muslo. Su cara era de un color cobrizo, igualmente que su cuello, que la ausencia del corbatin dejaba descubierto. En realidad se llamaba Tranquilo Alain, pero algunos actos de audacia en la pesca le habian valido en su juventud el apellido de Arriesgado, que poco á poco habia llegado á ser su nombre y el único con que era conocido por los jóvenes de la feligresía.

El otro que estaba con Tranquilo Alain parecia casi un señor; llevaba un sombrero, una larguísima levita de un azul caído, un pantalon de falso nankin de un amarillo mas subido que el del nankin verdadero, zapatos con puntas redondas, y sobre su vientre un ancho cordon de reloj verde y encarnado terminado por un abultado sello y una llave de cornolina. Llamabase Eloy Alain, y era primo de Tranquilo. Era molinero del mejor molino de Beuzeval, del que está mas cerca de la mar; era rico, y no le disgustaba que le hablasen de su dinero. Como hacen casi todos los molineros, acaparaba un poco de trigo y formaba una especie de pequeño banco un tanto usurero; habia especulado mucho sobre la mania de los paisanos de hacerse propietarios comprando cuadros de terreno que producen un dos por ciento, y por los que tienen que pagar un rédito de cinco por ciento cuando el vendedor les concede un plazo, ó de ocho y nueve cuando tienen que tomar prestado para pagar la compra. Tambien habia sido un poco de contrabandista en su juventud; pero entónces el oficio no valia ya nada, y solo pensaba en él para recordar un ódio violento que conservaba en su corazon y que habia nacido de un negocio de esa naturaleza. Habia prestado dinero á su primo Tranquilo para construir una nueva lancha que debia bau-

tizarse aquella mañana, y aguardaban, bebiendo y fumando, á que el señor cura, que despues de la misa habia ido á comer, bajase á la playa con su clero.

La lancha nueva estaba en la playa, con su arboladura y velámen, y con un enorme ramillete en la punta del mástil. Pelagia Alain, mujer de Tranquilo, no disimulaba su gozo; tenia á su lado al padrino y la madrina, un lindo chico y una hermosa muchacha vestidos con sus trajes de fiesta, y á quienes tenia mucho trabajo en impedir que fuesen á jugar, cosa que necesariamente hubiera tardado poco en destruir el efecto de los esmeros con que los ataviara. El muchacho, llamado Onésimo, era hijo suyo, igualmente que otra chica, la rubia Berenice, que solo asistia á la fiesta como espectadora. La madrina era una muchachita criada por Pelagia y por consiguiente hermana de leche de Berenice. Su madre habia muerto hacia tiempo, y su padre, que era soldado, la habia dejado en casa de los Alain, con quienes habia sido criado él mismo, y hacia cuatro años que habia muerto en el campo de batalla siendo comandante de batallon y condecorado, y dejando á su hija doscientos cincuenta francos de pension. Tranquilo Alain y su mujer no la distinguian de sus hijos, y estos y aquella se trataban como hermanos. La madrina se llamaba Pulqueria, nombre que se pronuncia en las aldeas normandas *cherie* (querida).

Tal vez habrá señoras que estrañen el aire pretencioso de la mayor parte de estos nombres; pero puedo asegurar que no soy su inventor, y que son muy comunes en Normandia. No hay un pueblecillo en que no se hallen Berenices, Artemisas y Cleopatras. De donde han tomado los habitantes originariamente estos nombres lo ignoro; tal vez algunas señoras de castillos los habrán dado en otro tiempo tomándolos de algunas novelas de Mlle. de Scuderi, y se habrán conservado tradicionalmente en el pais.

El jarro de sidra de Tranquilo y Eloy estaba vacío.

Eloy tomó su baston que habia puesto en el suelo (este baston tenia una cachiporra en una punta y un cordon de cuero en la otra) y golpeó la mesa gritando:

—¡Mozo, un jarro!

El dueño de la taberna, que era al propio tiempo su mozo, vino á recoger el jarro vacío y lo volvió á traer lleno; luego se quedó aguardando, segun costumbre, á que los consumidores le pagasen de antemano.

Eloy sacó de un bolsillo de su pantalon un puñado de napoleones, trató de buscar entre estos una moneda mas menuda, y como no la hallase, volvió el dinero á su bolsillo, y examinó el del otro lado del mismo modo.

—Aguarda, dijo Tranquilo, tengo yo dinero.

—Tú has pagado ya el otro jarro.

—Es igual, puesto que tú no tienes dinero suelto.

Eloy se dejó vencer sin mas resistencia, como si hubiese aguardado aquella oferta; volvió á su segundo bolsillo el dinero que de él habia sacado, y acercándose una vejiga de albatros en que el Arriesgado metia su tabaco, llenó de nuevo su pipa. El Arriesgado hizo lo mismo con su propio tabaco, sacó un poco de yesca de su chaleco, echó lumbres con su navaja y un guijarro cascado que cogió del suelo, y encendió su pipa ennegrecida con el uso, cuyo tubo tenia apenas algunas líneas de largo, y se acomodaba en un hueco que habia formado entre dos dientes, como un remo en un tolete.

—¿Cómo es, Tranquilo, que no veo á tu hijo mayor? dijo el molinero.

—¿Cesáreo? ¡Oh! se ha ido á poner majo; no quiere estar como yo con un vestido de pesca.

—¿Segun eso, tú pescas los domingos?

—Mi familia come los domingos? como en los demás días.

—La iglesia manda no trabajar los domingos, y solo tú no cumples con ese mandamiento.

—Para ti es muy cómodo, porque el trigo lo mismo crece el domingo que los demás días, y también crece por la noche mientras tú duermes. Además, el que trabaja ora. ¿No se me había de permitir ganar el pan de mis hijos, cuando se permite beber y emborracharse los domingos? ¡Déjate de tonterías! Yo soy un ignorante, no sé leer, pero tengo una sana razón que me dice lo que es bueno y lo que es malo. ¿Por qué no se habría de trabajar los domingos?

—Porque eso impide oír misa.

—No del todo. Cesáreo y yo hemos salido esta noche para levantar nuestras cañas y cuerdas, y cuando comenzó á despuntar el día nos hemos puesto de rodillas y hemos rogado un ratito á Dios para que bendijese nuestra pesca y nuestro trabajo, y ha escuchado nuestra oración, pues teníamos peces en todos los anzuelos.

—Y también ha dicho hoy el cura, añadió Eloy, que Dios había descansado el séptimo día.

—Respeto mucho al señor cura; pero cuando está en el púlpito habla él solo, y nadie le responde. Si Dios descansó el séptimo día fué porque había concluido su labor y no tenía ya nada que hacer. También ha descansado el octavo, es decir, el lunes, y el nono y todos los siguientes. Según eso ¿debemos no trabajar mañana ni nunca? Mira, Eloy, tú me has prestado cien escudos para hacer esa lancha nueva; pues bien; tienes más seguridad de que se te paguen los ciento veinte escudos que deben pagársete después de esta estación, trabajando los domingos... Calla, aquí viene Cesáreo.

—¿Estás contento con él?

—Sí, se porta bien; es manso como un corderito y no tiene voluntad propia; pero quien será un fino pes-

cador es el pequeño Onésimo, el padrino de la lancha. Ese chico no vive sino en el mar, ¡y aun no tiene mas que once años! Mientras es tan jóven, no quiero llevarlo á las mareas de noche... y bien, siempre que salgo se enfada porque lo dejo en casa. La otra noche, hace dos dias, le creia dormido, salgo con Cesáreo á la una de la noche... ¿y bien? Onésimo se habia escabullido, y lo hallamos oculto bajo la escotilla de la lancha. ¡Cuando tiene una caña ó un carrete está mas ufano que un rey! Ese chico será con el tiempo el enemigo de los peces.. Pero tocan en la iglesia; es el cura que sale. ¡Ah! ahí vienen el señor del palacio y su mujer.

—¿Mr. Malais?

—Mr. Malais de Beuzeval.

—De Beuzeval lo mismo que yo, replicó el molinero con impaciencia; su abuelo era ganadero como el mio, su padre fué usurero, mientras que el mio era un hombre honrado. Desde entonces fué cuando su familia se elevó sobre la nuestra; y ha comprado ó mas bien robado el palacio de Beuzeval. No digo nada del tio de ese, que era aduanero. . ¡en el infierno está su alma! No digo nada, porque tendria mucho que decir. ¿Y ese Malais? No parece sino que desprecia hasta la misma tierra... no es digna de que él la pise ¡Y qué! tambien yo tengo dinero... tambien me llegara quizás la vez de no reconocerlos... tengo hecho un juramento contra esa familia...

Seguia tocando la campana de la iglesia, y comenzaron á oirse los cantos del cura, de los clérigos y los niños de coro, uno de los cuales traia la cruz, y el otro sal, trigo y agua bendita. Los pescadores que rodeaban la lancha, elogiando ó criticando su bordaje ó su quilla, y profetizando que bogaria mejor á la vela ó al remo, se descubrieron y se separaron para dejar paso al cura, al padrino y á la madrina. Pelagia Alain habia colocado un Cristo de boj en la popa de la lancha,

sitio de honor: todo el mundo se santiguó, y el cura comenzó á decir en latin:

—Señor, vos domais el orgullo de la mar y calmais el furor de las olas.

Y los clérigos respondian:

—Yo cantaré eternamente las misericordias del Señor.

El cura leyó entonces el Evangelio.

—En aquel tiempo entrando Jesus en una barca, le siguieron sus discipulos, y hé ahí que se levanta en la mar una gran borrasca, de suerte que la barca estaba cubierta de olas; entre tanto Jesus dormia, acercáronse á él sus discipulos y le despertaron diciendo: «¡Señor, salvadnos, vamos á perecer!» Jesus les dijo: «¿Por qué temeis, hombres de poca fé?» Y al mismo tiempo, levantándose, mandó á los vientos y á la mar, y sucedió una gran calma. Los que se hallaban presentes estaban asombrados, y decian: «¿Quién es este á quien obedecen los vientos y la mar?»

Luego el cura continuó cantando:

—Señor, vos domais el orgullo de la mar y calmais el furor de las olas.

Y los clérigos y niños de coro respondieron:

—Yo cantaré eternamente la misericordia del Señor.

El cura dió entonces una vuelta alrededor de la lancha echando en ella sal y trigo, y diciendo:

—Nuestro socorro está en el nombre del Señor.

LOS CLÉRIGOS. Que ha hecho los cielos y la tierra.

EL CURA. ¡Bendito sea el nombre del Señor!

LOS CLÉRIGOS. ¡Ahora y por toda una eternidad!

EL CURA. Operad, Señor, lo que está representando por la sal y por el trigo; dadnos la sabiduria que previene la corrupcion y la iniquidad, y bendecid los trabajos de los que monten esta débil barquilla.

En seguida preguntó quiénes eran los padrinos, y á su segunda pregunta:

—¿Qué nombre dáis á la lancha?

Onésimo se embarazó y no pudo responder, pero Pulqueria, encarnada como una cereza, respondió:

—*La Gaviota*, señor cura.

El cura hisopeó la lancha con agua bendita y se puso en camino para la iglesia. Pulqueria le puso en las manos un gran cartucho de confites entre los que había ocultado un escudo. Onésimo dió grajeas y una monedita á los clérigos y á los niños de coro. Y el clero de Dive volvió á la iglesia cantando:

—Elevábase el agua por encima de mi cabeza y he dicho: «¡Soy perdido! ¡He invocado, Señor, vuestro nombre, y he sido salvado!»

«Mi socorro viene del Señor que ha hecho los cielos y la tierra.»

Todos los presentes volvieron á santiguarse, y luego cambió la escena.

Pelagia tenía grajeas en los bolsillos de su delantal; dió de ellas á sus comadres, y los dos chicos, Pulqueria y Onésimo, las arrojaron á puñados y lo más lejos que pudieron sobre los guijarros, arena redonda de la mar de la que cada grano es del tamaño de un huevo, así como las gaviotas, que son las golondrinas del Océano, son del tamaño de un águila.

Los muchachos corrian tras las grajeas, arrojándose sobre los guijarros en donde caían, se atropellaban y rodaban unos por encima de otros para cogerlas.

Entonces Pelagia volvió á casa para preparar la *calderada*.

Durante la pesca, se hace ordinariamente en casa del patron de cada lancha una calderada el sábado por la noche, despues de haberse repartido el dinero de la pesca de la semana; pero ese dia, para celebrar el bautismo de la nueva lancha, Pelagia había convidado á algunos amigos y á los marineros de Tranquilo.

Además de una lanchita que era suya, y á la que la recién bautizada debía reemplazar, el Arriesgado

mandaba un lanchon que pertenecia á Mr. Malais de Beuzeval, y que salia á la mar cuando esta estaba mas peligrosa y la pesca mas lejana (el invierno para la pesca del arenque y el verano para los maquereles.) Este lanchon era montado por cinco hombres y un grumete. Se dividia la pesca en cierto número de partes, y dos de estas pertenecian al dueño de la lancha.

Onésimo habia desempeñado por la primera vez las funciones de grumete á bordo de la lancha al principio del verano, durante la pesca de los maquereles. En los intervalos de esas pescas, la pequeña lancha servia para pescar á la caña y tender por la noche largas cuerdas armadas de anzuelos, y tambien para llevar especies de nasas para coger cabrajos y otros mariscos, de que abundan las costas arenosas del Dive.

Para esas pescas, aunque Onésimo estaba inscrito en el rol de su padre como grumete, solo hubiera servido de embarazo en la lanchita, y por lo mismo lo dejaban en tierra con las dos chicas y con gran pesar suyo.

Berenice principiaba á hacer blonda; pero á Pulqueria, sobrina de Mr. Malais, que no se ocupaba mucho de ella, no habian osado hacerla aprender un oficio.

Onésimo iba á la escuela cada segundo dia: estas intermitencias son debidas á un uso inveterado por muchos paisanos de Normandía, en donde pagándose al maestro una peseta ó dos mensuales por cada escolar, muchos padres envian dos hijos alternativamente y no pagan mas que por uno, pues en resumidas cuentas no tienen nunca mas que un hijo en la escuela.

Hacia dos años que duraba ese manejo; Berenice apenas sabia deletrear y Onésimo no habia hecho notables progresos mas que en el arte de meter papelitos en el abdómen de las moscas, las cuales, volando por



la escuela con esa cola postiza, llenaban de regocijo á los niños.

Estos estudios estremadamente primarios de Onésimo estaban casi suprimidos desde hacia un año, que habia empezado á salir al mar. Además, Pulqueria, que no hacia ni tenia nada que hacer, se hallaba sola cuando Berenice estaba en la escuela un dia, y el siguiente trabajaba en la blonda; y por consiguiente hacia cuanto le era dable por seducir á Onésimo, sin el que no se hubiera atrevido á ir á correr por los campos ó hacer bogar barquichuelos á orillas de la mar.

A eso de las cinco se reunieron todos los convidados en casa de Tranquilo. Las mujeres fueron con sus hijos, unas con dos, otras con cuatro, y algunas mas. La comida se componia de una sopa, de carne asada y pescado, y de sidra por bebida. Todos los niños comieron juntos sobre un banco erigido en mesa; pero su charla no tardó en incomodar á los pescadores, y las madres los llevaron á casa.

Berenice quedó con la suya para ayudarla; Pulqueria y Onésimo desaparecieron con los otros chicos, y nadie se ocupó de ellos.

Entonces los pescadores se pusieron á platicar sabrosamente; vaciábanse y se volvian á llenar los jarros de sidra; hablaron de la nueva lancha, luego de la pesca.

—¿Tendremos arenques este año? El pasado no hemos tenido muchos.

—El arenque, dijo un marinero que habia servido en la marina imperial, ha dejado nuestras costas desde la marcha del emperador.

—Creo que no estábamos bastante al Norte, dijo otro.

—Me iré á través de Dieppe.

—Este año tengo buenas esperanzas.

Las cabezas se iban acalorando, la sidra derramaba

la alegría y la confianza; las mujeres volvieron despues de haber acostado á sus hijos mas pequeños y dejádoles al cuidado de los mayores, y entonces se cantó. El marino de la guardia entonó la famosa cancion:

Me dice el recaudador  
Que me ha de embargar mi cama:  
Yo, que duermo sobre paja,  
Me rio de ese señor.

Y todo el mundo cantó en coro el refran:

Prefiero menos dinero,  
Cantar, bailar y reir,  
Visitar al tabernero,  
Y divertido vivir.  
Prefiero menos dinero  
Y vivir mas placentero.

La funcion terminó con un cántico que se entona en casi todas las ceremonias que interesan á los pescadores, y se dirige á la Virgen María, á la que tienen especial devocion los marineros:

¡Escuchadnos, Virgen Santa!  
¡Oh, digna madre de Dios!  
Pues toda nuestra esperanza  
La tenemos puesta en vos.  
Santa Virgen de la Guarda,  
No nos dejes de amparar;  
Y sed nuestra salvaguarda  
En todo tiempo y lugar.  
Sostened mástiles, vergas,  
Con vuestro brazo potente.  
Fortificad nuestras cuerdas,  
los cables y los obenques.

\* \* \* \* \*

Nuestra salud conservad,  
La vida y la libertad.  
Sed nuestra áncora maestra,  
Si llega á faltar la nuestra.

Suplicad á vuestro hijo  
Bendiga nuestra barquilla,  
Y que cargada de pesca,  
La vuelva salva á la orilla.

Mientras se despachaba la *calderada* en casa de Tranquilo Alain, comian igualmente en la del señor Malais de Beuzeval. Eloy Alain no mentía diciendo que el abuelo del Sr. Malais había sido ganadero, pues había muerto en un viaje de una caída de un caballo despues de una comida algo prolongada, dejando sendos pesos á su hijo Aubry Malais, quien había renunciado al tráfico de su padre y se había dedicado á prestar dinero. Habíase casado con la hija de un traficante, la cual había montado la casa en un pié de lujo. Uno de sus hijos había sentado plaza de soldado, el otro se había casado, por disposición de su madre, y casi contra el consentimiento de su padre. Su madre le había dado una educación de *señor*, y le había hecho casarse con la hija de un traficante como ella, la cual, además del dinero contante, había traído al matrimonio maneras de señora. El otro hijo, el soldado, algunos años mas tarde se había casado, ó casi, pues se presentó un dia con una niña, para la cual pidió una nodriza. Pelagia Alain á la sazón acababa de dar á luz á Berenice, y se encargó de criar á las dos niñas al mismo tiempo. Augusto Malais volvió á marchar al cabo de algunos dias dejando dinero, y sin haber dicho acerca de la madre de la niña Pulqueria sino que la había perdido. No se volvió á hablar de él, y algunos años despues se supo, casi al mismo tiempo, que le habían nombrado comandante de ba-

tallon y oficial de la Legion de Honor, y que habia muerto.

Sus tios tenian mas que hacer que ocuparse de Pulqueria. Habian tenido tres hijos, dos de los cuales habian muerto casi al nacer, y solo habia sobrevivido el primero, que tenia tres años mas que Pulqueria, y estaba en una pensión de Paris, de donde habian decidido que saliese hecho un prodigio. La abuela Aubry Malais habia fallecido diciendo: No es agradable tener un suegro ganadero; y su hija Dorotea quiso borrar ese origen todo lo posible para ella, y enteramente para su hijo. El padre de su marido habia comprado el palacio de Beuzeval y sus dependencias, cuyo propietario estaba bastante atrasado; Aubry Malais habia hecho dudar de su solvencia propagando voces exageradas y alarmantes sobre su situacion, y pasó por un estravagante cuando le vieron recoger por todas partes los billetes contra el Sr. de Beuzeval, pero cuando se vió con una cantidad suficiente de estos, supo servirse de ellos de tal modo, que adquirió el palacio y sus tierras por la cuarta parte de su precio, suscitando mil disgustos y embrollos al poseedor.

Dorotea y su marido, mas lejanos ya del ganadero, habian agregado insensiblemente el nombre de Beuzeval al suyo de familia, preparando el camino á su hijo que debia llamarse simplemente el Sr. de Beuzeval, renunciando al nombre demasiado conocido de Malais. Por consiguiente, el Sr. de Beuzeval y su mujer Dorotea, eran unos advenedizos en toda la estension de la palabra, orgullosos con su fortuna, y que no desperdiciaban ninguna ocasion en que podian ostentarla á los ojos de los demás.

Cuando su hijo Octavio Malais de Beuzeval llegó á la edad de doce años, fué á hacer su primera comunión al *palacio* durante las vacaciones, que era la época en que comulgaban los muchos del país.

El Sr. Malais habia exigido del cura de Beuzeval,

quien habia tenido la debilidad de consentir en ello, que no diese la comunión á su hijo en compañía de los hijos de los paisanos y pescadores, y por consiguiente habia comulgado aparte la vispera de la comunión general, y luego se habia vuelto á Paris á continuar sus estudios.

La señora Malais decia á todo el mundo que su hijo aprendia el latin y el griego, que además de los maestros del colegio, tenia otros profesores particulares, que estudiaba mucho, etc.

De súbito, el objeto de todas sus esperanzas cayó enfermo y murió.

El Sr. Malais y su esposa quedaron anonadados con aquel golpe terrible; su vanidad trató de buscar consuelo en un grande y costoso aparato dado á su dolor; mandaron traer de Paris el cuerpo de Octavio; hicieronle en Beuzeval unos funerales espléndidos; erigieronle en el cementerio una tumba, ó mas bien un mausoleo magnifico, pero á pesar de todo eso les habia quedado una profunda tristeza, y consideraban su vida sin objeto á qué encaminarse, sin esperanza que los halagara.

Un dia se le ocurrió á Dorotea el pensar en Pulqueria, y fué á verla á casa de Pelagia. Hallóla hermosa, pero horriblemente lugareña, y no volvió á verla por algun tiempo.

Otro dia que la encontró casualmente, la besó, y desde entonces hizo que se la llevasen á su casa algunas veces.

Pelagia, llevada de un buen instinto, creyó que la señora Malais recobraba algunos derechos sobre la niña, cobrándole alguna ternura, y cuando se trató de bautizar la lancha, fué á pedir á la señora Malais el permiso de que Pulqueria fuese madrina, á lo que no solamente accedió aquella, sino que regaló un vestido para la niña, y prometió asistir ella misma á la ceremonia.

Cuando los dos esposos volvieron á casa, sin espectadores de su lujo, al fin de una suntuosa comida hablaron del acontecimiento del día.

—¿Cómo hallas á la chiquita, Luis?

—Bastante bien; se parece mucho á mi difunto hermano.

—No tenia el mismo aire que las otras aldeanitas, aunque se ha criado con ellas; pero no tardará en echarse á perder su buen natural; pronto se hará comun y grosera como las personas con quienes vive.

—¡Seria una lástima!

—Pues hagamos por ella todo lo que debemos, querido Luis.

—En eso pensaba esta mañana, Dorotea; y tambien en lo que dirian de nosotros con ese motivo.

—Al cabo es nuestra sobrina, Luis.

—La hija de mi hermano, Dorotea.. Y deben hallar extraño que dejemos de ese modo á la hija de mi hermano.

—Lo único que queda de nuestra familia, puesto que Dios me ha llevado los tres hijos que me habia dado.

—Y lo mas sensible, á nuestro hijo Octavio, que prometia ser un hombre tan distinguido.

—Nuestra casa está bien triste desde que hemos perdido á nuestro querido hijo.

—Esa niña es nuestra heredera.

—Heredera única .. y lleva nuestro nombre. ¿Debemos dejarla que se haga completamente una lugareña?

—¡Para que no pueda casarse mas que con un ganadero!... Muy buen efecto haria ese matrimonio.

—Pulqueria será hermosa y rica. Su padre era comandante de batallon y oficial de la Legion de Honor, y nadie podria hallar extraño que ella tuviese pretensiones elevadas.

—Sí, con una educación conveniente y con maneras más distinguidas.

—No debemos olvidar que es nuestra sangre, casi nuestra hija... mucho deben murmurar de esto... Quisiera saber si éramos de un mismo parecer... en alguna cosa, Dorotea...

—Creo que sí... ¿Pienzas traerla con nosotros?

—Creo que lo que debemos hacer por ella, por la memoria de mi hermano, y por nosotros mismos. Es nuestra única heredera, está huérfana, y nosotros no tenemos hijos. Eso consolará nuestra vejez, nos proporcionará alguna alianza distinguida, y este nombre que nos hace mucho perjuicio, en la opinión de las gentes, este maldito nombre de Malais que tanto trabajo nos cuesta disfrazar sin lograr que se olvide, desaparecerá bajo un hermoso nombre.

—Pulqueria no se casará sino con un noble; será condesa.

—¡Y tú serás la tía de una condesa! Hay que ir á buscarla mañana temprano. Creo que ese paso será aprobado generalmente.

—Será preciso mandar hacerle en seguida vestidos convenientes. Tengo aquí algunas telas, y además escribiremos mañana á Caen ó á Cisieux; le haremos vestidos como el mio que me hice á la moda de Paris cuando estuvimos allí hace doce años.

La *calderada* en casa del Arriescgado duró hasta bastante tarde. Concluida que fué se tomó café. El café del pescador normando consiste en cualquiera cosa como sea líquida y negra, pues el sabor no altera en nada la cosa. Hé aquí cómo se toma el café: se traga la mitad de la cosa llamada café, luego se llena la taza con tafia, aguardiente ó ginebra. Este último es alguna cosa que tiene el olor de la trementina, que se ha inventado para limpiar los muebles y se acabó por beberlo y en mucha abundancia. Esa primera mezcla se llama *gloria*. Vuelve á vaciarse la taza hasta el medio,

y la llenan otra vez de aguardiente de tafía ó ginebra, y se forma así la *gloria gris*. Se bebe casi toda la *gloria gris*, luego se llena la taza de aguardiente, y la vacian para hacer la operacion que llaman enjuagar la boca. A este enjuagatorio sucede otro que es seguido del *pousse-café*, y cuando este se ha bebido, dicen: «Echemos un trago de aguardiente,» y se echan muchos tragos, aunque es raro que los pescadores se emborrachen por eso.

No conozco mucho las costumbres de los otros marinos, pero lo que puedo afirmar es que no he oido nunca á ningun marinero cantar en una calderada una cancion grosera é indecente, y sí solo los cánticos, refranes guerreros, canciones alusivas al emperador ó á la mar.



---

## CAPÍTULO II.

---

Concluida la calderada todos se separaron. La marea exigia la salida una hora antes de amanecer, y Pelagia principiaba á inquietarse. Berenice dormia hacia largo tiempo; eran ya mas de las diez, y los otros dos chicos no estaban en casa. Tranquilo Alain y Cesáreo, á quienes ya no quedaban mas que tres horas para dormir, se acostaron, y pronto se rindieron al sueño. Pelagia se quedó aun aguardando un rato; hacia un viento bastante fresco, y viendo que no venian corrió á la playa á llamar á los chicos, luego fué á buscarlos á casa de los otros pescadores, pero todo fué en vano, pues nadie los habia visto; volvió á la orilla del mar y por último entró en casa. Cuando vió despuntar el día, hizo la sopa para Tranquilo y para su hijo mayor, á quienes despertó.

—Tranquilo, dijo, los chicos no han vuelto aun á casa.

—¡Cómo! ¿no han vuelto á casa en toda la noche?

—En toda la noche: he andado de puerta en puerta, y he ido á la playa á buscarlos, pero no los han visto en ninguna parte.

—En cuanto á la mar no me inquieta, pero el rio es fangoso.

Tranquilo y Cesáreo fueron á ver por las orillas: Pelagia despertó á Berenice, y las dos se pusieron en camino por diferentes lados. Al cabo de media hora volvieron á casa el marido y la mujer; esta llorando, aquel conmovido, pero disimulando su inquietud.

—Acaso habrán ido á Beuzeval, al palacio ó á casa de Eloy; los habrán acostado allí y volverán por el día. Onésimo ha de pasar á lo menos ocho marcas sin ir á la mar. Tenemos que darnos á la vela, porque todo el mundo está ya en marcha. ¿En dónde está Cesáreo?... Sin duda me está aguardando en la lancha. Adios, Pelagia: volveremos esta tarde cuando comience la marea á abatir por el Sud, y así que nos veas me harás seña si los chicos han vuelto... ó mas bien, llévalos contigo sobre la playa... Adios...

En aquel instante llegó Cesáreo sin aliento.

—¡Otra nueva ocurrencia tenemos!... ¡La lancha no está ya en la playa! ¡y no se la vé en el mar ni en ninguna parte!

Tranquilo se puso pálido.

—¿Onésimo se habria ido á pasear con la lancha? dijo. ¿A qué hora salieron ayer, Pelagia?

—No lo sé; han desaparecido durante la calderada.

—Entonces bajaba la marea: Cesáreo, vé á aparejar la lancha vieja, y no pierdas tiempo. Ya los encontraremos en la mar. Onésimo no habrá tenido fuerzas para volver... ya los encontraremos... No te atormentes, Pelagia, que no hay peligro; acaso los habrá encontrado ya alguna de nuestras lanchas que están en camino. Acababan de bendecir la lancha... no hay peligro.

Y diciendo esto, Tranquilo, contra su costumbre,

abrazaba á Pelagia; pero esta permanecía inmóvil y anonadada en su silla. Despues, cuando Tranquilo echó al agua la vieja lancha con ayuda de Cesáreo, dijo á su hijo:

—¡Onésimo y Pulqueria están perdidos! Esta noche ha soplado un viento fuerte, y habrá zozobrado la lancha, porque de otro modo ya habria sabido Onésimo volver al cambio de marea... á no ser que se hayan extraviado en la niebla... ¡están perdidos!

Echada al agua la lancha, el padre y el hijo fueron á tomar el viento al remo, luego izaron la vela, y no tardaron en sumirse entre la bruma matinal.

A eso de las diez de la mañana, madama Malais bajaba de Beuzeval á Dive acompañada de una doncella para llevarse á Pulqueria, á quien habian preparado ya un cuarto.

Las dos mujeres hallaron á Pelagia como la habian dejado su marido y su hijo, es decir, semejante á una mujer herida por un rayo, y la sacudieron gritándole:

—¿Qué es eso? ¿qué es lo que tiene usted, Pelagia? ¿Está usted enferma?

—¡Oh! ¡la mar! exclamó: ¡la cruel mar! ¡Se ha tragado á mi padre y mis tres hermanos!... ¡y se tragará á mi marido y á todos mis hijos!...

—Pero ¿qué tiene usted, Pelagia? ¿por qué está usted así? No hace mal tiempo, y su marido sale todos los dias á una mar mas espantosa.

—¡Ah, señora! dijo Pelagia llorando, ¡no volveremos á ver á Onésimo ni á Pulqueria!

—¿Ni á Pulqueria, dice usted? ¿En dónde está Pulqueria?

—¡Solo Dios lo sabe, señora!... ha desaparecido ayer con Onésimo... ¡He andado toda la noche buscándolos!... Se han ido con la lancha que se bautizó ayer...

—¿Y han ido á buscarlos?

—Han ido Tranquilo y Cesáreo... pero esta noche ha soplado viento Norte, ¡y mis pobres hijos han perecido!

—¿Cómo no ha vigilado usted mas una niña que le habian confiado?

Al oír esta reconvencion, Pelagia recobró su energía, se levantó y dijo:

—Señora, no se puede exigir de una mujer que tenga mas cuidado de ningun niño que de los suyos propios. No me ha ocurrido muchas veces el pensar que esa pobre niña no era mia como las otras; además, nadie me ha disputado el cuidar de ella, y si alguna desgracia ha ocurrido, á mi es, y no á ninguna otra, á quien ocurre. Tranquilo me decía al salir que acaso los chicos habrian estado en el palacio hasta algo tarde, y que se habrian quedado allí. He ido esta noche por todas partes; pero supuesto que la lancha no está en la playa... es de creer que se han ido con ella.

—¿Vendrá temprano Tranquilo?

—Con la marea; no puede volver antes, á no ser que cambie el viento, y este tiene traza de ser de tierra.

—Pero ¿qué se puede hacer?

—Nada, señora, sino llorar, esperar y rogar á Dios y á la Santísima Virgen; toda mi esperanza está en esa lancha tan recientemente bautizada, y que jamás ha sido montada por nadie mas que por esas dos inocentes criaturas. Si la mar no la respeta, ¿quién la respetará? Voy á ver al señor cura para que diga algunas oraciones.

Y diciendo esto, Pelagia se fué á ver al cura. Madama Malais tuvo que volver á Beuzeval, en donde contó lo que habia ocurrido á Pulqueria, y mandaron muchas veces los criados á informarse si habian vuelto los pescadores, y si habia noticias de los chicos.

Los dos esposos se hicieron reproches por no haber

recogido antes á Pulqueria; luego, gracias á los medios que se hallan siempre de acallar la conciencia, acabaron por quedar acordados en que todas las faltas estaban de parte de Tranquilo y Pelagia, y deploraron entonces la pérdida de una niña á quien tanto amaban, aunque hasta allí jamás se habían acordado de ella, el aislamiento de su vejez, la esperanza perdida de una alianza con alguna gran familia, su fortuna que debía recaer en parientes lejanos, en unos Malais ganaderos, ú otra cosa peor, y Mr. Malais fué de parecer que no podría decirse nada sobre esto que les fuese desfavorable.

El criado enviado á Dive volvió á anunciar que se avistaban á lo lejos las lanchas, pero que solo las distinguían las mujeres y los hijos de los pescadores, cuya vista estaba mas ejercitada. En su virtud, Mr. Malais y su esposa salieron de casa y bajaron á Dive por un camino bastante escarpado, cubierto de hipofaes, de hojas estrechas y grises, y parecidos á olivos marchitos.

Cuando llegaron á la playa se veían ya con mas claridad las lanchas. Todas las mujeres é hijos estaban reunidos á orillas del rio; la mar estaba sosegada como sucede en baja ó pleamar cuando empieza á bajar ó subir, y los que allí se hallaban deducían del viento y del estado de la mar consecuencias que no eran muy claras sino para los marinos. Pelagia tenía la vista fija sobre el horizonte, al que interrogaba con ansiedad.

—El viento se ha abatido un poco, decía una mujer: los que han ido por el Este no podrán volver antes de la marea.

—¡Abi vienen las lanchas del Arriesgado!

—No: las dos primeras son de Samuel Aubry y Pacomio Glam.

—¿Y la tercera?

—¡La tercera!... ¿No es la lancha de Plácido?

—Me parece que sí.

Mr. Malais se acercó á Pelagia y la dijo:

—¿No vé usted nada, Pelagia?

—Sr. Malais, respondió Pelagia, aun no están á la vista; he estado orando todo el dia, y no siento angustias en mi corazon; tengo esperanzas.

En aquel momento entraba en el rio la lancha de Pacomio Glam; Pelagia quiso hacerle una pregunta, pero le faltaron las fuerzas.

Otra mujer gritó:

—¡Ohé, Pacomio! ¿has encontrado la familia de Pelagia?

—No, no la hemos visto; deben estar por el Este.

—¿Traes pesca?

—Bastante.

Y la familia de Pacomio Glam se fué á la orilla del rio para ayudar á la tripulacion á desembarcar su pesca, las cañas, las cuerdas y demás aparejos.

—¡Ohé, Samuel! gritó la mujer de Samuel Aubry, ¿has visto la familia de Pelagia?

—No.

—¿Traes mucha pesca?

—Ni mucha ni poca.

—¡Aun otro dia de mala pesca! exclamó la familia Aubry.

—¡Ohé, Plácido! ¿has encontrado la familia de Pelagia?

—Los he visto á lo lejos, dando bordadas en el Este. No han venido á recoger sus cuerdas que estaban cerca de las nuestras.

—¿Traes pesca?

—Un poco.

Y entraron ocho lanchas en el rio, en cuya orilla se amarraron despues de haber arriado y cargado las velas, sin que nadie diese noticias mas positivas del *Arriesgado* y de Cesáreo, sino que los habian visto dando bordadas en el Este, sin que supiesen el motivo.

Pacomio, desembarazado de su pesca y sus cuerdas, se acercó á Pelagia que permanecía inmóvil con la vista clavada en el horizonte.

—Dime, Pelagia, ¿sabes por qué tu familia no ha ido á recoger sus cuerdas?

—¿Para cuerdas estaba! dijo Pelagia. Onésimo salió ayer tarde con la lancha nueva, llevándose consigo á Pulqueria, y no hemos vuelto á saber nada de ellos. Mi marido ha salido con Cesáreo en la lancha vieja á buscarlos... ¿No habeis visto nada en la mar?... ¿ni alguna lancha volcada?... añadió con perplejidad.

—No, pero ¿á qué hora supones que han salido?

—Mientras estábamos en la calderada.

—La marca ha debido llevarlos por el Este, y en esa direccion ha ido á buscarlos el Arriesgado: es hombre que lo entiende.

—¿Y podrá volver en esta marca? Me moriré de inquietud si paso la noche sin noticias de ellos.

—El viento vuelve al Norte, y vá á pasar al Nordeste: si refrescase un poco, tus gentes podrian regolfar la marea, que principia a serles contraria. Mar adentro debe correr Nordeste.

—¡Mira, mira, Pacomio! exclamó Pelagia agarrando el brazo de aquel con un movimiento convulsivo. ¡Mira, hácia el Norte hay una vela con viento en popa!

—Tienes la vista tan perspicaz como el olfato de un podenco. ¡A fé mia, que es verdad! ¡no la habia visto!

Pelagia comenzó á temblar.

—¿No se vé mas que una?

—No, no veo mas que una.

—¿Entonces... no han hallado á los chicos!

—Puede que traigan otra lancha á remolque.

—¡Oh, no!... ¡Si los hubiesen hallado estaria Cesáreo en una de las lanchas, y ambas vendrian á la vela!

En este momento comenzaba á oscurecer, y todos los que allí se hallaban procuraron distinguir la lancha que evitentemente trataba de volver á Dive protegida por el viento, aunque rechazada por la marea. Algunas mujeres y los marineros que habian entrado en el rio y se habian reunido en su embocadura, en lugar de ir á cambiar sus vestidos mojados hablaban en voz baja para que no los oyese Pelagia. El uno decia:

—¡Es singular... ese modo de bogar! ¡No tiene el aire de la lancha vieja!

—Si fuese la nueva, vendrian las dos juntas.

—Es verdad.

—¡Pobres gentes! ¡infelices chicos!

Mr. Malais y su esposa hacian algunas preguntas, pero apenas les respondian, pues estaban todos acostumbrados á considerar á Pulqueria, lo mismo que á Onésimo, como hija de Tranquilo y su mujer, y solo se ocupaban de su pesar.

Entre tanto, el dia iba desapareciendo, la marea adquiria fuerza, y aunque la lancha bogaba, ganaba muy poco camino, y llegó el momento en que mas bien se distinguia su marcha y su situacion por la espuma blanca que se formaba bajo la quilla que por lo que se descubria de la misma lancha, porque estaba confundida con la bruma y la noche.

Los pescadores seguian comunicándose sus observaciones.

—¡Está virando de bordo!

—¡Cómo! dijo el Sr. Malais, ¿se aleja la lancha?

—Va á volver. Si no tomase viento pasaria por delante del rio sin poder entrar.

En efecto, despues de haber dado una bordada viento al largo en direccion de Honfleur, volvió viento en popa, y entonces se vió que cortaba la marea.



No se tardó en oír el ruido de la agua que se rompía con fuerza á causa de la resistencia que oponía la marca.

Era ya de noche.

—Decididamente no es mas que una lancha.

Pelagia cayó de rodillas sobre la arena, con las manos convulsivamente cerradas y esclamando:

—¡Oh, Dios mio! ¡Virgen Santisima!

En aquel momento la lancha entraba á toda vela en el rio y pasaba rápidamente por delante del grupo reunido en la embocadura.

Tranquilo Alain, solo en la popa de la lancha, y con una mano en el timon, exclamó con fuerte voz al pasar:

—¡Salvados los dos!

Al oír esto, Pelagia sintió oprimirsele el corazon de gozo, y exclamó en medio de sollozos:

—¡Oh, Dios mio, gracias! ¡Piadosa Virgen Santisima, gracias!

Luego cayó sin movimiento en la playa. Uno de los pescadores la llevó á la taberna en que el día antes habian estado bebiendo Tranquilo y Eloy, y allí algunas mujeres ayudaron á Berenice á darle remedios y cuidarla.

El resto del grupo fué corriendo á ayudar al Arriesgado á desembarcar.

—Tomad primero a Pulqueria, dijo, está sin averías.

La señora Malais la tomó en sus brazos.

—Ahora tomad al marinero, añadió, tiene necesidad de una buena cama y de un vaso de sidra caliente. No morirá de esta, pero no se ha librado de mala.

Y puso en brazos de un pescador á Onésimo envuelto en su chaqueton y casi sin movimiento.

—¿En dónde está Cesáreo?

—Cesáreo queda en la mar, y yo voy á reunirme á él. Le he enviado á anclar sobre nuestras cuerdas antes de la noche, y voy á ayudarle á retirarias despues

que haya tomado un bocado, porque los pobres chicos se han comido una gran parte de nuestras provisiones y he dejado el resto á Cesáreo.

Pelagia habia vuelto en sí: corrió á arrancar á Pulqueria de los brazos de la señora Malais, la reunió con Onésimo en los suyos; luego, viendo el estado en que se hallaba el pobre hijo, volvió á dejar á Pulqueria en los brazos de la señora Malais.

—¡Háblame, querido hijo! comenzó á decir Pelagia. ¡Habla á tu madre, querido Onésimo! ¿Pero qué es lo que tiene, Tranquilo? ¿está herido?

—No, el pobre chico tiene frio. Cuando se ha visto á sotavento á pesar de sus esfuerzos, arrió la vela y echó el ancla, y pasó así al ancla toda la noche; pero habia envuelto á Pulqueria en su propia ropa y con la vela, para que estuviese bien abrigada. En cuanto á él, cuando abordé la lancha le creí muerto; estaba casi en cueros y sin conocimiento, y solo lo pude reanimar haciéndole tragar un poco de ginebra y frotándole por todas partes. Si llego una hora mas tarde le hallo muerto. Habia puesto su pañuelo en la punta del mástil y eso fué lo que me hizo descubrirlos... habian querido probar la lancha nueva.

Mientras así hablaban, se encaminaban á casa. Pelagia no habia querido dejar á nadie el cuidado de llevar á Onésimo, y así que llegó á casa lo entregó á su marido y se dejó caer en el suelo rendida de cansancio.

Acostaron á Onésimo en una cama, hiciéronle tragar un vaso de sidra caliente, pero no pudieron lograr que hablase una sola palabra.

Por último se quedó dormido, y humedecieron su frente algunas gotas de sudor.

—¡Está salvado! dijo el Arriesgado. Voy á aprovecharme del resto de la marea para reunirme á Cesáreo.

Dicho esto, encendió su pipa, estrechó la mano de

Pulqueria, y salió de casa. Algunos pescadores fueron á ayudarle á embarcarse, los demás volvieron á sus casas á descansar algunas horas, porque antes de la salida tenían que preparar los cebos de sus anzuelos para el día siguiente. Madama Malais abrazó á Pulqueria y le dijo:

—Hasta mañana, querida mia: yo vendré á verte mañana.

En seguida dió un beso á Onésimo que seguía durmiendo y se marchó para Beuzeval.

---

### CAPÍTULO III.

---

Al día siguiente fueron á buscar á Pulqueria. Pelagia lloró mucho al separarse de la niña, que por su parte derramó tambien abundantes lágrimas. Onésimo seguia en cama con calentura y un poco de delirio. Madama Malais prometió que Pulqueria iria algunas veces a ver á su nodriza, añadiendo que esta seria bien recibida en el palacio, igualmente que sus hijos, y que mandaria á saber de Onésimo, el cual, con su imprudencia, habia estado á punto de causar una grande desgracia; pero la habia reparado con un generoso afecto que habia podido costarle la vida.

—¿Qué dicen por ahí sobre habernos traído á Pulqueria? preguntó algunos dias despues Mr. Malais á su mujer.

—De lo que podrian mas bien murmurar seria de no haberla traído antes, respondió madama Malais.

—He recibido la respuesta del gran canciller de la Legion de Honor, añadió Mr. Malais. Me dice que el

objeto de mi peticion es debido de justicia, pues siendo Pulqueria hija de un oficial superior, miembro de la Legion de Honor, tiene un derecho indisputable á entrar en la pensión real de San Dionisio para educarla allí; pero me advierte que los reglamentos prescriben cierta edad; de siete á doce años, y Pulqueria debe tener como unos once. Además, creo que es preciso que las agraciadas sepan ya alguna cosa.

—Siento bastante separarme de esa pobre niña.

—Pero no podemos renunciar al honor de que sea educada en la real pensión de San Dionisio, porque esa educacion ha de producir grande efecto cuando tratemos de casarla. Me parece que seria bueno que el maestro de Dive viniese á darle aquí algunas lecciones despues de su escuela, porque no podrá menos de aprobarse el que la señorita Pulqueria de Malais, hija de un oficial superior, miembro de la Legion de Honor, sobrina y única heredera de Mr. Malais de Beuzeval, no vaya á la escuela con toda la garullada del pueblo. ¿Y qué dice la chica?

—La chica al principio ha quedado encantada de su hermoso cuarto, de sus ricos vestidos y de la excelente mesa; pero ahora quiere ver a Berenice, á Onésimo y á la buena mujer á quien se obstina en llamar mamá Alain. El chico Onésimo está aun enfermo, y he permitido á Pulqueria que vaya á visitarlo.

En efecto, Pulqueria fué á casa de Alain, y al entrar se arrojó á los brazos de Pelagia. Onésimo estaba ya levantado, pero muy débil aun y pálido. Berenice estaba haciendo blonda al lado de su hermano.

—¡Ah! ¡Aquí tenemos á Pulqueria! exclamó Berenice dejando la labor.

Al oír estas palabras, volvieron los colores á las mejillas de Onésimo.

—¡Y bien! ¿Estás mejor, Onésimo?

—Sí, Pulqueria. ¿Vienes para quedarte con nosotros? Desde que tú te has marchado, la casa está muy triste

y abandonada. ¿Te hallas acaso mejor en Beuzeval? Allí, primeramente estás muy lejos del mar; y luego, ¿con quién te diviertes?

—Yo no me divierto con nadie, porque, aunque hay en el jardín un grande estanque, nadie sabe aparejar barquichuelos para hacerlos bogar por él, y... me *fastidio* de no veros.

—¡Pues y nosotros! No cesamos de hablar de ti en todo el día. Esta mañana decia yo a Berenice: dime, ¿Pulqueria no se acuerda ya de nosotros? Berenice me decia que si.

—¡Qué hermoso vestido traes! dijo Berenice.

—Solo vengo á veros y á saber cómo va Onésimo, y tengo que marcharme pronto, porque mamá Dorotea ha dicho...

—¡Cómo! interrumpió Onésimo. ¿No tienes ya la misma mamá que nosotros?

—Tengo dos; mamá Pelagia y mamá Dorotea.

—Pero madama Malais no es tu madre, sino tu tia.

—Pero tampoco lo es mamá Pelagia.

—¡Está bueno! ¿Con que mamá Pelagia no es tu madre! ¿Entonces tampoco soy yo ya tu hermano, ni Berenice tu hermana?

—Madama Malais quiere que yo la llame mamá, y es muy buena para mí. No quieren que yo diga ya mamá Alain, pero lo digo lo mismo. Mirad, aquí os he traído cosas muy guapas.

Y les dió un cestillo lleno de pasteles y algunas golosinas.

—Dime, Onésimo; mamá Dorotea ha dicho que cuando estuvieses mejor, irías á pasar una semana con Berenice en el palacio.

—Iré con mucho gusto.

—¿Ha dicho eso en efecto? preguntó Pelagia.

—Sí, mamá Alain, lo ha dicho.

La criada que acompañaba á Pulqueria confirmó lo que esta decia.

—Pues bien, repuso Pelagia: se lo agradezco mucho, pues eso consolará un poco á estos pobres muchachos. Si madama Malais tiene á bien permitirlo, los llevaré allá el domingo.

—Ahora me voy á marchar, dijo Pulqueria.

—Aguarda un poco que yo te apareje un barquichuelo para echarlo en tu estanque. Mucho debe uno fastiarse no teniendo un barco.

—¡Ah, sí! pero no puedo aguardar, pues nos han dicho que volviésemos al instante.

—Pues bien, yo te lo llevaré el domingo. Voy á aparejar de nuevo mi mas hermoso barco.

—¿La fragata?

—No, el cutter, aquel que está allí encima del armario.

—¡Cuánto nos vamos á divertir el domingo!

—Y toda la semana.

—Adios, Berenice... adios, Onésimo... adios, mamá Alain. ¿Papá Alain está en la mar con Cesáreo?

—Sí, y no volverán hasta la noche. Adios, Pulqueria, ¡hasta el domingo!

—¡Hasta el domingo!

Llegó el domingo apetecido; Pelagia condujo los dos hijos al palacio de Beuzeval, y llevaba en un cesto un rodaballo que el Arriesgado habia cogido la noche antes.

Onésimo llevaba su cutter con todos los aparejos nuevos.

Cesáreo y su padre los acompañaron hasta la reja del palacio, y no se atrevieron á entrar, pero quedaron en que traeria Pelagia a Pulqueria hasta la puerta para que pudieran abrazarla.

Mr. Malais y su señora los recibieron con un aire de proteccion, pero con bastante afabilidad. Dijeron á Pelagia que se quedase á comer, pero esta rehusó diciendo:

—Tengo que volver para hacer la cocina á mi gente;

asi, solo suplicaré á usted, señora, que permita á Pulqueria se llegue hasta la reja, porque Tranquilo y Cesáreo se mueren de ganas de abrazarla.

Mr. Malais y su señora se consultaron con la vista, y Mr. Malais dijo:

—Vaya usted á decirles, buena mujer, que los invito á comer con usted y con los chicos.

—No se atreverán jamás á aceptar.

—Voy á decírselo yo mismo.

Cuando Mr. Malais llegó á la puerta, halló á Pulqueria en los brazos del Arriesgado y Cesáreo, pues al punto supo que estaban tan cerca de ella, habia corrido á verlos sin aguardar las reflexiones ni la respuesta de Mr. Malais.

Tambien se hallaba á la reja otro personaje, Mr. Eloy Alain, el molinero, el cual se habia encontrado con el Arriesgado y su hijo al pasar por allí, y los aguardaba para bajar con ellos á su molino y de allí á Dive.

Mr. Malais hizo su invitacion.

—¡Ah! sí: papá Alain, y tú, Cesáreo, venid, dijo Pulqueria tirando de ellos.

—Muchísimas gracias, Sr. Malais, por su atencion; pero no podemos quedarnos, porque tenemos aqui al primo Eloy á quien acabo de convidar á comer nuestro pucherito en Dive, y que está aguardando á Pelagia para volver todos juntos.

Mr. Malais no tenia mucho afecto al molinero, pero su debilidad respecto de la opinion pública de que siempre estaba preocupado, le hacia inquietarse bastante de la frialdad habitual que Eloy le manifestaba. Así aprovechó aquella ocasion para invitarle á comer con los otros; Eloy vaciló un momento; luego, viendo que si él rehusaba hacia perder una buena comida á su pariente, y que él mismo comeria mucho mejor en el palacio que en Dive, accedió con bastante agrado. Eloy Alain era mas embarazoso que los otros, porque



era rico; en el país le consideraban como una especie de señor; sus opiniones tenían grande influencia, y no habría desagradado á Mr. Malais estar en buena armonía con él.

Desgraciadamente la vanidad obstruía lo poco de buen sentido que la naturaleza había concedido á los señores de Beuzeval, quienes para obsequiar mas á sus convidados, y esperando dejarlos estupefactos de admiración, cubrieron la mesa con toda su plata.

Madama Malais puso su mejor vestido á la moda de la ciudad, que se había mandado hacer en Paris doce años antes, y conforme al cual había hecho cortar todos sus vestidos de aquella época, imaginándose que la moda de la ciudad era absolutamente como las de ciertas localidades. Así, una papalina á la moda del país de Caux no varia jamás, como tampoco una papalina á la moda de Carentan. Madama Malais se creía vestida á la moda de la ciudad con aquel vestido que se había hecho en tiempo del imperio, y que llevaba aun en el de la restauración, época en que pasa nuestra historia.

El molinero estaba lleno de envidia, y á esto se agregaban resentimientos añejos contra la familia Malais. Ante aquel lujo inusitado, le parecía que él no era quizás tan rico como se complacía en creer, y que no era igual á los Malais. Así, con la astucia de los paisanos normandos, no omitió medio alguno de mortificar á sus huéspedes, aparentando querer complacerlos; y para lograr su maligno objeto, le pareció muy oportuno hablar mucho de una familia de que los Malais no estaban muy orgullosos de descender.

—Había pertenecido á ella, dijo Eloy, vuestro abuelo Malais el ganadero, que era natural de Dive; tenía un hermoso jaeo, y preciso es decir que él era un famoso gineté. En una ocasión fué de Dive á Poitou á comprar bueyes, y anduvo ochenta leguas sin quitar

las bridas á su jaco. ¡Era un hombre de los que no hay! ¡Su jaco era tordo, un modelo de caballo!

Madama Malais tomó un aire de distraccion y su marido echó de beber; pero Eloy, viendo que habia dado en el blanco, continuó:

—No lo he conocido, pero todos los del pais se acuerdan de él. Cuando alguno quiere hablar de un buen ginete, de un hombre que trinca largo y es duro para el trabajo, no deja nunca de decir: «Es como Malais de Dive.» Si quiere uno manifestar que un hombre maneja bien sus negocios, dice tambien: «Ese perillan será como Malais de Dive; vá á dejar á sus hijos con qué vivir de manos blancas, y sus nietos tendrán un palacio.» Todos conocen á Malais el ganadero, hasta los chiquillos.

Madama Malais logró hacer variar de conversacion, hablando de pesca al Arriesgado, el cual cortó la palabra á su primo; pero esto no pudo durar largo tiempo, porque habiendo llegado el Arriesgado a hablar de los aduaneros que le habian cogido un barrilito de tafía que habia encontrado en la mar, volvió á tomar la palabra Eloy, y dijo:

—Escucha, Tranquilo, no hay que hablar de los aduaneros delante del Sr. Malais y su esposa, porque eso puede causarles pena, pues han tenido un tio aduanero que no era una gran cosa; era el propio hijo de Malais el ganadero. Verdad es que nadie es responsable de las faltas ajenas. Malais el aduanero era un pelete; pero eso no impide que Malais de Dive, el ganadero, fuese un hombre honrado y trabajador que ha dejado una buena fortuna á su familia; ni impide tampoco que el padre del Sr. Malais, que está presente, fuese un hombre que prestaba quizá un poco caro su dinero, pero que sin embargo no ha tenido nunca que ver con la justicia.

Mr. Malais se apresuró de nuevo á echar de beber y llenar el vaso del molinero, pero aquel vaso de vino

solo sirvió para aumentar la locuacidad de Eloy Alain, que habia bebido ya mucho, y le suministró una transición para continuar.

—¡Que se me vuelva veneno, dijo, este vaso de vino que bebo á la salud del señor y de la señora Malais, si he podido tragar á ningun aduanero desde entonces! ¿Necesito deciros que siendo yo jóven (usted era aun un niño, Sr. Malais) me dediqué un poco al contrabando? Siempre honrado y sin deber nada á nadie... pero el contrabando es coger dinero al gobierno, y coger dinero al gobierno no es robar; eso nadie lo ignora. Pero hé ahí que Malais el aduanero (el propio hijo de Malais el traficante de ganado, y hermano del traficante de dinero, padre del Sr. Malais que nos está obsequiando) hé ahí que me dice: «¡Dime, Eloy, dicen por ahí que das buenos golpes!» Como yo le conocia desde la infancia, y no desconfiaba de él mas que de Tranquilo Alain, sucedió que de palabras en palabras le dije una mañana echando un trago de sidra:

—Escucha, ¿quieres entrar en el negocio?

—Si, me respondió.

—Está bien, soy tu camarada.

—Y yo el tuyo, dijo él.

—¿Necesito deciros que se trataba de alijar tabaco, y que un pequeño cutter debia venir á traérmolo á logua y media de la costa de Caen? La cosa se hizo á las mil maravillas, sino que cuando tratamos de alijar, se halló que Malais el aduanero, en vez de ayudarnos nos habia denunciado; se nos echaron encima, y aprehendieron toda la pacotilla. Yo y otros dos que no necesito nombrar sufrimos tres meses de cárcel, y Malais se llevó segun unos la tercera parte de la presa, y segun otros la mitad. Yo tuve el consuelo de darle una buena tollina; pero es igual, lo tengo siempre delante, jamás me olvidaré de Malais el aduanero... Señor y señora, ¡á vuestra salud y á la de todas las personas honradas!

Los señores de Beuzeval se sintieron aliviados de un enorme peso cuando concluyó la comida.

Al salir los convidados, estuvieron muy distantes de invitarlos á volver otro dia; lejos de esto, madama de Malais dijo á Pelagia:

—Pelagia, ya sabe usted que sus dos hijos van á pasar la semana con Pulqueria. Ya se los enviaré el domingo próximo por la tarde.

Cuando quedaron solos, Mr. Malais y su esposa se quejaron del fastidioso dia que habian pasado.

—¡Qué tal! dijo madama Malais; ¡ni siquiera han hecho alto en nuestro hermoso servicio de plata! Bien triste es no poder ver personas *comme il faut*. ¿De qué nos sirven nuestro palacio, nuestros muebles de caoba, y nuestra plata? ¡Quiera el cielo darnos un yerno digno de Pulqueria para que principiemos á vivir! Pulqueria vá á cumplir doce años, cuando haya pasado cuatro en la pension real de San Dionisio, tendrá diez y seis; la misma edad que tenia yo cuando nos casamos... A propósito de Pulqueria, sera preciso que yo le hable seriamente, porque está acostumbrada á tutear á los hijos de Pelagia, que tambien la tutean á ella cuando están juntos; no se diria sino que son de la misma clase; es preciso que eso termine.

—Eseucha, Dorotea; ten aun un poco de paciencia; eso podria parecer algo extraño; dirian que nos andamos parando en pelillos... ¿Qué sé yo lo que dirian? Pulqueria debe marchar muy luego; cuando vuelva por las vacaciones, ya habrá pasado un año en la real pension de San Dionisio, y estará hecha una señorita. Entonces será la ocasion de aprenderla á conducirse, además de que los hijos de Alain no se atreverán entonces á tutearla. Hay que tener mucho cuidado con el qué dirán.

Los chicos pasaron tres dias en una alegría sin alteracion, á no ser en el cuarto dia en que Onésimo acabó por decir:

—Mira, Pulqueria, me fastidio mucho cuando no te veo, pero tambien me fastidio cuando no veo la mar. Quisiera ir á la pesca con mi padre todos los dias y hallarte en casa al volver a comer la sopa; pero no podria acostumbrarme á estar siempre en un jardin.

La vispera de la marcha dijo:

—¡Si fuésemos á pasearnos un poco por afuera!

Los tres chicos se hallaron el punto acordes, y como estaban al extremo del jardin, les pareció mucho mejor saltar por encima de un pequeño seto que los separaba del campo, que ir á buscar la puerta.

Las dos muchachas necesitaron muy poca ayuda para imitar á Onésimo, y al punto se hallaron en los prados que bordan el rio de Beuzeval, rio de una limpidez maravillosa, que susurrando sobre la arena entre dos orillas floridas, se desliza por debajo de los álamos y los olmos.

Veianse aun en flor algunas rosas silvestres y madreselvas, encaramándose por los saucos y cayendo sobre el agua en perfumadas guirnaldas.

Las reinas de los prados no estaban ya floridas, como tampoco las pulsatillas rosas, que abundan mucho en aquellas orillas; pero las vellosillas y las *no me olvides* de espiguitas azul celeste, florecian con el tallo en el agua.

Los tres chicos se sentaron á la sombra de un viejo y corpulento sauco, y comenzaron á hablar de sus cosas.

—¿Con que te vas á marchar, Pulqueria? dijo Onésimo.

—Si, voy á la escuela de una casa en que están las hijas de los oficiales condecorados... como mi padre.

—¿Y estarás allí mucho tiempo?

—Como unos cuatro años, segun dicen.

—¿Con que estaremos cuatro años sin vernos?

—¡Oh! no... vendré todos los años á pasar un mes aquí.

—Entonces, ¿por qué te envían tan lejos, Pulqueria? ¿No podía el maestro enseñarte aquí todo lo necesario?

—Parece que no.

—¿Quiéren acaso que seas maestra de escuela y que reemplaces á la tía Buchard?

—No te lo puedo decir.

—Dentro de cuatro años seremos grandes todos tres, dijo Berenice. ¿Qué haremos dentro de cuatro años?

—No sé lo que haremos, respondió Onésimo, pero sé muy bien lo que yo querría hacer; querría tener un gran barco que mandar para ir á los arenques y maquereles, que estuviese bien provisto de cañas y demás aparejos, y luego vivir con vosotras dos... que me haríais una buena sopa.

—Yo, dijo Pulqueria, quisiera ser bella, muy bella; estar bien vestida con trajes de seda como mamá Dorootea; tener un hermoso coche con un lindo caballo, como el que tiene Mr. Malais, y luego casarme con un hermoso príncipe.

—¡Cómo! ¡Casarte con un hermoso príncipe! exclamó Onésimo. ¿Y mi sopa? ¿Quién me había de hacer mi sopa cuando yo volviese de la mar?

—Serías tú el príncipe; nosotras tendríamos una criada para hacer la sopa, comeríamos sopa de carne todos los días; tú no irías á la mar sino cuando hiciese buen tiempo, y tendrías siempre un sombrero y un frac azul como Mr. Malais. Y tú, Berenice, ¿qué es lo que querrías?

—¿Yo? Yo querría saber hacer bien blonda, y ganar tres reales todos los días.

—¿Y quién será tu marido?

—Onésimo será el marido de las dos.

—¿Con que tú vas á aprender allá abajo, Pulqueria? dijo Onésimo.

—Cuanto hay que saber, segun dicen.

—¿Tambien á escribir?

—Parece que sí.

—¿Entonces ya me escribirás?

—Seguro; tan luego como sepa. Ahora estoy aprendiendo con el maestro de escuela, y ya sé un poco.

—Pues bien; Berenice vá á ponerse á aprender á leer para poder leerme tus cartas; porque yo no podré jamás, pues necesito ir á la mar y aprender bien mi oficio.

—Voy á aprender á leer y á escribir tambien, dijo Berenice, para darte noticias nuestras y decirte lo que pase por aqui, porque tú no nos olvidarás allá abajo, ¿no es verdad?

—No hay peligro de ello. Tampoco me olvidareis vosotros, ¿no es verdad?

Los tres chicos se abrazaron.

—Escucha, dijo Berenice, cuando tú vengas todos los años, reunámonos aqui en este sitio... ¿A qué época vendrás?

—Con poca diferencia á esta época.

—Pues bien; no nos desagradará el hallar la sombra del viejo sauce; vendremos á sentarnos juntos aqui en donde estamos; nos diremos que nos amamos siempre mucho, y nos contaremos todo lo que hayamos hecho. Si yo supiera escribir, bien sé lo que haria.

—¿Qué harias, Berenice?

—Escribiria nuestros tres nombres sobre lacorteza del viejo sauce.

—Yo sé bien escribirlos si tuviese una navaja. Dame tu navaja, Onésimo.

Pulqueria cogió la navaja de Onésimo, y al cabo de grandes disertaciones, convinieron en que se pudiesen solamente las iniciales de cada nombre. Pulque-

ria tardó lo menos una hora en escribir en el tronco del sauce B.—O.—P.

Era casi la hora de comer; los tres chicos se abrazaron de nuevo, se prometieron amarse siempre, escribirse á menudo, y reunirse todos los años bajo el sauce en que habian inscrito sus nombres, y luego volvieron á casa. Los habian andado buscando, y los riñeron, pero ellos hicieron muy poco caso. El dia siguiente Pulqueria, acompañada de una criada, condujo á sus amigos á Dive. Pelagia habia preparado leche cuajada para Pulqueria, la cual se sorprendió de no hallarla tan buena como de ordinario; la cocina del palacio habia destruido ya el gusto de sus regalos de otro tiempo.

Berenice y Onésimo continuaron yendo á ver á Pulqueria los domingos, pero llegó el invierno, y cesaron los paseos por el campo. Berenice iba algunas veces sola en la semana á pasar una hora con Pulqueria, á quien hacia le diese lecciones de leer y escribir para corroborar las del maestro que tomaba casi todos los dias, en atencion á que Onésimo persistia en la idea de que bastaba que su hermana pudiese leerle las cartas de Pulqueria, y que él no tenia necesidad de ser tan sábio. En fin, llegó el dia en que Pulqueria debía partir para Paris y San Dionisio. La separacion costó abundantes lágrimas. Mr. Malais fué con su carruaje hasta Honfleur, y de alli pasaron al Havre en donde tomaron la diligencia de Paris. Berenice al abrazar á Pulqueria le dijo:

—Piensa en el viejo sauce de Beuzeval.



---

## CAPÍTULO IV.

---

Durante bastante tiempo, Dive estuvo desierto para los dos chicos, quienes solo estaban contentos cuando se hallaban juntos los dos solos, porque entonces hablaban de Pulqueria, de sus próximas esperanzas, y de sus proyectos para cuando fuesen grandes. Entre tanto, Onésimo iba haciéndose marino á medida que crecían sus fuerzas, tenía una audacia á toda prueba, y se decía que era *afortunado* en la pesca. Berenice, sin dejar de hacer en la labor de la blonda progresos que anunciaban que sus votos de ganar tres reales diarios serian realizados los primeros de todos los hechos bajo el sauce, principiaba tambien á leer y escribir medianamente.

Quince dias despues de la partida de Pulqueria, Mr. Malais, que la habia acompañado á San Dionisio, encontró casualmente á Berenice y le dijo:

—Hemos llegado á buen puerto. Pulqueria se ha

instalado en la pensión real de San Dionisio, y me había encargado mucho que te lo dijese, pero no he tenido mucho tiempo.

*«Pulqueria Malais á Berenice Alain.»*

»San Dionisio.

»Mi querida Berenice: Todo cuanto me rodea está tan cambiado, que me pregunto si sueño ó si estoy despierta. Figúrate primeramente que ya no me llamo Pulqueria, sino Pulkeria que aquí no hay mar, y que no salgo nunca de una casa grande, grande, grande, en que hay trescientas ó cuatrocientas jóvenes. He tardado dos meses en escribirte, porque estaba tan aturdida de cuan o me rodeaba, que no podía encontrar palabras para decirte cosas enteramente diferentes de lo que nosotros conocemos. Todas estamos vestidas del mismo modo: vestidos negros; sombreros de paja negra; medias de algodón azul por el verano, á lo que dicen, y de lana gris por el invierno. Tienen tanto empeño en que todas seamos la misma cosa, que el otro día me han reñido porque traía en mi ceñidor una flor que me diera una pensionista á quien habian traído algunas á escondidas, y yo no habia notado que ella ocultaba las suyas. Todas andamos peinadas del mismo modo: los cabellos separados sobre la frente en bandas; y seria castigada severamente la que no trajese bucles. Estamos divididas en clases como en la escuela del señor Epifanio Garandin, el maestro de Dive. Las discipulas de las diferentes clases se distinguen por el color de su ceñidor; yo traigo uno azul bordado de blanco. Cada seis meses, las que han trabajado bien cambian de ceñidor, para pasar á otra clase mas adelantada. Hé aquí con qué orden están colocados los cinturones; tú verás que me han juzgado bastante ins-

truida para no comenzar por el principio. Verde con bordado blanco, verde liso, violado con bordado blanco, violado liso, aurora con bordado, nacarado liso, blanco con bordado, blanco liso. Y luego hay las blancas nuevas y las blancas antiguas; pero estas son unas grandes señoritas. La clase de perfeccionamiento tiene un ceñidor listado con todos los colores de las otras clases. Tenemos dos damas para cada clase, una para vigilar, y la otra para maestra, y llevan la Cruz de Honor sobre el pecho.

\* \* \* \* \*  
»Figúrate que ya he sido castigada y que he hecho conocimiento con la señorita Sofia. La señorita Sofia es una dama negra, es decir, una dama de un órden inferior que no lleva la Cruz de Honor sobre el pecho, y que preside en la sala de correccion. En esta sala no se sigue el curso de los estudios; se abastillan rodillos ó se hace alguna labor ordinaria. La señorita Sofia, sin ser mala, es un poco regañona; sin embargo, quiere á las pensionistas que vé mas á menudo, de lo que resulta que las mas malas son las que obtienen su afecto.

»Nos levantamos á las seis, con luz artificial, y oímos la misa todos los dias en una capilla de la casa. En el verano nos levantamos á las cinco y media, segun me ha dicho una nacarada lisa que habla algunas veces conmigo bajo los tilos del paseo en donde tenemos nuestra recreacion.

»Me han castigado y puesto en la sala de la señorita Sofia por una falta bien leve. Figúrate tú que queria yo hablar á *mi reciproca*, la nacarada lisa. Así es cómo se llama á la alumna á quien una quiere mas cuando esta la corresponde tambien con su afecto; porque sucede á veces que una ama á quien no la corresponde con su amor ó que tiene ya otra *reciproca*. Entonces trata una de hacerse amar por medio de algunas atenciones y cuidados. Se dice entonces que

corre una tras de tal ó cual compañera, es decir, que trata de encontrarla y hablarla. Esto sucede particularmente cuando se trata de una de mas edad y mas instruida, que desprecia á menudo á las mas pequeñas. He querido pues hablar á *mi reciproca*, y nos habiamos citado para un pasillo. Para que no me reconociesen y arrestasen, habia tomado el manto y el sombrero de una dama vigilante que es muy pequeña; marchaba yo bastante bien como ella, y llevaba el cuerpo derecho para parecer un poco mas alta, porque la vigilante es aun mas grande que yo. Apenas habia salido de la clase, me encuentro... ¿con quién? .. con la terrible madama Charton. Madama Charton es la inspectora de la casa y nadie es tan temida como ella. Comencé á temblar como una hoja en un árbol; á pesar de eso tuve bastante fuerza para hacerle una reverencia que ella me devolvió; pero aunque continuaba mi camino sin volver la cabeza, sentia que ella me seguia con la vista y que no estaba muy segura de que fuese yo madama... Sin embargo, encontré á la nacarada lisa, pero le dije:

—»Vuélvete á tu clase; he encontrado á madama Charton y estoy perdida.

—»¿Te ha reconocido? me preguntó María.

—»No del todo; pero es igual; tengo mucho miedo.

—»Entonces, adios.

—»Adios.

»No me habia engañado: madama Charton me aguardaba al paso, y despues de algunos cumplimientos irónicos, me condenó á pasar tres dias en la sala de la señorita Sofía.

»Pienso muy á menudo en mis amigos de Dive. Es una gran fortuna para mí el haber encontrado á María, que me quiere mucho, y á quien yo quiero casi tanto como á tí. Tú la conocerás algun dia, pues cuando sea grande irá á Dive. Ella fué quien me salvó del fastidio de los primeros dias. Me dice que le caí en gracia desde

el primer momento, y me ha mostrado algunas palabras que habia escrito en una pared el día siguiente al de mi llegada. Muchas veces somos designadas por nuestros números, y en medio de muchas inscripciones por el mismo estilo, me ha mostrado: 153, yo te amo; firmado 264. Yo he escrito al pié: 153 corresponde al efecto de 264.

»Una cosa hay bastante triste para mi. El jueves y el domingo, á eso de las dos, vienen unas criadas á traer á las damas la lista de las discípulas que son llamadas al locutorio por sus parientes ó ciertos amigos de su familia. Jamás viene nadie á llamarme á mí; no veo jamás á nadie de afuera. Maria, á quien vienen á ver todos los juéves, reparte conmigo todo lo que le traen, pero á pesar de eso es cosa muy triste. Envío esta carta á mamá Dorotea, que hará te la entreguen: dale la respuesta.

»Adios, te abrazo igualmente que á Onésimo, á Césarco, y á papá y mamá Alain. Espero que todos estareis buenos.

»PULQUERIA MALAIS.»

«*Berenice Alain á Pulqueria Malais.*»

»Mi querida Pulqueria: No vayas á amar á Maria mas que á mí, ni aun tanto; sobre todo, no le enseñes mi carta, que vá á estar mal escrita y llena de faltas. Yo hago cuanto puedo por aprender, y el maestro Epifanio está contento conmigo. He leído tu carta á los de casa, y todos se han alegrado mucho de tu recuerdo, y te abrazan de todo corazón. Onésimo dice que él no ama á *tu reciproca*, y que tú tienes buena prisa de hacer buenas amistades. Yo, por el contrario, estoy muy satisfecha de que hayas hallado una amiga en seguida, porque sin eso nos echarias de menos como

nosotros te echamos á tí. Nosotros no somos dichosos este invierno, porque la mar está casi siempre enfurecida, y hace quince días que papá y Onésimo no ponen los pies en ella. Ahora Onésimo está hecho un completo marino, y sale á la mar cuando se puede salir. La pesca del arenque habia sido bastante buena, pero las lanchas pequeñas no hacen nada de provecho. Así Cesáreo habla de ir á la pesca de la ballena y del bacalao, que son unas pescas muy largas y muy peligrosas, especialmente la de la ballena, y mamá se echa á llorar cuando oye á Onésimo hablar de ella. Sin embargo, este parece muy resuelto á ir á esa pesca, y creo que lo logrará. Todo el mundo se queja; no obstante, hasta aquí Dios nos ha hecho la gracia de no dejarnos sin pan. Trabajando de firme, yo gano quince cuartos al día en la blonda, que aunque no es gran cosa, siempre ayuda un poco. Si la mar sigue tan brava, papá dice que vá trabajar al campo; pero yo conozco que eso le pone muy triste: los marinos no gustan de dejar la mar; nosotros rogamos á Dios y esperamos. El primo Eloy que habia prestado el dinero para la lancha, tu ahijada, no ha podido cobrar; está enfadado, y he oido decir á papá que le costaba muy caro para hacerle aguardar. Vá á volver mañana, y aun no se le podrá pagar; pero Dios no nos abandonará: los de mi familia no son perezosos, y á lo que dice papá la mar tiene peces para aquellos que saben buscarlos.

»Te digo todo esto porque, aunque no te llamas como nosotros, eres de la familia. Sin embargo, no te atormentes por nuestra causa; el viento que era Sudoeste, á lo menos en estos quince días, parece que en este mismo momento cambia al Sur, y quizá seremos ricos cuando recibas esta carta.

»Nosotros hablamos mucho de tí. El otro domingo, como llovía, hemos cogido el almanak Onésimo y yo, y hemos contado cuántos días faltaban aun para eso

que tú llamas las vacaciones, para volver á verte aquí, ¡y aun faltaban doscientos noventa y ocho! Todas las noches Onésimo y yo borraros el día que acaba de pasar; y por consiguiente, cuando hayamos borrado este ya no quedarán mas que doscientos noventa y cuatro. Mucho falta aun, pero en fin ya llegará. Te encargo mucho, y te ruego que no enseñes mi carta á María; pues la estoy mirando y me espanta lo mal escrita que está. Tú escribes ya mucho mejor que cuando te marchaste. Yo no seré nunca tan sábia como tú, pero no quiero que te avergüences cuando yo te escriba. Adios, mi querida Pulqueria... ¿Qué quiere decir *nacarado*? Ninguno de casa ha sabido decirme lo que era. Todos nosotros te abrazamos de corazon. Mamá dice que espera que serás siempre su hija, pero que en todo caso ella será siempre tu madre.

»BERENICE.»

JOSÉ MARÍA VALLADOLID  
 S. D. T. E. R.  
 VALLADOLID

---

## CAPÍTULO V.

---

### En que se manifiesta Eloy Alain.

Como Berenice lo anunciaba á Pulqueria, el viento fué pasando poco á poco al Sudoeste, y se calmó la mar, si bien conservando aun cierta ondulacion compacta, consecuencia de la agitacion anterior. El Arriessado y su hijo no aguardaron á que se serenase decididamente el tiempo para echar la lancha al mar, ejemplo que fué seguido por dos ó tres pescadores. Como hácia el crepúsculo de la tarde se divisasen las lanchas en el horizonte, Eloy Alain bajó de Beuzeval y fué á aguardarlas en la playa. Habian cogido algunas pescadillas, y Onésimo estaba muy hueco porque casi todas habian caído en sus anzuelos.



El Arriesgado, que habia salido al mar por la mañana algo prematuramente, sin aguardar á que el recalmon estuviese enteramente asegurado, esperimentó un sentimiento de temor y embarazo cuando percibió al molinero.

—¿Traeis alguna cosa? preguntó este.

—Algunas pescadillas. ¿Quieres venir á comer con nosotros?

Eloy no respondió; pero cuando sacaron de la lancha las cañas y el pescado, cuando lo lavaron y vararon la lancha sobre la playa, siguió á los tres pescadores á su casa.

Pelagia se inquietó igualmente al ver á Eloy, y le preguntó, como Tranquilo, si queria comer una pescadilla, á lo que él respondió:

—Por no rehusar.

Luego, como cambiasen los peces de cesta, se guardó por largo rato dos en las manos diciendo:

—Hé aquí dos hermosas pescadillas, dos enteramente hermosas.

Hasta que Pelagia le respondió:

—Llévatelas, primo.

Eloy no respondió; se sentaron á la mesa, y aunque halló la sidra no muy buena, esto no le impidió beber largo.

—¡Ahora que me acuerdo, Tranquilo! dijo por último; hoy es el dia en que debes pagarme los ciento veinte escudos que te he prestado.

Ni el intrépido Arriesgado, ni ninguno de la familia se atrevió á hacerle la observacion de que no eran ciento veinte los escudos que habia prestado, sino ciento solamente, á condicion de pagar ciento veinte.

—Verdad es, dijo Tranquilo, verdad es; pero el mismo motivo que me impidió pagarte el otro dia, me lo

impide tambien hoy; pues solo desde este dia he podido salir á la mar.

—En grande apuro me ponen esos ciento veinte escudos que te he prestado, primo; pues habia contado con ellos para un negocio... Los habia separado de una suma que tenia de reserva... y hé aqui que hoy me veo en un embarazo.

—Lo siento mas que tú, primo; pero ten un poco de paciencia, y todo se arreglará.

Tranquilo no se atrevió á decir tampoco que Eloy no podia verse apurado por la falta de los ciento veinte escudos, supuesto que no habia debido jamás reembolsarle mas que una parte de esa suma al principio de la estacion y el resto al fin.

—¿Y cuándo me has de pagar?

—Ya lo sabes, primo; al fin de la estacion.

—Se te pagarán las dos mitades de una vez, añadió la mujer mas atrevida.

—Si, pero hoy tengo necesidad de dinero; porque si no pierdo un negocio en que puedo ganar cien escudos. Es muy desagradable el hacer bien á los demás, y luego verse uno propio en apuros. Mira, Arriesgado, tengo tanta necesidad de dinero que, si quieres darme doscientos francos, te devuelvo tus dos billetes de sesenta escudos cada uno.

—Tú sabes bien que no tengo dinero, Eloy.

—Es igual, esto quiere decir los muchos sacrificios que haria por tener hoy dinero.

Aun no se atrevieron á decir al molinero que no argüia muy buena fé el ofrecer perder ciento sesenta francos por recibir una suma que, segun decia, debia producirle una ganancia de ciento cincuenta.

—¿Y qué hacer? añadió.

—Desearia mucho tener dinero, Eloy.

—¿Con que dices que no me pagarás hasta el día de San Miguel los cien escudos que debias pagarme hoy?

—Es decir, primo, respondió Pelagia mas atrevida y menos sufrida que su marido; que no debiamos pagarte mas que la mitad.

—Sí, pero debiais pagármela hace ya quince días, y además esa mitad me pone en tal ahogo que... ya ves, en este mismo momento te ofrecia tus billetes por doscientos frances. Pues bien; págame uno de ellos, y te devuelvo los dos. Esto no me parece que es ser tirano ni muy usurero, puesto que te he prestado ciento veinte escudos y me doy por pago con sesenta.

—Primo, te repito que no tengo dinero, y por otra parte, si tuviese sesenta escudos te los daría, sin que por eso dejara de darte los otros sesenta mas tarde.

—De manera que me haces perder sesenta escudos en el negocio á que tengo que renunciar por falta de dinero.

Pelagia tenia muchas ganas de replicar que hacia un momento solo se trataba de cincuenta, pero se calló.

—Yo no soy un turco, continuó el molinero, voy á renovarte tus pagarés. Hazme uno de ciento cincuenta escudos á pagar el día de San Miguel.

Los dos esposos se miraron. Pelagia tomó la palabra y dijo:

—¿Cómo ciento cincuenta escudos, primo? Segun eso tenemos que pagar unos réditos de treinta escudos por esa espera hasta San Miguel, y por sesenta escudos de empréstito, ó mas bien por cincuenta, puesto que aun no ha vencido el plazo mas que de la mitad, y que por los cincuenta escudos restantes teniamos ya diez de réditos que pagar.

—No te digo lo contrario; tú hallas que es demasiado el darme treinta escudos de interés; pues bien, yo te ofrezco sesenta. Dame sesenta escudos y te devuelvo los dos billetes, y aun te daré las gracias, pues me harás un servicio muy señalado.

—¡Ah, primo! ¡mucho me alegraría de no haberte pedido ese dinero prestado!

—Y yo tambien, porque de ese modo no me veria hoy en apuros. ¿Y por qué me vees en apuros? Por no ocasionároslos á vosotros. Pues si yo quisiera dar tus billetes en pago en el negocio de que os hablo, ya te harian aprontar el dinero ó te venderian tus dos lanchas; pero quiero mas ser yo el que se halle en apuros, porque al cabo somos hijos de hermanos, primo mio, y preciso es que todos nos ayudemos mutuamente en nuestras necesidades.

—¡Es igual, primo! ¡Treinta escudos son unos intereses muy excesivos!

—Si, y yo quedaria muy contento si tú quisieses darme sesenta escudos por los ciento veinte que te he prestado; pero, ¡Dios mio! no añadas nada al billete, si quieres, y punto concluido; yo seré quien lo pierda todo.

—Eloy, es justo añadir alguna cosa.

—¡Qué diantre! ya que hallais que es demasiado el darme treinta escudos, cuando yo no deseo mas que daros sesenta, no añadas nada ó añade treinta escudos.

Tranquilo y su mujer se miraron como para consultarse.

—Vamos, dijo el Arriesgado, voy á hacer lo que quieres.

—Observa bien, dijo el molinero, que no soy yo quien lo quiere. Al contrario, lo que yo querria seria cobrar los ciento veinte escudos que han salido de mi

bolsillo, y recibirlos sin mas apéndices. Digo mas, lo que yo querria seria recibir sesenta y perdonar el resto.

—Escribe el billete, y yo haré la cruz.

Eloy escribió el billete. Luego, al anotar la suma en una hoja de papel sellado que traia consigo, se detuvo y dijo:

—Tranquilo, el papel sellado me cuesta un real, y no es justo que lo pague yo. Dame un real.

—No hay un ochavo en toda la casa, dijo Pelagia.

—Entonces lo agregaremos á la suma.

«Así, pues, me obligo á pagar en el próximo dia de San Miguel á mi primo Eloy Alain la suma de cuatrocientos cincuenta y un francos (no se puede poner la suma de cuatrocientos cincuenta francos y veinticinco céntimos, porque tendria el aire de un miserable), de cuatrocientos cincuenta y un francos que ha tenido la bondad de prestarme en moneda corriente.» Aprobada la escritura. Ahí haz tu cruz; y tú, Pelagia, pon tambien la tuya.

Cuando se pusieron las firmas, Eloy les devolvió los antiguos billetes con un aire de bienhechor de una grande magnificencia.

—Esta vez, primo, procura ser exacto, dijo. Voy á llevar tu billete en lugar de dinero á un molinero de Cherbourg, y si no pagas á su vencimiento, no ha de ser tan facil de acomodar como yo; porque, en fin, hé ahí cuatrocientos cincuenta y un francos que me serian muy útiles si los tuviese en mi bolsillo en vez de habértelos prestado. No se hallan cuatrocientos cincuenta y un francos así como quiera, ni se halla tampoco todos los dias un primo que preste cuatrocientos cincuenta y un francos.

Nadie de la familia Alain se tomó la libertad de hacer la menor observacion sobre el pretendido empréstito de cuatrocientos cincuenta y un francos.

—Vamos, me marcho. Acaso me he enfadado un poco, primo, pero verdaderamente ese dinero me hace mucha falta. Debes hacerte cargo que es bastante desagradable el haber contado con cuatrocientos cincuenta y un francos que te he prestado, y luego recibir... ¿qué?... ni un ochavo; pero en fin, trataré de salir del atolladero lo mejor que pueda; soy algo vivo, me he enfadado, pero no os guardo ningun rencor, y todo está acabado.

Diciendo esto, cogió las dos pescadillas que habia separado, y aun tomó otra de la cesta, considerándola al lado de una de las suyas, y añadiendo:

—Me parece que esta es mas hermosa, y las pesaba una en cada mano. No, no hay una gran diferencia, añadió cambiándolas de mano, volviendo á pensarlas, y aparentando mucha incertidumbre hasta que le dijeron:

—No te incomodes, primo, llévate las tres.

—Escucha, Onésimo, dijo Eloy á este, ensártamelas todas tres por las agallas en un pedacito de caña.

Onésimo las ensartó en una fuerte cuerda, y como tratase de cortar esta, le detuvo Eloy diciendo:

—¡Dios mio! ¡Qué pródigos son los muchachos! ¡Pues no vá á cortar una cuerda nueva!

Y se llevó la cuerda nueva con sus tres pescadillas.

Despues de haber recomendado repetidas veces la exactitud al Arriesgado, y haber besado á Berenice, les dijo:

—Adios, queridos mios, me alegro infinito de haberos hecho un servicio.

—Es un hombre bien duro y bien avaro nuestro primo, dijo Pelagia.

—Dios no paga á sus obreros todas las noches, respondió Tranquilo sacándose su gorro de lana; pero siempre acaba por pagarles. Cada uno recibirá la recompensa de sus obras.

#### IV. CUBIERTO

---

## CAPÍTULO VI.

---

*«Pulqueria Malais á Berenice Alain.»*

»Tengo mucha pena, mi querida Berenice, tú eres mi única amiga; María me ha vendido. Te escribo á escondidos, y aunque tengo motivos de queja contra María, es ella quien hará partir esta carta, aunque bien entendido, sin saber lo que contiene. Estábamos ya convenidas en que no volvería yo á enviarte las cartas por el conducto de mamá Dorotea. Todos los jueves vienen á ver á María, pero algunas veces, y aun muchas, quien le hace esta visita es una criada vieja que la ha criado, y esta será la que te dirigirá mis cartas y á quien tú dirigirás las tuyas. Las mías te llegarán francas de porte; no te ocupes del porte de las tuyas. Hé aquí la historia que tanta pena me causa. Te escribo en la sala de piano, porque estoy aprendiendo á



tocar el piano; pero tú no has visto nunca un piano. El piano es una música mucho mas hermosa que el flajolé del maestro Epifanio que tan agradable parece para bailar; tú no querrias volver á oír el flajolé si oyeses una vez el piano.

Madama Medarda es una dama negra como la señorita Sofia, que tiene á su cargo la vigilancia de la sala consagrada al estudio del piano; que se ocupa mucho de tomar tabaco, y no es muy fina. Puede una leer y escribir sobre su piano: con tal que ella oiga de vez en cuando sonar el piano y hacer ruido, queda satisfecha. Así interrumpo algunas veces mi carta para hacer una escala.

»En dónde estaba yo?... Madama Medarda ha mirado un largo rato hácia mí, y he tenido que aparentar que estudiaba. ¡Ah! trataba de contarte mis penas á causa de Maria.

»Anteayer, precisamente en esta misma sala en que te estoy escribiendo, habia concurso, es decir, que se sabe entonces quienes son las mas adelantadas para pasar á otra clase.

»Cada seis meses hay un concurso, y se esponen entonces los dibujos y las pinturas de las pensionistas. ¡Estaba soberbio! El mariscal canciller de la Legion de Honor estaba en medio de nuestras damas. Las discipulas de mas edad son examinadas por el mismo mariscal que les hace varias preguntas. En seguida cantaron las discipulas de Mr. Maximino, se tocó el piano, etc. Luego viene cada clase por su turno delante del mariscal, que distribuye los premios y dá los ceñidores á las que han merecido pasar á la clase cuyo color van á llevar.

»Ha habido una cosa muy triste en el concurso. Una discipula grande, una nacarada con bordado, fué condenada al ceñidor gris por su indocilidad, y el mariscal le entregó ese ceñidor que ella recibió entre lástimas y sollozos. Tiene que traer ese ceñidor durante

un tiempo que será bastante largo y en cuyo término marchará siempre á la cola de las otras y estará encargada de la limpieza de su clase. Algunas conservan el mismo ceñidor y permanecen en la misma clase otros seis meses mas, hasta el concurso siguiente. María, que era nacarada lisa, ha pasado á blanca bordada y ha recibido su ceñidor de manos del mariscal.

»Figúrate tú, Berenice, que es una grande prueba de afecto el hacer que le ponga su nuevo ceñidor una persona á quien se ama, sea dama ó discípula, y que esto es tan importante, que hay ocasiones en que se aguarda hasta el día siguiente para hallar á aquella á quien se destina esta muestra de amistad. Pues cá-tate que María recibe su ceñidor blanco bordado de nacarado de manos del mariscal; yo estaba sentada á su lado y tan encendida como ella, tan segura estaba de que iba á venir á decirme que lo pusiese su ceñidor. Y bien, ¿creerás que fué á llevárselo á madama Felicia de Aizac, la maestra de la clase de que ha salido?

»Madama de Aizac es una señora que hace versos... ¡Ah! pero ¿sabes tú lo que se llama versos?... Son una especie de canciones. Madama de Aizac la ha besado en la frente y le ha puesto su ceñidor; yo estaba que me ahogaba.

»Cuando llegó mi turno, cuando el mariscal me dió un ceñidor azul liso, ganas tuve de hacer como María para castigarla, haciendo que me lo pusiera la dama de mi clase, madama A... que es un poco jorobada; pero esto me era bien igual; sin embargo, en aquel momento no he tenido corazon, y me fui á María que estaba ya entre las blancas bordadas echando algo de señorita grande.

—»Señorita, le dije, ¿tiene usted la bondad de ponerme mi ceñidor?

—»Con mucho gusto, *querida mia*, me respondió.

»Me puso mi ceñidor con negligencia y se volvió á hablar con sus nuevas amigas. Yo me escabullí y fui á ocultarme en un rincón, en donde lloré á mis anchuras. En toda la noche casi pegué los ojos y la mañana siguiente, ayer, escribí en la pared, debajo del sitio en que Maria y yo habíamos escrito nuestros nombres juntos: *264 es una pérfida y una bachillera.*

»Concluiré esta carta otra vez, porque están tocando la campana para el segundo almuerzo, que se compone de pan seco.

»Mi querida Berenice: he hecho las paces con Maria, quien me lo ha explicado todo. Me dijo que habia prometido á madama de Aizac el hacerla ponerle su ceñidor, antes de mi llegada á la pensión; por consiguiente he ido á borrar de la pared la inscripción que allí habia puesto. Tú me preguntas lo que quiere decir nacarado; nacarado es un color rojo, no como los gorros de nuestros pescadores, sino como esos grandes alielies cuya semilla viene de Bolbec y que florecen todos los años detrás de vuestra ó mas bien de nuestra casa.

»Adios, mil abrazos á todos.

»PULQUERIA MALAIS.»

*«Berenice Alain á Pulqueria Malais.*

»Tambien nosotros hemos tenido y tenemos aun muchos pesares; Cesáreo acaba de caer soldado, y ha marchado ayer para Chebourg á bordo de un buque del Estado. Mi padre ya no tiene consigo mas que á Onésimo; verdad es que á lo que dicen, Onésimo es un niño en la tierra y un hombre en la mar. Mi madre sobre todo no puede acostumbrarse á ver vacío el asiento de Cesáreo á la mesa; es su hijo mayor, y le

tiene algun respeto, prescindiendo del afecto que le profesa como á los otros. Principio á hacer no muy mal la blonda y á trabajar con bastante ligereza; así es que he podido comprarme un ceñidor azul liso para parecerme á ti; tambien peino el pelo en bandas separadas con una raya en medio de la frente. Ayer domingo, en la misa, era yo una azul lisa como tú; no tengo vestido negro, pero tengo uno oscuro que hace el mismo efecto.

»Hemos borrado treinta y tres dias en el almanak desde que te escribí. Onésimo tiene un nuevo amigo, un perro que le ha regalado el pastor de Beuzeval, y que no le deja nunca y aun le sigue á la mar. El otro dia como el perro ladrase contra alguno que no suele venir á casa, Onésimo le hablaba como si el pobre animal pudiera comprenderlo; se puso á hablar de ti y el perro miraba á su amo cual si tratara de comprender lo que le decia.

—»Espero, Mopse, le dijo, que no ladrarás á Pulqueria cuando vuelva; Pulqueria es de casa.

—»Será preciso, añadió dirigiéndose á mí, que conozca á Pulqueria, estoy seguro de que con dos ó tres caricias que ella le haga le cogerá mucho cariño.

»Cuando leimos tu última carta, Onésimo que no quiere bien á María, decia que desearia mucho saber escribir.

—»¿Y para qué? le pregunté.

—»Eseucha, me respondió, tú puedes hacer esto por mí; quisiera escribir en dos ó tres paredes: *264 es una pérfida y una bachillera.*

»Hemos tenido que preguntar al maestro Epifanio lo que quiere decir bachillera. Onésimo estaba tan incomodado de verte hacer las paces con María, cuanto yo contenta de eso.

—»¿Acaso tiene necesidad de mas amigos que nosotros? repite á menudo.

—»Pero y tú, le replico, ¿no amas acaso mas que á ella? ¿No amas á papá y á mamá, y tambien á Cesáreo, y tambien un poco á la hermanita Berenice?

»Yo no la impido que os ame tambien. Sobre esto no hay medio de hacerle oír razones. Cuando vamos á pasear, remontamos el río de Beuzeval, y vamos á ver el árbol en que hemos escrito puestros tres nombres.

—»Si Pulqueria quiere poner en él una M, dice, he de derribar el árbol.

»Te envío dentro de esta carta una rosita de un rosal silvestre, que hemos cogido para ti muy cerquita del viejo sauce.

»Abraza á Maria en mi nombre.

»BERENICE ALAIN.»

Siguieron aun escribiéndose reciprocamente algunas cartas, hasta que al fin llegó el tiempo de las vacaciones.

Mr. Malais tuvo que pasar á Paris por asuntos importantes.

—Es una excelente ocasion, dijo Dorotea, de ir á buscar á Pulqueria.

Pero desgraciadamente los negocios se alargaron mas de lo que se pensaba, y los padres de Maria ofrecieron á Mr. Malais tener á Pulqueria en su casa hasta su marcha, pues vivian en el campo á las puertas de Paris.

Mr. Malais tuvo una ligera indisposicion; pasada esta, tuvo que terminar sus negocios; todo esto devoró el tiempo, y ya no quedaban mas que quince dias de vacaciones cuando se trató de la marcha, por lo que le hicieron observar que aquellos quince dias serian absorbidos por el viaje entre ida y vuelta.

Pulqueria estaba un poco aturdida de su nueva vida; olvidó á Pelagia, que habia sido su verdadera

madre, y quedó encantada de oír que no iría á Beuseval ese año y que se quedaría con María hasta el fin de las vacaciones.

Solamente rogó á Mr. Malais que dijese á Berenice, á Onésimo y á Pelagia, que sentía muchísimo no verlos aquel año, pero que los vería al siguiente.

Cuando se recibió en Dive esta noticia, causó un vivo pesar y un grande estupor. Por espacio de algunos dias los dos chicos estuvieron muy desmayados; corrieron á ver el viejo sauce; allí se abrazaron, sus corazones parecían salirse del pecho, y prurumpieron en un doloroso llanto.

—Está mal hecho, decía Onésimo. Bien claro lo ha dicho Mr. Malais delante de nosotros, que él no había instado, porque veía bien que Pulqueria se *moria* de ganas de quedarse con María. Está mal, ya no nos ama. ¡Cómo se puede cambiar tan pronto!

Luego se recordaron con amargura todos los pormenores de su paseo al pié del viejo sauce.

—Y bien, dijo Berenice, amémonos nosotros dos solamente. Nosotros no nos olvidaremos ni nos faltaremos jamás.

Y diciendo esto se volvieron á abrazar llorando, aunque con menos fuerza, y se prometieron olvidar á Pulqueria ya que esta los olvidaba á ellos.

Pero un mes despues, Pulqueria les escribió una carta muy amistosa, en que les hablaba de las vacaciones próximas. Se pusieron á saltar de alegría, leyeron diez veces la carta, y Berenice le contestó con la mayor ternura. Volvió á anudarse la correspondencia, y Berenice y Onésimo esperaron con la misma ansiedad las próximas vacaciones. Onésimo se pretendía *ca-renado*. Se cruzaron algunas cartas, pero no poseemos mas que las dos que precedieron muy poco al momento con tanta impaciencia esperado. Las anteriores á estas habían hecho saber que Pulqueria había recibido el

ceñidor nacarado bordado, y que María era blanca lisa. En esta ocasion se habian puesto mutuamente su ceñidor, y aunque en el trascurso del año habian venido á turbar su amistad dos tempestades, no tardaron en disiparse estas.

En casa de los pescadores habia como siempre sus alternativas de buena y mala fortuna. No habian podido pagar á Eloy mas que una parte de lo que le debian, y habian tenido que volver á renovar el billete con condiciones mas ó menos onerosas. El molinero, que en realidad no habia prestado mas que cien escudos, tenia ya recibidos cuatrocientos veinte francos, sin contar el pescado de que no tenia escrúpulo en aprovecharse, y sin embargo, aun le quedaban á deber doscientos y algunos francos. Quejábase amargamente, y decia que era muy desgraciado, y le recompensaban mal el haber querido servir á un pariente; si bien, añadía, que siempre se habia arruinado por causa de la familia. Solo una vez se habian recibido noticias de Cesáreo, cuyo buque estaba en las aguas de Levante. Mopse, el perro de Onésimo, iba haciéndose muy instruido; traía á la mano y obedecía á cuanto se le mandaba.

*«Pulqueria Malais á Berenice Alain.»*

«Ayer hacia hermoso tiempo, mi querida Berenice, y jamás con tanto fervor se habia pedido á Dios buen tiempo; jamás los pescadores han dirigido al cielo con este motivo súplicas mas ardientes. Con dos meses de anticipacion pensamos en el dia del Corpus, y un mes antes de llegar esta gran fiesta, no pensamos en otra cosa. Se ha celebrado en San Dionisio con gran pompa, y dudo mucho que esta relacion pueda darte una idea de ella. Cuando hace buen tiempo, se levanta en el extremo del hermoso paseo un magnífico altar á donde

vamos en procesion, al paso que si el tiempo no está sereno, no puede salir la procesion y solamente damos la vuelta por los cláustros, en cuyo caso se levanta el altar en uno de los ángulos de estos en donde se halla una estatua de la Santísima Virgen. Pero en fin, ayer hacia buen tiempo, y nada ha faltado á la solemnidad de la fiesta; todo estaba cubierto de flores, y todos los balcones de la catedral, á la que vá á dar nuestro paseo, se hallaban cargados de gente. Hé aquí en qué orden iba la procesion: Madama Coindet, maestra de baile de la casa, vigila la ceremonia, en lo tocante al orden y á la gracia; nos parece siempre que vá á sacar su pequeño violín del bolsillo. Todas las pensionistas que no hacen ningun papel en la ceremonia, van en dos hileras, igualmente que todas las *damas*, las cuales llevan enormes ramilletes. A la cabeza y en el medio vá el estandarte de la Virgen llevado por una pensionista de la clase blanca bordada, mientras otras de la misma clase tienen los cordones del estandarte y van cubiertas de un gran velo de muselina blanca. Detrás de ellas vá el sacristan con la cruz, y en la misma línea que él van dos pensionistas de la clase nacarada lisa con cirios en la mano, y cubiertas igualmente con un gran velo blanco puesto sobre la cabeza desnuda, y por debajo de este velo una corona de madre-selva. En seguida marchan como unas cuarenta niñas, que son las mas chiquitas de la casa, y van de cuatro en cuatro llevando cada una un velo sobre el que está puesta una corona de ancianos, y llevan además una canastilla de rosas que van esparciendo delante de los pasos del sacerdote que lleva el Santísimo. Yo era una de las cuatro pensionistas nacaradas bordadas, coronadas de flores del campo que detrás de las chiquitas llevan los incensarios. Van en seguida cuatro jóvenes escogidas entre la clase azul lisa, y el año último era yo una de esas cuatro. Estas son las vírgenes: es el hermoso papel de la procesion. La elec-



cion es muy discutida de antemano; no me atreveré á decir que esta eleccion recaiga en general en las lindas. Lee esto tú sola y salta este renglon si lees la carta delante de la familia. Dichas cuatro jóvenes van coronadas de rosas blancas y de jazmines. En fin, llega el pálio llevado por ocho pensionistas de la clase blanca lisa, y otras ocho llevan sus cordones. Cuatro pensionistas blancas bordadas llevan cirios: á cada lado van las cantoras, cubiertas igualmente de grandes velos, pero sin coronas, y al llegar al altar se ocultan detrás de él y cantan sin ser vistas: *O salutaris hostia*.

»María, que tiene una voz muy hermosa y es discipula de madama de Auby y de Mr. Maximino, hace parte de las cantoras. El domingo próximo se repetirá la procesion. Te envío una margarita de mi corona en cambio de tu rosita silvestre de la ribera de Beuzeval que me enviaste el año último. Nosotras no tenemos flores á nuestra disposicion sino en el dia del Corpus; no sé por qué no nos permiten tener el menor ramillete en el resto del año. Por lo demás, la infraccion de esta prohibicion es bastante frecuente en algunas, á pesar de la dificultad que hay de proporcionárselas.

»Adios, Maria te devuelve tus recuerdos.

»PULQUERIA MALAIS.»

«*Berenice Alain á Pulqueria Malais.*

»Jueves.

»Mi querida Pulqueria: Tambien nosotras hemos tenido una hermosa procesion el dia del Corpus. Todos los pescadores cuya mayor parte se han salvado muchas veces de grandes peligros en la mar por la intercesion de la Virgen Santisima, seguian la procesion

con la cabeza descubierta. En seguida el cura bendijo la mar y las lanchas.

»Han venido á instalarse en Dive dos familias extranjeras; la una se ha hospedado en la posada de Marais, la otra en la punta, en la posada que está al pié de Beuzeval. Las dos familias, que al principio no se conocían, pero que se hablan y se visitan por las noches, han venido á tomar baños de mar. Dicen por aquí que son personas muy ricas.

»Esperamos que en las próximas vacaciones no nos llevaremos el chasco que tanta pena nos ha causado el año último, y que vendrás á pasar una temporada con nosotros. Esperamos... en este momento me llaman con mucha prisa.

.....

»He suspendido esta carta hace tres días; en el momento en que me llamaban nos sucedía una grande desgracia, y tiemblo al pensar en la que habria podido ocurrirnos. Mi padre y Onésimo volvían de la pesca; corria un viento muy fuerte y la mar estaba alborotada; una oleada volcó la lancha, y ambos desaparecieron entre la espuma. Onésimo volvió á aparecer al punto, miró en torno suyo, pero, no viendo á nuestro padre, lo buscó debajo del agua, y tuvo la felicidad de sacarlo. Preciso era que nuestro pobre padre estuviese herido para quedar así debajo del agua, él que tan bien nada, además de que habia muy poca agua en donde se volcó la lancha. En efecto, esta le habia herido en la cabeza, y le dejó sin conocimiento y cubierto de sangre. Entonces fué cuando nos llamaron, mientras que otros pescadores ayudaban á Onésimo á traer á nuestro pobre y querido padre á casa. Su herida no es peligrosa, y hoy no se resiente de ella; pero cuando recibió el golpe en la cabeza, recibió otro en un brazo, y no podrá servirse de ese brazo por algun tiempo. ¿Qué vamos á hacer? ¿Qué ha de ser de nosotros? De algun tiempo acá, todo vá mal en

nuestra casa. Onésimo decía esta mañana: «Desde que Pulqueria ha dejado la casa, tenemos mucha desgracia. Pulqueria se ha llevado consigo toda nuestra buena suerte.» Mi padre está desconsolado por verse así imposibilitado de trabajar en la mejor estación de la pesca. Onésimo tiene mucho aliento, y dice que ya sabrá él ganar lo que hace falta. Yo pienso como Onésimo, que si te has llevado toda nuestra felicidad, nos la volverás á traer este año.

»Adios, ámanos y piensa en nosotros.

»BERENICE ALAIN.»

---

## CAPÍTULO VII.

---

La casa de los pescadores estaba muy triste. El Arriesgado iba al encuentro de las lanchas, y volvía á casa muy afligido de la abundante pesca de las otras, no porque este excelente hombre fué envidioso. Berenice y Onésimo estaban muy ufanos, y casi se tenían por felices en ser el único recurso de la casa. Onésimo pescaba langostinos de mar y otros peces, únicas pescas á que podía dedicarse él solo; y esto, aunque no producía gran cosa, les daba con qué pasar, además de que cada pescador daba á su turno á la familia uno ó dos pescados, segun la pesca que habian tenido. En cambio, Onésimo estaba siempre dispuesto á ayudarles á echar las lanchas al mar ó vasarlas sobre la playa. Le encargaron el aprender á nadar á dos jóvenes de las familias extranjeras que habian llegado á Dive; pero despues de una gran ráfaga de viento, se enfrió el tiempo, suspendiéronse los baños, la mar estuvo

alborotada por espacio de quince días, y los langostinos se refugiaron en el fondo, y por consecuencia la familia se vió reducida á la blonda de Berenice. Este recurso no tardó en faltar en gran parte; Pelagia cayó enferma, y fué preciso á Berenice cuidarla y atender á todos los quehaceres de casa, con lo que no pudo ganar muy luego mas que seis ó siete cuartos diarios, porque tenia que lavar, planchar la ropa blanca y aderezar la comida.

Un viejo pescador dijo un dia á Onésimo:

—Es lástima que tu no tengas bastante fuerza, porque podrias ayudar perfectamente á tu familia, puesto que lo que te falta no es el valor y los buenos descos, sino la fuerza. Sin embargo, si quisieses, podrias ganar bastante dinero para que tu padre curase.

—No desco otra cosa, respondió Onésimo; pero ¿qué puede hacer un chico como yo, Pacomio Glam?

—No tienes mas que irte á Honfleur, en donde hallarás lanchas de redes barrederas que te tomarán por grumete. Eres grande y fuerte para tu edad, conoces la mar, eres pescador, puedes ganar treinta y cinco francos mensuales, te alimentarás con quince, y enviarás veinte á tu familia. Esos veinte francos te los darán anticipados, y puedes enviarlos aquí en seguida. Voy á darte una esquelita para un sugeto con quien he navegado en otro tiempo, y que te hallará acomodo. Pasada la estacion, tu padre está curado, y tú volverás á pescar arenques y pescadillas con él.

Pacomio Glam no sabia escribir, y fué con Onésimo á casa del maestro Epifanio, quien, en cambio de algun pescado que de vez en cuando le daban los pescadores, les escribia gustoso sus cartas. El maestro se encargó de la misiva para el amigo de Pacomio Glam, y Onésimo volvió á su casa con la carta, hizo seña á Berenice para que le siguiese á la huerta, y allí le dijo:

—Creo que no volveré á ver á Pulqueria, pues debe

venir dentro de tres semanas, y yo me marchó mañana al despertar el día.

—¡Cómo! ¿A dónde vas? preguntó Berenice.

—No puedo soportar por mas tiempo el ver á nuestros padres enfermos ambos y careciendo de todo, á ti estenuándote por ganar cinco cuartos diarios, y á mí con los brazos cruzados á causa de la inclemencia de la mar. Pacomio Glam me ha dado una esquila para un amigo que él tiene en Honfleur, y está seguro de que podré enviaros veinte francos mensuales durante la estacion. Concluida esta, volveré á ayudar á mi padre; cuando él pueda salir al mar, Pulqueria ya habrá marchado; pero ya le dirás tú por qué me he ido y si es siempre una buena muchacha como tú, me quedará mas por eso. Irelis juntas al viejo sáuce de la ribera de Beuzeval, y cuando esteis allí le abrazareis por mí. El Sr. Malais decia el día pasado que despues de las vacaciones, Pulqueria no debia permanecer mas que un año allá abajo; entonces vendrá para siempre y si no me ahogo, la veré dentro de un año. Dirásle que acaricie á Mopse, al que me veo forzado á dejar contigo. Ya lo cuidarás bien, ¿no es verdad? Ahora volvamos á entrar en la cesa y aparentemos que estamos alegres por una marcha que á los dos nos entristece; pero es preciso pensar en nuestros padres.

Los dos hermanos se enjugaron los ojos, se abrazaron y volvieron á casa.

—¡Buenas nuevas! dijo Onésimo al entrar. Ya no volveremos á estar mirando al mar desde la costa. Pacomio Glam me ha dado una esquila para uno de sus amigos de Honfleur con quien voy á embarcarme por tres meses, y os enviaré veinte francos mensuales. Ya volveré para el tiempo de las pescadillas, y entonces, Vd., querido padre, estará ya carenado é izaremos la vela á lo alto del mástil.

—¿Con que tendré á mis dos hijos fuera de casa? dijo Pelagia.

—¡Oh! Mamá, no me lo impida V., tengo muchas ganas de ver mundo, y además me pone muy contento el ganar dinero por mí mismo.

—¿Y cuándo te marchas?

—Un poco antes de amanecer, pues necesito muy bien todo el día para llegar á Honfleur.

—Berenice, dijo Pelagia, es menester hacerle su hatillo á esta querida criatura. ¡Qué desgracia que no pueda yo levantarme! Estoy segura de que va á faltarle alguna cosa. Ten cuidado de no olvidar nada, Berenice, porque casi se pasan todas las noches á bordo en las grandes lanchas.

Berenice no respondió, porque no podía reprimir los sollozos; pero se puso á meter en un saquillo toda la ropa necesaria á Onésimo. En aquel momento entró Pacomio diciendo:

—¡Enhorabuena! Parece que el marinero no hace aguardar á la marea. ¿Cómo vas, Arriesgado?

—Un poco mejor; gracias. ¿Con que envías á nuestro Onésimo á Honfleur?

—Va á estar perfectamente allí; estará con un amigo, ¿lo entiendes, Pelagia? Estará como en tu casa, y aun mejor. Es justo que los hijos trabajen cuando nosotros vamos en retirada. Además, ¿qué es un marino que jamás ha perdido de vista el campanario de su pueblo? Ya vereis á Césarco cuando vuelva de *á bordo* del Estado, no será ya el mismo hombre. Pero vamos á otra cosa; vosotros no teneis qué darle, y el chico necesita algo para el camino. Hé aquí un viejo escudo que voy á darle; ya me lo devolvereis cuando él os lo envíe.

Hay alguna cosa que está siempre tan presente en el espíritu de los pobres, que no nombran las mas veces, y reemplazan su nombre con el pronombre, como si ya hubiesen hablado de ella, y como si estuviesen seguros de que sus interlocutores piensan también en

ella. Hablo del dinero, de ese irreconciliable enemigo, de este dios irritado é inexorable. Oigo á menudo á los pobres decir: No lo tengo, necesito ganarlo, sin pronunciar antes la palabra dinero, que se supone siempre; así como una mujer adúltera, al hablar á su amante del enemigo comun, del marido ultrajado, dice: «¡Alguien viene, es *él!*» ó «*El* dice que vienes muy á menudo aquí,» sin espresar la palabra marido. Tal vez se deba atribuir en ambos casos esta reserva á las mismas causas que hacian que los antiguos evitasen el pronunciar el nombre de las Furias.

En la mañana del día siguiente, al rayar el alba, la mar estaba que parecia un espejo, serena y calmada, y de un azul pálido. El sol, que aun no habia salido, mostraba sus rayos entre el Havre y Honfleur, y algunas nubecillas, móviles vapores grises, se coloreaban de rosa y azucena. Sobre el azul de la mar se mostraba tambien un glació rosado, y luego, cuando salió el sol, se puso amarillo y doró ligeramente el azul. En aquel momento salió Onésimo de casa acompañado de Berenice, Tranquilo y Pelagia no se habian levantado aun. Su hijo los habia abrazado, y se habia encargado de su hato, del que su madre habia formado su inventario pieza por pieza. Apenas los dos hermanos se hallaron á algunos pasos de la casa, Mopse, al que creian encerrado, salió por una ventana y corrió á unirse á su dueño, á quien llenó de caricias; por lo que fué preciso volver á casa y llevar el perro, y por consiguiente Onésimo tuvo que abrazar de nuevo á sus padres. Pelagia estaba llorando. Cuando los dos hermanos se hallaron á la salida del pueblo, en lo alto del mal camino que empalma con el de Trouville, Onésimo dijo á Berenice:

—No vengas mas lejos; no te olvides de todo lo que te he dicho para Pulqueria; no tardareis en saber de mi. Adios.



Y se abrazaron tiernamente. Onésimo volvió la cabeza dos ó tres veces, y en cada una de ellas se cambiaron sus señas afectuosas. En un recodo del camino volvió otra vez la cabeza Onésimo, y al ver que Berenice habia andado aún algunos pasos para verle por mas tiempo, corrió á ella y la abrazó diciendo:

—Ahora vámos y echemos los dos á correr sin volver la cabeza.

Sin embargo, cuando se halló en un punto en que creia no veria ya á su hermana, miró atrás, y como Berenice mirase tambien, se dijeron desde lejos:

—¡Adios! ¡adios!

---

## CAPÍTULO VIII.

---

Pulqueria habia escrito pidiendo el permiso de prometer á María y á sus padres que volvería quince dias antes de terminarse las vacaciones, y que pasaría esos quince dias en el campo como el año anterior. Mr. Malais, al conceder ese permiso, habia puesto la condicion de que en las vacaciones siguientes habia de ir María á pasar un mes, á lo menos, en el *palacio*. Era el último año que las dos jóvenes debian pasar en San Dionisio, y los padres de María respondieron que aceptaban con la mayor gratitud el amable convite de los señores de Beuzeval. Desde aquel dia, esa visita del año próximo, preocupó esclusivamente á los dos esposos, quienes no pensaron mas que en hermosear el palacio y hacerlo digno de los huéspedes de París que debian llegarles, aunque aguardaron la llegada de Pulqueria para dar principio á los cambios proyectados, persuadidos de que, habiendo pasado dos años en

París, ó á lo menos muy cerca de la *capital* y además habiendo visto en casa de los señores de Fondois lo que era elegante y de moda, les podría dar sus instrucciones.

Pulqueria acogió bien á Berenice; fueron juntas á pasearse remontando el pequeño río de Beuzebal, y cuando se vieron sentadas debajo del viejo sauce, Berenice cumplió con la comision de Onésimo. Pulqueria quedó enternecida del afecto filial y de la marcha del jóven pescador.

—Debe haber cambiado, dijo, en estos dos años.

—Es tan alto y fuerte, que apenas le conocerías; su cara respira la resolucion y la franqueza; su voz se ha hecho grave, pero sin ser ronca como la de nuestros pescadores; su mirada es tranquila y penetrante. Pero, ¿y tú, Pulqueria? ¿Cómo has crecido, qué cambiada estás! ¡Y al mismo tiempo te has embellecido!

—Tambien tú eres mucho mas hermosa, dijo Pulqueria.

—¡Oh! Tú ya no te pareces nada á nosotras, Pulqueria; eres una señorita; ninguna jóven de aquí sabe andar y hablar como tú; tienes un modo de decir las cosas... Tienes el aire de una princesa. Y bien: eso me causa pena; estoy segura de que si mi pobre Onésimo estuviese aquí, no se atrevería á hablarte. No tienes ya el aire de ser de la misma especie que nosotros.

—Estás loca, Berenice.

—¡Oh! No, no estoy loca; tu voz es mas dulce; parece música. Apenas hablas la misma lengua.

—¿Qué hace Onésimo?

—¡Ay! va á la mar á pescar. Yo hubiera querido que aprendiese á leer y escribir, desde que va al mar, no ha vuelto á ponerlos piés en casa del maestro Epifanio.

—Sin embargo, es preciso que aprenda.

—Yo le diré que tu lo has dicho. Debes hallar que hablo algo mejor que cuando tu marchaste. Ahora leo los domingos algunos libros que hay en casa, no se cómo ni para qué, porque, escepto yo, nadie sabe leerlos. Mi padre dice que los ha conocido siempre en casa del suyo, que era dueño de nuestra casa, y que nunca ha notado que ninguno los leyese. ¿Los hombres de Paris son tan diferentes de los de aquí, como tú lo eres de las muchachas de Dive? ¿Son acaso mas señores que tu tio Malais? ¿Qué es lo que les enseñan?

—Lo que á las señoritas, y algo mas; primero el latin, luego la historia, la geografía; en seguida aprenden la esgrima, á bailar y montar á caballo.

—Te pregunto eso por causa de Onésimo.

—¿Y qué ha de hacer Onésimo?

—¡Ya verás, ya verás!

Berenice no tenia mucho que contar, pero Pulqueria tenia muchas cosas que decirle; la gente que habia visto era tan desconocida para Berenice como lo pudieran ser los salvajes de cualquier país nuevamente descubierto. Pulqueria aparentó un poco tener miedo á Mopse, pues habia adquirido cierta afectacion de timidez, porque una audacia aparente contra toda especie de pequeños peligros que habia llevado á San Dionisio, habia sido declarada por las otras pensionistas no ser de *buen tono*.

—¿Con que diré á Onésimo que no has querido acariciar á su perro? ¡Me habia encargado tanto te rogara que lo hicieses!

Pulqueria consintió en pasarle la mano por el lomo y darle algunas palmaditas sobre la cabeza, retirando su mano con terror al mas ligero movimiento del perro.

Cuando el Sr. de Beuzeval trató de embellecer su palacio, Pulqueria le sirvió de consejera en esta obra

y en la eleccion de muebles. En casa de los señores de Fondois tal cosa está así, esta otra de este modo, decia á su tio, y este tomaba nota de las observaciones de su sobrina.

Onésimo había enviado los veinte francos de su primer mes dos días despues de su marcha. No habían podido colocarle en una lancha de red barredera, pero el amigo de Pacomio le había hallado empleo á bordo de un vapor que hacia el servicio entre el Havre y Honfleur. En el segundo mes cumplió religiosamente con su envío, como en el primero; Pelagia había vuelto a sus faenas caseras, y Tranquilo comenzaba á servirse de su brazo.

Pulqueria no tardó en marchar de Beuzeval. El señor Malais la acompañó á Paris con el objeto de aprovechar aquel viaje para hacer numerosas compras y encargos de muebles, en razon á que los del salon habían sido condenados definitivamente por su sobrina, a pesar de que eran magníficos, de madera esculpida, y recubiertos de antiguas tapicerías. Los artistas de aquel tiempo no los habían hecho aun de moda, de manera que hoy cuestan tan caros que no se pueden comprar.

Los últimos días de las vacaciones estuvieron llenos de seducciones para Pulqueria, que tenia á la sazón como unos catorce años. A su primera infancia, á orillas de la mar, entre pescadores, debia una salud robusta; era grande y estaba mas formada que lo están de ordinario las de su edad. María tenia un año mas que ella: se comenzaba á tenerlas á ambas por alguna cosa en los salones, y tenían ellas un placer en hacer todo lo que les estaba prohibido en San Dionisio. Ambas hicieron que les dieran zarcillos y les rompiesen las orejas, único medio de manifestar los ricos pendientes en la pension de San Dionisio en donde está prohibida toda alhaja. También hicieron que les hiciesen el peinado de bucles todo el tiempo que les quedó aun de

vacaciones, peinado que, aunque es mas lindo que el de bandas, especialmente para las jóvenes, está prohibido en San Dionisio. Además llevaron enormes ramilletes. Una sola cosa es tolerada contra la igualdad: se permite á las pensionistas llevar guantes traídos de afuera, y este olvido del legislador ha creado la suprema elegancia en San Dionisio. En las grandes ceremonias se exige que se lleven guantes de algodón blanco dados por la casa, y las pensionistas idean mil astucias para reemplazarlos con guantes de piel; pero en los días ordinarios no se fija mucho la atención en esto, y las que se ponen buenas guantes forman la aristocracia. Las dos *reciprocas* volvieron, pues, á San Dionisio con las orejas rotas y una provision de guantes, lo cual fué un gran motivo de envidia, porque los guantes estaban visibles, y las orejas rotas hablaban muy elocuentemente de zarcillos. Ambas se habian mandado hacer una fina trencilla de pelo que se habian regalado mutuamente, regalo que es muy comun entre *reciprocas* y que se tolera á las pensionistas traer al cuello. Esto se llama *un sentimiento*. La amistad de las jóvenes no es mas que el aprendizaje del amor.

Pulqueria tenia el ceñidor blanco bordado, por maestra á la seca y fria Mad. S..., y por dama vigilante á la grande, bella y medianamente inteligente J... de S... C... Maria era blanca lisa *antigua*, pues, por quedarse con Pulqueria y tambien porque su familia la hallaba demasiado joven para presentarla en la sociedad, seguia la clase de Mad. B..., joven bastante linda, aunque delgada, pero muy severa y tan temida, que la mayor parte de las pensionistas dejaban la casa sin pasar bajo su férula. Maria debia salir de la casa despues del próximo concurso, porque, no debiendo quedarse allí como maestra, no tenia que seguir la clase de perfeccionamiento.

Onésimo volvió á Dive antes del invierno; Tranqui-

lo Alain estaba completamente restablecido, y primero las pescadillas y luego los areaques acudieron á la costa en bastante abundancia. Pagaron á Eloy, el molinero, quien vino á recibir algo mas de seiscientos francos por trescientos que habia prestado á su primo, y sin embargo quiso conservar siempre el carácter de bienhechor, sacando de su productivo beneficio un rédito perpétuo, pues unas veces aguardaba la vuelta de las lanchas y tomaba uno ó dos peces; otras veces obligaba á Traquillo á hacerle alguna faena bajo un pretexto ú otro, teniendo cuidado de recordarle de vez en cuando los servicios que él le habia hecho, y llamando á la *Gaviota* nuestra lancha. Pelagia habia recobrado igualmente la salud, y habia vuelto á entrar la felicidad en la casa, en la que solo faltaba Pulqueria; pero su falta se notaba mucho. En cuanto á Cesáreo, de quien se recibían noticias de vez en cuando, su ausencia se hacia sentir menos, porque no habia participado nunca de la vida defamilia, é iba á divertirse con los camaradas de su ciudad en los momentos que no estaban consagrados al trabajo.

Onésimo, que tenia año y medio mas que Pulqueria, iba á cumplir quince años, era tan fuerte como su padre, y habia realizado lo que de él predijera el Arriesgado, pues todos decian: Onésimo es el *enemigo de los peces*. Onésimo y Berenice hablaban á menudo de Pulqueria, y Berenice repetía á su hermano lo que habia dicho á su amiga:

—Mira, Onésimo; Pulqueria tiene el aire de no ser ya de la misma especie que nosotros. Primeramente es blanca como el vientre de una uria, y luego anda de distinto modo que nosotros, no dice nada de lo que nosotros decimos, y tiene una voz muy diferente: parece que no es de esta tierra. ¿Te acuerdas de aquella gaviota que recogiste en la mar? ¡pobre avecilla caída de su nido de lo alto de una peña! La criamos como á nuestros pollos, y un dia, cuando tenia alas, se re-



montó y echó á volar sobre la mar: esa es la historia de Pulqueria.

—Pero, repuso Onésimo, si Pulqueria se ha hecho mas hermosa, mas sabia y mas amable, es otro motivo para amarla mas.

—Sí, pero no es un motivo para que ella nos ame mas, ni aun tanto.

—¿Te ha parecido cambiada respecto de nosotros?

—No; nos sigue amando, es siempre buena, y nos ha abrazado á mamá Pelagia y á mi con afecto; pero, en fin, como ve toda especie de cosas bellas que nosotros no conocemos, y como se va haciendo muy sabia, aunque no deje de querernos bien, no se interesará en lo que nos interesa, y le gustará mas hallarse con personas con quienes poder hablar de lo que sabe y de lo que ha visto; en fin, con personas capaces de responderle. Así, por ejemplo, nosotros aqui bailamos en corro; pues bien, ella sabe toda clase de bailes que se bailan allá en la ciudad, y no la divertirá ya el bailar en corro con nosotros: ella lo sabe todo, y nosotros no sabemos nada. A proposito; me ha encargado que aprendas, á lo menos, á leer y escribir, y si hubiese de darte un consejo, te aconsejaría que no te contentases con eso: Me ha hablado de los jóvenes que ella ve, y me acuerdo bien del modo con que hacia el elogio de aquellos que le gustaban. Así me ha dicho, una vez que estábamos charlando en casa, hablando de no sé quien: *Es un caballero completo*. Al principio creí que hablaba de alguno que montaba bien á caballo, pero me lo ha explicado. ¡Y bien! no era eso; un caballero completo es un hombre... (No me ha dicho si sabia leer y escribir, pero debo creer que sí,) es un hombre que anda bien vestido, que sabe bailar, manejar toda especie de armas, montar bien á caballo, que dice toda especie de cosas agradables á las jóvenes... He retenido bien todo eso para decírtelo; tú no sabes nada de esto. Yo aun puedo seguir un poco la conver-



sacion con Pulqueria, porque ahora sé leer y escribir, y contar un poco; pero tú no sabes nada.

—¡Cómo! yo no sé nada! Ninguno hay en todo el lugar que me iguale en bolinear una lancha cerrándome mas con el viento. ¿No conozco yo bien las mareas? ¿Sabes tú de alguno capaz de cebar una cesta de cuerdas tan diestramente como yo? ¿Y en cuato á hacer un ajuste?...

—Sí, pero te lo repito, Pulqueria no es de la misma especie que nosotros: nuestro gallo no era el macho de la gaviota, y esta se ha marchado. Es preciso que te hagas mas parecido á los jóvenes de la especie de Pulqueria si quieres que ella sea algun dia tu mujer, como deciamos cuando éramos pequeños; es preciso que no le causeis vergüenza, que te hagas sábio como ella... Pero puede ser que tú no pienses ya en eso, y que te contentes con amar á Pulqueria como yo la amo.

—Si no tengo á Pulqueria por mi mujer, no tendré ninguna otra.

—Tanto peor: acaso es eso tanto mas pesar para nosotros; porque, te lo vuelvo á repetir, Pulqueria y nosotros no somos de la misma especie.

—¿Por qué no lo somos? Su abuelo era ganadero y trabajaba con el nuestro, y nuestro tío Eloy el molinero le tuteaba.

—Todo eso es muy cierto; pero yo no puedo explicarte bien las cosas. Cuando hayas visto á Pulqueria una sola vez, ya comprenderás lo que quiero decirte; no te atreverás á tutearla. En tu caso, si Pulqueria debe ser tu mujer, tú no debes ser inferior á ella, y es preciso que aprendas.

—Pero ¿podré aprender?

—Ella ha aprendido; y yo misma, que no soy mas que una muchachuela, ¿no he aprendido á leer y escribir? Tenemos aqui al maestro Epifanio Garandin que, segun él dice, lo sabe todo y ha hecho todos los oficios. Nosotros ganamos bastante dinero para pagarle

algo, y además dándole pescado estará muy contento con enseñarte. Dile que te quieres hacer «un caballero completo;» las personas sábias deben saber lo que quiere decir eso. Si él no lo sabe, le dirás que necesitas aprender á bailar, á batirte con toda especie de armas, montar á caballo, tocar un instrumento, y tambien á leer y escribir un poco. Separa para él mañana dos grandes pescadillas, y vé á contarle tu negocio. Pulqueria no vuelve hasta de aquí á ocho meses, y es preciso que te encuentre cambiado como tú la has de encontrar á ella.

---

## CAPÍTULO IX.

---

### **En casa del maestro Epifanio.**

El día siguiente, á la vuelta de la pesca, Onésimo ensartó por las agallas en un pedacito de caña dos enormes pescadillas, y se encaminó á casa del maestro Epifanio.

La escuela se componía de un solo cuarto, al que se descendía por tres escalones, y en el que un hombre de ordinaria estatura tenía que bajarse para no tropezar con la viga. Dicho cuarto estaba empedrado y en el fondo de él estaba la cama del maestro Epifanio, con cortinas de sarga verde; tres bancos y dos mesas componían todo el mueblaje de la escuela, con una estufita de hierro colado, cuyo cañon subía á la chimenea. Sobre la estufa, de la que habían quitado la

cobertera, cocía en un pote de hierro también colado, la comida del maestro Epifanio. También había un sillón de madera con asiento de paja, delante del cual había una mesa cuadrada con un pupitre. Aquel era el asiento del maestro, colocado cerca de la única ventana por donde entraba la luz, ventana llamada de guillotina y formada de dos hojas, una de las cuales sube corriéndose sobre la otra, cuando se quiere tener aire. Dicha ventana, de tres pies cuadrados, tenía unos treinta y seis vidrios pequeños, en muchos de los cuales sobresalían especies de lentes de un verde oscuro bastante parecidos al fondo de una botella: uno solo de esos vidrios era de papel: los escolares estaban sentados sobre los bancos; los más grandes tenían delante de sí, sobre la mesa, libros y cuadernos; los demás chicos estaban estrechados sobre el banco que no tenía mesa delante, con las piernas colgando, charlando, empujándose tan luego como veían al maestro volver a otra parte la vista, y tomando un aire contrito é hipócrita así que miraba hacia ellos. El aula que en otro tiempo había sido blanqueada con cal, tenía á tres pies y medio de alto una línea grasienta producida por el frote de la cabeza de los chicos.

Al entrar Onésimo espantó una gallina que picotaba debajo de los bancos las migajas de pan que los chicos dejaban caer á la hora de sus comidas, y huyó volando aunque no tardó en volver.

El local no servía solo de escuela, sino también de casa de ayuntamiento, en la que se reunían en días señalados el alcalde y los regidores.

Cuando alguno de estos días no caía en domingo, los escolares tenían asueto de derecho, tanto más cuanto que el maestro Epifanio, que era secretario del ayuntamiento, no podía consagrarles entonces sus cuidados ilustrados.

La escuela estaba caliente; la ventana y la puerta estaban cerradas; el maestro Epifanio, fuese por fasti-

dió ó por la privacion del aire, se habia quedado dormido al dictar un trozo de escritura á sus discípulos, y estos se habian hecho seña para no despertarle.

Uno de los mas chicos se habia escabullido despacito de su asiento y fue á robar una rebanada de pan con manteca salada del cestillo en que estaba la merienda de uno de sus camaradas; este último lo habia notado y habia creido reconocer la manteca cuando el ladron habia comido ya dos bocados; se esforzaba en arrancárselo, y ambos hacian añicos la rebanada que tenian agarrada; otro se habia puesto á caballo sobre el banco al que habia puesto unas cuerdas por bridas, y los mas grandes jugaban á las bolas.

El ruido que hizo Onésimo al entrar, espantó la gallina y despertó al maestro Epifanio, que no sabia el tiempo que habia dormido, y dijo con tremenda voz á los que jugaban:

—¡Hola! ¿qué es eso? ¿Quereis que vaya allá con la Jacquolina?

La Jacquolina era el nombre que él habia puesto á una regla ancha y lisa con que les solia aplicar sus palmetas sobre la palma de la mano ó sobre las uñas apiñadas segun la gravedad de la falta.

Al momento reinó el mas profundo silencio en la escuela bajo la formidable mirada que el maestro paseaba circularmente sobre sus discípulos.

—Maestro Epifanio, dijo Onésimo, aqui traigo dos pescadillas que he separado para usted, y que son las mas hermosas que he visto en mi vida.

—Gracias, Onésimo, muchas gracias. Hoy tengo lista mi comida; serán para mañana; así ponlas sobre la chimenea.

—Maestro Epifanio, quiero hablar con usted.

—Habla lo que gustes.

—Es que lo que tengo que decirle será un poco largo.

—Pues bien, vamos al pátio.

Diciendo esto se levantó, y tomando la regla en la mano, añadió dirigiéndose á los discípulos:

—Ya veis que me llevo conmigo la Jacqueline; no os digo mas; y si alguno charla ó hace el menor ruido, tengo un ojo y un oído sobre vosotros.

El maestro Epifanio era un hombre alto, enjuto, de cara amarilla y nariz colorada, ojos grandes, de un azul pálido y estúpidos. Parecía tener unos cuarenta años; sus cabellos, de un castaño claro, estaban pretenciosamente rizados sobre las sienes; llevaba una levita verde raída, con un cuello grasiento, y en la cabeza, puesto de lado, un sombrero que se habia vuelto pardo y que no quitaba jamás. Tenia toda clase de oficios, como decia Berenice, pero hacia unos diez años que era maestro de escuela; su lenguaje era incorrecto y pedante á la vez; sus saluciones y sus modales afectados, pues se creía un hombre *comme il faut*, y atribuía á su mala estrella los azares que le impedían vivir en el *gran mundo*. Por lo demás, creía haber estado en el gran mundo en una época en que viviendo en una ciudad grande, habia frecuentado mucho los cafés.

Desde que era maestro de escuela se habia abandonado á la bebida, aunque nadie lo habia visto nunca borracho; porque no bebia inmoderadamente sino por la noche y encerrado en su casa, y su borrachera casi desaparecía con el sueño y solo le quedaba á la mañana siguiente una somnolencia y una especie de atontamiento que habia acabado por permanecer pintado en su cara y en sus miradas. Además de las funciones de maestro y secretario de ayuntamiento, era cantor de la iglesia, tocaba las campanas, el violin y el flajolé para acompañar los bailes en ciertos domingos.

Arrimóse á un árbol inmediato á la puerta de la escuela que dejó abierta, y dijo:

—Ya puedes hablar, Onésimo; ahora eres ya un hombre, y se puede hablar contigo.

Onésimo respondió:

—¿Sabe usted, maestro Epifanio, lo que es un caballero completo?

—¡Vaya si lo sé! repuso el maestro de escuela. Habrá como unos veinte años era yo militar y estaba de guarnición en Metz, y he oído decir algunas veces hablando de mi: «Hé ahí un caballero completo.»

—¿Es verdad, maestro Epifanio, que para ser un caballero completo se necesita saber toda clase de cosas?

—¿Pero á qué vienen esas preguntas, Onésimo?

En la escuela se había ido aumentando gradualmente el ruido hasta que llegó á una espantosa zambra. El maestro Epifanio se sacó sus zuecos, y se fué despacito hasta la puerta; pero los escolares habían puesto su centinela, y cuando el maestro estaba en posibilidad de ver lo que pasaba, todo estaba perfectamente en orden y tan sosegado que se podía sentir el vuelo de una mosca. Sin embargo, echando una terrible mirada á todos sus discípulos, y viendo á uno que parecía estudiar con la mas profunda atención, con la cabeza entre ambas manos y los dos codos apoyados sobre la mesa, le dijo:

—Muy encarnado estás, Periquito; no has estado todo el tiempo estudiando con la misma atención... ¡Ya te atraparé!

En seguida se volvió á su árbol. Al cabo de algunos minutos principiaron los chicos á hablar bajito, luego un sordo murmullo de voces confusas fué en aumento, hasta que por último volvió á llegar á su colmo el tumulto. La gallina comenzó á dar alaridos de apuro, pues uno la tenía por la cabeza y otro de las alas. Cuando el maestro Epifanio acudió, soltaron la gallina, que escapó espantada, dejando caer algunas plumas y aleteando, y al momento se restableció el silencio. El maestro Epifanio cambió de punto para ver

mejor la escuela, y poder entremezclar en su conversacion con Onésimo algunas amonestaciones á los discípulos.

—¿En dónde habíamos quedado? dijo al jóven pescador.

—Le preguntaba á usted, maestro Epifanio, si era verdad que se necesitaba saber tantas cosas para ser un caballero completo.

—Voy á decirte lo que yo sabia. Era uno de los primeros espadas en el billar; en una época en que estaba en Paris, por aquel tiempo era yo fabricante de cola fuerte, jugaba con Eugenio, un mozo un de café el mas fuerte de Paris. Y bien; solo me daba tanto, y no siempre me ganaba. Yo iba siempre bien vestido: una almohadilla de ballena en el corbata, una cadena sobre mi chaleco, sortijas en los dedos, botas de talon; en una palabra, todo lo que constituye la elegancia... (¡Hola! ¡tú, Leon! ¡Jacquelina vá á acariciarte las costillas!...) Manejaba bien toda clase de armas, el baston, el palo, la *savata*, todo. Despues que dejé á Paris, estuve de subdirector de seguros contra el incendio en Chalons-sur-Saone. Allí, me acuerdo bien, con el simple palo de una escoba desarmé á tres soldados con quienes tuve una camorra en una taberna... Seguro estoy de que ese lance ha dejado memoria en la ciudad. Tocaba el violin y el flajolé... (¡Hola! ¡tú, Periquito! ¡te voy á estirar un palmo las orejas!) Una vez, era un domingo, hice bailar á las damas de la ciudad, en Pithiviers, en donde estaba yo de practicante de farmacia. Desde entonces, por todas partes me invitaban, y *aquello* era cosa de disputarse á cuál me llevaria. Verdad es que, al cabo, no había uno tan pintiparado como yo para decir requiebros á las damas. En todas las casas me recibian con el mayor agasajo... (¡Hola! ¡Juan Luis! ¡Con que te subes sobre la mesa! ¡Muy bien; vamos á reir un momento!... ¡Ven acá!... ¡Con que no quieres venir,



Juan Luis?... Mucho me alegraría de que no vinieras!...)

Juan Luis llegó refunfuñando, y recibió tres palmadas en la mano, con lo que se volvió llorando á su asiento. (¡Escucha! ¡Ven aquí, Cláudio!... Vamos, no tengas miedo, que no es Jacqueline quien te llama. Tráeme el salero que está ahí encima de la chimenea... Allí; toma un puñadito de sal... Eso es... no tanto... Bien... Vuelve á poner el salero en su sitio y echa la sal en la marmita que está sobre la estufa...)

—Pero en fin, Onésimo, ¿quieres acaso hacerte un caballero completo? Esa es una palabra que no se pronuncia á menudo en Dive; á lo menos yo no la he oído jamás.

—¿Y es preciso saber leer y escribir? preguntó Onésimo.

—Ciertamente que es preciso.

—Pues bien, maestro Epifanio, yo pagaré lo que sea preciso. Las pescadillas acuden muy bien, y ya se han visto arenques por la parte del Norte; pero es necesario que en el espacio de un año me haga yo un caballero completo.

—¡Hola, vosotros! Os voy á hacer reír, Jacqueline vá á acabar de divertirlos.

Lo que hacia reír á los chicos era que Cláudio, al echar la sal en la marmita habia echado tambien un puñado de polvos. Esta vez apenas se pudo restablecer el silencio; los muchachos no podían contener la risa. Un chico rubio llamado Emilio recibió cuatro palmadas en las yemas de los dedos, lanzó agudos gritos y se volvió á su asiento enseñando la lengua al maestro Epifanio que se habia vuelto de espaldas.

—¡En un año, mi pobre Onésimo! ¡Cuando hay tantos que no lo consiguen en toda su vida! ¿Pero qué capricho te ha entrado?

—Tengo amigos de infancia que se están educando en París y no quiero que se avergüencen de mí cuando vuelvan.

—Está bien. Los maestros de Paris hacen pagar mas caro; pero no hay entre ellos uno que me ponga el pié delante. (¡Hola, Periquito y Mauricio, allá voy á ayudaros á batiros! Jacqueline vá á batirse ella sola contra vosotros dos.) Es igual, voy á enseñarte lo que sé. Vendrás por aquí todos los momentos que no estés en la mar, y los dias de mal tiempo, y haremos algo. No te diré que en un año llegues á ser lo que se llama un caballero completo; pero el mas aventajado discípulo de Paris tendrá aun que tomar lecciones de tí.

La gallina, que se habia calmado y vuelto á la escuela, cayó otra vez en las garras de Periquito. Este, viendo al maestro volver, se sentó sobre ella para impedirla que gritase. El maestro Epifanio convino con Onésimo en que este volveria al día siguiente, y en dar principio á las lecciones de esgrima, de música, de leer y de escribir. Luego, como era ya la hora de tocar la campana de la iglesia, mandó á los chicos salir de la escuela. Periquito quiso soltar y echar de allí la gallina, pero la pobre estaba ya muerta; visto lo cual, la arrojó con el pié debajo de la mesa del maestro, y todos los chicos salieron corriendo y llenos de gozo.

---

## CAPÍTULO X.

---

En casa de los Malais todo estaba trastornado. Aunque lo emprendian un poco mas tarde que Onésimo, se hallaban en una situacion análoga á la de este; pues hasta allí no habian pensado mas que en ser ricos, y se trataba entonces de ser personas *comme il faut*. La vejez habia dado un aspecto bastante bello al palacio de Beuzeval, el cual, hablando con propiedad, no era mas que una casona normanda con un tejado agudo, y listada de color gris y negro. El parque estaba rodeado de viejas paredes cubiertas de yedra, que al principio las habia fatigado y abrumado, y entonces las sostenia. En las grietas y la cresta de la pared florecian jirofleas, y se ostentaban parietarias y especies de helechos. Se dió de blanco al yeso de la casa, se arrancaron las yedras, reparáronse ciertas partes de la pared y se blanqueó el resto, lo que fué juzgado unánimemente mas aseado. Retiráronse algunas colgaduras, un poco viejas sin duda pero de hermosa

calidad, que cubrían de tiempo inmemorial las paredes del salón, y fueron reemplazadas por un papel rojo que imitaba el mueré. Se llevaron al desván los muebles de madera esculpida para poner en su lugar los encargados á París y que iban llegando sucesivamente; dióse á las escaleras un color de sangre, se las enceró y frotó del modo mas peligroso, pues era preciso, para no romperse el espinazo, bajar y subir por ellas muy lentamente, y agarrándose al pasamanos. Delante de la casa habia un grupo de castaños viejos, y fueron derribados y reemplazados por doce cajones de naranjos copudos y tan recortaditos que no sobresalia una hoja de otra.

Mr. Malais se habia mandado hacer fraques en París y habia traído tambien telas magníficas para Dorotea, la cual habia hecho cortar y coser seis vestidos nuevos por la mejor costurera de Trouville, á quien habia hecho venir á Beuzeval. Los seis vestidos, á pesar de las observaciones de la costurera, fueron cortados por el famoso que se hiciera en París quince años antes.

—Señorita, dijo con aire arrogante Dorotea Malais, esa es la moda de París. Yo misma me lo mandé hacer allí, y yo misma me lo traje de allí.

Era un vestido de talle corto, que bajaba un poco mas abajo del tobillo, muy estrecho, como se hacian en aquella época en que bastaban seis varas de la tela de que hoy se necesitan doce ó catorce; de suerte que habiendo Mr. Malais comprado las telas en París en su último viaje, se halló que la mitad fué suficiente para hacer un vestido semejante al modelo. Madama Malais opinó entonces que podia dar la otra mitad á Pulqueria, con la que recibiria esta un regalo de seis lindos vestidos.

Mandaron hacer una librea para los criados, en cargo que Pulqueria habia recomendado mucho. Luego se ocuparon de los aposentos de los amigos. Creo que

si hubiesen tenido tiempo, habrían hecho derribar y reconstruir la casa. En efecto de gusto, los dos esposos se decidieron por lo mas caro. Vendieron el carruaje viejo, igualmente que el caballo tordo, que se habia vuelto blanco con los años. Eloy Alain el molinero, que pasaba por inteligente en caballos, recibió el encargo de comprar dos muy parecidos para una calesa que habian mandado hacer en Caen, y el molinero ganó quinientos francos en la compra, además de otros ciento que Mr. Malais le regaló por la pena que habia tomado.

En la cabaña del Arriesgado se hacian tambien preparativos. Berenice y Pelagia tenian la casa en una limpieza minuciosa. Onésimo habia trastornado el jardin de treinta pasos de largo que estaba contiguo, arrancado los jacintos, las anemonas y todas las flores de primavera, para no dejar sino las que florecen naturalmente en la época en que debia llegar Pulqueria á Dive. Asistia con mucha asiduidad á las lecciones que le daba el maestro; aprendia á tocar en el flajolé una cuadrilla que constituia toda la ciencia de Epifanio, y en cuanto á la esgrima hacia notables progresos en el arte de manejar el palo, y en la *savata*. Las personas que no conocen esta clase de esgrima, pueden fácilmente enterarse de lo que es, asistiendo á una sola leccion. El maestro y el discípulo tienen cada uno en la mano un palo de cuatro pies y medio.

EPIFANIO.—¡Atencion! La duodécima division de palo es una de las mas saludables, y se ejecuta en treinta tiempos. Ponte en la primera posicion: *desenvuelve*, marchando, dos palos de cara á derecha; gira sobre los talones en tres tiempos por medio de tres palos á izquierda; otros dos de cara á derecha, uno de cabeza, palo de flanco á derecha ó izquierda, un quite de muñeca, un palo de punta, palo de cara doble á derecha é izquierda. Esta division, como te he dicho, es de las mas saludables; no todos los maestros la sa-

ben hacer: yo la aprendí en Ruan estando allí de hilandero de indianas. Ahora pasemos á la leccion de savata. Patada derecha doblada para el ataque; con-testo con un puñetazo en la cara, parada del puñetazo; patadas volteadas por dentro y fuera, pase y contra-pase de piernas, finta de puñetazo de pecho, puñetazo sobre la oreja, recogimiento de piernas adentro y fuera, patada de flanco, patada cruzada de patada en el flanco, patada en las encias, recogimiento de piernas. ¡Bien! Nada de tiesura. Si das la patada de encias sentado de lleno en el pié que queda en tierra, te caes de espaldas á la menor parada. Sobre la punta del pié... mas alto... ¡á las encias! así es mejor.

Onésimo, flexible y vigoroso, adelantaba prodigiosamente en lo que él creia ser esgrima, pero en leer y escribir estaba lejos de hacer tan rápidos progresos.

Entre tanto, María habia dejado la pension de San Dionisio despues del concurso en que Pulqueria habia pasado á la clase de las blancas lisas, bajo la férula de una dama distinguida, madama de Ciogny, y se empeñó entre ella y María una correspondencia tan activa quanto lo permitia la dificultad de escribir de Pulqueria. Todos los domingos iba de parte de María una criada de confianza á llamar á Pulqueria al locutorio, y allí se cambiaba en un momento la correspondencia de las dos compañeras.

*«Pulqueria Malais á Maria de Fondonis.*

»Ahora vas á reirte de nuestros bailes, porque te hallas ya en el gran mundo: sin embargo, el de anteayer no ha podido ser mas brillante: lo tuvimos en los talleres de dibujo, y para el alumbrado se puso en contribucion á todos los quinqués y arañas de la capilla. El baile principió á las seis. Presidiólo la señora superintendente con el cordon de la Legion de Honor;

hemos desfilado por delante de ella clase por clase; todas las damas estaban de gran toaleta. A nosotras nos habian distribuido los espantosos guantes de algodón blanco de ordenanza; pero yo los arrojé sobre una banqueta tan luego como madama Charton pasó su inspeccion, y puse en evidencia unos lindos guantes color de paja que me sientan á las mil maravillas. Te diré que hay una chiquita de la clase nacada bordada que *corre tras de mí*; la han castigado ya dos veces por andar rondando por los pasillos de la clase blanca: me ofrece flores, y ha venido á invitarme á bailar con ella en la cuadrilla de su clase, en la que ha sido mi caballero. En seguida la he llevado á la cuadrilla de la clase blanca, en la que he sido su caballero á mi vez; pero concluidas estas dos contradanzas, no he vuelto á bailar con ella, y no he bailado mucho sino con damas y novicias, para quienes he sido un caballero muy galante.

»Hasta las nueve se ha ofrecido como de costumbre *abundancia* entre las contradanzas; á las nueve se sirvió la colacion: pasteles, helados, ponche; luego aun se bailó hasta las dos.

»Acabo de tocar en el piano con un ruido espantoso el aire de los cazadores de *Robin de los Bosques*, porque madama Medarda me habia preguntado ya dos veces lo que estaba escribiendo, á lo que he respondido que estaba copiando un aire de Weber, y fui á pedirle un polvo de rapé que ella me ha dado con su gracia ordinaria. Despues de haber calmado de ese modo el espiritu de la venerable dama negra, he podido continuar mi carta. ¡Qué lentamente me parece pasan los días! ¡Esta vez no son las vacaciones las que esperamos, es la libertad! ¡Y qué delicioso verano vamos á pasar en Beuzeval! Adios, recibe un abrazo de

«¿Quién era aquel jóven que acompañaba á tu madre cuando viniste á verme? Apenas me atreví á mirarlo; me ha parecido muy bien puesto.»

*«Maria Fondois á Pulqueria Malais.»*

«El jóven de quien me hablas es mi primo, y además uno de mis obsequiantes. Es mi esclavo, mi siervo, y te prohibo sériamente el poner jamás los ojos en él. Su corbata no hace una arruga, sus guantes son siempre de una frescura irreprochable, y á nadie ha admirado el día pasado al confesar que necesitaba tres pares todos los días. Valsa, baila las contradanzas de un modo que encanta. Trae una caña cuyo puño es una admirable alhaja, pues es de oro, sembrado todo él de pequeñas turquesas: sus botas son siempre de charol. En todas las casas se lo arrebatan: es un jóven encantador. He bailado con motivo de una fiesta, porque en esta estacion ya no hay saraos aquí, precisamente el mismo día de vuestro famoso baile. Estábamos en el baile los dos y he bailado cuatro veces con él. No quiero hablarte demasiado de este baile, á tí, pobre amigueta, que tan bien te has divertido en el que tuvisteis en el taller del dibujo. Dime solamente qué diferencia hay entre la abundancia que os prodigan y el ponche que os distribuyen. ¿No se compone aquella de agua fria ligeramente teñida de vino, y este de agua caliente mas ligeramente teñida de amarillo? ¡Con que no se ha cambiado nada en esas solemnidades! Las grandes coquetas, aquellas cuyo lujo anonada á sus rivales, son siempre las que llevan un par de guantes limpiados durante ocho días con goma elástica, ó que ponen su ceñidor un poco mas sobre el borde de los hombros a riesgo de que les eche una reprimenda la dama inspectora, si sus ojos inevitables descubren tamaña infracción de las leyes, tan punible



esceso de coquetismo. También yo traía guantes, guantes blancos semisubidos, porque llevaba el brazo desnudo. Llevaba pulseras: la una se componía de una grande culebra con una hermosa esmeralda en la cabeza; la otra era una trenza de coral abrochada por una cabeza también de coral esculpido. Llevaba un vestido de tul blanco; estaba... ¿cómo se diría en la pension?... escotada. Te confieso que yo misma me sentía un poco embarazada y vergonzosa al verme de ese modo; pero cuando examiné á todas las mujeres (había mas de sesenta), cuando he visto que estaba ya mucho menos escotada que la última de ellas, me he vuelto á animar un poco. No tengo necesidad de decirte con qué placer he renunciado á poner el pelo en bandas segun la ordenanza de la casa de San Dionisio.

»Llevaba el pelo rizado, con una corona de rosas pálidas hechiceras, y luego para bailar teníamos verdaderos caballeros. No dudo que tú habrás sido el mas hechicero caballero de vuestro baile; pero, ya ves, para bailar, el menor y mas malo de los jóvenes es mejor que la mas linda muchacha del mundo. Mucho hubiera querido que me vieses vestida como te digo, y también querria verte á ti con un traje humano. Me han dicho los mas lindos requiebros, y con la mayor discrecion, á lo menos segun mi parecer.

»Ten paciencia, deja pasar estos tres meses, y ya saldrás de los viejos muros de San Dionisio para no volver jamás.

»Me alegraré mucho de pasar contigo el verano en el palacio de tu padre; pero, si he de hablarte francamente, no es el verano el que mas placeres me promete, pues me parece que hemos tenido ya bastantes placeres campestres en San Dionisio.

»Lo que yo aguardo con impaciencia es el invierno; el invierno es el que pienso pasar contigo

en Paris; entonces será cuando comenzaremos á vivir.

»MARIA DE FONDOIS.»

«El domingo próximo iremos mamá y yo á verte. Si mi primo nos acompaña, cuidado con que guardes siempre la misma reserva y respetes mis conquistas. Esta es una alianza que será preciso jurarnos. Adios.»

---

## CAPÍTULO XI.

---

Era de noche. Tranquilo y Onésimo, favorecidos por el viento y la marea, volvian á Dive despues de una pesca bastante feliz. Una brisa ligera tenia la vela henchida.

El Arriesgado limpiaba el pescado fumando en su pequeña pipa, mientras que Onésimo, medio acostado sobre el banco de la lancha, tenia una mano en la barra del timon y la otra en la escota de la vela.

—¿Qué hora podrá ser, padre? preguntó de súbito á Tranquilo Alain. Esa luz no puede ser el alba que comienza á rayar; además está demasiado sobre Beuzeval.

Tranquilo levantó la cabeza y vió lo que escitaba el asombro de su hijo: veíase sobre Beuzeval un gran resplandor.

—¡Es un incendio! dijo.

Y al mismo tiempo, ya porque se aproximasen mas, ya que el fuego fuese mas intenso, ambos á dos dis-

tinguieron una espesa humareda y puntas de llamas que se elevaban en los aires.

—¡Es un incendio! repitió Tranquilo Alain. Haz servir la vela. La brisa va arceciando, y si activa el fuego, tambien nos hace marchar con mas velocidad. ¡Si será en el palacio! Se vé tanto humo, que estoy enteramente desorientado.

Guardaron silencio por un momento, y Onésimo puso toda su atencion en haer avanzar la lancha.

—Escucha, dijo Alain; están tocando á fuego en la iglesia de Beuzeval. ¡Si no harán mas que percibir el fuego! Aprieta un poco la escota de mesana. Ahí nos viene una ráfaga de viento que nos hara marchar ligeros.

Diez minutos despues entraban en el rio Dive y dirigian su lancha á la playa. Algunas personas, despertadas por el toque de las campanas habian salido de sus casas.

—¡Hay un incendio! dijo Onésimo á los primeros que encontró. ¡Hay un incendio en Beuzeval!

—¿En el palacio?

—No, dijo el pescador; es el molino de tu primo Eloy.

Al oír estas palabras, el padre y el hijo echaron á correr subieron la cuesta, y no tardaron en hallarse cerca del molino, en donde se hallaban ya reunidas treinta personas; pero aunque no faltaba el agua, la confusion de los trabajadores y la violencia del fuego hacian hasta entonces poco eficaces los socorros.

—¿En dónde está mi primo? preguntó Tranquilo.

—Está... está perdido, respondió uno de los presentes.

—¿Está en el molino?

—Si. ¿No le oye usted gritar y pedir socorro?

En efecto, en aquel momento se oía una voz horri-

blemente lastimera que gritaba desde lo alto del molino:

—¡Socorro! ¡auxilio! ¡socorro!

—¡Pero cómo no se salva? El fuego está todavía en la parte de abajo, y aun no ha llegado á donde él está.

—Está quemada la escalera.

—Podría saltar por la ventana; ó á lo menos, ¿por qué no se asoma por ella?

—Se le ha visto asomado un momento, luego ha desaparecido de repente y no se le ha vuelto á oír gritar. Preciso es que esté herido, ó quizás el fuego está mas adelantado por adentro que por afuera.

En este intermedio, Onésimo se habia precipitado diferentes veces á la escalera abrasada, y en todas ellas habia sido rechazado por el humo. La voz del molinero pidió socorro con un acento de desesperacion mas espantosa aun.

—¡Escalas! ¡vengan escalas! gritó Onésimo.

Y al punto se reunieron dos y las ataron juntas con esos nudos que los marineros saben hacer.

Estas dos escalas no llegaban enteramente á la ventana; pero, á pesar de eso, Onésimo se amarró una larga cuerda alrededor del cuerpo, y desde lo alto de la escala, agarrándose con pies y manos, acabó por llegar á la ventana, se izó con fuerza sobrehumana y desapareció en la habitacion.

El molinero cesó de gritar y hubo algunos instantes de espantosa ansiedad. ¿Habian cesado sus gritos al ver que le llegaba el socorro, ó habia caído en las llamas? Y en este caso, ¿cuál era la suerte de Onésimo?

En esta ansiedad pasaron algunos minutos; al cabo de ellos se oyó un gran crujido, y pareció que todo se hundía.

Onésimo apareció á la ventana pálido, pero con los ojos brillantes; pues tenia en sus brazos al molinero

á quien acababa de atar la cuerda que llevara consigo, y de la que habia hecho una especie de sillón.

—¡Un hombre á la escala! gritó.

Tranquillo no quiso permitir á ningun otro el socorro de su hijo.

Este se hizo con su cuerda una *vuelta muerta* alrededor de un madero del interior del molino, para que no pudiese escapársele, luego descendió suavemente á Eloy Alain hasta la escala en la que lo recibió su padre.

—¡Cuidado! gritó Onésimo, pues tiene una pierna rota.

Pasaron de mano en mano al molinero; pero en el momento en que el Arriesgado acababa de entregarlo al mas inmediato, y en que este, puesto igualmente sobre la escala, lo pasaba á otro, la escala dió un crujido y se hizo pedazos.

Los dos hombres que se hallaban en ella fueron rodando por el suelo, pero sin herirse gravemente.

—Pero Onésimo, ¿qué vá á ser de él? exclamó Tranquillo.

Onésimo, así que vió este último accidente, amarró sólidamente la cuerda, y, suspendiéndose de pies y manos, llegó á tierra sin tropiezo; solamente sus cabellos y vestidos estaban chamuscados.

La emocion que habian sentido los espectadores durante el salvamento del molinero, tenia suspendidos los trabajos; y el fuego hacia nuevos progresos mientras trasportaban á Eloy á una de sus cuadras, que no estaban unidas al molino.

Volvieron á los trabajos, y al cabo de algunas horas se hicieron dueños del fuego, que habia destruido la mayor parte del molino.

Eloy Alain no habia percibido el fuego hasta que se sintió medio ahogado por el humo; entonces despertó sobresaltado, y en su turbacion habia caído por una escalera y roto una pierna.

Desde ese momento había quedado en horribles agonias, pues no había podido hacer mas que arrastrarse para alejarse lo mas posible del centro del incendio.

Durante cerca de una hora, nadie había podido acudir á su socorro á pesar de sus gritos.

Todo hace creer que el fuego no había prendido por casualidad en el molino de Eloy; pues la habitacion en que se hacia la cocina y los otros usos domésticos no estaba contigua al molino.

En la mañana de aquel mismo dia había estado á ver al molinero un deudor suyo, y le había pedido un pequeño plazo para el pago de su deuda. Era un padre de familia, y había implorado la compasion de Eloy, pero sin poder ablandarle en lo mas mínimo; de manera que dentro de algunos dias debían vender al infeliz deudor sus ganados y sus aperos, y su mujer é hijos iban á verse reducidos á la mayor miseria; mientras que si Eloy quisiera concederle, con unos réditos moderados, un plazo hasta la cosecha, todo se podía arreglar: él cobraría su deuda, y no se vería toda una familia sumida en la miseria y la desesperacion.

El molinero había estado inflexible, y el deudor había salido de allí amenazándole con la venganza del cielo; y precisamente en la misma noche de ese dia fué cuando se declaró el incendio con espantosa violencia en un edificio en que nunca se hacia fuego. Aun se dijo que á la caída de la noche se había visto á un hombre rondar alrededor del estanquito que servía de presa al molino.

Eloy no tardó en curarse, y manifestó con efusion su gratitud á Onésimo.

—Ciertamente, decía, son unas gentes á quien he hecho grandes servicios; pero no puedo negar que se han mostrado agradecidos, y no contaba mas que con la indulgencia de Dios, cuando vi á Onésimo entrar por la ventana; me pareció verdaderamente que bajaba del cielo. Mi pierna me dolía tanto, que yo no podía

alejarme del fuego, cuyo calor me ehamuscaba el pelo. A él es á quien debo la vida. He perdido mucho; el molino tiene que ser reconstruido enteramente; pero, en fin, el pobre muchacho no podía salvar el molino, aunque hizo bastantes esfuerzos para ello. No soy casado, no tengo hijos, y no digo mas. Por otra parte, nadie tendrá que censurar; Onésimo es mi sobrino.

Como Eloy era rico, tardó muy poco en reconstruir el molino; pero desde entonces, gracias á la intencion que tenia de nombrar á Onésimo su heredero, se creia tanto mas autorizado á que le diesen pescado y á servirse de aquel con cualquier motivo, de suerte que hacia que le pagasen réditos por su gratitud, y estos intereses no eran flojos.

Onésimo, que habia desplegado en el incendio una fuerza sobrehumana, habia recibido un golpe en la cabeza y una quemadura en una mano.

Un mes despues de ese acontecimiento, al ir á salir de la misa en un domingo, y hallándose reunidos todos los vecinos en la iglesia, subió el cura al púlpito y dijo:

—Mis queridos feligreses; entre otros bienes por los que debemos dar gracias á Dios, se las debemos dar por el modo casi milagroso con que ha salvado al molinero de Beuzeval en el incendio que ha devorado su molino. Dios, en los mayores efectos de su voluntad, suele emplear á las mas débiles de sus criaturas para mostrar á los hombres que toda fuerza viene de él. Un jóven (á quien no osamos ya llamar un muchacho desde que ha dado á los hombres semejante ejemplo de valor y sangre fria), es al que Dios ha inspirado su fuerza y su decision. El rey acaba de enviar al señor alcalde de Dive una recompensa para Onésimo Alain: esta recompensa es una medalla de plata en que está grabado el hecho que á ella ha dado lugar. Héla aqui.



Y al mismo tiempo el cura enseñó una medalla atada á una cinta tricolor.

—El señor alcalde, por un sentimiento de piedad ilustrada, ha creído que era en la iglesia donde debía entregarse esta recompensa al que tan bien la ha merecido. Todos nosotros debemos honrar esta condecoración que el generoso jóven debe llevar. Entre los signos de distinción que plugo á los hombres idear, Dios, que solo los distingue por sus virtudes, debe ver con mas predilección aquel que acredita que ha salvado la vida de uno de sus semejantes, mientras que casi todas las otras condecoraciones son dadas en recompensa del mayor número de hombres á quienes han dado muerte los que las obtienen. Si, pues, honramos la condecoración que vá á ser colocada sobre el pecho del que Dios escogió por su instrumento para consumir su obra de misericordia, él mismo sabrá que debe mostrarse digno de la misión que Dios se ha dignado confiarle; sabrá que esta distinción, á sus propios ojos, no debe recordarle tanto lo que ha hecho como lo que debe hacer. Su vida debe consagrarse á las buenas obras y á los actos de abnegación en favor de sus semejantes.

El cura bajó del púlpito, fué á colocarse á la entrada del coro, y allí dijo en alta voz:

—Onésimo Alain, venid á arrodillaros aquí para recibir con humildad una honorífica y gloriosa recompensa.

Onésimo se levantó con el rostro encendido y la vista baja, y con paso incierto fué á ponerse de rodillas delante del cura, quien le dijo:

—La recompensa os intimida mas que el peligro.

Luego le fijó la medalla en el pecho y lo abrazó.

A la salida de la iglesia, todos rodeaban á Onésimo y lo felicitaban.

Los hombres le daban todos la mano como á un

hombre, y las jóvenes se envanecían de saludarle familiarmente.

Berenice, que le daba el brazo para volver á casa, le decía:

—¡Qué llena estoy de orgullo porque eres mi hermano! Y tú, Onésimo, debes estar muy contento.

—Sí, respondió este. Pero ¿por qué no está aquí Pulqueria?

Al día siguiente Onésimo volvió á sus trabajos de costumbre.

La medalla solo la ponía los domingos para ir á la misa, como se lo había recomendado el cura diciéndole:

—No hay que tener una falsa modestia, hijo mío, pues eso no es mas que la vanidad con la hipocresía por añadidura. Tienes el derecho de estar orgulloso con ese distintivo. Así, tráelo los domingos.

Un día se presentó en Dive una mujer, preguntó por la casa del maestro Epifanio de Garandin, se dirigió á ella, tuvo con el maestro una corta conversacion, y luego se instaló en la casa, de cuyo gobierno y direccion se encargó.

En casos necesarios dirigía la escuela, mientras el maestro Epifanio se veía precisado á estar ausente, y aun la dirigía de una manera imponente para los chicos mas rebeldes.

Súpose luego que aquella mujer no era otra que la propia y legitima esposa del maestro Epifanio Garandin, quien la habia dejado y olvidado por descuido hacia bastantes años en la ciudad de Reims, en donde ella habia formado un establecimiento.

Al principio, madama Garandin parecia contenta del abandono de su ingrato esposo, porque su union habia estado siempre llena de agitaciones; pero al cabo de algunos años, el comercio iba mal, y madama Garandin se acordó de que tenia deberes que cumplir y

derechos que ejercer al lado de aquel que la iglesia y la ley habian unido á su suerte.

Como los dos esposos no habian tenido una correspondencia muy seguida, madama Garandin tuvo alguna dificultad en saber á dónde debia ir á entregarse á la práctica de todas las virtudes conyugales; por último, llegó á descubrir á aquel cuya felicidad debia hacer.

El maestro Epifanio, así como no le habia disgustado en otro tiempo el dejar á su mujer, tampoco pareció muy desconsolado de hallarse de nuevo con ella, pues era un hombre inconstante, que veia con placer todo cambio, cualquiera que fuese.

Hacia largo tiempo que era maestro de escuela, y tal vez no habria tardado en consagrar sus talentos á cualquier otra industria, si este nuevo accidente no hubiese venido á dar un poco de variedad á su vida.

Las dos familias que habian pasado el verano precedente en Dive y en Beuzeval, volvieron este año, trayendo consigo á otras dos, y la casualidad trajo tambien otra.

Jamás afluencia semejante habia invadido la playa de Dive, que desde ese momento se habia constituido en una ciudad de baños.

El molinero, que no gustaba despreciar ninguna ocasion de ganar dinero, se hizo una especie de deber de esta ganancia, desde el incendio de su molino. Alquiló á una de dichas familias extranjeras los dos cuartos que componian su habitacion, y él se arregló para dormir en la cuadra; además mandó construir dos cabinas para uso de los bañistas y colocó un poste frente de ellas, con un rótulo que decia:

*Baños de mar naturales.*

Si algunos vecinos de Dive y de Beuzeval poseian,

como decían ellos mismos, el beneficio de la escritura, solo el maestro de escuela hacia una buena letra y casi sabía la ortografía; de manera que era el único que poseía en realidad el talento de la escritura hasta el grado en que esta llena su objeto, que es el de poderse leer.

Por consiguiente había habido que dirigirse á él para escribir el rótulo que anunciaba el establecimiento de Eloy Alain.

Este, para no tener que pagarle, había tratado de persuadirle de que le sería muy ventajoso el presentar de ese modo en buen lugar una muestra de su mas gallarda letra, lo que infaliblemente debía inspirar a los ricos extranjeros que frecuentarian el nuevo establecimiento, la idea de perfeccionarse en el arte de escribir bajo la direccion del maestro Epifanio Garandin.

El maestro no respondió; pero resolvió no atenerse á esa ventaja que no le parecia tan brillante como el molinero queria persuadirle, y se ocupó al instante mismo en crear un establecimiento rival, instalando igualmente dos cabañas con esta inscripcion casi semejante:

### *Baños naturales.*

No había creído deber mencionar, como su concurrente, que se trataba de baños de mar, puesto que esto aparecía con sobrada evidencia de la situacion de los establecimientos.

El molinero, que no estaba acostumbrado á que le resistieran ó se le opusieran en ninguna cosa, se irritó mucho con esta lucha que se empeñaba.

El maestro, á quien jamás había querido prestar dinero, no se hallaba bajo su dependencia.

El molinero mandó hacer una tercera cabaña, ejemplo que fué seguido inmediatamente por el maestro de escuela; pero cuando Eloy Alain mandó hacer la cuarta

cabaña, Epifanio reconoció que la cosa escedía sus fuerzas rentísticas, y como conocía que no era probable quisiese Eloy abrirle un crédito que hubiera sido un auxilio muy poderoso para la suerte del nuevo establecimiento, opinó que no era sobre el terreno de los gastos á donde debia llevar un combate en que se sentia vencido á los primeros golpes.

A Eloy Alain la influencia de los capitales, á Epifanio Garandin el triunfo debido á la inteligencia y á la superioridad de la educacion.

Entre los extranjeros instalados en Dive, habia cierto número de ingleses, y no se tardó en ver un segundo cartel de formidables dimensiones elevarse encima de las cabañas del maestro de escuela, con esta inscripcion:

*Garandin's Bath.*

Este era un golpe diestro; este homenaje tributado á su lengua y á ellos mismos, lisonjeó singularmente á los ingleses, quienes se reunieron con preferencia en los baños dirigidos por madama Garandin.

El molinero calificó al maestro Epifanio de un intrigante, pero este al parecer se cuidó muy poco de su calificacion,

Tardó muy poco en sobrevenir un acontecimiento que era esperado con ansiedad.

Los Fondois llegaron al palacio de Benzeval con Pulqueria y Maria. El palacio habia tomado á pechos el obsequiarlos.

Es'e pobre palacio, viejo, revocado, estucado de nuevo y con mucha torpeza, estaba cambiado hasta el punto que no era conocido, pues de una buena casa antigua, sencilla y pintoresca que era, se habia convertido por sus dueños en una con un aire de pretensiones ridiculas, que la hacian parecer á un endomingado.

Desde el día siguiente á su llegada, Pulqueria se levantaba muy de madrugada para ver si sus parientes habian cometido alguna falta capital. Hizo reformar ciertas cosas, mandó añadir otras, pero en conjunto se manifestó satisfecha.

Estaba bastante embarazada á causa de sus amigos de Dive, que no podian ignorar su llegada, y á quienes no podia prescindir de visitar, pues si bienies conservaba un afecto verdadero, ignoraba si María y los Fondois se verian con placer comprometidos en una intimidad con unos paisanos como la familia Alain.

En esta incertidumbre tomó el partido de ir sola una mañana clandestinamente á hacer la visita que debía y queria hacer.

Aunque habia preparado un poco la cosa en sus conversaciones con María, no habia querido tomar á su cargo el decir que hasta la edad de once años habia sido una de las hijas de Pelagia y de Tranquilo, y que solo una casualidad la habia librado de ser una *blondista* como Berenice, contentándose con decir que Pelagia Alain habia sido su nodriza y Berenice su hermana de leche.

A pesar de estas preparaciones, creia que la familiaridad de los hijos y el afecto un poco mezclado de autoridad de los padres podrian parecer una cosa extravagante á su amiga de San Dionisio; y para evitarlo, abrió muy temprano la puerta sin hacer ruido, bajó al jardin, iba ya á pasar la reja cuando se halló completamente sorprendida de encontrar allí á Maria, que habiendo despertado hacia largo rato y no habiendo perdido aun completamente los hábitos de San Dionisio, se estaba paseando por entre los árboles.

Pulqueria, preocupada de su visita clandestina, no vió á Maria al principio, y quedó muy asombrada cuando esta, cogiéndola por el brazo, le dijo:

—¡Hola! ¿A dónde bueno tan de madrugada, hermosa castellana? ¿Os aguarda algun caballero con un

alazan enjaezado para arrebatarnos de la tiranía de un tutor bárbaro que no quiere entregarnos á sus amores? ¿Por qué dejais tan disimuladamente vuestra morada?

Pulqueria, un poco atónita al principio, se decidió á confesar que iba á ver á su nodriza; que eran unas gentes excelentes, unos *corazones de oro*, pero unos verdaderos paisanos, pescadores sin educacion, escepto la hija Berenice, la cual, habiendo aprendido á leer casi de corrido y á escribir sin ortografia, pasaba en la familia por una especie de fenómeno y era un oráculo. Añadió que estaba persuadida de que las ternezas un tanto familiares y la estrepitosa alegría de aquella gente honrada no tendrían ningun atractivo para la señorita Fondois, y se proponía no hacerla presenciarlas.

María, por el contrario, pretendió que viajaba por observar é instruirse, y quería estudiar las costumbres de los naturales del país; que cuanto mas diferentes fuesen de lo que veía de ordinario, tanto mas interesante y agradable sería ese estudio; que si algo deseaba en el mundo, era que la familia Alain se compusiese esclusivamente de salvajes, y que exigía que Pulqueria la llevase á la visita que quería hacerle.

Pulqueria quedó embarazada y disgustada á la vez de haber hablado de sus amigos en un tono medio ligero que autorizaba el tono enteramente ligero de María.

Estaba persuadida de que la familia Alain no esperaba un aire de proteccion de su parte ni de la persona que ella presentase como su amiga; sabía que Onésimo y Berenice creerían deber vivir con ella en la misma familiaridad de otro tiempo, y casi estaba segura de que María recibiría desde luego mal esa familiaridad, si se dirigía á ella, y que ella misma se

rebajaría en su opinion si no sabia conducirse de otro modo.

Por consiguiente trató de diferir su visita hasta mejor ocasion, pero María insistió, y su misma amiga comprendia que se habia retardado ya demasiado, y que esta tardanza debia haber contristado mucho el corazon de sus amigos.

Las dos jóvenes tomaron sus sombreros de paja y salieron del palacio de Beuzeval.

Cuando llamaron á la puerta de la casa de Tranquilo, estaba la familia hablando de ellas.

El Arriesgado y su hijo acababan de llegar de la pesca y estaban sentados á una mesa en que habia una buena cazuela de sopa, sin haber sacado aun su zagalejo ni sus botas y pantalones de pesca.

—Por lo demás, la mañana está buena, habia dicho Alain algunos momentos antes, y Pulqueria no ha venido aun á vernos.

—Preciso es que esté enferma, respondió Pelagia. Voy á enviar á Berenice al palacio.

—Mira, mujer, hay que andarse con cuidado; es preciso no hacernos importunos. Pulqueria se ha hecho una señorita, y nosotros debemos aguardarla. ¿Debemos ser orgullosos nosotros que somos unos pobres?

—¡Oh! exclamó Pelagia con mucha dulzura; Pulqueria no puede prescindir de ser nuestra hija.

Onésimo no decia una palabra, pero su corazon estaba muy mortificado, pues se habia prometido que Pulqueria, así que llegase, apenas se detendria en abrazar á los Malais é iria corriendo como una corcilla hasta la cabaña de Dive, porque, decia, los Malais no son mas que sus parientes de dinero, y nosotros lo somos de corazon.

Berenice decia:



—Pulqueria và á venir y ya nos lo explicará todo.

En este momento entraron en la cabaña Pulqueria y Maria, y un grito de alegría resonó en toda la pobre casa que hizo estremecerse á todos de gozo.

Pulqueria olvidó á Maria y se arrojó á los brazos de Pelagia y Berenice, en seguida corrió á los de Tranquilo, que la besó en las dos mejillas; Onésimo iba á hacer lo mismo, pero le contuvo la presencia de Maria, y además era tanto lo que habia cambiado Pulqueria, á quien no habia vuelto á ver desde que marchara de Dive, que se intimidó y solo hizo con torpeza una reverencia de que era deudor á las lecciones del maestro Epifanio, su profesor de bellos modales.

—¿Qué es eso? dijo el Arriesgado. ¡Parece que no te atreves á besar á Pulqueria! Vamos, bésale tú á él, Pulqueria; besa a tu hermano.

Pulqueria no se atrevió á desobedecer la orden de Tranquilo, y fué á presentar sus dos mejillas á Onésimo, el cual les aplicó un pobre beso tan tímido, que apenas las rozó con sus labios.

Entonces Pulqueria pensó en Maria, y dijo Pelagia:

—Esta señorita es mi amiga; es la señorita de Fondois.

—¿Es Maria? preguntó Berenice; entonces somos tambien amigas, y bien puedo abrazarte.

Este tuteo y este abrazo sofocaron un poco á Maria, la cual se mantuvo seria, y manifestó cierta extrañeza.

—¡Y bien! ¿No os sentais? dijo Tranquilo. Puede que Pulqueria esté embarazada aqui.

Estas palabras escitaron una risa franca en la familia, que redobló aun cuando Tranquilo, viendo el buen éxito de su gracejo, añadió:

—¡Diantre! Cuando uno se halla entre estraños, cuando no está en su propia casa y no conoce á las personas...

María se sosegó un poco y se iba acostumbrando á las gentes de la cabaña, que se extasiaban al ver su linda cara y la blancura de sus manos.

—¡Y tambien Pulqueria tiene ahora las manos muy blancas! decia Pelagia. ¡Qué hermosas son las dos!

Berenice se acercó á Pulqueria, y no volvió á tomarse ninguna familiaridad con María.

Las dos señoritas dijeron que se habian escabullido sin decir nada, porque Pulqueria no queria tardar mas tiempo en ver á sus amigos, y que debian volverse en seguida á fin de no causar ninguna inquietud.

Prometieron volver pronto, tanto mas cuanto que debian tomar baños de mar, y rogaron mucho á Onésimo que les prometiese pasearlas entonces por la mar en la lancha.

—La lancha es tu ahijada, dijo Pelagia, y cuanto hay en casa es tuyo como de los demás.

Pulqueria volvió á abrazar á Pelagia y á Berenice.

Tranquilo le tomó la cabeza entre las manos y estampó un fuerie beso en su frente.

Onésimo no se atrevía á besarla é iba ya á ensayar otra vez sus famosas reverencias, cuando se detuvo á una mirada de su padre.

Entonces se adelantó hácia Pulqueria, pero esta le dió la mano á la inglesa, cosa que le dejó bastante cortado.

Berenice dijo á Maria:

—Adios, señorita, hasta otra vista.

Les preguntaron si querian echar un trago de sidra, pero ellas lo rehusaron y salieron para Beuzeval.

Los habitantes de la cabaña evitaron el comunicarse sus impresiones.

Tranquilo se puso un poco brusco y regañon: Beniece tomó la labor; Pelagia se entregó á los quehaceres caseros, y Onésimo, con pretexto de quedarse solo, se fué á limpiar la lancha.

---

## CAPÍTULO XII.

---

Vamos á dejar por un poco de tiempo las orillas de la mar á fin de hacer conocimiento con otros actores de esta historia que aun no se han presentado en ella. Pero antes es preciso que yo dé aquí una especie de retrato de las jóvenes que ya conocemos. María era pequeña, delicada y rubia: su belleza consistía principalmente en su juventud y frescura; sus ojos rasgados en forma de almendra, como suele decirse, no tenían una espresion bien marcada. Pulqueria tenía el pelo castaño oscuro, era alta y admirablemente contorneada; su talle era flexible y rico, sus miembros fuertes y finos; su voz un poco baja, tenía un canto simpático que no se podia definir, mientras que la de María, que habia dejado en San Dionisio fama de cantarina, era una voz de soprano un poco aguda.

*«Mr. Ernesto de Fondois al conde Urbano de Morville.»*

«Sois mi deudor, mi querido Urbano, pues recordareis nuestra apuesta con motivo de Madrid. Y bien, habiamos convenido en que el que perdiese estaria á la completa discrecion del otro por espacio de ocho dias, y tendria que encargarse á sus espensas de la entera felicidad de su afortunado vencedor durante una semana, sin poder oponer la mas ligera objecion á nada. Ha llegado el momento de pagarme esta deuda. Me place disfrutar desde este momento de mis ocho dias de felicidad; por consiguiente venid á dispensármelos. Quiero partir en una silla de posta, y en el momento de la partida os diré á dónde. Necesito un amigo alegre y chistoso; así, arreglaos para serlo. Tomad mucho dinero, porque pienso no privarme de nada. Tendré un correo para hacer preparar los relevos; y doy tres francos de agujetas á los postillones porque me gusta caminar muy aceleradamente. Salgo mañana á medio dia. Encargareis en el café de Paris un almuerzo para seis personas. La silla de posta irá á tomarnos allí, despues de haber recogido mis bagajes en mi casa. Quiero el mejor vino de Chipre helado. No llevo ningun criado. Adios.»

»ERNESTO DE FONDOIS.»

Ernesto de Fondois no era otro que el primo de Maria. No recibió ninguna respuesta del conde de Morville, pero mandó á su criado que hiciese pronto su maleta, diciéndole que vendria á recogerla una silla de posta, y se fué en traje de camino al café de Paris, á donde habia citado á cuatro amigos que habian sido testigos de su apuesta con Morville. Cuando llegó

á las once, le estaban aguardando para sentarse á la mesa.

Mr. de Morville, igualmente en traje de camino, se hallaba con los otros cuatro convidados: las botellas de vino de Chipre estaban metidas en hielo. Se sirvieron las otras, y Morville no hizo la menor alusión á la apuesta, contentándose con una puntual exactitud.

A las doce menos cuarto estaba ya la silla de posta delante del café; á las doce y media, Morville y Ernesto se despidieron de sus amigos, y solo entonces cuando el postillon estaba ya á caballo, dijo Ernesto:

—Camino de Normandía.

El postillon chasqueó su látigo, y los caballos arancaron al galope.

—Querria cigarros, dijo Ernesto.

Urbano, sin responder, sacó de una bolsa del coche un cajon lleno de escelentes cigarros habanos, echó lumbres y presentó fuego á Ernesto. Ambos salieron de Paris sin dirigirse una palabra, y solo al encender su segundo cigarro se dignó Ernesto hablar á su esclavo.

—Vamos á un sitio en donde nunca he estado y que no conozco, á Beuzeval... debe ser algun pueblo sobre el camino de Caen que indudablemente está á la orilla del mar, puesto que voy allí á tomar baños... Pero decidme, Urbano, cuánto dais de agujelas á este tuno de postillon que tan mal nos lleva?

—Me habeis dicho que le diera tres francos.

—Entonces dadle cuatro, porque quiero ir ligero.

—Postillon, marche usted mas ligero, y le daré cuatro francos.

—Mejor es. Os decia pues que iba á tomar baños de mar; tengo en ese pueblo una respetable fraccion de mi familia, inclusa una adorable primita de diez y seis años de quien estoy perdidamente enamorado, y

trato de pasar dos meses á su lado. Sus padres, á lo que creo, nada tienen contra los resultados probables de la pasión que su hija me ha inspirado, y no les disgustará el verme. Solo que como están en no sé qué palacio, en casa de unos medio amigos suyos á quienes conozco poco ó nada, me es precisa vuestra sociedad durante los primeros días de mi instalación.

—¿Con que os pensais casar, Ernesto?

—No pienso en nada absolutamente; solamente estoy enamorado de mi primita.

—Pero pensad razonablemente...

—Os prohibo seriamente el turbar con semejantes adverbios los ocho días de felicidad que me debéis. Hasta este momento os he hallado fiel á vuestros deberes, y espero á vuestra vuelta á París poder dar una cuenta honrosa para vos de vuestra conducta.

En este momento eran las tres. Ernesto miró al camino, y lo halló enteramente desierto, pues no se descubria ninguna casa en todo lo que alcanzaba la vista. Sonrió ligeramente y dijo:

—Tengo hambre.

Urbano ordenó al postillon que se parara, y sacó de un cofre del carruaje un perdigon y una botella de vino de Madera, y además de un hermoso neceser de camino, todo lo que era útil para comer.

—¿Almorzaré yo tambien?

—Sin duda que sí: estoy satisfecho de vos, pues creia embarazaros.

—¡Por tan poca cosa!

Despues de comer y beber echaron á andar. Al caer la noche comieron.

Urbano habia llevado con qué suplir la insuficiencia de la posada. Los dos amigos pasaron el tiempo entre la comida y la hora de acostarse tomando ponche y fumando.

.....

La lucha entre los baños de Dive y los de Beuzeval era encarnizada. Si el molinero tenía mas dinero, el maestro tenía mas imaginación y audacia. Las dos mujeres que dirigían los baños rivales, la señora Garandin y la criada del molinero, se convirtieron en poco tiempo en enemigas mortales. Los Malais se bañaban en el establecimiento de la señora Garandin, pues Mr. Malais temía mucho al molinero y sus rencorosos sarcasmos, y el corto número de personas extrañas á nuestra historia que se habían instalado á orillas del mar, se repartían al acaso entre ambos establecimientos.

Una estacada separaba el uno del otro, pero cada una de las dos mujeres pretendía que sus baños eran infinitamente superiores á los de su competidora.

—El sol sale para todo el mundo, decía Desideria, la criada del molinero, arreglando su gorro de algodón, espantoso tocado de las mujeres normandas en los días de trabajo. Los baños de la señora Epifania no valen un comino; primeramente no son de mar, son del Dive. La gente viene á tomar baños de mar, y se los hacen tomar de agua dulce.

—No me gusta decir mal de nadie, decía la señora Garandin; pero la playa de esa pobre Desideria no es mas que piedras, guijarros y conchas que cortan los pies de las personas; además, cuando la gente de tono vá á alguna parte, no le gusta ir á otra; en mi establecimiento todos son ingleses, toda es gente de tono.

—A Dios gracias, decía Desideria, á nuestros baños no vienen ingleses, y de ese modo no se oye ese guirigay que hablan delante de los demás y que ellos aparentan comprender entre sí, aunque me consta que cuando nadie los oye y quieren comprenderse se ponen á hablar francés como todo el mundo. Gentes que son tan orgullosas y poco afables, que se diría que son de otra especie que los otros hombres.



Verdad es que el entusiasmo que la señora Garandín profesaba á los ingleses, lo habia adquirido en sus peregrinaciones, porque en Normandía, si escitan aun la avidez y por consiguiente el respeto exterior del habitante de las ciudades y de los paisanos á causa de su antigua fama de riqueza y libertad, muy disminuida hoy, el pescador y el marino los considera de muy distinto modo.

El pescador es mucho mas pobre que el labrador, pero es animoso, desinteresado, orgulloso de su pais, servicial y al mismo tiempo independiente, y nada en el mundo le hará separar su vista de la mar, cuando no está en ella, con tal que tenga que comer para veinticuatro horas.

El labrador se hace poco á poco propietario; es regidor, alcalde, mayordomo de fábrica y sobre todo es rico; come bien y bebe mejor.

El pescador no tiene ni es jamás nada; pero si no sabe leer como el labrador, tiene el espíritu mas elevado, mas vivo y pintoresco.

La contemplacion del Océano es toda una educacion: el pescador no querria cambiar su vida y condicion por la del labrador.

Los pescadores son los que forman é imponen su lengua.

A veinte leguas de tierra adentro se dice *amarrar* por atar, tener *viento aproado* por tener mala suerte, *ponerlo todo afuera*, *caer á sotavento*, por no acertar, *mantenerse á la ancla ó á la vela* contra la marea, luchar sin desventaja, etc.

Si un pescador quiere humillar á otro pescador, le llama *pastor* ó paisano.

Una vez por semana, cuando menos, se cuenta una historia que siempre hace reir igualmente, y si el que acaba de contarla la oye repetir por otro al cabo de media hora, se rie cual si la oyera por la primera vez.

La historia se refiere á un paisano, á un *pastor* que vá á la mar, que se hace pescador. El pescador tiende sus redes, y para hallarlas toma sus marcas y balizas.

Por ejemplo, se ven algunos árboles de la granja de Pablo Fremoni por encima de la casa de las señales; ¡pues bien! para ver á la mañana siguiente los árboles de Pablo Fremoni por encima de las señales, necesita colocarse precisamente en el mismo punto de la mar en que se hallaba el día anterior; pero el *pastor* vé una vaca paciendo en la costa, y no conoce mas que eso; toma la vaca por baliza, echa sus redes y se marcha; pero el día siguiente la vaca ha cambiado de sitio, y él no puede dar con sus redes.

Cuando un pescador está triste, no tiene mas que contarse á sí mismo esta historia, y se echa á reir.

En un pueblecito de pescadores no hay mas que tres ó cuatro chistes por este estilo que se repiten todos los días, y que bastan á escitar la risa de generacion en generacion.

Por consiguiente, el marinero, el pescador no ama á los ingleses.

Cuando un buque inglés está en peligro, el pescador se pone singularmente contento, sobre todo si el peligro fué originado por una torpeza ó una mala maniobra.

—¡Oh, qué *holgazanes!* ¡Oh, qué *pastores!* ¡Van á tomar por *avante!*

—Calla, no digas nada.

—Vá á dejar de virar.

—Es verdad, ha dejado de virar. Espera un poco que vuelva al viento.

—¡Ah! ¡lindamente! ¡no toma mal el viento! Allí lo tienes sobre las rocas, sobre la piedra de Juan Beaufls.

—No es allí donde se reventará; la piedra de Juan Beaufile lo ha perdonado, pero la pesquera de almejas no lo perdonará.

Luego, cuando sus votos son oídos, cuando el buque inglés naufraga, cuando la mar barre el puente y lo demuele tabla por tabla, esos mismos hombres que nada deseaban más que destrucción, se precipitan á porfía en sus débiles launchas para ir á arrostrar el peligro que han deseado á sus enemigos, corren los más espantosos riesgos por salvarlos, y aun perecen á veces con ellos.

Volvamos á Desideria y á la señora Garandin.

Estas dos mujeres no se limitaban á hablar mal de sus establecimientos respectivos, pues no se guardaban la menor consideración una con otra, y además atacaban y abrumaban con sus desprecios á sus respectivos parroquianos.

—El sol sale para todos, decía la señora Garandin; pero ya se sabe quién es Desideria, la criada que hace todos los negocios del molinero.

—La señora Epifania, decía la otra, la mujer que no hace nada del maestro.

La casualidad hizo que nuestros dos viajeros se hospedasen en casa del molinero, y como era natural, se bañaban en su establecimiento.

Así la señora Garandin declaró que no eran gran cosa, que eran gente de poco pelo, unos comisionados viajeros cuando más.

Por su parte, los dos amigos hicieron algunas preguntas á Desideria, y Ernesto le pidió noticias sobre los Malais.

—Son unos ganaderos, respondió Desideria.

—¿Entonces hay muchos Malais? replicó Ernesto. Los Malais de quienes hablo son personas de distinción, que habitan un palacio y se llaman Malais de Beuzeval.

—Los Malais son ganaderos de padres á hijos hace

doscientos años, repuso Desideria. El sol sale para todos, pero en cuanto á los Malais de hoy, brilla mucho para ellos. Son gentes que tienen dinero, un palacio, que la echan de señores, que se hacen llamar de Beuzeval. También á mí, cuando voy á Dive, me llaman Desideria de Beuzeval, porque hay una Desideria en Dive que ha tenido un amante que se ahogó hace cuatro años en la pesca de la ballena; pero eso no impide que sean unos ganaderos. Son gentes que se bañan en el establecimiento de la señora Epifania.

Los dos amigos se sonrieron, pues estas últimas palabras les explicaban el motivo de las noticias desfavorables que Desideria les daba sobre los Malais.

—¿Deben tener algunos amigos en su casa? continuó Ernesto.

—Si, respondió Desideria, tienen á un viejo y su mujer, si es que están casados, porque al cabo yo no he visto su fé de casados ni he asistido á su boda. Esos deben ser también ganaderos.

—¿No está con ellos una jóven?

—Si, una jóven que no tiene nada de guapa, y que es atrevida como un paje. Al cabo en el establecimiento de la señora Epifania no hay mas que gente tuna. Como la sobrina de los Malais, que primero andaba corriendo aquí por la playa con los hijos del Arriesgado, descalza de pié y pierna, y toda curtida, y luego se ha estado en Paris, y se ha vuelto hecha una señorita y con humos de duquesa. Pues no deja de ser la sobrina de unos ganaderos.

Ese mismo dia Mr. de Fondois dijo á su mujer y á su hija:

—Os aseguro que he visto á Ernesto: está aquí.

—¿En verdad? replicó Maria con un aire de admiración.

—Está con un amigo suyo, con el conde Urbano de Morville.

—¿Estás bien seguro de que es Ernesto? preguntó madama de Fondois.

Hicieron algunas preguntas á la señora Garandin; le preguntaron si habian llegado nuevos viajeros, algun extranjero, y esta respondió:

—Sí, hay dos jóvenes en casa del molinero. No me gusta hablar mal de nadie, pero no importa, me parecen gente tuna; traen unas gorras que no se ven en ninguna parte, y tienen trazas de unos intrigantes.

Algunos dias despues, se encontraron en los limites de los establecimientos, y aunque los Fondois no querian parecer que hacian demasiados avances á un sobrino que aun no se habia declarado, este dijo sonriendo que, habiéndosele ordenado baños de mar, no habia vacilado en escoger un punto en donde sabia que debia encontrarlos. Dicho esto, les presentó á su amigo. Mr. de Beuzeval se mostró muy obsequioso con ambos, porque contaba con dos personas mas para admirar las recientes magnificencias de su palacio, y los invitó á comer en su casa el dia siguiente, que era domingo, diciendo con una urbanidad de buen corazon.

—Os invito para la primera comida; en cuanto á las siguientes vendreis cuando os agrade, pues se pondrá vuestro cubierto. ¿Piensa permanecer aqui algun tiempo vuestro amigo?

—Permanecerá aun tres dias, porque lo quie o yo, en seguida recobrará sus derechos de hombre libre.

Sobre estas últimas palabras se pidieron algunas explicaciones, y Ernesto contó la apuesta que habia ganado, y que tan magnificamente pagaba el joven conde. Como el sol mortificaba un poco á las damas, Ernesto dijo á su amigo:

—Es preciso que mañana tengamos aqui una tienda de campaña.

Luego convinieron en reunirse el dia siguiente, y en que despues del baño irian todos juntos al palacio á comer.

Entre tanto, Berenice se sentía embarazada entre Pulqueria y la señorita de Fondois, porque ambas hablaban delante de la pobre muchacha de cosas y de personas que la eran desconocidas, y si bien de vez en cuando se esforzaban en interesarse en la mar, en la pesca ó en la blonda, Berenice conocía que lo hacían por complacencia, y buscaba un pretexto para ausentarse. Aun se sentía mucho mas embarazada cuando se reunían en la playa para tomar los baños; así, evitaba el presentarse allí á las horas del baño, lo cual dió motivo á que Pelagia le dijese un dia:

—¿Acaso no se porta bien contigo Pulqueria, que no vas nunca á reunirte con ella?

—Al contrario, respondió Berenice, pero cuando estoy con esas señoritas la blonda no adelanta.

---

## CAPÍTULO XIII.

---

Onésimo aguardaba el domingo con impaciencia, porque, siguiendo el consejo de Berenice y del maestro Epifanio, se había mandado hacer un vestido al estilo de la ciudad; una larga levita azul que casi le arrastraba, botas muy lustrosas con puntas redondas, un sombrero redondo de pelo muy largo que tenía siempre encasquetado, y guantes verdes. En un ojal de la levita llevaba su medalla colgando de la cinta tricolor: además llevaba en la mano un paraguas, prenda que es en los marinos señal de grande lujo. Fué á misa con Pelagia, Tranquilo y Berenice. La familia Malais estaba en la iglesia en su banco con la señora de Fondois y su hija. A la salida de la iglesia, Onésimo, á pesar de los tirones que le daba Berenice, aguardó á la puerta á que saliese la familia, y entonces hizo puntualmente su reverencia conforme á las lecciones del maestro Epifanio; luego fué saludando á cada uno por su nombre.

—Os saludo, Sr. Malais, dijo. Buenos días, madama Malais. Buenos días, Pulqueria Buenos días, madama... ¿Cómo se llama esta dama? preguntó á Berenice. Y satisfecha esta pregunta añadió: buenos días, madama Fondois y señorita Fondois. Hoy tenemos un tiempo escelente.

—Muy escelente, Onésimo. Vamos á aprovecharnos de él para almorzar, mudar de traje y bajar á orillas de la mar para aguardar la hora del baño.

—¿Quieren ustedes, señoritas, pasearse dentro de un rato en una lancha!

—Con mucho gusto, nos dará usted un placer muy grande.

—La lancha está ya preparada.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Como al volverse se hallasen Berenice y Onésimo muy cerquita uno de otro, aquella dijo á su hermano:

—Ya ves, Onésimo; si fueses razonable no pensarías mas en Pulqueria.

—¿Y por qué no habia de pensar?

—Ya ves que está muy cambiada.

—¿Acaso la hallas menos hermosa?

—Ciertamente que no.

—Pues bien, supuesto que si ha cambiado ha sido haciéndose mas hermosa, no es una razon para no volver á pensar en ella; al contrario...

—No es eso lo que quiero decirte... Por ejemplo, ¿te atreverias ahora á charlar con ella?

—De seguro que me atreveria. La otra vez, cuando ella vino, estuve un poco embarazado, porque me cogió de sorpresa, y eso me hizo un efecto... además, entonces traia yo mi ropa de pesca; pero ahora me parece que estoy tan bien vestido como el primero y que puedo hablar á todo el mundo.



Berenice no replicó, porque habia creído hallar á su hermano mas dispuesto á oír la verdad.

Onésimo fué á pasearse por la playa. Se comenzaban á bañar, pero aun no habian llegado los Fondoís ni los Malais.

Segun las órdenes de Ernesto, estaba montada desde la madrugada una hermosa tienda, con elegantes aunque sencillos muebles en el interior.

Ernesto y el conde fumaban conversando sabrosamente; Onésimo fué primero á hablar con la señora Garandin que le hizo observaciones poco corteses sobre las personas que se bañaban en el establecimiento de Desideria.

—Tal mujer es demasiado delgada, decia, tal otra habla con demasiada desenvoltura con los hombres: me alegro muchísimo de no tener gente de ese jaez.

—¿Y qué viene á ser esa tienda, señora Garandin?

—La han hecho montar esta mañana en el establecimiento de Desideria unos bañistas, unos comediantes, segun dicen: será para representar en ella sus farsas.

Onésimo se fué á examinar la tienda, y sus galas ridículas escitaron la atencion de los dos parisienses.

—¿Es usted del pueblo? le preguntó Ernesto.

—Sí, señor, respondió Onésimo.

—Disimule usted; al verlo vestido á la moda de Paris, lo creí un extranjero.

—¿Qué quiere usted, caballero? Preciso es que uno se ponga un poco decente los domingos: los demás dias de la semana tiene uno que traer su ropa de trabajo.

—Está muy puesto en el orden. ¿Fuma usted?

—Sí, señor.

—¿Me permite usted ofrecerle un cigarro?

—Es demasiada bondad de vuestra parte para que yo lo rehuse.

Onésimo aceptó el cigarro que le ofrecían, lo encendió al revés, y lo fumó dando terribles chupetadas.

—¿Cómo lo halla usted?

—Es un *cigarro bastante bueno*, pero prefiero mi bufarda.

—¿A qué llama usted su bufarda? preguntó el conde.

—A mi pipa, que es esta.

Y diciendo esto sacó de su bolsillo una pipa corta y negra que se puso á limpiar mientras hablaba.

—Es muy linda esa pipa.

—Linda no es la palabra que le cuadra, pero hace su uso.

—¿Es usted el alcalde ó el guardabosque? preguntó el conde.

—No, señor, no tengo ese honor; soy pescador.

—Muy bien. ¿Tendrá usted la bondad de darme las señas de su sombrero?

—¿Y para qué?

—Porque trae usted un sombrero lindísimo, y estoy resuelto á comprarme otro igual. No me pararé en el precio, pues deseo tener uno á toda costa.

—No podré, caballero, decir su nombre. Lo único que puedo decir es que lo he comprado en *Hennequeville*; detrás de *Trouville*, y no creo que haya dos sombreros en *Hennequeville*.

—Le doy á usted infinitas gracias.

—No hay por qué dármelas.

Onésimo arrojó la punta de su cigarro, sacó una bolsa de albastros llena de tabaco, llenó su pipa y pidió fuego al conde.

En aquel momento se presentaron las dos familias del palacio.

—Conde, aquí tenemos nuestra gente, dijo Ernesto.

—¡Ah! Ahí viene también Pulqueria, dijo Onésimo.

—¿Cómo la llama usted?

—Pulqueria.

Después de cambiar las saluciones ordinarias, los Malais recibieron la de Onésimo con una indulgencia protectora.

—¿Cuál de ustedes dos, señoritas, se llama Pulqueria, preguntó el conde pronunciando este nombre como lo había pronunciado Onésimo.

—A mí es a quien dan ese nombre en el pueblo, en donde he sido criada, caballero...

Entraron en la tienda, y Onésimo entró como los demás, sin aguardar a que lo invitasen; hablaron allí algunos instantes, luego se separaron para bañarse. Onésimo preguntó a Pulqueria si quería ir en la lancha después del baño, y habiéndole respondido afirmativamente, se fué a preparar la lancha, advirtiéndole fuese con *su sociedad* al lado de su casa.

Mr. Malais fué el único que acompañó a las dos parejas de jóvenes.

Pulqueria entró en la casa para abrazar a Pelagia, y preguntó a Berenice si no iba con ellos.

Berenice vaciló al principio, pero acabó por ceder.

—Ya somos siete, dijo Onésimo, *arrimémonos* bien, y luego que cada uno permanezca quieto en su puesto.

Ernesto se halló al lado de su prima, Pulqueria entre Berenice y Mr. Malais; el conde, sentado en la punta de la proa, detrás de Onésimo que remaba, y bajaron el Dive, fijando el conde en Pulqueria miradas que la embarazaban, aunque sin serle desagradables.

Cuando desembocaron del río, Onésimo izó la vela, y entonces fué preciso cambiar de puesto, para tener la escota de la vela y gobernar la lancha, a cuyo efecto

rogó á Mr. Malais que se sentase delante. Corria un vientecillo Sudeste que hacia deslizarse la lancha sin ninguna sacudida.

Ernesto preguntó repetidas veces á Maria si no se mareaba, y el conde hizo la misma pregunta á Pulqueria.

Onésimo respondió por esta:

—¡Pulqueria marearse! Gracioso seria eso. ¡Acaso los peces y las gaviotas se marean! Hola, caballero, el de la proa, el que trae una cinta blanca y encarnada en el fraque: es preciso incomodaros una brizna, porque vamos á *izar* el foque para orzar un poco mas; porque sino iriamos á cenar á Caen. Cargad la driza de foque.

—Querido mio, dijo el conde, lo confieso, no sé qué es un foque ni una driza, y por lo mismo no podré ejecutar mas que la primera parte de su mandato que es el incomodarme cuantas briznas usted quiera.

—Pulqueria, enseña á ese caballero lo que es el foque y la brizna. Cuando *enganchávais* á Pulqueria al venir á la lancha, ignorábais que era ella tan capaz de conducirla como yo.

Pulqueria se puso muy sonrosada, pero no por eso dejó de ejecutar la pequeña maniobra mandada por Onésimo.

—¡Bravo! gritó el conde; pero dígame usted, añadió dirigiéndose á Onésimo, ¿á qué llama usted *enganchar*?

—Llamo enganchar cuando uno se agarra á otro para pasarse juntos; cuando una mujer hace una especie de semillave en el brazo de un hombre para platicar con él mientras marchan. Dime, Pulqueria, ¿te acuerdas de la noche que pasamos en la mar los dos solos, el dia del bautismo de nuestra ahijada?

—¿Luego usted es padrino con la señorita? preguntó el conde, que se explicaba dificilmente la familiaridad de Onésimo.

—Si, señor, y en prueba de ello, nuestra ahijada es la que tiene el honor de llevarnos en este momento.

Berenice, que percibía la ironía del lenguaje del conde para con Onésimo, venció su timidez para decir:

—El padrino y la madrina tenían entonces doce años. La señorita Pulqueria quiso probar la lancha que se acababa de bautizar, y como Onésimo no deseaba otra cosa, se embarcaron, y lo hicieron tan bien que hasta la mañana siguiente bastante tarde no se les pudo hallar, y eso medio muertos de hambre y de frío, especialmente Onésimo, que se había sacado toda su ropa para abrigar con ella á Pulqueria.

Mr. Malais conoció que era preciso explicar aquella vida comun con los pescadores que había llevado Pulqueria.

Contó que su hermano, habiendo quedado viudo, la había dado á criar á Pelagia Alain, y que, teniendo la niña una salud delicada, y en atención á la solicitud que en su obsequio inspiraba la muerte tan prematura de su madre, la habían dejado criarse en casa de su madre de leche, hasta que, seguros ya en todos conceptos acerca de su salud, se creyó que se podía principiar á darle una educacion.

Pulqueria quedó encantada de esta explicacion, pues el tuteo obstinado de Onésimo la mortificaba, y temía que el conde le diese alguna interpretacion desfavorable á su origen.

Este último, por su parte, sentía contra Onésimo una especie de impaciencia, y además no le disgustaba mostrar la agudeza que creía poseer, burlándose del pobre pescador.

—¿El Sr. Onésimo no trae ya el sombrero majo que traía hace poco? dijo.

—No, señor; tampoco traigo mi levita ni mi panta-

lon de los domingos, porque la ropa buena no duraría mucho en la mar.

—¿Entonces habrá usted guardado su moneda en el bolsillo?

—¿Qué moneda, caballero?

—La moneda de cinco francos que traía usted colgando del ojal.

—No es una moneda de cinco francos, respondió Onésimo, quien no percibía la broma á causa de la formalidad aparente del conde.

Pero Berenice, con su tacto femenino, volvió á tomar la palabra y refirió la bella accion de su hermano y la ceremonia que habia tenido lugar para darle la medalla de salvamento.

Luego dijo en voz baja á Pulqueria:

—Ya ves, Pulqueria, que se están burlando de Onésimo, y tú no debes sufrirlo.

Cuando Pulqueria iba á responder, Onésimo dijo al conde sin la menor intencion epigramática:

—¿Y qué cosa es esa cinta que vos traeis?

—Es una condecoracion de España, respondió el conde ruborizándose un poco.

—¿Servís acaso en ese pais?

—No.

—¡Ah!... ¿Entonces por qué os la han dado?

—Porque es primo de un agregado á la embajada de España, dijo Ernesto.

El conde respondió con una sonrisa forzada, y se apresuró á cambiar una conversacion que se iba haciendo embarazosa.

María estaba un poco pálida. Pulqueria le preguntó si se sentia mal, á lo que aquella respondió que sentia vértigos; con lo cual, viraron de bordo, y no tardaron en volver á Dive y desembarcar.

Ernesto quiso dar algun dinero á Onésimo, pero este le dijo:

—Gracias, caballero. La lancha es tanto de Pulqueria como mia. Si estuviéseis solo con vuestro amigo, no digo que no os lo tomara; pero la sociedad de Pulqueria no me debe nada.

—Ahora, dijo Mr. Malais, volvamos al palacio, pues debéis tener senda hambre, y este paseo ha de ayudar perfectamente á nuestra cocinera á haceros una buena comida.

—Gracias, Onésimo, dijo Pulqueria alargándole la mano. Adios, Berenice, abraza á Pelagia por mí.

El conde ofreció su brazo á Pulqueria; Ernesto no se habia separado casi un instante del de Maria, ni aun en la lancha.

Mientras marchaban de este modo, el conde dijo á Pulqueria:

—Mucha dulzura y paciencia teneis, señorita, cuando permitis á ese muchacho semejante familiaridad.

—Ciertamente me gustaria mucho mas que no me tutease, respondió Pulqueria; pero tiene un corazon tan noble y tan escelente que no me atrevo á causarle pena.

—¿Y no os parece, señorita, que llegará un día en que alguno tendrá la dicha de poseer el derecho de no hallar muy convenientes esas familiaridades?

Pulqueria se sentió y guardó silencio.

El dia siguiente fué á ver á Pelagia con Maria, y llevando á Berenice aparte, le dijo:

—Amo mucho á Onesimo, pues no olvido la niñez que hemos pasado juntos, ni la ternura que siempre me habeis mostrado; pero hay ciertos miramientos que es preciso respetar. No somos ya unos niños... y además... tú deberias decir á Onésimo que no me volviese á tutear: que tú me tutees es diferente... pues eres una mujer... Pero quisiera que se lo dijeseis como que salia de ti.

Berenice prometió á Pulqueria desempeñar su encargo.

Pulqueria habia creído que debia establecer una diferencia permitiendo á Berenice el tutearla; pero no le desagradó el ver que esta no se aprovechaba de ella.

Pulqueria y María subieron por el molino de Beuzeval siguiendo la orilla del rio.

María experimentó á la vista del estanquito del molino una admiracion inusitada, y se paró á admirar las pequeñas anemonas blancas abiertas en el agua, sobre las que venian á posarse las libelulas de alas de gasa y largo cuerpo de esmeralda. La misma causa producía en las dos jóvenes un efecto contrario: Pulqueria aceleraba el paso, porque se hallaba cerca de la vivienda de *aquellos caballeros*, mientras que esa proximidad tenia una grande parte en la atencion que María dispensaba aquella mañana á las magnificencias de la naturaleza, hasta en sus mas menudos detalles.

Las dos amigas continuaron su camino, y pasando por encima de un olmo derribado que servia de puente, se sentaron al pié de un sauce sobre una verde pradera esmaltada de miosotis de hojas azules, de las que Pulqueria recogió con negligencia un ramillete para no aparentar que se ocupaba esclusivamente de la conversacion.

—El conde está enamorado de tí, dijo María queriendo tomar un largo rodeo para recaer en la confianza que tenia que hacer, y no disgustándole por otra parte el obligar á que le hiciesen á ella una á fin de tomarse rehenes.

—:Qué loca eres! respondió Pulqueria, sintiendo oprimido el corazon.

—Tal es la opinion de Ernesto, repuso María.

Pulqueria recogió con mas atencion miosotis.

—¿Te agradaría? preguntó María.



Es un hombre de mérito, respondió Pulqueria; pero háblame de tus negocios, añadió para llevar la guerra sobre el terreno del enemigo.

—Pues bien, Ernesto me ha dicho *que me adoraba* y toda especie de cosas hechiceras, y no es imposible que en este momento pida á mi padre la mano de su hija, cuyo padre se la concederá con indecible placer.

—Eres feliz, ¿no es verdad? dijo Pulqueria á Maria abrazándola.

—Sí, amo á Ernesto; pero nuestros amores no han sido como yo habria querido. Mis padres se prometian ese matrimonio y lo deseaban; nos proporcionaban ocasiones de estar juntos y nos ayudaban cuanto podian á burlar su vigilancia; no hemos tenido el menor obstáculo que vencer; en fin, á nuestra vuelta á Paris voy á casarme con Ernesto, y no habré recibido uno sola carta de amor, no sabré lo que es una de esas cartas de que tantas veces hemos hablado. Pero ¿acaso no te ha dicho nada el conde?

—Me ha dicho galanterias de las que se dicen á todas las mujeres.

—Tu novela será mas interesante que la mia. ¡Mira, mira! parece que no somos las primeras que han hablado de amor bajo este árbol. Mira estas cifras trazadas en su corteza.

—Esas no son cifras de amor, dijo Pulqueria riendo y reconociendo el árbol.

—¿Cuál es el nombre que puede tener esas iniciales? replicó Maria, porque no pueden significar un nombre entero las letras P. O. B.

—Son las iniciales de tres nombres: Pulqueria, Onésimo, Berenice; las ha escrito Berenice la vispera de mi salida para San Dionisio. ¿Tienes un cortaplumas, algun instrumento cortante?

—Tengo unas tijeras.

—Dámelas.

Y Pulqueria borró las tres letras trazadas en el árbol y las borró con tanto trabajo que se hizo una cortadura en un dedo, el cual sangró bastante para que creyese debía envolverlo en su pañuelo de narices.

La pobre joven sentía con placer el pequeño dolor de la herida, porque sufría por el hombre á quien comenzaba á amar, puesto que las palabras que ese hombre le habia dirigido y la desaparicion de la familiaridad de Onésimo resonaban incesantemente á sus oídos.

Las dos amigas oyeron ruido inmediato, y si bien deseaban encontrarse con aquellos que las tenían preocupadas, querían al mismo tiempo, con especialidad Pulqueria, ser encontradas como á pesar suyo.

Por consiguiente se levantaron y echaron á andar acelerando el paso por el sendero que costea el río.

Los pasos que habian oido eran en efecto los del conde que las habia visto desde la casa del molinero cuando se detuvieron al pié del molino, y que despues de algunos momentos empleados en su tocador, se habia puesto en camino para encontrarlas por *casualidad*.

Ernesto, como lo pensaba Maria, habia ido á hacer una visita á Mr. Fondois, en el palacio de Beuzeval, y por la mañana, antes de salir, habia dicho á Mr. de Morville:

—Hoy es último dia de mi poder y de vuestra esclavitud. A media noche quedais libre; á esa hora podéis partir si gustais, despues de haber pagado todos mis gastos hasta ese momento. Quiero que sean pagados con mucha liberalidad.

—Me he ocupado de vuestra felicidad, cuya empresa tenia á mi cargo por espacio de una semana, dijo Morville; pero ahora voy á ocuparme de la mia, y al efecto no me voy.

—Ya me lo presumia, que á no ser así no os hubiera hecho pensar en vuestra partida. Estais enamorado de la señorita Malais.

—Sí, es encantadora. Sus parientes no dejan de ser algo ridiculos; pero al cabo no son mas que tios. Su padre era oficial. Por lo que toca al tío y á la tía, no los veremos á no ser una corta temporada del verano y en su casa.

—Su sobrina es su heredera.

—No se me oculta eso.

—¿Qué quereis decir? ¿Estareis por ventura enamorado de su dote?

—No lo estoy solamente de la dote, puesto que la señorita tiene sus encantos. Pero mi fortuna está muy empeñada, y no podria casarme con la misma Vénus sin dote. Solamente necesito el consentimiento de mi padre, al cual es inútil decir que el abuelo de Pulqueria era ganadero.

Esa misma mañana Onésimo habia ido á casa del maestro Epifanio á tomar sus lecciones, y le habia dicho:

—¿En qué vendrá á parar mi afecto á Pulqueria? Es bella, tan bella, que me vuelvo loco. Verdad es que tiene el aire de amarme lo mismo; pero en fin, no me tiene aquel cariño que tienen las muchachas á los chicos cuando van á casarse con ellos. Estos entonces van á pasearse juntos cogidos por la mano el domingo por la tarde, y luego los padres convienen en la cosa. Pero yo no veo jamás á Pulqueria á solas, pues siempre está el palacio lleno de gente.

—Debes escribirle, pues no te faltará medio de darle tu carta.

—¡Ah! difícilillo es; porque yo no sabré nunca escribir una carta de amor en buen estilo.

—Yo te la escribiré, y tú la copiarás.

—¡Que me place!

El maestro escribió una carta en que Pulqueria era comparada á Vénus, y en que se llamaba al amor *pequeño dios travieso*. Onésimo se explicaba en lenguaje *precioso: amaba el mal que lo llevaba al sepulcro: no quería que lo curasen de su herida*. Pulqueria era su *bella enemiga: el estaba destinado á morir, por que necesariamente moriría de dolor si no llegaba á poseerla, ó de alegría si la veía corresponder á sus deseos, etc.*

En todas estas frases, Onésimo no reconoció ningún síntoma de lo que le hacia experimentar su amor muy real y muy violento, pero creyó que era mejor decir todo eso que cosas naturales, y copió la carta en papel reglado, con la misma confianza con que habia estudiado su bella reverencia.

Al acabar de copiarla, entró la señora Garandin, la cual, sin mas intencion que de charlar, dijo que acababa de encontrar á las dos señoritas del palacio que se volvian á casa costeano el rio.

Onésimo cerró la carta con pan masticado, y se lanzó hácia el lado del rio de Beuzeval en busca de María y de Pulqueria; desembocó de entre una arboleda, y saltando un vallado, se halló á la orilla opuesta del rio precisamente frente al jóven conde y al mismo tiempo que este.

—¡Se han marchado! pensó Onésimo que acababa de oír su voz y veía el césped calçado aun.

Onésimo y el conde percibieron al mismo tiempo el ramillete de miosotis que Pulqueria habia dejado olvidado sobre la yerba, y ambos, por un instinto misterioso, adivinaron al mismo tiempo que aquel ramillete pertenecía á Pulqueria.

—¡Hola, buen amigo! gritó Morville á Onésimo señalando con el dedo el ramillete. Echeme usted ese ramillete que está ahí sobre la yerba.

Y diciendo esto arrojó á través del rio á Onésimo una moneda de cinco francos.

Onésimo se precipitó sobre el ramillete, y volviendo á arrojar la moneda de cinco francos por el mismo camino:

—Gracias, caballero, dijo: el ramillete vale mucho mas que eso.

—¿Mas que cinco francos?... Pues que no quede por eso, buen amigo, le daré á usted diez.

—¡Oh! Aun no tenia bastante dinero para pagar este ramillete; vá á reunirse con otro mas antiguo, y muy marchito, pero que vale aun mucho mas.

—No tengo tiempo para oir sus tonterias, dijo Morville con tono desdeñoso: arrójeme usted ese ramillete y no me obligue á que vaya yo por él.

—Hay un puente á diez pasos de aquí, respondió Onésimo.

El conde vaciló un momento, y luego echó á andar en seguimiento de las dos señoritas.

Onésimo iba por su lado á hacer lo mismo, cuando su vista se encontró con el árbol y con la reciente herida que habia recibido.

—¡No me equivoco! exclamó. Es el mismo árbol en que Bereoice habia escrito nuestros tres nombres. ¿Si habrá sido ese majito quien los ha borrado? Si estuviese seguro de ello, yo seria el que iria á buscarlo bien pronto... pero es imposible, porque llegaba al mismo tiempo que yo. ¿Si habrá sido Pulqueria? No hace mas que un instante que estaba aquí... pero ¿por qué hacerlo? Eso seria tener odio... y Pulqueria no puede aborrecerme.

Diciendo esto, se dejó caer sentado. Ciertamente que si hubiera podido escribir lo que durante una hora pasó en su corazon y en su cabeza, habria escrito una carta mucho mas tierna que la rapsodia que le habia redactado el maestro de escuela.

Habria dicho que Pulqueria era para él el mundo entero que á nadie amaba mas que á ella, y que nadie la amaba tanto como él; que todo cuanto le ro-

deaba parecia comprender que vivia solo para Pulqueria; su mismo perro se habia ido aficionando á Pacomio, porque él no le hacia ya caso; que ya no le gustaba la mar, y que cuando hacia mal tiempo estaba muy contento, porque de ese modo se quedaba en tierra, en donde estaba Pulqueria, aunque no la viese.

Pasaron algunos dias, durante los cuales Onésimo no hacia mas que entrever á Pulqueria, porque siempre estaba rodeada de gente.

Maria habia vuelto de su paseo por la mar un poco indispuesta, y por lo mismo no se volvió á hablar de otros paseos de esa especie; además, Onésimo estaba casi siempre en la mar, y sabido es que el Arriesgado no observaba muy religiosamente las fiestas.

Pulqueria iba algunas veces á ver á Pelagia y Berenice; pero el desden que espresaba la fisonomia de Morville cuando Onésimo hablaba á aquella con alguna familiaridad, hacia que escogiese para sus visitas las horas en que Onésimo estaba en la pesca.

Un dia Berenice habló de su hermano, en ocasion en que Ernesto se hallaba en Dive acompañando á Maria y á Pulqueria.

—Onésimo, dijo, no es ya ignorante como cuando marchaste de aqui. Al ver que ibas á instruirte y hacerte sábio, tambien él ha querido instruirse y hacerse sábio, para poder conversar contigo como antes.

—¿Y qué es lo que ha aprendido el señor Onésimo, que se ha hecho tan sábio? preguntó Ernesto.

—Caballero, sabe leer, escribir y contar, y conoce la música y la esgrima. En cuanto á la esgrima, no lo entiendo y no puedo decir nada; pero en cuanto al flajolé todas las muchachas de Dive dicen que tienen la mitad mas de placer cuando bailan tocando él.

—¡Ah! ¡con que sabe tocar! dijo Maria. Deberia venir algunas veces á Beuzeval á tocar cuando bailamos, porque siempre necesitamos una de las dos tocar

el piano, y como no somos mas que cuatro parejas, tenemos que hacer una figura doble. Además, no siempre se puede trasportar el piano al parque. Querida Berenice, venga usted con él el domingo.

Berenice miró á Pulqueria, que pareció indecisa, pero que acabó por decirle:

—Sí, venid los dos, y merendareis con nosotras.

---

## CAPÍTULO XIV.

---

Berenice no se prometia grandes placeres en esa proyectada partida, y por lo tanto nada habia dicho de ella á Onésimo. Dos dias despues, euando las dos jóvenes volvieron á saber la respuesta del pescador, Onésimo aceptó con indecible gusto, y llegado el domingo, se vistió como lo hemos visto ya, y acompañó á Berenice al palacio.

Los dos caballeros continuaban burlándose de él, pero con mas moderacion; pues su tacto de mundo les decia que en aquel momento Onésimo era, como ellos, un huésped de Mr. Malais, y que por respetos á este debian tratar aquel con algunos miramientos.

Se trasladaron todos bajo el entoldado de unos altos castaños que entrelazaban sus ramas y formaban una cortina verde.

A los señores de Fondois no les disgustaba mucho el ver simplificar los papeles de comparsas y de utilidades que se veian precisalos á representar en las



contradanzas. En cuanto á madama Dorotea Malais vestida sucesivamente, como es sabido, con todos los hermosos trajes á la moda de Paris, estaba encantadora cuando bailaba.

Las parejas se pusieron en sus puestos para la contradanza; el conde tomó la mano de madama Dorotea Malais, Ernesto se apoderó de su prima, Mr. Malais hizo bailar á Pulqueria, y Mr. de Fondois sacó á Berenice que, sin él, habria corrido mucho riesgo de quedar olvidada, aunque en realidad era una jóven linda y bien formada, y vestida con todo el gusto que permitia la sencillez de su traje.

Onésimo tocó la única contradanza que le habia enseñado el maestro Epifanio, terminada la cual, pidió que le pusieran un jarro de sidra al lado, lo que fué ejecutado al momento.

El conde, que creia haber comprado este derecho bailando con madama Dorotea Malais, sacó á Pulqueria en la segunda contradanza.

Onésimo tocó los mismos aires, volvió á tocarlos de nuevo, y los repitió en la tercera y cuarta contradanza.

—¿No sabe usted otros aires? preguntó María.

—No, señorita. No hace mucho tiempo que estoy aprendiendo, y además estos gustan mucho en Dive, y cuando uno toca aires *á que* no están acostumbrados los bailarines, no bailan tan bien.

Ernesto, que habia tenido con Mr. de Fondois la conversacion cuyo resultado habia sido previsto por María, y que la vispera misma habia sido declarado su esposo, fué á hablar en voz baja á la señora de Fondois, la cual aparentó rehusar; pero su marido apoyó la demanda de Ernesto, y quedó resuelto que María podia walsar un rato con su futuro.

Convenido asi, se rogó á Onésimo que tocara un wals, y grande fué el chasco cuando este dijo que no sabia: trataron de walsar al compás del rigodon, pero

tuvieron que renunciar á ello. María dijo á Pulqueria:

—Será preciso que nosotras le enseñemos al menos un wals.

—Señor Onésimo, añadió, Pulqueria y yo vamos á enseñarle un wals; vendrá usted á las horas que no esté en la mar, y á fuerza de tocarle un wals en el piano, se lo meteremos en la cabeza, y podrá usted despues acompañarnos á walsar con el flajoté: mamá walsa perfectamente.

—Muchas gracias por tu solicitud, picarilla, dijo madama de Fondois; pero yo no walso ya.

—Siempre tendremos á Pulqueria que walsa á las mil maravillas.

—Mucho es ya, dijo á media voz madama de Fondois á su hija, que te dejemos walsar con tu futuro marido; pero ¿con quién y á qué título walsaria la señorita Malais?

—¡Ah! mamá, esas ideas son muy añejas: se deja á Pulqueria hacer lo que quiera; se tiene confianza en su modestia y pudor, y no se cree que ha de perderse por bailar dando vueltas en lugar de bailar á derecha é izquierda.

Se volvió á bailar dos ó tres veces el rigodon que tocaba Onésimo, en seguida se tomó una colacion y se dispusieron á separarse, quedando convenidos en que desde el día siguiente iría Onésimo á tomar su leccion de las dos señoritas.

Ernesto propuso acompañar á Berenice y su hermano, diciendo que acababa de salir la luna y que verian la mar argentada por su claridad.

Madama Malais y madama Fondois respondieron que estaban fatigadas; Mr. de Fondois y Mr. Malais fueron de la partida, porque sin su presencia no podia verificarse decentemente.

Mr. Fondois, como hombre bien educado, opinó que habiendo sido Berenice admitida en la sociedad,

debía ser tratada como las otras mujeres, y le ofreció su brazo.

Onésimo cogió el de Pulqueria en el momento en que se adelantaba el conde á ofrecerle el suyo; pero no pudo hablarle mas que de cosas indiferentes; porque el conde iba obstinadamente al lado de Pulqueria.

Maria y Ernesto iban siempre delante ó detrás. Mr. Malais marchaba al lado de Mr. de Fondois.

Cuando llegaron á orillas de la mar, Berenice recordó á su hermano que debía salir á la pesca á media noche, y que necesitaba dormir al menos algunas horas.

Los dos caballeros se divirtieron en urgar á Onésimo para que fuera á acostarse, y hasta la misma Pulqueria le dijo:

—Necesita usted descansar, Onésimo: no olvide usted que lo aguardamos pasado mañana para su lección.

En el corto camino que anduvieron los dos hermanos desde que dejaron á los habitantes del palacio, Onésimo se mostró tan alegre de verse admitido en él, de no ser ya extraño á los hábitos y á los placeres de Pulqueria, que Berenice no tuvo el valor de desengañarlo y decirle su opinion acerca de sus nuevas relaciones con ella.

En este intermedio, Pulqueria habia aceptado el brazo del conde de Morville, y aunque no estaba sin inquietud sobre lo que sin duda iba á decirle acerca de las familiaridades de Onésimo, tuvo aquel el fino tacto de no hablarle de ello, y Pulqueria se lo agradeció infinito.

La luna iluminaba dulcemente la calma inmensa de la mar. Estuvieron algun tiempo contemplándola; luego los señores mayores dieron la señal de retirada, y todos emprendieron la subida de la cuesta que vá desde Dive á Beuzeval, volviéndose muchas veces para ver la mar.

Luego marcharon por hondonadas de seis á ocho pies de profundidad, entre setos y árboles, á cuyos pies florecen tantas flores silvestres, y zumban tantos insectos brillantes.

Ernesto y Maria marchaban delante á grandes distancias, y Pulqueria y Morville muy detrás.

Mr. de Fondois y Mr. Malais hablaban de diferentes cosas.

Morville hizo á Pulqueria una declaracion de amor que no era menos enfática ni valia mucho mas que la redactada por el maestro para Onésimo; pero el lenguaje del amor tiene tan dulce melodía que la que lo oye se preocupa poco de las palabras.

Pulqueria al principio quiso acelerar el paso y reunirse á Mr. Malais; pero fué tanto lo que rogó y suplicó Morville, que consintió en seguir á la misma distancia, aunque á condicion de hablar de otra cosa.

Aceptada esta condicion, la que la habia impuesto no hizo nada para impedir su infraccion, y permitió que Morville le hablase aun de su amor.

El dia siguiente hubo un nuevo paseo á la claridad de la luna, en el que Morville hizo nuevas variaciones sobre el mismo tema.

Pulqueria se disculpó con la obediencia que debia á sus tios, y rehusó dar ninguna respuesta á no ser dictada por ellos.

—No puedo hablar aun á vuestros tios, respondió Morville; primero, porque quiero alcanzar mi felicidad de vuestra voluntad y no de la de ellos; y luego, porque necesito ir á pedir, por mera fórmula, una especie de consentimiento á mi padre, pues no puedo dar un paso oficial sin haberle advertido. ¡En nombre del cielo, señorita! Dejadme leer en vuestro corazon que no es sola mi felicidad la que busco en la union que estoy ardiendo por contraer.

A estas frases añadió otras por el estilo, y otras muchas durante el tiempo necesario para que Pulqueria

creyese, á sus propios ojos, haber opuesto una resistencia suficiente.

Luego se reunieron al resto de la sociedad, y la jóven, que tomblaba mucho y apenas podía hablar cuando es aba sola con Morville, fué muy atrevida delante de los demás, y aprovechando un momento en que aun no podía ser oída sino de él, pero en que la respuesta que se le diese la pudieran oír todos, dijo:

—Marchad y volved pronto.

En la mañana siguiente, Morville anunció que se veía precisado á ausentarse por unos doce días.

Por la noche, retirada Pulqueria a su cuarto muy temprano, tuvo con Morville, que se habia deslizado bajo su ventana, una conversacion que no pareció larga á ninguno de los dos.

Onésimo, cuando llegó con su flajolé para aprender el wals convenido, quedó muy encantado, sin saber por qué, de la partida del conde, tanto mas, cuanto que halló á Pulqueria serena y gozosa.

María y Ernesto ofrecían una sociedad poco amena á los demás.

Pulqueria mandó rogar á Berenice que fuese á verla algunas veces; porque ya no la incomodaba el temor de lo que pensaria Morville acerca de su familiaridad con sus antiguos amigos, y por otra parte ¡se creía tan dichosa, que hallaba á todos encantadores! Lo cual era á los ojos de Onésimo una prueba de que ya no pensaba en el conde.

¡Pobre Onesimo! La misma Berenice estaba loca de contenta viendo á Pulqueria volver á ser para ellos casi lo mismo que era en su infancia.

Esta última se burlaba mucho de Onésimo y de su torpeza durante las lecciones, pero ¡lo hacia con tanta jovialidad y una bondad tan grande! ¡se habia encargado con tanta dulzura de enseñarle ella sola un wals aleman, y se lo enseñaba con tanta paciencia!..

Onésimo llevaba su traje de pescador que le sentaba perfectamente y le hacía resaltar su mérito, y no se ponía su vestido ridículo mas que los domingos.

Berenice, al ver á Pulqueria tan afable, elogiando las excelentes cualidades de Onésimo, viéndole jóven, robusto y hermoso, y pensando en su infancia, cesó de considerar las esperanzas de su hermano como un sueño absurdo.

Cuando Onésimo aprendió el wals alemán, Ernesto invitó á Maria á walsar con él, pero Pulqueria pretendió que aun no lo sabia bastante bien, y le enseñó otro con el cual solamente walsaron Maria y su primo, porque Pulqueria respondia siempre, aun á Onésimo que pretendia saber el wals alemán, que todavia necesitaba estudiarlo mas.

A menudo se encerraba Pulqueria horas enteras en su cuarto, ó bien cantaba con una nueva expresion todos esos romances que entonces comprendia tan bien como mal los cantaba en otro tiempo.

Acercábase el dia de su cumpleaños, y Mr. Malais se proponia celebrarlo con una pequeña funcion.

—¿Qué dirian de nosotros si no celebrásemos el cumpleaños de Pulqueria? decia algunas veces. Solo falta que para ese dia que esté ya de vuelta el conde de Morville.

Pulqueria no decia nada.

Onésimo habia comunicado á Berenice la carta que le habia redactado el maestro para el *objeto de su llamada*, y Berenice la habia hallado muy mala, y habia aconsejado á su hermano que escribiese él mismo otra sin todas aquellas frases floridas.

Onésimo vaciló largo tiempo, pero por último se decidió á seguir el consejo de su hermana, y hacia algunos dias que traia en el bolsillo la nueva misiva, que habia sido renovada porque el agua de la mar habia dejado el original ilegible.

Llegó el día del cumpleaños de Pulqueria, y Onésimo fué muy temprano al palacio á presentarle un hermoso ramillete, y luego se retiró.

Por la noche debía haber baile bajo los castaños, cena y fuegos artificiales.

Berenice y su hermano llegaron al palacio temprano, pues aun no habian acabado de comer, por lo que dieron entre tanto un paseo por el jardin.

Pulqueria no tardó en llamar á Berenice para que la ayudase á hacer algunos preparativos, con cuyo motivo se habia quedado solo Onésimo, y hallándose bajo la ventana de Pulqueria pensó en su carta.

Hasta entonces, ó bien no se habia atrevido á entregarla, ó siempre se hallaba presente alguno que lo impedia, y creyendo entonces llegado el momento favorable, se encaramó sobre un enrejado, saltó dentro de su cuarto y metió su carta dentro de un libro que estaba sobre una mesa inmediata á la cama. ¡Qué dulce y religiosa emoción sintió al hallarse solo en aquel cuarto!

Vió allí un pañuelo con que la noche anterior se habia abrigado Pulqueria la cabeza, lo cubrió de besos y se embriagó con el olor de que lo habian impregnado sus cabellos; luego se arrodilló y dirigió á Dios una ferviente súplica.

Ya iba á salir por donde habia entrado; estaba ya sobre la ventana, cuando oyó ruido y se arrojó dentro del cuarto, haciendo caer con su brusco movimiento una cabeza de yeso de Sócrates que *decoraba* la chimenea.

La cabeza se hizo pedazos, y con estos rodaron cinco ó seis cartas con ramilletes marchitos que estaban encerrados en ellas.

Onésimo queria recogerlo todo, pero el nombre de *Pulqueria* escrito muchas veces en una de las cartas le sorprendió tanto, que, sin pararse á considerar si tenia el derecho de leer unas cartas dirigidas á Pul-

ueria, y no escuchando mas que su pasion, se las metió en el bolsillo, saltó diligente por la ventana y se metió entre los árboles del parque.

Acababa de desplegar una de aquellas cartas y de ver de nuevo en ella las palabras *adorada Pulqueria* que ponian sobre sus ojos una negra nube, cuando oyó á Berenice y Pulqueria llamarlo, y se fué muy conmovido hácia el lado de donde salian las voces.

Ya estaban todos reunidos bajo los castaños. Pulqueria vestia un traje que le sentaba admirablemente, ceñia su frente una corona de reinas-margaritas, y en la mano llevaba un lindo ramillete.

Onésimo miró si era el que él le habia dado por la mañana y que habia sido recibido con tanta benevolencia; pero el ramillete estaba compuesto de flores desconocidas en el pais y que Onésimo no habia visto nunca.

No tardó en adivinar de quién provenia aquel ramillete, cuando percibió al conde de Morville que habia llegado para la comida, advertido, decia el conde, de lo que pasaba por una carta de Ernesto, y trayendo un ramillete de Paris.

Pulqueria estaba radiante de hermosura y de felicidad.

Rogaron á Onésimo que tocase un rigodon, y no bien se habia terminado este, cuando Pulqueria, acercándose al pescador le dijo:

—Ahora, Onésimo, un wals; el walsecito aleman que tan bien sabes tocar.

Luego, con dulce sonrisa, dijo algunas palabras á Urbano, quien pareció darle gracias con la mayor efusion.

Solamente bailaban dos parejas: Maria y Ernesto, Pulqueria y Urbano.

El conde estrechaba con su brazo el flexible talle de la jóven, que se apoyaba sobre él con abandono,



mientras las miradas de Morville la contemplaban con embriaguez.

Pulqueria fijaba de vez en cuando sus ojos en los del conde y se confundían las dos miradas.

Onésimo estaba pálido y trémulo, y se paró de repente.

—¿Qué hace usted que no continúa dijo Morville.

—Se ha concluido, respondió Onésimo; estoy fatigado.

—¡Ah! ¡Qué fastidio! exclamó María; ¡ibamos tan bien!

—El señor Onésimo vá á continuar, repuso el conde.

—No, estoy fatigado... no tocaré mas.

—¡Está usted fatigado!... repitió el conde; eso se dice fácilmente; pero se le paga á usted, y...

—Me alegraría que se me pagase para arrojar á usted el dinero á la cara.

—¿Qué es lo que usted dice, tunante!

—Tunante... hay uno aquí, y su cabeza sale de la corbata de usted, ¿lo oye usted?

Berenice corrió á coger á su hermano por el brazo y lo arrastró á algunos pasos.

Mr. Malais exclamó:

—¿Qué escandalo! ¿Qué significa esto? ¿Qué dirán de nosotros?

Madama de Fondois dijo que hacia algo de frio y que seria bueno entrar en el salon; tomó el brazo del conde, y todos siguieron su ejemplo, quedando solos en el jardin los dos hermanos

Berenice trataba de arrastrar suavemente á su hermano, y salieron del parque.

Onésimo estaba atontado; pero, volviendo en sí á muy luego, fué él quien á su vez arrastró á Berenice, pues acababa de recordar las cartas que tenia en el bolsillo.

Cuando llegó á casa, se encerró en su cuarto y las devoró; ya se quedaba con la cabeza entre las

manos, ya se levantaba sobresaltado cual si despertara de un sueño pesado, y exclamaba:

—Pero no, no cabe duda, á ella es á quien se dirigen estas cartas tan tiernas y que parecen responder á otras de igual ternura. «¡Cuánto os agradezco, mi querida Pulqueria, vuestra exactitud en responderme! Si; teneis razon; podeis dejarme leer en vuestro corazon esos sentimientos que tanto me envaneecen y me hacen tan dichoso; lo podeis sin faltar á vuestra preciosa inocencia. ¿No nos han unido ya nuestros juramentos ante Dios?»

—Y esta otra:

—«Mil gracias aun, mi ángel adorado, por no haber querido walsar ni aun con Ernestina. Mil gracias por no haber querido que walsasen con ese walsecito aleman que tanto nos agrada á los dos, y por haberlo conservado para nosotros solos. ¡Cuán agradecido estoy por todo el trabajo que os tomáis en enseñar *nuestro* wals favorito á ese bodoque que vos pretendéis no es mas que un salvaje! Por mas que hagais, nos lo estropeará siempre.»

Onésimo estregó con furor las cartas, luego salió silenciosamente por la ventana de su cuarto.

No se le volvió á ver al otro dia ni en los siguientes; y esta desaparicion causó un gran pesar en la casa de los pescadores.

A veces creian que se habia suicidado, pero se decian que tenia sentimientos demasiado religiosos para cometer ese crimen. El mismo que esta observacion hacia, esperando tranquilizar á los demás, no estaba mucho mas tranquilo que ellos.

Eloy Alain, el molinero, que desde el incendio del molino le habia cobrado mucho afecto, no lo sentia menos que los demás y decia:

—Si se ha desesperado por falta de dinero, yo se lo hubiera dado: cosa que jamás le habian oido, ni aun otra equivalente.

Entre tanto, al cabo de dos meses, se recibió en Dive una pequeña cantidad de dinero de parte de Onésimo, y después no volvieron á oír hablar de él. Creyeron que se había embarcado para la grande pesca, y que al partir enviaba una parte de sus *anticipos* á la familia. Los *anticipos* son una suma de dinero que se dá al marino que se embarca para la pesca de la ballena, cuya suma, destinada especialmente á equiparlo de vestidos y de los efectos indispensables para los viajes largos y penosos, es casi siempre comida y bebida antes de la salida, y el pescador llega á bordo con los bolsillos vacíos. Verdad es que compra desde luego vestidos con una parte de ese dinero; pero después de haber gastado el resto, vuelve á vender esas ropas por la sexta parte de su valor, y emprende su marcha.

Al cabo de algunos días de oleadas se halla empapado de agua y muerto de frío; entonces se dirige al capitán, quien, como ha previsto el caso, tiene siempre á bordo ropas que le vende, lo que le agrada; y como no puede el pescador pasar sin esa ropa, y su precio solo se ha de pagar á la vuelta, de la ganancia de la pesca, el marino no se cuida mucho ni se toma el trabajo de informarse de ese precio. Así, compra primeramente una camisa de lana encarnada y paga por ella doce francos; luego la revende por dos á un tabernero, y cuando está á bordo compra otra igual por diez y seis francos, de manera que viene á salirle la camisa por veintiseis francos. Solo los pobres pagan todas las cosas tan caras, pues no hay muchos ricos que tengan ese medio de ser pobres.

Aunque Berenice habia creído en algunos momentos que Onésimo no habria podido casarse con Palqueria, no solo en atencions á que esta era rica, sino principalmente á causa de su diferencia de educacion y de hábitos, y aunque no tenia ningun resentimiento contra la señorita Malais por la desaparicion de su

hermano, evitaba encontrarse con ella, y no había vuelto al palacio. Sin embargo, el amor que Onésimo le profesaba había sido la causa de que este se hubiese desesperado, y de que desapareciese de su casa toda la alegría, y por consiguiente no podía verla sin pesar. No tardó en divulgarse por el pueblo que estaba decidido el matrimonio de Pulqueria con el conde, y que se debía celebrar en el verano próximo.

Los señores de Fondois marcharon con su hija, cuyo matrimonio debía celebrarse en el invierno; los señores Malais resolvieron pasar una parte del invierno en Paris, y al efecto dejaron á Beuzeval en el mes de Noviembre.



---

## CAPÍTULO XV.

---

En el mes de Mayo volvieron á Beuzeval los Malais con los de Fondois. Maria no habia cambiado de nombre, pero se llamaba madama. Madama Dorotea estaba triste y muy cambiada. El conde de Morville habia confiado los arreglos del matrimonio á su hermano mayor, que habia sido de una exigencia repugnante, y que sin el menor miramiento habia realzado el precio de una alianza como la suya con una familia de ganaderos.

El contrato matrimonial despojaba á los Malais de todos sus bienes, pues solo se les dejaba el palacio y una pension, lo cual apenas componia una renta de 8.000 francos.

Madama Malais, irritada de estas exigencias, á la par que de la altanería del padre del conde, hostigó muchas veces á su marido para que rompiese todo lo hecho; pero este estaba tan engreído con esa alianza, que solo servia para abrumarle de humillaciones, que se mantuvo firme hasta el fin.

Por otra parte, un matrimonio tan adelantado no podía romperse sin causar mucho perjuicio á Pulqueria, y esta parecia tan dichosa, hacia á sus tios tantas caricias, les daba gracias con tanta espresion, que antes de dejar á Paris, quedó firmado el contrato.

La vuelta á Beuzeval acabó de deseconsolar á Dorothea, porque volvia á ver todo lo que no les pertenecia ya.

—Ya no estamos en nuestra propia casa, dijo al entrar en el palacio de Beuzeval, y rehusaba dar órdenes á sus criados.

Cuando el marido decia:

—Mi granja, mi casa ó mi jardin, le replicaba.

—Nada de esto te pertenece ya.

Ernesto de Fondois y su mujer permanecieron, como era natural, en el palacio; pero cuando llegó el conde, volvió á casa del molinero su antiguo hospedero.

Habia sabido en el pueblo que Eloy *hacia de banquero*, y tenia necesidad de él, porque la familia del conde, que no era muy rica, habia pagado ya muchas veces enormes deudas de juego, y no podia ni queria volver á abrirle su bolsillo, y aunque le habia prestado la suma necesaria para la compra de las galas de boda y otros gastos indispensables, desgraciadamente en una comida de jóvenes que habia durado toda la noche la vispera de la partida del conde para Beuzeval, habia este jugado y perdido toda esa suma y mucho mas; habia pagado y quedado sin un cuarto. Tomar dinero prestado en Paris no le era fácil, y se imaginó que el molinero, que conocia la fortuna de los Malais, y que no le conocia á él sino por su titulo y la opulencia que lo rodeaba, le prestaria con gusto dinero sobre la dote.

Al hacerle esta peticion le mostró una copia del contrato matrimonial, y Eloy se alegró tanto de ver á los Malais despojados, que no tuvo el menor reparo en

prestarle la suma necesaria para terminar el negocio, aunque no por esto dejó de tomar sus medidas y exigir unos réditos muy exorbitantes.

Muchas veces se ha hablado del usurero de las ciudades, pero este queda muy atrás del de las aldeas, pues el primero cobra siempre un tanto por ciento, y tiene que adoptar una especie de regla, mientras el usurero de los pobres y de los aldeanos no toma un tanto por ciento ni entra en esos mezquinos detalles, sino que dice:

—Tú quieres cien francos, me devolverás doscientos; si no te acomoda, no hablemos mas de esto.

El conde manejó tan magníficamente las cosas, que Maria de Fondois se vió un poco humillada. Sus chales, sus blondas y diamantes eran muy inferiores á los que recibia Pulqueria, y esto la puso de tan mal humor durante algunos días, que se esforzó en hallar algunas ridiculeces en el conde.

Habiendo madama Dorotea soltado delante de ella algunas quejas sobre las exigencias de su familia, dijo que era una locura el haberlas sufrido; habló del desinterés de su primo, y afirmó que no se habria casado con él si se hubiera conducido del mismo modo con sus padres.

—Parece que ese señor necesita mucho dinero, añadió, para consentir en poscer una jóven tan encantadora bajo todos aspectos como Pulqueria. Ciertamente que Pulqueria no tiene mucho orgullo ni se estigma en lo que vale. Yo no soy tan linda como ella, ni tengo tantos atractivos, pero seguro es que me habria hecho valer mas.

Madama Malais hizo aun algunas tentativas con su marido para disuadirle del matrimonio, pero todas fueron inútiles, y la pobre mujer veia a todos contentos con lo mismo que a ella la llenaba de desesperacion. Cuando se trató de los convites se presentaron grandes dificultades; Pulqueria fué á convidar en persona

á Pelagia, Tranquilo y Berenice, cuyo paso temió que desagradase á Urbano; pero este, por el contrario, lo elogió, porque habia prometido al molinero convidarlo á su boda, y de este modo creia mas fácil cumplir su promesa, confundiéndose entre todos los otros convidados.

Sin embargo, Mr. Malais se enfadó mucho al ver su nombre en la lista, y dijo:

—No me gusta ese hombre, porque es un envidioso é insolente. Además, tiene muy mala reputacion en el pueblo; es un usurero, y ¿qué se diria?...

—¡Usurero! le respondió el conde. Eso es una extravagancia. El pobre diablo mas necesidad tiene de pedir prestado que de prestar: preciso es verlo con qué impaciencia espera los pocos luises que tengo que darle todas las semanas.

—No es eso lo que se dice por el pueblo, repuso Mr. Malais.

—Mucho siento, mi querido Sr. Malais, que no me haya usted advertido antes su repugnancia hácia ese pobre hombre. Soy tan feliz. añadió besando la mano de Pulqueria, que queria que todos participasen de mi alegria, y ver á todos contentos en torno mio. He convidado al molinero, y contento puede usted estar de que no haya convidado á alguno mas indigno que el, pues habria convidado á vuestros propios enemigos si es que los teneis, sin hacer alto en ello, porque ahora amo á todo el mundo, y aun me parece que no tengo bastantes á quien amar.

El molinero quedó inscrito en la lista de los convidados.

Por la noche Mr. Malais dijo á su mujer:

—En fin, se acerca el gran dia: solo siento el convite del molinero, porque no me agrada ver á ese hombre en mi casa.

—Hay que someterse á su suerte, respondió irónicamente Dorotea, y además, si lo que te incomoda es



ver á Eloy Alain en tu casa, puedes consolarte al momento, porque no será en tu casa donde lo verás, pues para ello sería preciso que tuvieses *casa propia*, y bien sabes que ya no la tienes; nos permiten vivir aquí, pero nada somos ni representamos. No has preguntado á *tu yerno* si debo dar el puesto de honor al molinero, á mi derecha; es preciso que se lo preguntes.

—Vamos, déjate de tonterías, Dorotea, tú lo que quieres es turbar mi felicidad.

—Linda felicidad es la tuya. Yo preferiría para Pulqueria un marido que se creyese muy honrado con casarse con ella y entrar en nuestra familia, á un orgulloso señorito que cree hacernos mucho honor y nos hace pagar ese honor al precio de toda nuestra fortuna. Te aseguro que no se casaría con Pulqueria si nos hallase en la situación en que él nos pone.

—Trata de no exagerar las cosas, ¿Acaso gastábamos nunca lo que vamos á tener que gastar? Ahora, al contrario, casada Pulqueria, gastaremos tranquilamente nuestro dinero, y no nos privaremos de nada. ¿Qué es lo que tendremos de menos? Lo que no gastábamos. Así, esfuérgate en no tomar ese aire triste y lamentable; porque si te ven así, ¿qué pensarán de tí?

—Nada pensarán peor que lo que hay en realidad; y sobre todo, nada que no haya tanto mal en el aprecio de las gentes.

—Mañana nuestra sobrina se llamará la señora condesa de Morville. ¿Es esto tan deshonoroso?

—Sí, pero el precio que por esa alianza damos, demuestra lo muy superior que es á nosotros, y que no sirve mas que para humillarnos. Y luego, lo que hará que todos nos desprecien, es el no ser ricos. ¡Tu sobrina será condesa!... Bien podrás llamar á tu sobrino señor conde cuantas veces quieras, pero él te llamará Sr. Malais, ó Malais sin mas rodeos, como te llama ya, mientras que tú llenas la boca cuando le dices *señor conde*.

—Eso no impide que llegue mañana su hermano mayor. ¡Qué famoso efecto ha de hacer un par de Francia en la boda de Pulqueria!

—Motivo mas para trastornar toda la casa para obsequiarle, y estoy segura que á pesar de todo aun ha de encogerse de hombros.

—Será preciso cederle nuestro cuarto, Dorotea.

—¡Cómo! ¿Nuestro cuarto?

—No estaré aquí mas que dos días, y por consiguiente solo dormirá dos veces en él; así no tendremos que incomodarnos mucho. Piensa en lo que dirían de nosotros, si un personaje tan alto no estuviese hospedado decentemente en nuestra casa.

—Al cabo... no tengo por qué oponerme... Cuando uno está en casa ajena... Debemos tenernos por muy dichosos si se dignan dejarnos estar aquí.

Cuando Pulqueria fué á convidar á Berenice, esta, despues de un momento de silencio, como si hubiese buscado un pretexto para escusarse, aceptó por no hallar ninguna evasión.

—¿Que tienes, Berenice, que con tanta frialdad recibes la noticia de un matrimonio que debe hacerme feliz?

—¡Ah! respondió Berenice, es que al mismo tiempo estoy pensando en la desgracia de mi pobre Onésimo. Bien sé que no habías nacido para él; pero al cabo él se acordaba demasiado de nuestros proyectos de la infancia.

—¡Cómo, Berenice! ¿Onésimo pensaba en ellos realmente?...

—Te repito que no habías nacido para Onésimo; esto mismo se lo decía á él á menudo, porque veía muy bien que su pasión había de parar en mal. Tú eres rica, y estás educada en la gran sociedad; era una locura pensar en ello; pero Onésimo no veía mas que la pequeña Pulqueria, casi tan pobre como nosotros, Pulqueria corriendo descalza por la playa, Pulqueria co-

miendo con nosotros nuestro pan moreno y hallándolo muy sabroso. Ciertamente que si las cosas hubiesen quedado en el mismo estado, es decir, si no hubiese muerto el hijo del Sr. Malais, no tendría nada de particular el que Pulqueria llegase á ser un día la señora Alain. Y bien, Onesimo nos veia siempre de ese modo. Asi, cuando estuvo seguro de que ibas á casarte con otro, ha caído en una espantosa desesperacion, y tenemos que dar muchas gracias á Dios de que no se haya dado la muerte, como yo creia al principio.

—Yo no lo queria creer, á pesar de la carta que hallé en mi cuarto, de la cabeza de Sócrates despedazada, y de las otras cartas que me faltaban...

—No sé nada de eso, pero el día que tenia tantas ansias de ahogar al conde, estaba como loco, y en aquella misma noche desapareció.

—¡Pobre Onesimo! ¡Cuanto siento haber sido para él la causa de esos pesares! Sin embargo, siempre lo he recibido con agasajo y con la amistad que no he dejado ni dejaré nunca de profesaros á los dos, y á papá Alain y a mamá Pelagia.

—Precisamente ese aire afectuoso fué el que acabó de engañarlo. Sin embargo, Pulqueria, yo no puedo reconvenirme por eso, porque no es culpa tuya, puesto que no podrias ya amar á Onesimo lo mismo que no podrias ya comer pan moreno y correr descalza por encima de las piedras. Eso no es culpa tuya: así, asistiré á tu casamiento y rogaré á Dios por tu felicidad. Si Onesimo estuviese aquí, haria lo mismo. Si en algunos momentos no me ves muy alegre, no me reconvengas por eso. Solamente te pido tengas cuidado de que tus ricos señores sean mas corteses conmigo que lo eran con Onesimo.

—¡Oh! No hay peligro... E-e amor que yo no adivinaba, presumo que el conde de Morville lo habia percibido, y que estaba un poco celoso del modo con que se comportaba Onesimo. Te prometo que durante

la misa de velacion he de pedir á Dios que lo proteja en la peligrosa vida en que se halla.

Las dos jóvenes cayeron en los brazos una de otra y se abrazaron tiernamente.

—Berenice, quiero que seas mi madrina.

—No me pidas eso, Pulqueria; no me pidas que en tu casamiento haga otra cosa que el dirigir al cielo votos por tu felicidad.

Llegó el día del matrimonio. El reunir en la misma mesa al molinero y al par de Francia era un poco embarazoso.

Berenice era joven y hermosa, y además tenia un tacto delicado y una timidez que realzaba su mérito.

El molinero, por el contrario, era un paisano envidioso y vengativo, astuto y muy sagaz, que, bajo un aire de sencillez, sabia decir todo cuanto creia poder desagradar á las personas.

En la misa de velacion, el hermano del conde cometió la pequeña é imperceptible impertinencia de ofrecer la mano á Berenice, queriendo mostrar con esta excesiva urbanidad hacia una joven del campo, que desde el punto en que estaba colozado, todas aquellas gentes, Malais y Alain, señores y molineros, ricos y pobres, podian muy bien tener entre si y para si solos algunas diferencias, pero que respecto de él todos estaban confundidos en una comun y profunda oscuridad, así como desde lo alto de una montaña parecen de un mismo tamaño la secular encina y el florido oxiacanto.

Ese día corria un fuerte viento, la mar estaba alborotada, los pescadores no habian podido salir, de vez en cuando las violentas ráfagas de viento hacian retemblar las vidrieras de la iglesia, y aun llegó una tan fuerte, que la misma iglesia osciló: el celebrante se paró, y Berenice, cuyas miradas se encontraron con las de la desposada, le mostró con una mirada el lado

de la mar, para recordarle que habia prometido rogar al cielo por el que, en aquel momento sin duda, se hallaba en medio del peligro, y quizás parecia pronunciando el nombre de Pulqueria.

La jóven desposada hizo seña de que habia comprendido, y ambas oraron al mismo tiempo.

Uno de los ángeles que recogen de los lábios de los mortales las plegarias puras y sinceras y las llevan al pié de Dios como un ramillete de los corazones, recogió las de las dos amigas.

En aquel momento, en otra parte del mundo, las olas embravecidas asaltaban el buque que Onésimo montaba.

Una oleada barrió el puente, llevándose tres hombres de encima de la popa; dos fueron sepultados en las olas y no volvieron á aparecer; Onésimo, que era el tercero, se habia agarrado á los cables y no cayó al mar.

En la comida de boda se comenzó á hablar del tiempo.

—Corre un viento capaz de descornar á un buey, salvo vuestro respeto, Sr. Malais, dijo el molinero, y eso que debéis saber bien si los bueyes tienen los cuernos sólidamente agarrados á la cabeza. ¿Os acordais que, siendo muchacho, os envió vuestro padre, en uno de los pastos de Malais de Dive, por encima de una barrera en busca de un gran buey blanco que fué escogido aquel año para ser el buey gordo en Paris? Fué una gran fortuna que vuestro padre ha tenido cuatro años seguidos, Sr. Malais, y él se vanagloriaba mucho de ello. Así fué que tuvo un gran pesar cuando en el quinto le echó la zanca un gran buey rojo criado por Cornet de Caen, y que era un animal monstruoso. El sexto año vuestro padre tomó el desquite; pero aquel fué su último triunfo, pues murió á muy luego por haber querido repetir á la edad de cincuenta y ocho años el famoso viaje de Poitou

que habia hecho siendo jóven; ochenta leguas sin sacar las bridas á su caballo; pero, amigo, ya no era jóven, ni tampoco su jaca, que fué la mas famosa de toda la Normandia. La jaca reventó en el camino, y Malais solo le sobrevivió algunos meses. Pero no importa, no por eso dejaba de ser un famoso hombre, y la jaca una famosa jaca.

En vano quisieron cortar la palabra al molinero; este dijo todo lo que queria sin cuidarse de las interrupciones. Luego aguardó otra ocasion para volver á los ataques, cual un cazador en acecho. Hablóse del palacio, y el hermano mayor del novio hizo observar que dándole un piso mas se tendria una magnífica vista al mar; á lo que respondió Dorotea con alguna acrimonia, que los dueños del palacio podian hacer lo que gustasen, puesto que ella y su marido nada tenian que hacer en ello.

—La novia no deja de ser muy hermosa, dijo el molinero así que creyó el momento favorable; ¿quién hubiera dicho que habíamos de llamarla un día señora condesa, cuando la veíamos mezclada con los chicos de mi prima Pelagia, con Berenice que está ahí en el extremo de la mesa y que es tambien una guapa muchacha, y con Onésimo, un arrogante y valiente jóven que me ha salvado la vida en donde muchos valentones me dejaban tranquilamente asarme, y que se ha marchado apesarado, á lo que dicen, de que una muchacha de aquí, que le habia prometido su mano, iba á casarse con otro? Si no hubiera consistido mas que en dinero, tiene un tio, que no necesito nombrar, pero que no está lejos de aquí, que pasa por tener algunas pesetas y no le habria dejado marcharse; pero ha desaparecido sin decir una palabra. ¿A dónde se ha ido? Solo Dios lo sabe. Lo cierto es que ha enviado un poco de dinero á su familia. Y bien; cuando yo veis á esta pequeña Pulqueria correr descalza de pié y pierna sobre los guijarros con los otros chicos de Pelagia, y me

llamaba su tío, y á Onésimo y Berenice su hermano y su hermana, lejos estaba yo de pensar que tendria que decirle un dia: ¡Señora condesa!

Después de la comida, habia baile en el parque, y para mayor magnificencia habian convidado á todos los vecinos y hecho venir músicos de Caen.

Durante el baile, oyóse el ruido de una silla de posta: era el conde de Morville que se llevaba á su mujer á Paris.

---

## CAPÍTULO XVI.

---

Tres años habian trasecurrido desde la boda de Pulqueria, cuando en el puerto de Fecamp entraba un buque cargado de bacalao. La pesca habia sido favorable, y los marineros tenian unos *ochocientos francos* por cabeza. Cargaron velas, todo se puso en orden á bordo, y luego saltaron á tierra.

Onésimo que, en ese año, habia partido como segundo patron, debia recibir cerca de mil doscientos francos, y se creia curado ya de su amor, ó á lo menos pensaba que el placer de volver á ver á su familia compensaria el punzante pesar que le aguardaba en aquellos lugares en donde habia conocido á Pulqueria.

Se necesitaban algunos dias para descargar el buque y hacer la cuenta de la tripulacion.

Cuando llegan los marineros de la pesca, y esta ha sido buena, los hosteleros les permiten hacer cuanto se les antoja, romper y hacer añicos las cosas sin hacer



la menor observacion, porque se les pone en la cuenta de la comida el daño hecho y es todo pagado sin ninguna reclamacion.

El grande arte del hostelero está en adivinar cuándo llega el marinero á sus últimas monedas, para poner un oportuno coto á sus miramientos y á su crédito. Cuando no le queda ya mas dinero, no se le permite hacer ni siquiera ruido.

Un hostelero de Fecamp habia llevado demasiado lejos esta prudencia, en el momento de la partida del *Marsouin*, relativamente á un hombre de su tripulacion. Depositar o de los *anticipos* del marinero, apenas estaba medio gastado su dinero, cuando le anunció que no le quedaba ya nada y que no le daría ninguna cosa sin un nuevo depósito.

El marinero comprendió que le robaban y se puso furioso; pero el hostelero lo hizo prender hasta el día del embarque.

La tripulacion del *Marsouin* hizo el juramento de castigar la mala fé del hostelero de una manera ruidosa.

Cuatro marineros, en cuyo número habia tenido cuidado de no hallarse la victima del escamoteo, tomaron un fiacre y se fueron por la ciudad como acostumbran á hacerlo. Tres de ellos iban dentro del fiacre, el cuarto iba fuera, detrás del cochero, y se iban parando delante de todos los taberneros y hosteleros.

Cuando llegaron al tercer tabernero, el cochero pasó á la condicion de amigo y se apeó para beber en compañía de los marineros.

Al llegar á la fonda del culpable, uno de los marineros que estaba en el fiacre, dió en alta voz la orden acostumbrada en la mar para echar anclas.

—¡Ohé, Valin, ancla!

Y Valin, dócil á la disciplina, envió el ancla á través de los vidrios de la hosteria.

Los caballos del fiacre dieron aun dos pasos, pero

el cable del ancla amarrado á la trasera del fiacre n<sup>o</sup> les permitió avanzar mas.

El cochero comprendió la maniobra y los detuvo: el hostelero no se incomodó ni se rió tampoco, pues la cosa era muy natural; los marineros vienen á beber, se les antoja romper los cristales, nadie tiene que ver en eso; *es su manera de divertirse, ¿y por qué no habian de hacerlo?*

Apeáronse los marineros y pidieron de beber. Algunos, que conocian hacia largo tiempo al hostelero Gerónimo y á su mujer, invitaron al primero á beber con ellos y aun prometieron volver á cenar despues de haber terminado su correría.

El hostelero vaciló, pero solo á causa de su mujer, porque sabia que eran unos pobres diablos que tenian dinero y que le obsequiarían todo el día sin que él tuviese necesidad de gastar un cuarto.

Encargan la cena de antemano, la mujer del hostelero accede, parten los marineros, hacen entrar al hostelero en el fiacre, y el cochero se vuelve á su pescante.

Valin se queda sobre el carruaje con el ancla que acaba de levar; echan á andar, se paran y beben en todos los sitios en que se vende vino sin esceptuar uno solo.

El hostelero está ya medio borracho cuando percibe que se halla fuera de Fecamp, pregunta á dónde van, y le responden que nada le importa, que ya le llevarán á su casa.

Se paran, vuelven á beber, y por último llegan á Iport.

Van á cenar en casa del tio Huet.

—Y bien, cenemos aquí; la cena que mi mujer nos ha preparado nos servirá para almorzar mañana.

Cenan todos, beben durante una parte de la noche, y acaban de emborrachar al hostelero.

Cuando este está bien borracho, los cuatro amigos

lo acuestan y se marchan sin él á Fecamp en su fiacre.

En este intermedio, los otros marineros del *Marsouin* se habian reunido á algunos camaradas y habian sacado de casa á la mujer de Gerónimo so pretexto de que su marido se habia puesto enfermo en Iport, y despues que la alejaron, se pusieron con el mayor orden y una destreza increíble á demoler la casa de Gerónimo, de manera que al cabo de cinco horas no quedó en ella piedra sobre piedra.

Cuando al despuntar el dia volvió Gerónimo con su mujer, se encontraron sin casa.

Solo podian ser inquietados los cuatro marineros que se habian llevado al hostelero, pero se habian marchado... ¿y á dónde? nadie lo sabia. Los otros, los que habian demolido el establecimiento, eran demasiado numerosos y no habian sido reconocidos; por consiguiente la casa quedó demolida.

Onésimo, así que recibió su contingente, se puso en camino para el Havre y desde allí pasó á Honfleur, en donde halló un lanchon de pescadores de Dive que debia partir por la noche y en el que se embarcó.

Al punto preguntó por sus padres y Berenice, y por el molinero á quien amaba bastante desde que le habia salvado la vida, y le respondieron que todos estaban buenos escepto Cesáreo, de quien se habian tenido noticias muy malas, pues habia naufragado con toda su tripulacion en las costas africanas.

Onésimo no se atrevió á hablar de Pulqueria. Al llegar delante de Villerville, vió en la sombra una lancha montada por un hombre solo.

—¿No es mi padre? dijo á los pescadores. ¡O mucho me engaño, ó es la *Gaviota*! ¡Ohé, Tranquilo Alain!

—¿Quien me llama? gritó una voz de la lancha.

—Ni mas ni menos que su hijo Onésimo que viene

á ayudaros á recoger las cuerdas. Arrime usted la lancha.

La lancha no tardó en abordar, y Onésimo saltó á los brazos de su padre.

—Y bien, ¿qué es del pobre Cesáreo?

—¡Ay! se ahogó hace dos años, y temia bastante que á ti te hubiese sucedido lo mismo. Lo que habia que ver era á Berenice y á tu madre orando cuando corria un viento fuerte; pero sus oraciones no han podido salvar al hijo mayor. ¡En la gloria esté su alma! Y tú, ¿qué has hecho?

—He ido tres veces á la pesca del bacalao sobre el banco de Terranova, y esta última vez como la segunda... No zozobremos, pues traigo mas de mil francos en el cinto... ¡El pobre Cesáreo no participará de nuestra fortuna!

Levantaron las cuerdas, que estaban cargadas de pesca, y Tranquilo dijo:

—Parece que nos trae de buena suerte.

Recogido el pescado dirigieron el rumbo á tierra.

—Vuélvete de espaldas cuando nos acerquemos á tierra, dijo Tranquilo. Cuando llegemos estarán en la orilla Berenice y tu madre; necesitan ayudarme cuando vuelvo de la pesca, porque hace ya tres años que salgo solo al mar, y me voy envejeciendo. Ahora no vuelvas la cabeza hacia tierra, pues nos han visto: ocúltate con la vela.

En efecto, Berenice y Pelagia estaban inquietas á la orilla.

—Te aseguro, dijo Berenice, que hay dos hombres en la lancha.

—Entonces no es tu padre.

—Sin embargo, reconozco perfectamente la *Gaviota*: ya se acerca... Ahora ya reconozco á mi padre.

—Si..., él es; pero hay otro hombre con él...

—Parece un marinero... en el traje... pero... ¡ah!  
¡Dios mio! ¡es imposible!

—¿Qué tienes, Berenice?

—¿Y qué tienes tú, mamá, que estás toda temblando?

—Es que creo que. .

—Y yo tambien. . creo... pero no nos alegremos demasiado.

En aquel momento entraba en el Dive la lancha, y Berenice gritó cayendo de rodillas:

—¡Onésimo!

Onésimo no pudo contenerse mas; saltó al agua hasta media pierna y se arrojó á los brazos de su hermana.

—¡Dios mio! ¡Os doy gracias por haberme devuelto uno! esclamó Pelagia.

—Madre mia, dijo Berenice, dá Dios el frio segun la ropa.

—Madre mia, dijo Onésimo, es preciso ir en seguida á hablar al cura para que diga esta mañana una misa cantada; porque hice un voto á Nuestra Señora de la Guarda para cuando volviese á Dive, y no puedo comer ni beber hasta que lo haya cumplido.

Pelagia se fué á hablar al cura, mientras que Onésimo ayudaba á su padre á desembarcar la pesca, lavarla y enjugar las cuerdas.

Los pescadores que se hallaban en tierra fueron á apretar la mano de Onésimo, el cual les dijo que habia hecho un voto en la mar,

—¿Y es para hoy el voto?

—Sí, ya ha ido mi madre á hablar al cura.

—Sin duda se aguardará á que todos vengan de la mar.

—Asi lo creo yo tambien. ¿Puede alguno ir á avisar á mi tio Eloy?

—¿Al molinero de Beuzeval?

—Sí.

—Iré yo, mientras fumo en mi pipa.

Pelagia no tardó en volver. Aguardaron la vuelta de los pescadores, cuyas velas se veían asomar en el horizonte; el cura fué á casa de Alain para informarse de las circunstancias del voto; luego, así que volvieron todos los pescadores, se tocó la campana, y todos acudieron á la iglesia, y se unieron á ellos los extranjeros y bañistas que había en Dive.

Onésimo marchaba, seguido de su familia, descubierto y descalzo, llevando un grueso cirio en la mano; se adelantó hasta el coro, y se hincó de rodillas. El cura subió al púlpito y dijo:

—Hijos míos, uno de vosotros, Onésimo Alain, ha corrido una grande borrasca en la mar. En un momento en que el buque comenzaba á hacer agua por todas partes, en que todos los mas intrépidos marineros palidecían en presencia de la muerte, cuando ninguno hacía ya nada para defender su vida, Onésimo Alain hizo un voto á Nuestra Señora de la Guarda, prometiendo á la Santa Madre de Dios mandar decir una misa en su honor y encender un cirio de diez libras en su altar, á donde vendría él descubierto y descalzo antes de beber ni comer en Dive, si por su intercesion lograba volver á ver su pais y familia. Al acabar de hacer su voto, una espantosa oleada cubrió el buque y se llevó á tres hombres de sobre cubierta: uno solo fué arrojado contra los cables, á los que se agarró; los otros dos, el capitan y su segundo, se ahogaron. En seguida se restableció la calma, y Onésimo tuvo la dicha de dirigir á salvacion el buque, aunque tan averiado, que fué preciso un hombre á la bomba sin descanso hasta su arribada. Onésimo Alain viene hoy á cumplir fielmente su voto. Unámonos para dar gracias á Nuestra Señora de la Guarda, protectora de los marinos.

Terminadas estas palabras, todas las voces entonaron el famoso cántico de Nuestra Señora de la Guarda, que hemos oído ya cuando el bautismo de la *Gaviota*.

Santa Virgen de la Guarda,  
No nos dejéis de amparar;  
Sed nuestra salvaguarda  
En todo tiempo y lugar.

Luego dijo el cura la misa, y concluida esta se volvió á entonar el mismo cántico.

Todas las voces estaban conmovidas y las mujeres lloraban.

A la salida de la iglesia los hombres fueron á estrechar la mano de Onésimo, las mujeres abrazaron á Pelagia y Berenice; y luego, cuando estas dos se volvieron á casa para preparar un buen almuerzo, Onésimo mandó sacar algunos jarros de sidra á la puerta de la taberna, y respondió á todas las preguntas sobre la pesca del bacalao y los peligros que habia corrido.

En este momento solemne bajaba el molinero de Beuzeval á Dive, pues no habia podido hacerlo hasta entonces á causa de una disputa muy acalorada con su criada Desideria.

Cuando un pescador habia ido á advertirle la llegada de Onésimo, Eloy estaba almorzando, y como no habia olvidado que debia la vida á Onésimo, se conmovió tanto que dijo á su criada:

—Desideria, no tengo mas hambre; tráeme mi levita y sombrero, que voy á abrazar á mi sobrino.

—¿No puede usted ir despues de almorzar? repuso con aspereza la criada.

—Lejos de eso quisiera estar ya allá. ¡Ese querido muchacho!

—¡Ese querido muchacho!... Solo tiene usted ojos para mirarle á él; todos los demás nada son para usted.

—No puedo olvidar que le debo la vida.

—Preciso es que haya tenido usted un sendo miedo para hablar siempre de ese modo. Onésimo ha hecho lo que cualquiera haría en su lugar, pues no se deja tostar á un cristiano sin tratar de salvarle.

—Lo cierto es que á estas horas estaria yo bajo tierra si él no hubiese espuesto su vida por salvar la mia.

—Al cabo no se me dá un bledo; bien puede usted hacer lo que se le antoje. Dicen por el pueblo que ha hecho usted un testamento en su favor y que le deja cuanto tiene, perjudicando á otras personas que no nombro, pero que han pasado su vida en su servicio, y á quienes ha hecho usted tantas promesas halagüeñas cuando se trató de abusar de su juventud...

—No te atormentes, Desideria; si muero antes que tú, puedes estar segura de que nada te ha de faltar mientras vivas.

—¡Oh! Si, ya creo que usted me dejará un pedazo de pan, para que no se diga que Desideria, que ha pasado su vida en casa del rico Eloy Alain, tiene que mendigar el pan de puerta en puerta... pero no era esa la cantinela con que usted me arcullaba... usted no podia casarse conmigo, me decia, pero *todo seria lo mismo*, y en su testamento me prometia dármele todo, como si fuese su mujer.

—¿Con que estás bien segura de que he de morir antes que tú, Desideria?

—Escúcheme usted: yo estaba en lo mas *florido de mi juventud* cuando entré á servirle, y usted era ya un hombre maduro; pero usted no es nada agradecido, y yo me *habré esclavizado* toda mi vida á su lado por un pedazo de pan. ¿Qué diria usted si en vez de mirar en todo por sus intereses y de esclavizarme como lo



he hecho, hubiese imitado á otras muchachas? ¿Si yo le hubiese robado y me hubiese ido juntando mi gato?... ¡hem! ¿qué diría usted?

—Quizás sería bastante bueno para no decir nada, respondió el molinero; pero te rompería las costillas á palos. No tengo necesidad de los consejos de nadie, pues soy ya demasiado viejo para gastar andadores. Es una accion muy villana el hablar de ese modo de su testamento á un hombre, y de traerle siempre por delante el cementerio. Si no estás contenta, puedes tomar la puerta, y si vuelves á hablarme de esas cosas, ten entendido que te pongo en la calle.

—¡Caramba con los humos! Muy cómodo sería eso; pero no ha lugar, me quedo aquí: usted ha tenido mi juventud, tendrá usted *mi cierta edad*, y no osará usted despedirme. Además, si usted me despidiese, me acostaría como un perro á la puerta, y me dejaría morir allí de hambre.

—Vamos, Desideria; trata de dejarme en paz y siégate. Te he dicho que puedes estar bien tranquila acerca de mi testamento, y que no tendrás de qué quejarte; pero te juro por el nombre que tengo, que si vuelves á hablarme una sola vez de ese maldito testamento, lo borro todo; y en verdad que no es muy largo el bornar cuatro líneas.

—¿Con que solo se compone de cuatro líneas? replicó Desideria con ojos ávidos; pero ya vé usted, no lo hago por ambicion, sino porque estoy celosa cuando veo que usted ama mas á los otros.

—Vamos, calla, y tráeme mi levita y sombrero.

Esta disputa fué la causa de que Eloy no acudiese hasta mucho despues de acabada la misa á la taberna en que estaba Onésimo y los otros pescadores.

Cuando llegó, abrazó á Onésimo con efusion, y despues se fueron los dos á casa del Arriesgado, en donde aguardaban á Onésimo para almorzar.

Como iban cogidos del brazo, dijo uno de los pescadores:

—El viejo Eloy no deja de querer mucho á su sobrino; pero aun quiere un tantico mas á su dinero.

Eloy, que habia interrumpido su almuerzo, almorzó con la familia del Arriesgado, y mientras comia hizo que Onésimo le contase sus tres viajes, sus peligros y las circunstancias de su voto.

Estando á orillas de la mar, he oido á menudo contar siete veces seguidas la misma historia, pues se repetia segun llegaba un nuevo oyente, y los mas antiguos se reian á la sétima vez como á la primera en los pasajes reputados risibles, y los que habian interrumpido la narracion con algunas reflexiones, las repetian en el mismo pasaje cuando comenzaba otra vez.

—Yo debia suponer que habia de suceder alguna desgracia á nuestro buque, dijo Onésimo; pero en mi primer viaje estaba yo tan triste (y miró á Berenice), que me habria embarcado en un buque mandado por el mismo diablo en persona, si fuese su buque el primero que diese la vela. Era un buque nuevo, que salia al mar por la primera vez.

—Esa no era una condicion tan mala, repuso el mojinero.

—Sí, pero cuando se le ha votado al mar del astillero de Fecamp, al cabo de su andadura, en lugar de abatirse y virar del lado de la capilla de Nuestra Señora, como debe hacerlo un buque bautizado, habia virado del otro costado. Así, el segundo y cuarto marino no quisieron partir. Dos dias antes de la salida, cátrate que un marinero, estando comiendo sobre el puente, deja caer su cuchillo, y dicho endemoniado cuchillo cae de punta y queda clavado en la escotilla. Esa vez, la cosa era yø demasiado fuerte, y algunos

marineros que aun se habian quedado despues de la primera señal de desgracia, se largaron al ver la segunda, y solo á fuerza de promesas se pudo formar otra tripulacion.

—¡Desgraciada criatura! exclamó Pelagia, ¿con qué corrias á tu perdicion?

Onésimo miró de nuevo á Berenice sin responderle á su madre, y continuó:

—Cuándo fuimos asaltados por una borrasca tan terrible, que los mas viejos marineros no recordaban otra igual, todos se lamentaban de no haber escuchado los avisos del cielo embarcándose en aquel buque maldito.

—¿Y en qué época sucedió esa borrasca? preguntó Berenice.

—Pocos dias despues de mi partida; aun estábamos en la Mancha. Yo he marchado un domingo... y esto fué ocho dias despues del martes siguiente, un poco antes de medio dia.

—¡Oh, Dios mio! exclamó Berenice. ¡Entonces fué, no cabe duda!

—¿Qué quieres decir? preguntó Onésimo.

—Ya te diré eso mas tarde.

Eloy Alain convidó á toda la familia á comer; pero su natural avaro volvió pronto á triunfar en él; escogió algunos peces entre los que Tranquilo y su hijo habian traído de la mar, y se volvió á casa para calmar á Desideria, que tenia que preparar la comida para una familia, de la que un miembro á lo menos le hacia sombra.

Durante la comida todo pasó de un modo conveniente.

Desideria comió á la mesa, como tenia de costumbre, aunque levantándose para servir, lo cual no impidió que Pelagia y Berenice la ayudasen de vez en cuando.

Terminada la comida, Pelagin se quedó charlando con Desideria, mientras que Eloy y Tranquilo fumaban delante de un jarro de sidra.

Berenice y Onésimo salieron de la habitación del molinero, y fueron á sentarse á la orilla del estanquito que servia de presa al molino.

Ambos tenian muchas cosas que comunicarse, pero ninguno osaba principiar, hasta que por último, al cabo de un largo silencio, salieron de su mutismo por estas palabras:

—¡Y bien, Onésimo!

—¡Y bien, Berenice!

—¡Mi pobre Onésimo! ¿Vuelves porque eres mas dichoso, ó porque tienes necesidad de consuelo?

—Por ambas cosas, querida hermana. Sigo amando á Pulqueria, pero con el amor que uno tendria á una estrella que está seguro de no poder alcanzar. Desde mi marcha, he reflexionado y he visto un poco el mundo. Criado con Pulqueria, era yo como un gallo joven empollado por una gallina al mismo tiempo que un faisán. Primeramente, el plumaje del último se matiza de ricos colores, luego echa á volar. He comprendido mi locura; Pulqueria no podia ser mia. Vuelvo á vivir con vosotros como viviamos en otro tiempo; hallaré de nuevo un placer en pensar en ella y en volver á ver los lugares en que hemos vivido juntos. Así, puedes decirme sin temor todos los pormenores acerca de lo que ha pasado. Cuando me marché, Pulqueria estaba para casarse... ¿Se ha casado?

—Sí.

—¡Aguarda!... Ya me lo figuraba, y lo sabia... pero á pesar de todo, eso me aturdió un poco... Es preciso que yo me lo repita bien: ¡Pulqueria está casada, Pulqueria pertenece á otro, se ha casado con él porque la amaba, porque estaba enamorada de él!... Ahora

que he hecho sangrar bien mis heridas, habla; nada puede causarme tanto pesar como lo que yo me he dicho.

—Pues bien, tienes razon, querido hermano. Voy á decírtelo todo de una vez. Pulqueria se ha casado. Ella sabia que tú la amabas por una carta que has dejado en su cuarto, y por una conversacion que ha tenido conmigo el dia de su matrimonio. Durante la misa de velacion hacia un tiempo espantoso, y las dos pensábamos en un amigo que debia estar en la mar, y comprendiéndonos ambas de una mirada, rogamos á Dios por él. Figúrate cómo me habré conmovido esta mañana al contarnos tu borrasca; precisamente en el momento en que ibas á perecer, fué cuando nosotros elevamos al cielo una ferviente plegaria.

Onésimo abrazó á su hermana, y ambos permanecieron un latgo rato silenciosos.

Berenice continuó:

—Cuando marchó Pulqueria con su marido, corrieron muchas voces sobre su matrimonio. Díjose que Mr. Malais, desvanecido por el orgullo de ver á su sobrina condesa, se habia arruinado para dárla la dote, y que casi no le quedaba nada. Madama Malais, contra cuya voluntad se habia hecho todo, se quejaba de ello á cuantos querian escucharla. En cuanto á su marido, que es tan orgulloso, jamás ha disminuído nada de su trèn exterior por evitar el qué dirán, pero se decía que por dentro se sentian bien sus apuros. El conde de Morville venia algunas veces á Beuzeval, pero no iba á casa de los Malais: venia por la noche, se iba en derecha á casa de nuestro tio Eloy, y se retiraba al rayar el dia sin hablar á nadie. Estos dias, el molinero, que no respondia á ninguna pregunta, se frotaba las manos y tenia un aire risueño todo el dia. Pulqueria eser bia algunas veces y espresaba su pesar de no ver á sus tíos, porque los *negocios* de su ma-

rido no le permitian venir á Normandía, y él no quería que su mujer viajase sola. Pulqueria parecia triste, aunque hablaba siempre de su felicidad, y madama Dorotea decia á menudo:

—No se me engaña, lo hemos perdido todo, y ni aun el consuelo nos queda de haber hecho la felicidad de Pulqueria. Nuestra tonta vanidad fué la que trastornó la cabeza á esa desventurada criatura. Nos hemos envanecido tanto al tener un conde á nuestra mesa, hemos elogiado tan néciamente cuanto él hacia, que hemos acabado por trastornarle los cascos á esa pobre niña, y hoy lo está pagando todo bien caro.

Poco tiempo despues falleció madama Malais, y con ese motivo vino Pulqueria con su marido para asistir á su entierro. Pulqueria estaba tan triste que daba compasion, pero como tenia un justo motivo de pesar en la pérdida de su bienhechora, no se pudo deducir con fundamento que no era feliz en su matrimonio. Quedaron aquí algunos dias despues del entierro; el conde iba á menudo á ver al molinero, y además tuvo largas discusiones con Mr. Malais, porque segun dicen, queria que Mr. Malais le firmase unos papeles, y él se resistia; pero al cabo cedió, con lo que llamaron al molinero al palacio, á donde fué muchos dias seguidos. Todo el mundo veia bien que habia averías, y que nuestro tio Eloy estaba iniciado en el secreto; pero cuando le hacian preguntas nada respondia, ó bien hacia por su parte otras preguntas sobre cosas á que estaba bien seguro que no querian responderle. No he visto á Pulqueria mas que una vez; vino á abrazarme antes de volverse á Paris, y parecia triste y muy cambiada.

Si nuestro tio Eloy no dice nada de todo eso, hay uno que sabe tanto como él, y que dice cuanto sabe y quizás un poco mas: ese es el maestro Epifanio, que ya no es maestro, pues de repente se ha hecho amigo del molinero y no sale de su casa, y dicen por ahí que

Eloy lo ha empleado en ciertos negocios con el marido de Pulqueria. Lo cierto es que ha desaparecido algunos meses despues de haber dejado su escuela, y cuando ha vuelto, estaba hecho un señoron. Se ha hecho alguacil y corren mil historias sobre esa fortuna inaudita. ¡De maestro de escuela hacerse alguacil! su mujer ahora gasta sombrero, y ya no hay competencia en cuanto á los baños, pues es Desideria quien los dirige. Maese Epifanio dice que el molinero tiene hoy casi toda la fortuna de los Malais, y que tendrá el resto cuando quiera. Dicese tambien que Eloy Alain conserva desde jóven un motivo de venganza contra los Malais, que tiene cogido en su anzuelo á Mr. Malais, y que si no lo saca enteramente del agua, es porque le divierte el verlo *debatirse*; pero añade maese Epifanio: Mr. Malais se ha tragado ya todo el anzuelo, y no se escapará. Sin embargo, me cuesta trabajo creer que nuestro tio Eloy se haya hecho tan rico, y Mr. Malais tan pobre, porque ni uno ni otro han cambiado nada en sus hábitos. Mr. Malais tiene siempre su caballo y su carruaje, y aunque ha despedido, segun dicen, á algunos criados, él asegura que lo ha hecho por miedo de ser robado, y porque despues de la muerte de su mujer no recibe ya á ninguna gente; ya ves que el miedo de ser robado no indica miseria.

No hay en su casa mas que un solo criado tuerto que no es del pueblo, á quien no se ha visto llegar, y que nunca sale de casa ni habla con nadie. Los abastecedores de la casa le llevan menos que en otro tiempo; pero eso se comprende, puesto que desde la muerte de madama Dorotea no recibe á nadie. Mr. Malais anda siempre bien vestido, se le vé en el mismo coche, con su mismo caballo siempre bien enjazzado, vá á pasearse en coche de vez en cuando hasta Cacn ó Honfleur, y sigue dando algunas limosnas á los pobres que encuentra. Durante este tiempo nuestro tio ha conservado siempre sus antiguos vestidos de hace tres

años, á los que manda echar remiendos del mismo color, porque son pedazos del mismo corte de paño que ha guardado en un cajon, mientras que los vestidos se usan con el sol, la lluvia y el polvo. Para el servicio de su molino solo tiene un viejo caballo; cuando toma un polvo es siempre del rapé ageno, fuma el tabaco que le dan, siempre se está quejando de la calamidad de los tiempos, y se abstiene de cosas de que se conoce á leguas está ansioso. Cuando le deben algun dinero, y gracias á Dios que nosotros no le debemos ya nada, no parece sino que le está aguardando para comprarse pan. Viene á menudo como por casualidad en el momento de volver los pescadores; anda dando vueltas alrededor del pescado; luego lo pondera tanto, lo halla tan hermoso, tan rollizo, tan fresco, lo mira con ojos tan ávidos, que es imposible no brindarle con uno ó dos peces. Cuando bebe un jarro de sidra en compañía de alguno, tarda tanto en hallar el dinero para pagar, que el convidado se vé muchas veces forzado á pagar. Jamás dá nada á nadie, y se ha estrañado mucho que cuando te desapareciste (cosa que le causó mucha pena), dijo: «Si ha desaparecido por falta de dinero, yo se lo hubiera dado. Verdad es que añadió: «Un poco,» y eso era antes de la época en que se pretende que ha *ganado* toda la fortuna de Mr. Malais.

Al llegar aquí, los dos hermanos notaron que era ya tarde, y se volvieron al molino, pero no hallaron luz en él. Hacia largo rato que Tranquilo y Pelagia se habian vuelto á Dive, creyendo á sus hijos acostados. Berenice entró en casa, Onésimo dijo que aun no tenia sueño, y se fué á errar alrededor del palacio. Bien hubiera querido ver de lejos el cuarto de Pulqueria de donde se habia escapado tan afligido hacia tres años, pero todo estaba en tinieblas, y ya iba á volver cuando percibió á un hombre y un caballo. El caballo pacia la yerba con grande apetito, y el hombre estaba



inquieta y como en acecho, y habiendo oido pasos, tomó el caballo de la brida y parecia dispuesto á marchar. Onésimo, viendo su turbacion, y acometido de una vaga sospecha, cesó de andar y se ocultó detrás de unos matorrales. El dueño del caballo recobró su tranquilidad, sin abandonar su vigilancia, y permitió al animal volver á paecer. Onésimo tuvo tiempo para ver que no se habia engañado, y que aquel personaje no era otro que Mr. Malais; pero no pudo comprender por qué se hallaba tan tarde en el campo, ni por qué tenia aquel aire de agitacion, y si solo que no quería ser encontrado allí.

Quiso retirarse sin hacer ruido, pero no pudo menos de agitar algunas ramas, y en algunos instantes desaparecieron el amo y el caballo y entraron en el palacio.

---

## CAPÍTULO XVII.

---

En esta relacion, mas veridica de lo que parece, me siento muy embarazado cuando hago hablar á mis personajes. Si no los hago hablar normando sacrificio el color local, y si les hago hablarlo no lo comprenden mis lectores.

Onésimo volvió a dedicarse á la pesca como antes. Una parte del dinero que habia traído puso la casa en una situacion bastante desahogada. Compraron una lancha mas grande y nuevos aparejos; Pelagia y Benice se hicieron vestidos nuevos para los domingos; Tranquilo y Onésimo se compraron botas de pesca y camisas de lana encarnada.

Jamás habia reinado en la casa tanta alegria, aunque el pesar de la partida de Cesáreo se habia aumentado á causa de la vida feliz de que hubiera participado si viviese.

Eloy dijo á Onésimo:

—Si te queda aun dinero, Onésimo, en lugar de

dejarlo dormir como un holgazan en una olla de barro, dámelo que yo lo haré trabajar; el dinero nos hace trabajar bastante, y así es preciso que él trabaje también. Yo no le dejo mas descanso que el que él me deja á mí, y sobre todo que el que me ha dejado. Si uno no es su dueño, bien poco tarda en hacerse él el nuestro. Dame tu dinero, que casaré los luises con los doblones, y te harán un monton de moneditas de á cinco francos.

—Ya no me queda mucho, tio mio, respondió Onésimo, y aun puedo tener necesidad de ello de un momento á otro; por otra parte, perdóneme usted, tio mio, si le digo que he oido muchas veces en el pueblo que su dinero trabaja, sin duda, pero que hace un oficio muy poco honroso.

—Los que te han dicho eso son unos majaderos, Onésimo; mira sino cómo se conducen conmigo; si hay uno á quien saluden con mas humildad, ni de cuya salud se informen mas á menudo. No podriamos ir de aquí á Beuzeval sin que vengan quince personas á preguntarme cómo estoy. Si como en alguna parte, ¿á quién dan el asiento de preferencia y, lo que vale aun mas, los bocados mejores? Bien sé que dicen que soy un usurero, pero lo dicen muy bajito, y sentirian mucho que yo lo oyese. ¿Crees que hay alguno de quien no se murmure? ¿Crees que no se agradece á las personas el que no hagan mal? Supongamos que yo no hiciese trabajar el dinero; no dirian: Eloy Alain es un hombre muy honrado que no tiene mucho apego al dinero; nada de eso, al contrario, dirian: Eloy es un borracho, ó bien, Eloy es un pródigo. ¿Crees que no dicen nada de tí? Sin duda que no dicen que eres un usurero, pero dicen que la echas de señor, que habrias querido casarte con Pulqueria Malais, que andas hecho un pavo con tu medalla, de la que tienes razon para envanecerte, pues es la causa de que yo te mire como á mi hijo, y si alguna vez llegas á tener nece-

sidad de mí para algo, debes tener entendido que estoy aquí á tu disposicion. Mira, es verdad que tengo apego al dinero, pero es porque con él se consigue todo en este mundo, lo cual hace que uno acabe por no desear nada. Mira cuántas cosas puede uno tener con mil francos: es decir, que solamente se encuentra uno embarazado en la eleccion. Con mil francos se puede tener una casita, ó una excelente jaca, que ande treinta leguas por dia, ó bien un pedazo de prado, ó bien, añadió con risa gazmoña, la mas hermosa muchacha del pais ó quizás dos. Y bien, si yo comprase una de estas cosas, no tendria mas que esa, mientras que guardando mi dinero gozo de todas ellas á la vez, y las tengo todas perfectamente al mismo tiempo. Dicen que traigo levitas viejas; eso es verdad, pero no tengo mas que meterme cien francos en el bolsillo, y me parece que tengo simultáneamente todas las hermosas levitas, mientras que no tendria mas que una si soltase mis cien francos. Amo el dinero, y creo tengo mucha razon en amarlo. Acabo de decirte alguna cosa acerca de las felicidades que proporciona; pero considéralo bajo otro aspecto: no hay una desgracia que el dinero no evite ó no mitigue. Si tú hubieses tenido dinero, tu hermano Cesáreo no habria marchado ni estaria ahora muerto, ó á lo menos habria muerto de otro modo, porque, debo confesarlo, el dinero no nos impide morir, pero son muchos mas los pobres que mueren que los ricos, sin contar que la pobreza sujeta al hombre con su cadena de hierro al suelo en que gana su pan. En tu casa, tú no eres mas que un pobre; á diez leguas de aquí te llaman vagabundo; no tener domicilio propio ni medio de existencia es un delito, y los artículos 269, 270 y 271 del Código penal te condenan á seis meses de prision. Los hombres deciden muy pronto á llamar ladrón á aquel á quien no pueden esperar atrapar nada. Las leyes son hechas por los ricos, y así es que las dos terceras

partes de ellas son hechas contra los pobres. Además de todo esto, no es solamente el amor al dinero el que me ha arrastrado á los negocios, sino tambien la venganza. Tenia yo una cuenta con los Malais, una cuenta terrible. Malais el aduanero me habia vendido traidoramente, y he jurado ódio profundo á toda su raza. Hace treinta años que al rezar mi *Padre nuestro*, al acostarme y levantarme, omito las palabras: «Perdónanos nuestras deudas asi como nosotros perdonamos á nuestros deudores.» La raza de los Malais se habia elevado mucho, y yo la he abatido; era rica, y ahora en este momento la tienes miserable.

—Pero, tio Eloy, replicó Onésimo, estos Malais no le habian hecho á usted ningun mal.

—Tú no cuentas su vanidad, su desden hacia mi... Y por otra parte... es un combate... una partida empenada... Dos hombres que juegan al dominó un jarro de sidra, acaban por aborrecerse un poco. Durante la partida, no sufren uno de otro ciertas chanzas que en otra ocasion cualquiera serian miradas como inocentes. A medida que adquirió un trozo de terreno que ha pertenecido á los Malais, me pongo tan contento que no quepo en mi; voy á pasearme por esa tierra, y planto y arranco en ella alguna cosa. Hoy, si hiciese bien la cuenta, resultaria que tengo yo mas derechos que ellos á llamarme señor de Beuzeval; pero no hago maldito caso de esta bambolla. Quien me ha ayudado maravillosamente en esa maniobra ha sido ese conde, que es un jugador de siete suelas, y ha creído volver á la razon y renunciar al juego dedicándose á los negocios industrioses... ¡imbécil! ¡Como si fuese fácil cambiar de habito! El que ha cambiado ha sido su enemigo y nada mas: ahora juega sin cartas, y creo que en este momento juega con personas mucho mas diestras que él, porque lo poco que le quedaba se vá por la posta. Trae entre manos un negocio... No puede vender aun, porque el negocio no está aun maduro, y

el conde necesita dinero, dinero, y siempre dinero. Y no pagan la pensión al tío Malais, que no sé de qué vive, aunque procura disimular su miseria. Ha cometido la majadería de dar cuanto tenía al marido de su sobrina, y solo se ha quedado con el palacio, que lejos de producirle dinero le cuesta mucho. Todo lo demás se lo cedió al conde, que me lo ha vendido casi todo, y cada vez me lo vende mas barato, porque, como me debe mucho, voy siendo mas dueño de dictar las condiciones. Debe venir á verme esta noche, y tendremos una sesión borrascosa, porque quiere meter las uñas en el palacio. Cuando viene aquí, ordinariamente llega por la noche, como hará hoy, y vuelve á marchar antes de amanecer, de manera que nadie sabe nada de su aparicion, pues no se detiene mas que el tiempo preciso para firmar una hoja de papel sellado y embolsarse el dinero... Pero hoy no es eso solo; vá á tener que ir á ver al tío Malais, y que este se obligue por una suma que yo no quiero absolutamente prestar si no me hipoteca el palacio. El tío Malais no estará muy dispuesto á ello, porque ni aun le pagan su pensión, que es lo único que le han dejado de sus bienes; pero el conde le acometerá con mil promesas y embuster.

—Pero tío, ¿no le quedará nada á ese pobre Sr. Malais? Muy duro es usted.

—Eseucha, Onésimo; cuando yo me creia perdido, cuando sentia las llamas que me rodaban tostar ya mis cabellos, llegaste tú á arrojarte á mis peligros, y me has salvado. Desde entonces me considero como tuyo, y no hay casi nada que no sea capaz de hacer por ti; pero no podría renunciar á mi venganza contra los Malais. Déjame hacer, y llegará un dia, en que tú podras, si te agrada, llamarte señor de Beuzeval. ¿Acaso no te han despreciado tambien á tí? ¿No has sido desechado?

—Yo no he pedido nunca nada.

—Han hecho mas, siquiera han pensado un instante en que pudieses tener la audacia de pedirlo.

Onésimo se volvió al lado de su padre, y ambos fueron á retirar las redes de la mar.

Al fin de la noche volvieron á tierra, y Onésimo cogió un excelente cabrajo, subió á Beuzeval y llamó á la puerta del palacio á eso de las nueve de la mañana.

En lugar de abrir la puerta, abrieron un postiguillo á través del cual vió Onésimo á un criado con librea y una venda en un ojo.

—Abi tiene usted eso para el señor de Beuzeval, dijo.

El criado alargó la mano por el postiguillo y tomó el cabrajo.

—Dígalé usted que es de parte de Onésimo Alain.

El criado no respondió una palabra y cerró el postiguillo.

—Espero, pensó Onésimo al retirarse, que el amo recibirá mi regalo mejor que el criado.

Al bajar á Dive, vió salir de casa del molinero al conde, que subia al palacio, é iba tan preocupado que no hizo al o en Onésimo.

Llamó á la puerta, y se abrió el mismo postiguillo por el criado.

—Amigo mio, dijo el conde, anuncie usted al señor de Beuzeval que el conde de Morville llega de Paris para tener el honor de verlo, y que solo puede detenerse con él algunos instantes.

Volvió á cerrarse el postiguillo, y al cabo de diez minutos de espera, el conde llamó de nuevo.

Entonces se abrió la puerta y se presentó Monsieur Malais.

—No esperaba, caballero, dijo, el honor de vuestra visita, pues muchas cartas mias que han quedado sin respuesta me hacian creer que estaban terminadas nuestras relaciones.

—Señor, respondió el conde, he estado de viaje, y además para responderos aguardaba á poder hacer justicia á vuestras justas reclamaciones; me hallo metido en negocios en que estoy á punto de hacer una inmensa fortuna, y participareis de mi buena suerte así como habeis participado de la mala. Retrasos imprevistos han venido á entorpecer la venta; he gastado hasta mis últimos recursos, y hoy vá á fracasar en el puerto una operacion magnífica en que he metido sucesivamente toda mi fortuna y la de Pulqueria, si no acudís eficazmente al socorro de vuestra sobrina y al mio.

—¡Yo acudir al socorro de nadie! esclamó Mr. Malais. ¡Yo, á quien habeis hecho un mendigo! ¡Sabeis á qué situacion me habeis reducido, caballero? Ya no tengo un solo criado; el último me ha dejado porque no podia pagarle ya su soldada; hace un año que no me pagais mi pensión, y bien sabeis que era la única cosa que me habeis dejado de toda mi fortuna. Ese hombre, mi último criado, ha querido marcharse, y como yo no podia dejarle marchar sin pagarle su soldada, le he dado mi reloj.. y él lo ha recibido llorando, y despues de haberse negado largo rato á ello, solamente le he pedido que ya que marchaba del pueblo, se fuese sin decir nada á nadie de mi miseria.

Mr. Malais notó que el conde miraba los sellos del reloj que tenia pendientes.

—Señor conde, estais mirando mis sellos, pero no son mas que estos y el cordón, que yo traigo para que no se note nada.

Y diciendo esto, le mostró que aquel cordón estaba cosido á un bolsillo de reloj, y que los sellos eran una muestra engañosa.

—Hace un año, caballero, que estoy viviendo de la venta de las alhajas de mi pobre mujer, que voy á vender de vez en cuando á Caen, en donde digo que



me deshago de ellas porque me recuerdan demasiado la que he perdido, mientras que son para mí un tesoro inapreciable; ¡pero no puede uno confesar su miseria á los demás! ¿Qué pensarían los que supieran en qué estado se halla hoy el señor de Beuzeval? ¿Y por qué me hallo en este estado, caballero? He tenido la generosidad de no recordárosle. ¡Yo he consentido en hacerme pobre, pero no en hacerme mendigo!

—Bien sé, caballero, respondió el conde, que tenéis derecho á quejaros. Pulqueria ha debido deciros ..

—La condesa de Morville, replicó el pobre Malais, envanecido aun de llamar á su sobrina condesa en el momento en que recapitulaba las miserias que le costaba este título, me ha escrito lo que acabais de decirme, y la pobre criatura me ha enviado algunos libros, el único dinero que he recibido de un año acá. Su carta era muy triste, y me ha hecho creer que no he logrado hacer su felicidad, aunque tan cara la he pagado.

—Demasiado lo sé, un desgraciado negocio ha absorbido todos mis capitales, y me ha reducido á mí mismo á los mayores apuros, tanto, que he tenido que suspender el pago de vuestra pensión, que es una deuda sagrada; pero terminado el negocio, no me contentaré con pagaros lo atrasado, que se os debe legítimamente. Pulqueria os rogará tengais á bien aceptar vuestra parte de utilidad de un negocio en que habreis empeñado, aunque involuntariamente, vuestros capitales.

Mr. Malais se quedó frío, y el conde tocó otra cuerda.

—Los malos tiempos van á concluir, señor de Beuzeval, dijo, y el próximo verano nos vereis á Pulqueria y á mí venir á Beuzeval con el lujo y el brillo de una fortuna á cuyo lado es nada lo que vos habeis poseído.

Si el principio era bueno, el final chocó mucho á Mr. Malais, el cual dijo con una especie de acritud:

—Roguemos á Dios, caballero, que no tengais que arrepentiros de no haber sabido contentaros con esa fortuna que yo os he dado.

—Si rehusais ayudarme en esta última circunstancia todo está perdido, el negocio se desgracia por falta de una miserable suma de diez mil francos. Pulqueria y yo quedamos completamente arruinados, y el pago de vuestra pensión, que solo se ha suspendido por causas de fuerza mayor, se hace enteramente y para siempre imposible. Si, al contrario, me socorreis, todo irá bien y se aumentará vuestro bienestar.

El pobre Malais se defendió largo tiempo, y por último le dijo el conde:

—¿Y qué efecto hará, caballero, cuando se sepa que los condes de Morville, sobrinos del Sr. Malais de Beuzeval, se han fugado y están completamente arruinados? Porque no me queda otro recurso mañana si no consentis en otorgarme hoy lo que os pido.

Desde este punto, Mr. Malais no resistió mas y aun pidió detalles sobre el negocio; dados los cuales convinieron en dar en Beuzeval el verano próximo una gran función á la que deberian ser invitados todos los del pueblo.

—De suerte, dijo Mr. Malais, que se atribuirá mi retiro de un año al pesar, bien hondo en verdad, que me ha causado la pérdida de mi pobre Dorotea. Pero ¿cómo puedo proporcionaros hoy esos diez mil francos?

—Nada mas fácil, teneis aquí á Eloy el molinero que tiene dinero en abundancia.

—Es un usurero.

—Tanto mejor; los usureros son los que venden el dinero mas barato, pues no se les debe humillaciones ni bajezas.

—¡Paradoja, sobrino mio! pero en fin...

—Y bien, voy á buscar á Eloy Alain, y presentándole un pagaré vuestro, me entregará la suma de diez mil francos, es decir, tomaremos quinientos francos mas, que os darán lugar á esperar los pocos días que nos separan aun de la realizacion de nuestro negocio.

El conde fué á buscar á Eloy. Discutieron largo rato, pues como no le habia hablado de los quinientos francos, no tenia en su casa mas que los diez mil, y los quinientos que le pedian demás, necesitaba él mismo tomarlos prestados, ¡y Dios sabe á qué réditos! En fin, acabó por dar los diez mil quinientos francos por trece mil en billetes pagaderos, el primero dentro de seis meses, y los otros sucesivamente. Mientras discutia el negocio, Eloy dirigia al palacio de Beuzeval unas miradas de vencedor hipócrita, y no pudo menos de tomar cierto aire familiar con Mr. Malais, que tenia el corazon bastante elevado para hacerse mas orgulloso con su pobreza (solo los espíritus enteramente superiores no se avergüenzan ni se hacen mas orgullosos con la pobreza), y que por otra parte habria creído confesaba su ruina no mostrando un poco de desden é impertinencia á un hombre como el molinero. Por consiguiente afectó no dirigir la palabra mas que á su sobrino, y como á Eloy Alain se le ocurriese tomar rapé sin que le invitasen á ello en la caja de Mr. Malais, este arrojó el resto del rapé en la chimenea. Este acto impertinente hizo palidecer de cólera al molinero. Su primer impulso fué de romper la transaccion que iban á firmar, y el segundo de exigir dos por ciento mas de réditos.

Mr. Malais, que habia seguido su primer impulso arrojando el rapé en la chimenea, tuvo tambien un segundo movimiento: pensó que aquella accion llena de un desden magnífico, habria tenido necesidad para ponerla en escena de una caja de oro. Desde que habia vendido la suya y se servia de una caja de boj, no tomaba tabaco sino con toda especie de precauciones, y

cuando estaba bien seguro de no ser visto. Así creyó reparar su falta dando á esa caja un precio arbitrario.

—Es el último regalo de mi pobre Dorotea, dijo. Un día que habíamos ido á la fèria, me regaló esta caja como por diversion.

El molinero marchó con el conde, á quien Mr. Malais no dejó de decir al marchar:

—Abrazad en mi nombre á la señora condesa.

---

## CAPÍTULO XVIII.

---

Cuando Mr. Malais se quedó solo, puso á cocer su cabrajo, del que comió un buen trozo, luego ensilló y puso el freno á su jaca, y fué á pagar algunas deudas que tenia en el pueblo y que le atormentaban singularmente.

Paróse á la puerta de un traficante de forraje de quien hacia largo tiempo tenia buen cuidado de no ser visto, y le dijo en voz alta:

—¡Hola! maese Goulet, envíeme usted alguno para tener las bridas de mi caballo.

Maese Goulet le envió su mozo, y salió él mismo con el sombrero en la mano á recibir á Mr. de Beuzeval.

—A fê mia, maese Goulet, que estuve á punto de pasar otra vez por delante de su puerta sin pararme, pero mi caballo me ha hecho acordarme que no tenemos ya un bocado para él en casa. Sin embargo, me he dicho á lo menos diez veces: es preciso que

vaya á pagar á maese Goulet. Usted habrá comenzado ya á creer que yo me declaraba en quiebra.

—Lo que yo quisiera seria que me debiéscis sesenta mil francos, señor de Beuzeval, respondió maese Goulet. Gustoso abandonaria yo todos mis haberes, y os rogaría me señaláscis la renta de mis sesenta mil francos; no buscaria otra colocacion mejor.

Mr. Malais quedó muy encantado de ver la opinion que de él formaban, y se felicitó de haber salvado el exterior por medio de las mas duras privaciones.

Pagó su cuenta y mandó que le enviasen otra provision

—¿Cómo es que el señor de Beuzeval compra yerba, teniendo las mejores praderas del valle de Auge? preguntó maese Goulet.

Mr. Malais sintió ponerse encarnadas las orejas, pero se apresuró á responder:

—No me hable usted de eso; tenia la costumbre de no guardar mas que mi provision, como era justo. En tiempo de mi difunta tenia yo tres caballos y sabia bien lo que comian, por lo que vendia el resto de mi cosecha, que sin vanagloriarme podia bastar á mantener todo un regimiento de caballeria; pero hé ahí que mi sobrina la condesa de Morville, y mi sobrino el conde de Morville, vienen á verme algunas veces y traen caballos; mi pobre provision se come pronto, y como mi arriendo con los llevadores de mis prados tiene que durar aun muchos años, preciso me es comprar forraje.

—Muy lejos estoy de quejarme de eso, respondió maese Goulet.

—Escuche usted, maese Goulet: vá usted á llevarme en seguida esta yerba y avena á mi casa; pero no hay nadie en ella, pues el criado y la criada me han pedido licencia para salir, y estoy seguro que se hallan en camino de Dive, en donde van á pasar todo el dia. Los mismo un poco, pero qué quiere usted? Hoy soy

solo, y no tienen mucho que hacer. Creo que algun día me han de pedir otra licencia, la de casarse, porque son como dos tortolillas, y entonces no creo poder quedarme con ellos.

—Señor de Beuzeval, si se presenta la ocasion, podré proporcionarle un criado que es una alhaja.

—Ya veremos cuando llegue el caso, maese Goulet; ahora no quiero tener tres criados, porque no seria razonable.

—¿Y eso qué os importaria?

—Pecuniariamente hablando no digo lo contrario, maese Goulet; pero estaria menos tranquilo. Decia pues que no hay nadie en casa; entre usted en el patio y deje usted allí el forraje bajo el cobertizo, que ya lo arreglarán todo mis perillanes cuando vuelvan.

Maese Goulet fué á tener respetuosamente del estribo al señor de Beuzeval, que se puso en camino y fué á representar la misma comedia en tres ó cuatro tiendas.

En el camino encontró un hombre con quien se paró un rato, hablando y pasando la mano por la crin del caballo.

—Escelente animal, dijo el hombre.

—Mas me gusta el otro, respondió Mr. Malais.

—Creia que no teniais mas que uno, pues siempre os veo montado en el mismo.

—En efecto que se parecen mucho; sin embargo, el otro tiene una marca blanca, una estrellita en la frente, que quisiera mas que no la tuviese, porque sin ella serian los dos enteramente iguales. El otro se llama Carnero y este Píramo.

—Tened la bondad de decirme qué hora es, señor de Beuzeval

—Mi reloj está parado, respondió Mr. Malais; pero deben ser cerca de las dos.

Luego, siguiendo su camino, dijo para sí:

—No puedo esponerme dos veces á semejante humillacion.

Y entró en casa de un relojero á quien compró un reloj por el dinero que le quedada de los quinientos francos, escusándose de no comprar otro mejor, porque lo que necesitaba era un reloj de poco precio para traerlo en el bolsillo y no esponerse á perder otro de gran valor que tenia trayéndolo todos los dias consigo.

En seguida volvió al palacio, diciendo:

—¡Qué ganso es el tal Melinet, que cree que yo monto siempre un mismo caballo! Entonces ¿de qué me sirve el haber ido á vender el otro tan lejos, y que cada segundo dia me tome la molestia de pintar en la frente de Piramo una estrellita blanca que borro al dia siguiente?

Por la tarde el criado tuerto metió dentro el forraje que habia llevado Goulet.

En la noche del dia siguiente estaba iluminado el salon, y se oia un ruido de piano, que no era precisamente musical, pero sí suficiente para hacer que los vecinos y transeuntes dijesen:

—¡Ah! ¡ah! parece que hay baile en el palacio.

Y como el dia siguiente encontrase el alcalde á Mr. Malais montado en su *segundo* caballo, es decir, sobre Carnero, que tenia su estrella blanca en la frente, le dijo:

—Ayer noche habia baile en vuestro palacio, señor de Beuzeval.

—Señor alcalde, respondió el señor de Beuzeval, considero como un deber de parte de aquellos á quienes ha favorecido la fortuna, el desplegar cierto lujo y dar sus funciones, pues es una caridad indirecta que aprovecha á los trabajadores, y no es interceptada por los holgazanes, como la mayor parte de las otras caridades.



Como no llegase la carta prometida para dentro de pocos días ni las noticias del gran negocio, Mr. Malais tuvo que arrepentirse muy luego de la fiesta que se había dado á sí mismo, y en cuyo alumbrado había gastado cuarenta bujías, y tuvo que ir á Caen á vender la muestra que acababa de comprar, aunque reservando siempre el cordón y los sellos, que siguieron engalanando insidiosamente su vientre.

Algun tiempo después encontró á Onésimo, y le dijo:

—¡Hola, querido! Me alegro mucho de encontrarte. Has entregado para mí á alguno de mis criados un soberbio cabrajo. ¿Cuánto te debo, amigo mío?

—Señor de Beuzeval, respondió Onésimo, que halló en su corazón la exquisita delicadeza de llamarlo así, cuando en tiempo de su prosperidad solía llamarlo señor Malais; era un pequeño regalo que me he tomado la libertad de haceros. Este año la pesca es buena y proporciona á los pobres como yo el poder mostrarse agradecidos, haciendo un regalito de poco precio, por las bondades que les han dispensado. El señor de Beuzeval ha sido siempre el protector de mi familia, y si nos viésemos aun en algún apuro, todavía sabríamos en dónde está el palacio, aunque en este momento somos más dichosos que nunca lo hemos sido.

—Sin embargo, voy á darte con qué echar un trago á mi salud, mi buen Onésimo.

Y llevó á su bolsillo una mano que retiró al punto diciendo:

—No traigo más que oro, será para otra vez.

En aquel momento pasaba Melinet, el cual, acordándose Mr. Malais que ese día Piramo tenía su estrella, y por consiguiente se llamaba Carnero, se apresuró á dar los buenos días á fin de llamar la atención sobre la frente de su *segundo* caballo.

Luego echó á correr al pequeño galope, y cuando

se halló fuera del alcance de vista, detuvo su caballo y miró cuidadosamente en torno suyo. Viéndose solo sacó su caja de madera y se refociló con un polvo de rapé de que estaba ansioso, y que hacia media hora se rehusaba con inflexible crueldad.

La provision del forraje no tardó en agotarse: las noticias del gran negocio no llegaban, y Mr. Malais se vió de nuevo forzado á sacar su Piramo á pastar por la noche la alfalfa de los vecinos.

Una mañana oyeron los vecinos de como de costumbre la campana del palacio que anunciaba la hora del almuerzo.

El señor de Beuzeval pasó al comedor, en donde no halló absolutamente nada. Masculló una corteza de pan, y se preparó a ir á Caen para hacer uno de aquellos viajes de que siempre volvía con algun dinerejo, porque vendía allí algunos pequeños restos de su esplendor pasado; pero cuando habia andado una legua de camino se acordó que aquel día era domingo, que el traficante á quien vendía sus alhajas no se hallaría en su tienda, y que tenia que aguardar hasta el día siguiente; por lo que volvió á Beuzeval y de allí bajó á Dive.

Berenice estaba á la puerta de casa haciendo blonda, y le hizo una graciosa reverencia. Mr. Malais se paró para decirle algunas palabras, y Pelagia, que estaba preparando la comida de la familia, salió á preguntarle noticias de Pulqueria.

—La señora condesa de Morville está buena, respondió, pues hace muy poco que he tenido noticias de su salud. Mi sobrino el conde de Morville me ha prometido venir este verano con la señora condesa.

Onésimo y su padre iban á entrar, y Pelagia pidió al señor de Beuzeval el permiso de volver á ocuparse de la cocina, porque aquellos necesitaban volver á la mar despues de comer.

Mr. Malais se habia apeado de su caballo, y habiendo entrado en la casa, dijo:

—Perfectamente huele esa sopa, ¿es de berzas?

—¡Y no conocéis mucho este plato, señor de Beuzeval!

—No es porque no lo haya pedido bien á menudo en mi casa. Soy en extremo apasionado de la sopa de berzas, pero en mi casa no quieren hacerla.

—Porque no es enteramente un plato delicado.

—Esta huele tan delicadamente, Pelagia; verdad es que usted ha sido siempre una excelente cocinera.

—¡Ah! Es porque hay alguna cosa que me ayuda mucho á hacer buenas comidas á mis gentes.

—¿Y qué cosa es, Pelagia?

—El apetito; han salido esta noche á la una. ¡Calla! Ahí vienen fatigados, mojados y muertos de hambre; todo eso comunica un buen gusto á la sopa.

Los pescadores entraron.

—¡Venid, venid! dijo Mr. Malais, pues os aguarda una excelente sopa. ¡Caramba si huele bien! Me escita el apetito y no quiero pasar sin esta golosina. Pelagia, deme usted un plato, que voy á tomar algunas cucharadas en vuestra compañía. Ciertamente que no hace largo rato que he tomado mi almuerzo, lo que se llama un buen almuerzo, pero sin apetito ni placer.

—¿Formalmente, Sr. Malais, vais á comer la sopa con nosotros?

Y Pelagia se apresuró á poner un mantel limpio sobre la mesa.

Berenice fué á buscar un jarro de sidra, Onésimo *amarró* el caballo á la sombra y en seguida se sentaron todos á la mesa, teniendo cuidado de dejar el mejor asiento á Mr. Malais, que devoró un gran plato de sopa.

—Confieso, decia, que hace mucho tiempo no he comido nada con tanto placer.

—Tomad aun otro plato, puesto que tan buena os parece,

—Sí, pero como á las cinco, y no podria comer. En fin, si no puedo comer, tanto peor; la sopa es excelente, y comer aquí ó en Beuzeval, lo mismo es, pues nunca comeré con gentes tan honradas. Deme usted otro plato, Pelagia.

El segundo plato desapareció como el primero.

Berenice retiró la sopa, y puso sobre la mesa una enorme fuente de berzas con un buen pedazo de tocino.

Mr. Malais estaba resuelto á no comer en su casa, y decia que su cocinera se iba á poner furiosa, pero que no importaba.

—Es excelente este pan, añadió, ¿es usted quien lo amasa, Pelagia?

—Sí, señor; siempre he amasado nuestro pan.

—¿Tiene centeno?

—Sí, señor, porque es mas barato y conserva el pan mas tiempo.

—Me gusta mucho un poco de centeno en el pan, porque le dá un gusto delicado. Otras pocas de berzas, Arriesgado. No es mala esta sidra... ¡Y yo que á veces me entretenia en compadeceros, cuando pensaba en todas las superfluidades de que nosotros nos hallamos rodeados, y de que estais privados vosotros! ¡Mucho tiempo hace que no he comido con tanto gusto!

En esto entró el molinero Eloy, y Mr. Malais se sonrojó un poco.

Onesimo, que era el único de la familia, con Berenice, que sospechaba el estado de miseria en que se hallaba el señor de Beuzeval, sintió mucho la llegada de su tio.

—Vea usted, tio Eloy; ¡hemos obligado al señor

de Beuzeval á aceptar una cucharada de nuestra sopa!

—¡Una cucharada! replicó Mr. Malais, di un plato, ó mas bien dos, de berzas y tocino; y di tambien que en mi vida no he tenido una comida que me gustase mas.

Onésimo y su padre se volvieron á la mar despues de comer, y Mr. Malais se fué á su palacio.

---

## CAPÍTULO XIX.

---

Un día paróse un carruaje á la puerta del palacio sonó un aldabazo, abrióse el postiguillo, y luego, apenas el criado con librea y una venda negra en el ojo percibió á la persona que queria entrar, abrió, olvidando su reserva y taciturnidad habituales, y estrechó contra su corazón á una jóven vestida de negro que traía en los brazos un niño que parecia enfermo. La jóven retrocedió espantada, y Mr. Malais conoció entonces lo que la sorpresa y la emocion le arrastraban á hacer: arrancó la venda que le cubria el ojo, sacó su librea, y exclamó:

—¡Pulqueria, sobrina mia, hija de mi corazón!

Pulqueria le respondió con caricias, y sin decir nada le puso en los brazos el niño, mostrándole con la vista que tambien aquel niño estaba vestido de negro.

Pulqueria mandó subir un pequeño baul y despidió al cochero; luego, volviendo á tomar el niño:

—Tío mío, dijo, esta criatura y yo acudimos á usted en nuestra miseria. El conde de Morville ha muerto, y murió completamente arruinado. Así que se supo su muerte, una bandada de acreedores ha acudido á la casa, y yo les he abandonado cuanto en ella había, metiendo solo en este baul algunos objetos indispensables á mi hijo y á mi, y venimos á pedir á usted un asilo y pan.

—¡Hijos míos! ¡desgraciadas criaturas! exclamó el viejo Malais Borando, partiremos todo cuanto tengo; pero ¡Dios mío! no tengo que partir con vosotros mas que miseria.

—Pero, tío mío, ¿qué significa ese traje con que le he encontrado?

Mr. Malais se vió un poco embarazado.

—Tú sabes que tu marido no me había dejado de toda mi fortuna mas que una pensión.

—Que él pagaba á usted con mucha inexactitud.

—Que había acabado, hacia largo tiempo, por no pagarme de ninguna manera. Yo no he vivido mas que de mil expedientes, vendiendo lejos de aquí pieza por pieza algunas alhajas y mi vajilla de plata; pero si me he resignado á semejante pobreza, hay una cosa á la que jamás me habria resignado, que es á saber que mi miseria era conocida de las personas que me han visto siempre en la opulencia y dichoso. Habia despedido á todos mis criados, menos uno, bajo diversos pretestos: no me quedaba mas que uno, pero como no podia pagarle, se ha marchado y le he dado mi reloj en pago de su soldada.

Mr. Malais mostró dolorosamente á su sobrina el cordon de la muestra que estaba cosido al bolsillo vacío.

—No he dejado á nadie penetrar aquí; sin embargo, como tengo aun que recibir algunas cartas y ciertos objetos, y por otra parte hay que hacer ciertas labores, tales como pensar mi caballo, limpiar su cuadra,

he ideado el hacer todas esas labores vestido de una librea y bien disfrazado á beneficio de esta venda en el ojo. Por este artificio nadie sospecha mi situacion.

—¡Pobre tío mio! exclamó Pulqueria. Yo le ayudaré á usted, y lo aliviaré. Aun estoy fuerte, aunque los pesares han alterado un poco mi salud. He sido criada en el campo, en casa de Alain, y he sido criada como sus hijos.

—Pero dime, si quieres, ¿cómo ha muerto el conde tan pronto?

—¡Oh, tío mio! no hablemos de esto á nadie. ¡El desgraciado se ha suicidado! respondió sollozando. Que su hijo no sepa tampoco nada de la muerte de su padre, cuando tenga edad para comprender. ¡Se ha suicidado, tío mio, cuando ha visto que el juego bajo todas sus formas no le dejaba ya ningún recurso! ¡Se ha suicidado, y me han traído su cadáver! Despues que se le hicieron los funerales, lo abandoné todo á los acreedores, y solo me he traído las alhajas que debia á vuestra generosidad, y de las que he vendido algunas para pagar mi viaje. He venido á refugiarme con mi pobre hijo al lado de aquel que se ha arruinado por mi causa.

—No ha sido culpa tuya, pobre hija mia; solamente ha sido una gran desgracia el que no hayamos escuchado á tu querida tia, que no queria este matrimonio que ha sido tu perdicion y la de todos nosotros; pero puesto que él ha muerto... todo debe perdonársele. Tú serás mi consuelo, mi querida Pulqueria, y criaremos á tu hijo los dos: ¡qué desgracia que yo sea pobre ahora!

—Aquí tiene usted algun dinero procedente de la venta de casi todas mis alhajas, querido tío.

Mr. Malaís no habló á nadie de la llegada de su sobrina, que no salia de casa con motivo de su luto, y aun él mismo salia muy poco, desde que ya no se



hallaba solo en aquella grande casa. Pulqueria hizo todos los esfuerzos imaginables para hacerle dejar la costumbre que habia adquirido de vestirse su propia librea para entregarse por la mañana á ciertos trabajos; pero Mr. Malais no queria escuchar ninguna razon y repetia que podia resignarse á la pobreza, aun á la miseria, pero no á la vergüenza, y que preferia morir cien veces á tener testigos de su situacion miserable. Pulqueria se mostró muy abatida en los primeros dias que siguieron á su llegada. La última catastrofe no le habia ocurrido sin precederle otros pesares; pues su marido habia exigido de ella todos los sacrificios que estaban en su poder, para alimentar la nueva especie de juego, llamado *negocios*, á que se habia dedicado. Cuando tuvo un hijo se sintió con valor para hacer algunas observaciones, diciéndole que debía conservar los restos de la fortuna de aquella pobre criatura; pero los arrebatos de su marido y sus malos tratos la habian obligado á ceder.

Hacia mas de un mes que no lo habia visto, cuando se lo trajeron ahogado, y algunas horas antes habia recibido por el correo una carta en que el conde anunciaba su funesta resolucion, aconsejándola que fuese con su hijo á refugiarse al lado de Mr. Malais, á quien manifestaba el mas vivo pesar de haberle arruinado con él.

Sin embargo, poco á poco Pulqueria recobró la calma en Beuzeval. Dividia sus cuidados entre su hijo y su tio; preparaba la comida, hacia los quehaceres de casa, y hallaba distraccion y placer en ciertas ocupaciones que le habian sido desconocidas desde que dejara la casa de Pelagia.

Un dia dijo á Mr. Malais, que se quejaba de su pobreza:

—Tio mio, usted es pobre porque quiere. Venda usted el palacio, y reserve solamente para nosotros tres la casa del jardinero con su jardinito. No aparente-

mos mas que somos ricos, y cesaremos de ser pobres.

Mr. Malais respondió que si vendia el palacio, sería para marcharse del pueblo y no volver jamás.

—¡Cómo, tio mio! repuso Pulqueria. ¿Dejaría usted sin pesar el pais en que ha nacido, en que está el sepulcro de mi tia?

—No ciertamente; pero entoncés no me hables de ostentar nuestra miseria y esponerla á la vista de todos. Aun me quedan por ahí una ó dos piezas de tierra; si hallo una buena coyuntura la venderé, y, viviendo como vivimos, ya nos manejaremos bien. Acabará de vender nuestra vajilla de plata, y á lo menos el conde tu hijo será propietario del palacio de Beuzeval.

Mr. Malais se ocultaba de su sobrina para llevar á Piramo á pastar por la noche. Pulqueria aparentaba no percibir las niñadas de su tio, que consistian en pintar cada segundo dia una estrellita blanca que cambiaba á Piramo en Carnero.

Mr. Malais mismo se iba acostumbrando á decir: «Y montaba en Piramo ó montaba en Carnero,» cuando referia alguna cosa á su sobrina de vuelta de sus correrias, entonces menos frecuentes á causa de la sociedad que hallaba en su casa, y además á causa del invierno que sobrevino.

Su lucha con la opinion, ó mas bien su martirio de la opinion de los otros, no estaba cerca de acabar.

Dos ó tres veces llevó Onésimo pescado, que él entregó por el postiguillo al criado de la librea, á quien conocia.

Pulqueria se habia informado con afecto de toda la familia Alain, y, calmado su dolor, habria deseado ver á los amigos de su infancia; pero á una alusion que hizo una vez respecto de este deseo, respondió su tio que le causaba mucha pena ver á la señora condesa presentarse en una condicion de fortuna inferior á su rango.

—Sin embargo, un día que pase por su casa, les diré que estás aquí, y si tienes gusto en ello, vendrán á verte al palacio.

Y despues de esta promesa, Mr. Malais ideó todo género de pretextos para diferir su cumplimiento: salia poco, decia que no habia pasado por allí, ó que los hombres estaban en la pesca, y las mujeres lavando en la fuente.

Un día entró en casa Onésimo pálido y conmovido, y dijo á Berenice que al atravesar el cementerio habia visto de rodillas sobre una tumba á una jóven con un niño, vestidos de negro, y que aquella mujer... aquella mujer era Pulqueria, ó cuando menos la mas estraña semejanza que habia visto en su vida.

—Pero no... añadió; me equivoqué; he sentido que era ella misma.

Por la noche, cuando volvió de la pesca, le dijo Berenice:

—Tenias razon; Pulqueria está en el palacio. Mientras estabas en la mar, ha venido á vernos Mr. Malais, se he dicho que habias creído reconocer á Pulqueria en el cementerio, y me ha respondido que no te habias engañado.

—¡Pulqueria aquí! exclamó Onésimo. ¡Oh! ¡No, no me habia equivocado! Otra mujer no me hubiera helado la sangre, como se me heló cuando la percibí.

—Déjame acabar, Onésimo. Ha ido, me dijo Mr. Malais, á orar con el jóven conde... sobre la tumba de mi pobre Dorotea. Mi sobrina está viuda y...

—¡Viuda! exclamó Onésimo.

—Vamos, calla... no te entregues á nuevas ilusiones... Mi sobrina está viuda, ha continuado Mr. Malais, y viene á pasar su viudedad al lado mio; está muy triste.

—¡Muy triste! murmuró Onésimo.

—Está muy triste y vive en el mas completo retiro. Sin embargo, Berenice, desea verte, y á toda la fa-

milia. Venid al palacio, pero no vengais todos reunidos, porque tendria el aire de una fiesta, sino sucesivamente, pues se alegrará mucho de veros.

—¡Se alegrará mucho de vernos! repitió Onésimo.

—Yo queria ir en seguida, pero Mr. Malais me ha dicho que no vaya hasta mañana.

—¡Tú la verás mañana... por la mañana... temprano!

—Sí, y le anunciaré tu visita.

En la mañana del día siguiente, Berenice cayó llorando en los brazos de Pulqueria, que no lloraba menos que ella.

A pesar de la prohibicion de Mr. Malais que no habia retardado la visita de Berenice sino para sermonear á su sobrina sobre este capitulo, Pulqueria le confió todo lo que le habia ocurrido y su situacion real.

—Ven á verme á menudo, le dijo, ven algunas veces con Pelagia, y, añadió, trae una vez á Onésimo y al buen papá Tranquilo

Hizo mil preguntas sobre toda la familia, y dijo:

—Sé hacer toda clase de labor, ¿no podrias proporcionarme obra por medio de las personas á quienes vendes tú la blonda?

—¡Vos, señora condesa!

—Mi pobre Benice, olvidemos ese sueño que ni siquiera ha sido un hermoso sueño. Hoy soy pobre. Mi tío ha perdido mucho de su fortuna, dijo, atenuando la situacion por miramiento á la manía de Mr. Malais; no quiero vivir enteramente á sus espensas, y además necesito tener alguna ocupacion, porque de ese modo me distraeré un poco. Pero aguarda, que quiero que veas á mi hijo.

El niño estaba durmiendo en su cuna, y su madre y Berenice lo miraron largo rato complacidas.

—Tráeme pronto a mamá Pelagia; ya veré á los demás un poco mas tarde, y un poco despues, cuando

mi hijo ande, volveré á vuestra casa como antes. No repitas de todo lo que te he confiado mas que lo que creas indispensable, y no olvides lo que te he dicho respecto de proporcionarme trabajo.

Cuando Onésimo volvió de la mar, corrió á su casa y arrastró á Berenice al jardin.

—¡Y bien! le dijo,

—Y bien; la he visto. Está muy triste y muy cambiada, y tiene un hijo hermoso como un ángel... es un retrato...

Esta última palabra endulzó un poco en el corazón de Onésimo lo que habia de punzante en las palabras precedentes que Berenice habia acumulado de intento, para no fomentar en su hermano lo que necesariamente debia de producirle una nueva decepcion. La semejanza del hijo con Pulqueria hacia menos presente para Onésimo la idea de *un otro*, pues sentia que pareciéndose á su madre podria verlo sin horror.

En general, entre los hijos, los varones se parecen á su madre y las hembras al padre, y esto es lo que produce esa infinita variedad de rostros. La naturaleza muestra tambien una infinidad de provisiones que se revela por estas afinidades. Así los hombres altos pasan por amar á las mujeres chiquitas, mientras que á los chiquitos jamás les parece grande una mujer. Sin ese gusto, que á primera vista parece extravagante, poco tiempo despues del principio del mundo habria habido dos razas distintas, una de gigantes y otra de enanos, que se iban exagerando.

Berenice volvió al dia siguiente con Pelagia á ver á la condesa, é iban encargadas por Tranquilo y Onésimo de entregarle dos hermosos lenguados. Se repitieron los llantos, miraron y admiraron al niño, que era hermoso y estaba muy bueno, y hubo tanta confianza como el dia anterior, pero menos confianzas.

Pulqueria recordó á Berenice su resolucion de trabajar, y esta le llevó algunos dias despues algunos

bordados que hacer y cuyo precio debía fijarse cuando se hubiese visto el mérito del trabajo. Este pareció bastante bueno para que se ofreciese á Pulqueria un precio regular, con lo que vió esta que con un trabajo asiduo podria casi ocurrir á los modestos gastos de la casa.

Onésimo fué en fin con su hermana á ver á Pulqueria, quien lo recibió amistosamente, aunque un poco embarazada por las confidencias que en otro tiempo le hiciera Berenice; pero Onésimo, al retirarse, dijo á Berenice:

—¡Oh, hermana mia! ¡qué majestad dá la desgracia! ¡Ahora es cuando hallo á Pulqueria superior á nosotros.

Habia mirado al niño con aire sombrío, pero el niño le hab'a sonreído, y mientras que las mujeres se lo pasaban la una á la otra, lo tomó él á su vez en los brazos y lo acarició.

---

## CAPÍTULO XX.

---

Berenice iba á menudo á ver á Pulqueria, y ambas se dedicaban á la labor mientras charlaban.

Un dia halló á Pulqueria muy alarmada por una calentura que habia tenido su hijo la noche anterior, y porque le veia llorar y rehusaba tomarle el pecho. El único médico que habia en Dive, y que asistia á los de Beuzeval, estaba ausente, y habia que ir á dos leguas de allí para llamar otro.

Onésimo tomó el caballo del molinero, fué á buscar al medico, y como este contestase que no podia ir hasta el dia siguiente, porque su caballo estaba cojo y era demasiado tarde para ir y volver á pié, le ofreció el caballo que llevaba.

El médico visitó al niño, le recetó sus medicinas y mandó además que cada segundo dia le diesen baños de mar, pero que en virtud de que no podian dárselos en la misma playa á causa de la estacion, trajesen agua de mar á casa y la calentasen.

Onésimo se encargó de traer el agua. El viaje de Dive á Beuzeval, por un camino todo él cuesta arriba y con dos cubetas de agua, es casi todo lo que puede hacer un caballo y mucho mas de lo que puede hacer un hombre.

Las primeras veces Onésimo, abrumado de fatiga y de sudor, se paraba á la puerta del palacio y no entraba hasta que habian casi desaparecido los vestigios de su cansancio; pero como esta tarea no le dispensaba absolutamente de su trabajo en la mar, al cabo de una semana se hallaba estenuado.

Un dia que se habia retardado para la hora del baño, entró en el palacio así que llegó, sin tomarse el tiempo ni el cuidado de reposarse como acostumbraba, y Pulqueria, al ver el estado en que se hallaba, se sintió enternecida y asustada á la vez, le enjugó por sí misma la frente, y dijo á Berenice que fué á verla en aquel mismo dia:

—No quiero que Onésimo vuelva á subir el agua á Beuzeval, porque esa fatiga lo mata.

—Demasiado lo sé, respondió Berenice, y ya se lo he dicho á él; pero me responde que le matará mucho mas pronto y con mas certeza si no le dejan hacer lo que quiere.

—He pensado en un medio, dijo Pulqueria; muy bien podriamos bañar á mi pequeño Eduardo en tu casa.

—Ciertamente que eso será mucho mejor.

—Pues bien, mañana iré á pedir ese favor á Pelagia.

—Ningun favor tiene usted que pedir en nuestra casa, pues sabe que es siempre suya. Mamá decia en otro tiempo: Pulqueria podrá muy bien no ser ya mi hija, pero yo siempre seré su madre.

Desde el dia siguiente, el niño tomó sus baños en la casa del Arriesgado.

Una mañana, hallándose Onésimo llenando como



los demás días los dos cubos de agua de la mar, se le presentó un aduanero y le dijo:

—Derrame usted esa agua en la mar.

—¿Y por qué? preguntó Onésimo.

—No sé por qué; pero esa es mi consigna.

—La llevo para dar un baño á un niño que está enfermo.

—No tengo nada que ver con eso; es preciso derramar el agua.

—¿Por orden de quién?

—Por orden del brigadier de la aduana.

—Pues digo que no lo derramaré: lo he sacado ya y me lo llevo.

—Hace usted mal, replicó el aduanero, porque le puede costar caro.

Onésimo le volvió las espaldas y se marchó con el agua.

El día siguiente, cuando acababa de llenar los cubos, se le presentó el mismo aduanero con la misma orden, y añadió:

—Ha dicho el brigadier que si usted no obedecía a la consigna y se empeñaba en llevar el agua, era preciso conducirlo á usted al cuerpo de guardia.

Habianse reunido en la playa algunos pescadores, pero ninguno quería tener por formal esta prohibición, aunque lo era realmente.

—¿Cómo! decía uno, ¿se prohíbe acaso sacar agua del mar porque el almasak anuncia sequía este año?

—Puede ser que el gobierno, decía otro, esté haciendo una fragata tan grande, que teman que la mar no tenga bastante agua para ella.

—Sériamente, dijo otro, es solo porque saben que los pobres como algunos de nosotros sajan su sopa con un poco de agua del mar, no compran sal, y por consiguiente no pagan su contribucion.

—¿Con que así ya no podemos cocer los mariscos

y el pescado en agua del mar? pues solo así está sabroso.

—¡Se halla que los pobres no pagan bastantes impuestos, sobre todo nosotros, que estamos al servicio desde la edad de diez y seis años hasta cincuenta!

—Y nuestros roles de navegacion, ¿acaso no los pagamos?

—Onésimo, decia nno, arroja el agua y no te metas en jaranas.

—Onésimo, decia otro, no arrojes el agua que no somos unos animales para obedecer así lo que se le mete en los cascos á un aduanero.

Onésimo respondió que llevaba el agua para un niño enfermo, y que era una crueldad el oponerse á ello.

—Entonces le prendo á usted, dijo el aduanero.

—No me niego á ir con usted al cuerpo de guardia, respondió Onésimo, pero antes quiero llevar esta agua á donde hace falta. Aguárdeme usted aquí, que antes de cinco minutos estoy de vuelta.

—¿Se burla usted de mí? preguntó el aduanero.

—Eso es segun. Si usted es un hombre honrado que hace lo que puede para que se ejecute una orden de sus jefes, estoy lejos de burlarme de usted; pero si es usted un terco y quisquilloso, si se niega á escuchar la razon y creer la palabra de un hombre honrado, si no me deja usted ir á llevar esta agua despues de haberle prometido que le seguiria á donde gustase, entonces es diferente, me burlo de usted.

—Usted vá á derramar el agua en seguida y á venir conmigo; si no le llevo á usted por los cabezones.

—Si usted me toca, amiguito, la culpa será suya, pero habrá la de marimorena. Le doy á usted mi palabra de honor de volver tan pronto como haya llevado el agua para el baño de la pobre criatura que

está enferma, y de seguirle al cuerpo de guardia, ó á donde gusté, pues me es igual. ¿Queda usted satisfecho?

—Derrame usted inmediatamente el agua y venga usted conmigo.

—¡Poco á poco, majito mio! Voy á hablar á usted en plata: esto comienza á cansarme y fastidiarme mas de lo regular, y se me acaba la paciencia.

—Tienes razon, Onésimo, dijo Eloy Alain que llegó en aquel momento y mandó que le esplicasen el motivo de la disputa; tienes razon; ofreces todo lo que un hombre honrado puede desear, y si eso no satisface á las señoras casacas verdes, que se vayan á paseo y nos dejen en paz.

Eloy Alain no conservaba menos rencor hácia los aduaneros que hácia los Malais.

El aduanero echó la mano al cuello de Onésimo; pero este, poniendo su pierna detrás de la de aquel para formar asi un punto de apoyo, le descargó tan descomunál puñada en el estómago, que el aduanero perdió el equilibrio, vaciló y fué rodando por la playa.

Se levantó y echó mano á su sable, pero los pescadores formaron al punto entre él y Onésimo, que se llevaba el agua, una fila tan espesa, que no pudo penetrar por ella á pesar de todos sus esfuerzos.

Onésimo, asi que dejó el agua en casa, salió otra vez muy dispuesto á cumplir la palabra que habia dado al aduanero y á seguirle al cuerpo de guardia ó a la alcaldia; pero el aduanero se habia retirado despues de haber puesto por diligencia lo ocurrido.

El dia siguiente y el otro, Onésimo sacó y se llevó el agua; pero al tercero recibió una orden de embarque

á bordo de un buque del Estado, es decir, una boleta de camino que acreditaba que Onésimo Alain se dirigiría inmediatamente á Cherbourg, en donde se pondría á disposición del capitán que mandaba la *Vigilante*, fragata del Estado.

Onésimo dijo á Berenice:

—Escucha bien lo que voy á decir o, Berenice. No pienso ir á Cherbourg. No digas nada de esto á mi padre ni á mi madre, porque los inquietaría; pero como estoy seguro de que moriré de pesar si me voy, no iré á Cherbourg. Escepto tú todos creerán que me he ido; pero no me voy porque tengo que velar aquí sobre muchas cosas. Aun para tí misma será como si me hubiese marchado, porque no me verás. Necesito aparentar que me pongo en camino porque de ese modo creerán que me he ido y nadie se ocupará de mí en mucho tiempo. En la *Vigilante* no se sentirá un gran vacío porque no vaya yo á embarcarme en ella, y mientras que no me vean aquí, no se tomarán la molestia de acordarse de mí. Si á pesar de esto llegases á tener necesidad de mí para tí ó para nuestros padres, plantarás un clavo en el árbol que sabes, en el sauce en que en otro tiempo grabaste tres letras que representaban tres nombres, uno de los cuales no comienza ahora por la misma letra, al menos su apellido. Si es ella la que necesita de mí, en lugar de fijar un clavo en el árbol fijarás dos. Ahora no digas nada á nadie. Voy á que vise mi boleta de camino el señor alcalde. Esta noche me despediré de vosotros, y mañana al despuntar el día marcharé.

—¡Dios mio! Onésimo, ¿qué vas á hacer? ¿No te espones rehusando obedecer las órdenes del señor comisario de la marina?

—Sí, me espongo; pero no sé á lo que me espongo, mientras que si me ausento de aquí, sé que me espongo infaliblemente á morir de pesar antes de dos meses.

Pierde cuidado, la misma causa que me obliga á quedarme aquí, me hará ser prudente. Además, no digo precisamente si me quedaré aquí ó en otra parte; solamente puedes estar segura de que no es el cuerpo de guardia de los aduaneros ni el gabinete del señor comisario de la marina en donde pienso establecer mi domicilio.

—Cálmate, Onésimo: tu modo de reír me estremece.

—¡Vivia yo tranquilo, lleno de esperanza, dichoso, y hé ahí que me envían á bordo de la *Vigilante*! Parece que esa fragata no puede marchar sin mí; tengo curiosidad de saber cómo sale del apuro sin mi auxilio.

—Pero, Onésimo, ¡si obedecieses! Al cabo de dos años estarias de vuelta, y ya has permanecido mucho más tiempo que ese en un buque de pesca de bacalao.

—¡Ah! verdad es; pero entonces era diferente de hoy. En aquel tiempo, yo no podía vivir aquí, y hoy sé que me sería imposible vivir en ninguna otra parte. Lo que te encargo es que no digas nada á nadie; porque es preciso que todos me crean ausente y ocupado en salvar esa pobre fragata que me espera. Piensa bien que la menor indiscreción haría que al punto comenzasen á darme una caza que probablemente no me darán hasta dentro de algunos meses. Si en una circunstancia imprevista me ves delante de tí, no des ningún grito ni manifiestes ninguna emoción. Sobre todo, no olvides el poner un clavo ó dos en el sauce de la ribera de Beuzeval; uno si es en Dive donde tienen necesidad de mí, y dos si es en Beuzeval. Adios, voy á ver al alcalde para que me vise mi boleta de ruta. ¡Tres sueldos por legua hasta Cherbourg! Pero no he de arruinar al gobierno; bastante es ya que le haya tomado dos cubos de agua de mar y no quiero to-

marle su dinero. Solo lo tomaré hasta la primera etapa; con el resto bien puede comprar agua del Mediterráneo y derramarla en la Mancha para reparar las averías que le he hecho.

Onésimo fué en efecto á casa del alcalde de Dive.

—Buenos días, señor alcalde; siento mucho en incomodaros, pero hay en Cherbourg una pobre fragata que se llama *Vigilante* .. y bien, parece que yo la he puesto en un terrible apuro. ¡Pues no se me ocurrió tomar dos cubos de agua en el mar para dar un baño á un pobre niño á quien se lo recetó el mérito! Y hé ahí que á causa de esos dos cubos, la fragata *Vigilante* ya no puede navegar por falta de agua. El rey me escribe que le daré un placer en ir á sacarla de apuros, y os ruega que me deis dinero á razon de tres sueldos por legua. Aquí tenéis la orden. El rey, temeroso de que me fastidie en el camino, me ofrece la compañía de algunos gendarmes, pero no quiero incomodar á esos señores; quiero irme mañana solo al rayar el alba, y voy á hacer lo que pueda para sacar a esa desdichada fragata de la penosa situación en que la he puesto.

El alcalde, al principio, no comprendía bien de qué se trataba; pero el aspecto de la boleta no tardó en ilustrarle, y puso en ella todas las fórmulas necesarias.

—Pero dime seriamente, hijo mio, ¿no has hecho mas que eso?

—Señor alcalde, no me quejo; me castigan, pero lo he merecido. Os he dicho que he tomado dos cubos de agua en la mar para dar un baño á un pobre niño de pecho que estaba enfermo. Soy culpable, y es preciso hacer un escarmiento, porque, en fin, por esos dos cubos de agua tenemos á la fragata *Vigilante* que no puede ya salir del punto de Cherbourg sin que yo

vaya á aplicarle el hombro: ¿qué sucederia si todos hiciesen lo mismo?

—¿Y cuándo marchas?

—Mañana temprano, señor alcalde.

Onésimo se fué de allí á casa de su tío el molinero, á quien le contó lo que le pasaba.

—¿A quién hablas de eso, mi pobre Onésimo? ¿Acaso no soy yo tambien una victima de la aduana, gracias á aquel tunante de Malais? Pero ¡paciencia! que ya me llegó la vez de tener bajo los pies á los Malais.

—Eso no es muy cristiano, tío mio.

—¿Qué es lo que dices? ¿No dice la Escritura que las iniquidades de los padres serán perseguidas hasta la cuarta generacion?

—Usted me ha dicho, tío mio, que haria por mí cuanto le pidiese.

—Te lo repito. El que ha venido á sacarme de entre las llamas á riesgo de quedar en ellas conmigo, no recibira jamás una negativa de mi parte, á no ser sobre una sola cosa.

—Pues bien; le pido á usted que deponga ese odio contra los Malais. El enemigo de usted, el aduanero, ha muerto hace ya bastante tiempo, y los Malais que viven son ya bastante desgraciados.

—Me pides precisamente la única cosa que he reservado, la única que quiero negarte. Además, es un voto, un juramento que hice.

—¡Oh, tío mio! ¿puede usted por semejante voto ofender á Dios?

Yo le prometo á usted que Dios le perdonara el faltar á semejante juramento, y nadie se atreverá á decir á usted con la misma seguridad que ha de perdonarle si usted lo cumple.

—Imposible, Onésimo; el viejo Malais me ha ofen-

dido hace algunos meses. Por otra parte, ¿qué es lo que quiero hacerle? ¿No se creería que voy á aguardar al viejo y á su sobrina á la entrada de un monte con una escopeta de dos cañones? No, yo les he prestado mi pobre dinero; deseo que me lo devuelvan, y nada mas. ¿Por qué no vas á implorarlos en mi favor? ¿Por qué no vas á rogarles que me paguen mis trece mil francos? ¿Cuál es la desgracia que les amenaza? ¡El devolverme los trece mil francos que me deben! Y yo ¿acaso no corro un riesgo mucho mayor, el de perder los trece mil francos que les he prestado? ¡Tú vienes á pedir al hombre á quien arrojan á la mar que tenga compasion de los que le arrojan! Ante todo, es preciso ser justo.

Escachame bien, Onésimo; en cuanto á este punto, no vuelvas á decirme una palabra. Cuando foiste á sacarme de entre las llamas, cuando yo tenia ya chamuscados los cabellos, ¿sabes en lo que pensaba? En que iba á morir sin haberme vengado de los Malais. Cuando te digo que todo lo que tengo es tuyo, no creas que me chanceo, pues lo digo seriamente. Mira, en esta caja está mi testamento; no contiene mas que dos legados; una renta de 6 000 reales para esa pobre Desideria á quien tengo en casa desde su infancia y todo el resto para ti. No quiero decirte nada, pero hay y habrá mas de esa renta. Guardo este dinero, porque no vivo mas que para hacer negocios, y porque el dinero es una semilla. Si uno no tiene semilla no tiene que contar mas que con una cosecha. Este dinero es tuyo; pero yo soy como un hombre que hace retratos y que no querria darte tu retrato hasta que estuviese enteramente concluido.

Tengo que añadir aun el palacio de Beuzeval, y luego todo será para ti. Esta idea me ha sido muy útil, porque ha santificado un poco una especie de avidez de dinero que yo temia abrigar. ¿Qué es lo que tienes que pedirme?



—Eso, respondió Onésimo, es otro negocio; las paredes aquí no son bastante espesas y me gusta más decirselo á usted afuera.

Hay cosas de una atrocidad tan ridícula, que la única razón que puedo hacerlas creíbles, es el que no se osaría inventarlas.

Entre otras cosas debemos contar la prohibición de sacar agua del mar. Solo á las ideas fiscales pertenecía medir la inmensidad y hacer economías sobre ella.

Está seriamente prohibido el sacar agua del mar, y yo mismo he visto á una jóven tomar una botella de agua, y llegar corriendo un aduanero que la obligó á derramarla.

Pregunté al aduanero si era un capricho suyo, y me respondió mostrándome la orden por escrito.

La verdadera razón es que algunos pobres pescadores salan su miserable comida con un poco de agua del mar, y por consiguiente no compran sal y evitan de ese modo pagar el impuesto con que está gravado este artículo.

Mercier y Montesquieu (en su tiempo aun no estaba prohibido el tomar agua en la mar) han dicho, sin duda á propósito de alguna otra idea análoga, el primero:

«El espíritu fiscal quita á la naturaleza sus larguezas y sus magnificencias.»

Y el segundo:

«Teniendo cada uno necesidades físicas casi iguales, no se debe gravar con impuestos mas que el excedente: gravar los artículos necesarios es destruir.»

A los ojos de muchas personas, proponer la abolición de ciertos impuestos odiosos sobre las cosas de primera necesidad para exigir unos impuestos iguales á los objetos de lujo, es caer en la paradoja; pero habiendo principiado toda verdad por ser una paradoja

y un error abominable, es ya de hecho haber dado un buen paso con haber llegado hasta ahí.

• • • • •  
Onésimo se despidió de sus padres, como si fuese á Cherbourg.

En la madrugada del día siguiente se puso en camino despues de haber abrazado con ternura á Berenice y haberle dicho:

—No lo olvides... un clavo para Dive y dos para Beuzeval.

---

## CAPÍTULO XXI.

---

Pulqueria veía á su hijo desmejorarse de un día á otro. El tiempo que no consagraba á su cuidado trabajaba con Berenice, porque la persona que le daba trabajo había dejado el país. Quiso aprender á hacer blonda, pero viendo que en mucho tiempo no podría ganar mas que de diez á catorce cuartos diarios, y eso trabajando asiduamente, rogó á Berenice que le presentase el traficante que le traía dibujos y le tomaba su blonda. Para dar este paso se necesitaba mucho misterio, porque Mr. Malais se habria desesperado si llegase á pensar que alguno conocia una situación que no era ignorada de nadie.

Un día que se habia puesto en camino sobre Píramo, es decir, sobre Carnero adornado por su propia mano, con una estrella blanca en la frente, fué presentado el negociante á Pulqueria, y esta le mostró algunas labores ejecutadas por ella, varios bordados en cañamazo y en diversas telas.

El negociante le prometió volver dentro de algunos días y traerle telas para bordar, asegurándole que con aquella labor ganaría mucho mas que con la blonda.

En efecto, algunos dias despues, habiendo anunciado Mr. Malais que iba á Trouville, el negociante le llevó una echarpa para bordar. Estaba esta echarpa estendida aun sobre una silla con todo lo necesario para ejecutar la obra encargada, cuando Mr. Malais, que habia apresurado el paso temiendo la lluvia, entró mas pronto que lo esperaban, y reconociendo al negociante, mudó de color.

—Buenos dias, maese Crespie, le dijo. ¡Os aprovechais de la ausencia de los viejos para venir á tentar las jóvenes y escitar sus deseos ostentando á sus ojos todas vuestras baratijas! Debeis confesar, maese Crespie, que si alguna puede pasar sin adornos, es mi sobrina la condesa de Morville. Pero al cabo, como una mujer no se engalana para ser mas hermosa, sino para dar un poco de envidia á las otras mujeres, no debe privarse mi sobrina de satisfacer algunos caprichos. ¿Qué viene á ser este pingajo?

—Es una echarpa que madama tiene el capricho de bordar ella misma.

—¡Bordar ella misma! ¡Válgame Dios, Crespie! ¿Por qué no se la traeis bordada?

—Porque todo el valor de la echarpa estará en el bordado, y entonces costaria cuatro veces mas cara.

—¡Eso no importa, maese Crespie! ¡no importa! ¡Dios mio! ¡Pobre condesa! Desde la cruel pérdida que ha sufrido en el conde de Morville mi sobrino, no ha pensado mucho en galas, y ha debido ser una parroquiana muy mala para los que vendeis, bajo tantas formas y colores diferentes, la hoja de higuera, primer traje de nuestra primera madre; pero, ¡paciencia, maese Crespie! Esta casa no ha sido siempre mala para vos.

—No, ciertamente, respondió Crespie; y en vida de madama Malais he vendido aqui bien hermosas telas y ricas blondas.

—;En el cielo esté su alma! exclamó Mr. Malais descubriéndose.

Aquel ademan lleno de dignidad fué imitado por el negociante que se inclinó profundamente, y por Pulqueria y Berenice que hicieron la señal de la cruz.

Al cabo de un momento de silencio, Mr. Malais continuó:

—;Es eso lo que teneis de mas hermoso?

—A lo menos es lo que madama ha hallado mas de su gusto, y, como os he dicho, el bordado hará todo su mérito.

—;Y en cuánto vendeis eso, maese Crespie?

—;Oh! dándome una veintena de escudos, no me deberéis gran cosa.

—No os habeis corregido, maese Crespie, y seguis vendiendo un poco caras vuestras mercancías. Cierito que, si me trajéis la echarpa bordada por los delicados dedos de una linda condesita, no regatearia por dos guarismos mas ó menos. Vamos, un poco de conciencia, maese Crespie.

—Ya veremos mas tarde, señor Malais; la casa es bastante abouada, y yo no tengo prisa del dinero.

—Tio mio, dijo Pulqueria no se apresure usted tanto, porque aun no estoy resuelta á comprarla.

—Vamos, condesa. ;Se necesita meditar tanto para deeldirse á satisfacer un capricho de unos quince escudos? Puesto que habeis hecho á esta echarpa el honor de desearla un momento, no puede ya pertenecer á otra mujer. Ahi teneis quince escudos, maese Crespie, y no os daré un cuarto mas.

Crespie, Pulqueria y Berenice quedaron atónitos. Crespie vaciló un momento, y luego dijo:

—Preciso es pasar por lo que querais señor de Malais; pero en cuanto á tomar hoy vuestro dinero, es

diferente; os ruego que me lo guardéis hasta mi próxima vuelta, que será dentro de seis semanas, pues entonces tendré muchos pagos que hacer en Dive y en Beuzeval, y no me disgustará el hallar algunos fondos dispuestos.

—Respecto de eso, como gustéis, maese Crespie.

—¿Es todo lo que halláis de vuestro gusto, mi querida Pulqueria?

—Sí, amado tío, respondió Pulqueria con las lágrimas en los ojos.

Maese Crespie se retiró, y cuando Berenice lo hizo también á su vez, Mr. Malais dijo á Pulqueria:

—Mucho me alegro de la casualidad que hizo que el negociante no quisiese tomar el dinero, porque estos quince escudos es todo el dinero que tenemos en este momento, mi querida hija, y me habria visto muy embarazado, aunque no dejaria de pagarle, pues no quiero mostrar mi miseria á esos palurdos. Yo me alegraria mucho, mi querida Pulqueria, de poder satisfacer todos los caprichos legitimos de una mujer de tu edad y rango. Si yo me hallase... como en otro tiempo, no desearia mas que verte formar deseos para satisfacerlos; pero desgraciadamente las cosas han cambiado mucho, á lo menos por el momento, y tengo que ser regañon y fastidioso; necesito predicarte la economía. De aquí á mucho tiempo todos tus adornos estarán en tu hermosura, y será preciso resistir á las seducciones de maese Crespie. Mucho me cuesta hablarle en este lenguaje; pero...

—Pero, dijo Pulqueria llorando y besándole la mano á pesar suyo, ¿no ha sido vuestra generosidad hacia mí la que os ha arrebatado vuestra fortuna, mi excelente tío? ¿Cómo! En lugar de echarme en cara vuestra ruina, ¿venis casi á disculparos conmigo? Tío mio, yo soy razonable, y me siento poseida del mayor respeto y ternura por vuestras bondades. No temais por

mi las emboscadas de maese Crespie, pues pienso poco en adornos, y...

Iba á decir la verdad á Mr. Malais, pero se detuvo al pensar en la humillacion que iba á causarle. ¡Ver á su sobrina la condesa *trabajar para los demás!* ¿Y ese secreto confiado á un traficante que iria á explotarlo y entregarlo á los ávidos celos de sus parroquianos?

Pulqueria dió otro giro á la frase, y continuó:

—Mas bien he comprado una ocupacion que una gala en esta echarpa.

—¡No te disculpes, en nombre del cielo, mi querida hija! exclamó Mr. Malais. Te doy mil gracias por haberme creer que no espermentas ninguna privacion en una casa en donde preciso es no disimularnos que en este momento estamos muy apurados.

Cuando la echarpa estuvo bordada y entregada á maese Crespie, Mr. Malais no volvió á pensar en ella, á no ser un dia que dijo á su sobrina:

—¿Por qué no te pones tu echarpa nueva, Pulqueria?

—Tio mio, respondió Pulqueria, estoy cansada de ponérmela. ¿Con que no ha notado usted que no pongo otra cosa hace mucho tiempo?

Un dia llamó Epifanio á la puerta del palacio, y el hombre de librea abrió el postiguillo por donde solia dar audiencia.

—¿Está en casa el señor Malais? preguntó Epifanio.

—Ha salido.

—Aqui tiene usted una papeleta para él.

Y sacando de un bolsillo un tintero y una pluma, escribió sobre su rodilla y llenó un hueco de su grimo: «Habiendo hablado á la persona de un criado á su servicio así declarado.»

La vista de aquel papel heló la sangre del pobre Malais, quien vió que era una notificacion en forma de potestad de pagar en manos de maese Rivet, recibidor, ó en las de maese Epifanio Garandin infrascrito, la suma de tres mil francos, en virtud de una letra de cambio firmada á la órden de Eloy Alain, molinero, residente en Beuzeval, á quien Mr. Malais no habia pagado la vispera.

El propietario de Beuzeval no dijo nada, pero todo el resto del dia anduvo meditabundo y silencioso.

Algunos dias despues, maese Epifanio presentó al mismo criado así declarado una citacion para comparecer á oír la sentencia que le condenaba al pago, y al cabo de algunos otros dias, el mismo criado recibió del mismo Epifanio una copia de la sentencia que condenaba á Mr. Malais á pagar dicha suma a las personas designadas, *en cuyo defecto seria obligado á ello por las vias legales y aun por la prision*. Pero cuando, un poco mas tarde, llevó maese Epifanio una notificacion de pago *en el término de veinte y cuatro horas*, en manos del demandante, Mr. Malais habia llevado á Piramo á pacer, y por consiguiente fué Pulqueria la que recibió la notificacion, siendo designada en esta como *la persona de su sobrina así declarada*. Pulqueria leyó el papel de un extremo á otro, y quedó espantada al ver que se exhortaba en él á los procuradores generales, á los fiscales de S. M. y á los agentes de la fuerza pública á auxiliar la ejecucion de las presentes.

El crimen de no tener dinero es quizás aquel contra el que se hace un despliegue mayor de fuerzas. Pulqueria fué corriendo á ver á Berenice.

—¡Ay! exclamó esta. Desde su marcha no hemos vuelto á tener noticia de Onésimo, y además no creo que en este apuro pudiese servirnos mucho. Si solo fuese preciso arrojar al agua ó al fuego por usted,



mi hermano no vacilaria un momento; pero lo que se necesita es dinero.

—¿Y qué hacer? ¿qué será de nosotros? dijo Pulqueria. Bien sé que mi pobre tío no podrá quedarse con el palacio, y que le valdria cien veces mas venderlo; pero no podrá sobrevivir al pesar de ver venderlo judicialmente.

—Onésimo me ha dado la órden al marchar de poner una señal en cierta parte, si usted ó yo llegábamos á necesitar de él; pero, ¿quién sabe donde esta él hoy? y además, ¿qué puede él hacer?

—¿Quién sabe? Tal vez nos podrá dar un buen consejo, respondió Pulqueria, ó ayudarnos á traer aqui á mi tío, para ocultarle el acontecimiento que no espero impedir.

—Pues bien; venga usted conmigo, Pulqueria, vamos á poner la señal convenida, aunque no tengo mucha esperanza de que él pueda verla.

Echaron á andar, llevando alternativamente en los brazos al niño de Pulqueria, y en el camino dijo esta á Berenice:

—¿Por qué no me tuteas ya?

—No sé, respondió Berenice, he comenzado á no tutear á usted, sin haber hecho alto en ello. Usted era una señorita muy sábia, rica, y luego fué usted una grande señora.

—Y hoy que nada de eso soy ya, hoy que no soy mas que una obrera como tú...

—Y bien, es igual... siempre me parece, como se lo decia á mi pobre Onésimo, que no es usted de la misma especie que nosotros, aunque es casi de la misma empolladura. Hay gallinas que empollan huevos de polluelos y huevos de patos, y cuando estos nacen, los patos van á buscar el estanque y se echan al agua, mientras los polluelos siguen escarvando la tierra del corral.

—¿Qué locura! ¿Y qué decía Onésimo?

—¿Estaba siempre muy triste! ¡Amaba á usted tanto!...

Hubo un momento de silencio, al cabo del cual Pulqueria continuó:

—Es igual, quiero que me tutees, pues te amo como antes, y además eso me recordará un tiempo que echo mucho de menos, á pesar del brillo pasajero que cayó sobre mi vida. El ser pobre no importa nada; lo que es penoso es el haberse arruinado. Con vosotros yo no tenía fortuna, ni marido, ni hijo, y hoy he perdido mi fortuna y mi marido, y quizás voy á perder muy luego á mi hijo. Si me he elevado un momento, ha sido para hacer mas dolorosa mi caída. Amame, mi pobre Berenice; déjame remontarme con mi pensamiento al tiempo de nuestra infancia. ¿Qué es lo que me queda en el mundo? Un anciano que se ha hecho pobre por mí, á quien la pobreza hace padecer horriblemente; un pobre niño que está en camino de la tumba, y tú.

—¿Y yo no soy nada? preguntó Onésimo presentándose de repente.

Pulqueria y Berenice dieron un grito de espanto y no respondieron una palabra, porque era tanto lo que temblaban que apenas podían sostenerse.

—¿Perdon! dijo Onésimo. No creía asustaros tanto. Viviendo aquí, en donde he convenido con Berenice que colocase nuestras señales, creía que no estábais tan lejos de pensar en mí. Desde mi marcha, vengo aquí todas las tardes para ver si alguna de las dos tiene necesidad de mí.

—¿Pero tú no te has ido á Cherbourg?

—Ya hablaremos de eso mas tarde; solo os suplico que tengais cuidado de no hablar mas de mí en el pueblo que si hubiera muerto hace cien años,

porque podría perjudicarme á mi y á los que me visitasen.

—¿No corres ningun riesgo?

—Ese es otro punto de que tambien hablaremos en otro momento. ¿Venis á colocar una señal? ¿Cuál de las dos necesita de mi? Todo cuanto un hombre puede hacer con su cuerpo y con su corazon, estoy dispuesto á hacerlo por vosotras, y si, por casualidad, descais alguna cosa que os parezca esceder un poco las fuerzas de un hombre, decídmelo lo mismo, porque se me mete en la cabeza que á pesar de eso se ha de poder hacer: tengo mis razones para ello.

—¡Mi buen Onésimo! dijo Pulqueria; venimos mas bien á hablar con usted de nuestros pesares y de nuestra antigua amistad, que á pedir hoy su apoyo. Nadie mejor que yo conoce el valor de usted y su buen corazon, pero el valor y el buen corazon nada pueden en este apuro: se trata de una suma que el señor Malais no puede pagar, y para cuyo pago le van á vender el palacio de Beuzeval; ya conoce usted qué golpe será este para él.

—¿Quien es el que reclama el pago? ¿Es el molinero?

—No, el recibidor Rivet; pero en virtud de un pagaré firmado por mi tío á favor del molinero.

—Si, ya comprendo: mi tío Eloy no quiere dar la cara, pero es él. Preciso será que, al cabo de tantas promesas como me tiene hechas sin yo pedirle nada, haga el tío Eloy alguna cosa á peticion mia. ¿Qué próroga necesitará el señor Malais? .. ¡Seis meses!

—¡Dios mio! De aquí á seis meses no podrá pagar mejor que ahora; las falsas especulaciones de un hombre de quien no quiero hablar, lo ha arruinado completamente, y será preciso vender el palacio de Beuzeval; pero si yo tuviese tiempo, lo iria persuadiendo

poco á poco á que lo vendiese voluntariamente y se retirase conmigo á otra parte.

—¿A otra parte? repitió Onésimo.

—A otra parte quiere decir á cualquiera otra casa de Bézúzeval, de Dive ó de Cherbourg; pues por cuanto hay en el mundo no querria alejarme de mi querida Berenice... y de los otros amigos de mi infancia, que son los únicos que me quedan y á quienes echaria de menos. Si usted, Onésimo, tiene alguna influencia sobre el molinero, haga usted que mande suspender la subasta y que conceda un plazo de tres meses para vender *voluntariamente* el palacio.

—Señorita, respondió Onésimo, le prometo á usted que se hará segun sus deseos.

—¿Me lo promete usted, Onésimo? ¿Y de qué medios piensa usted valerse?

—Bien quisiera saberlo; pero lo que sí sé es que las cosas se harán como usted lo desea. Os dejo, ¡adiós! No hay que hablar de mí á nadie, y sobre todo no olvidar que vengo aquí todas las tardes casi á la misma hora, para ver si descubro en este árbol alguna señal que me indique que tenéis necesidad de mí.

Abrazó á Berenice, estrechó una mano que le alargaba Pulqueria, saltó por encima de un vallado, y desapareció por entre los matorrales.

—¡Dios mío! exclamó Berenice. ¡Estoy muy inquieta de ver á mi hermano aquí, cuando habia recibido una boleta para ir á Cherbourg! ¿No es eso lo que se llama desertar? Si es así, vendrán los gendarmes, á buscarlo el día menos pensado... ¿Reconoces, Pulqueria .. reconoces este árbol? ¿Este sauce en que me mandó poner unas cifras poco antes de tu marcha para Paris? Entonces los tres éramos niños, nos prometimos amarnos siempre, y hemos grabado

con una navaja de Onésimo nuestros nombres en la corteza. Después han borrado los nombres; pero como para borrarlos del todo era preciso arrancar la corteza, aun queda la marca y quedará siempre.

Pulqueria confesó que había sido ella quien había borrado los nombres.

—Onésimo ama siempre este árbol, dijo Berenice, ¡y ha venido aquí muy á menudo!

---

## CAPÍTULO XXII.

---

Onésimo no había puesto los pies en Cherbourg; había pedido asilo al molinero, á cuya casa se retiraba por la noche, y eso solo cuando hacia muy mal tiempo para quedarse en una chocita que él se había construido, ó mas bien abierto en el bosque, y en donde tenia algunas provisiones. Si no veia á sus padres ni á Berenice, era porque sabia que seria en su casa en donde los gendarmes harian las primeras pesquisas, y queria dejar á sus negativas toda su sinceridad.

Principiaba á inquietarse de no ver ninguna señal en el sauce; y á no haber encontrado á Berenice y Pulqueria, estaba resuelto á ir en aquella noche á llamar á su hermana para preguntarle noticias. Para no comprometer tampoco al molinero, llegado que fuese el momento de las pesquisas, solamente advertido que iria á dormir algunas veces en un desvan, cuya ventana podrian dejar abierta por olvido.

Eloy se encargó de depositar por sí mismo en aquel

escondite pan, queso de Pont-l'Eveque y sidra. Onésimo se pasaba los cuatro y cinco días sin parecer allí, y algunas noches ayudaba á los pescadores que hacian el contrabando en beneficio del molinero, y solia valerse de uno de estos pescadores para enviar á vender por algunos cuartos en el palacio de Beuzeval los mejores pescados y mariscos, lo cual hacia decir á Mr. Malais:

—¡Es pasmoso cómo anda de barato el pescado este año!

La noche que siguió á su encuentro con Berenico y Pulqueria, en vez de introducirse clandestinamente en la casa, hizo una seña convenida para llamar al molinero; pero este estaba de viaje y no volvió hasta el día siguiente.

Onésimo aguardó la noche y llamó de nuevo á Eloy, quien esa vez respondió á la seña, con lo que entró en casa y pasó el resto de la noche en suplicarle que hiciera en favor de Mr. Malais lo que pedia Pulqueria; pero súplicas, amenazas, todo fué en vano, pues si bien profesaba el molinero un grande afecto á Onésimo, el odio inveterado que profesaba contra aquella familia, aumentado por los desprecios de Mr. Malais, habia llegado á ser una pasion irresistible, y queria á su vez humillar al castellano de Beuzeval.

—¡Onésimo, decia, preferiria darte dinero!

Onésimo supo entonces cómo se habia empleado aquel día de espera que él habia pasado en el desvan de Eloy.

Epifanio habia ido al palacio á llenar ciertas formalidades de su ministerio, y en la mañana del día siguiente debia ir á fijar los edictos anunciando que el palacio de Beuzeval debia ser vendido tal dia por autoridad judicial, á peticion de Mr. Rivet.

Desesperado de no haber podido obtener nada del molinero, Onésimo fué á casa de maese Epifanio, á riesgo de ser reconocido.

Epifanio estaba ausente, pero su mujer, urgada por las preguntas de Onésimo, le confesó que había ido á Trouville á buscar dos carteles que debía fijar aquella misma noche en los pilares de la puerta principal del palacio de Beuzeval.

Onésimo aguardó un largo rato, pero como madama Garandin le viese muy agitado, cuando volvió su marido corrió á la puerta para advertirle que aquel le aguardaba en casa, volvió á entrar y dijo á Onésimo:

—Acaba de llegar un hombre de parte de Garandin para decirme que no le aguarde á comer, porque no puede venir.

En vista de esto Onésimo se retiró, y Epifanio, que lo había sentido marchar y estaba oculto detrás de la casa, pudo entrar y comer tranquilamente sin que lo incomodasen.

Cuando comenzó á caer el día, envió á buscar á un muchacho de unos doce años, á quien llamaba su ama-nuense, y le puso en la mano un pote lleno de cola y una grande brocha, mientras él se llevaba en el bolsillo los dos carteles, y se encamizaron á Beuzeval.

Ya estaban cerca de allí cuando en un recodo en que se cruzaban tres caminos, vió á un hombre sentado en el tronco de un árbol caído levantarse blandiendo un palo y adelantarse hácia él diciendo:

—¡Buenas noches, maese Epifanio!

—¡Buenas noches, Onésimo! respondió el alguacil. No me detengas, querido amigo, porque tengo mucha prisa.

—Entonces voy á acompañar á usted un pequeño rato.

—Me parece que no voy del lado que tú.

—¡Oh, sí! yo voy del mismo lado que usted, porque tengo que hablarle.

—Éscucha... Onésimo... tengo mis motivos para ir solo. Voy á Trouville.



—Me han dicho que había usted ido esta mañana.

—Así lo creían; pero no he podido ir y necesito ir esta noche.

—Entonces, buenas noches, y que Dios libre á usted de malos encuentros.

—Ya he tropezado con uno, puesto que tú me has hecho perder diez minutos y me hallo en retardo...

¡Buenas noches!

Epifanio, despues de dar un pequeño rodeo, no tardó en tomar de nuevo el camino de Beuzeval riéndose de su habilidad en desembarazarse de Onésimo.

Se paró, cortó con su navaja una rama de fresno, y dijo al muchacho que le acompañaba:

—Vamos, querido, aceleremos el paso. Hace tiempo que he puesto los ojos en tí para hacerte mi primer amanuense, y esta es la primera operacion peligrosa en que me acompañas; y eso que ya hemos evitado el mayor peligro alejando a ese bodoque de Onésimo, que profesa no sé qué culto hácia esa familia Maløis. ¡Ah! si tú hubieses estado conmigo el día en que fui a vender los caballos de ese paisano grosero que me persiguió á horquillazos, ó cuando los arrendatarios del lago de Hennequille me arrojaron al agua en el mes de Noviembre!... ¡Entonces si que hacia calor ó mas bien frio! Pero hoy, la cosa se prepara pacíficamente. Al cabo no tenemos para qué detenernos mucho. ¡Un poco mas de prisa, chiquito, un poco mas de prisa! ¡Ah! ya estamos en el palacio. No vayas mas lejos... Aqui tenemos una buena piedra que viene á pedir de boca para pegar á ella nuestro edicto; la llevaremos dada ya de cola á los pilares del palacio.

—Ha equivocado usted el camino, maese Epifanio, dijo Onésimo, que, sospechando la bellaquería del antiguo maestro de escuela, se había ido á cruzar por

delante del palacio. Usted equivoca el camino, porque no se vá por aquí á Trouville.

—Iré un poco mas tarde, mi buen amigo, pues habia olvidado que tenia que hacer aqui alguna cosa, una operacion bastante desagradable, y habiéndome acordado, me he dicho, ya que es de noche, evitaré el causar tanta pena á los habitantes de Beauzeval.

—No vuelva usted á mentir, Epifanio, y escuche lo que tengo que decirle. El molinero...

—Eloy Alain no tiene nada que ver en esto ..

—Repito á usted que se deje de mentiras, Epifanio; porque cobozeo perfectamente el asunto de que le hablo. El molinero tiene dos razones para hacer así la guerra á Mr. Malais; la segunda es para reembolsarse su dinero y los réditos de la suma que ha prestado, ¡y Dios sabe qué réditos! Nunca le ha pedido prestado mi familia mas que cien escudos, y cuando le habiamos pagado doscientos francos, todavía le quedábamos á deber mas de los cien escudos. Así es cómo se maneja ese hombre, y parece que hace bien, puesto que es un motivo para que todos lo respeten mas y lo saluden mas humildemente. Si tal es la segunda razon, preciso es que la primera sea muy fuerte. La primera es vengarse de un resentimiento que ha tenido en otro tiempo contra un Malais, tio, primo ó pariente, en fin, de los Malais actuales, y esto no es muy justo ni cristiano. Además, es herir á un enemigo que está caido; porque los Malais son hoy tan desgraciados como pudiera desearlo su mayor enemigo. El molinero pretende que Mr. Malais se ha mostrado orgulloso con él; pero el que se muestra orgulloso con todos los que cree inferiores á él, y el que quiere igualarse con todos los que cree superiores, es mi tio; esa es su manía. Esta primera razon no es de la incumbencia de usted ni de la mia, y no tenemos que ayudarle á hacer una mala accion para saciar un ódio injusto. En cuanto al reem-

bolso del dinero que ha prestado y los réditos convenidos es muy diferente; el oficio de usted es prestarle sus servicios, y yo no hallo eso malo; pero tenemos que Mr. Malais quiere vender su finca, solo que pide no se le haga pasar por la humillacion de verla vender por autoridad judicial. Dentro de tres meses él mismo la venderá, y el molinero cobrará su dinero. No ponga usted hoy los edictos; mañana hablaremos usted y yo con Eloy Alain, y si él lo exige, se pregonará la venta, pero pregonará como una venta voluntaria.

—Siento en el alma, mi querido Onésimo, no poder complacerte, pues el deber es ante todo.

—¡Cómo! ¿No quiere usted aguardar á mañana para fijar los edictos?

—Están ya fijados; además, el molinero no me paga nunca has a que las cosas están hechas, y necesita uno pensar en sí. En una venta judicial tengo mucho mas que hacer que en una voluntaria. ¿Qué dirías tú, Onésimo, á quien apellidan el enemigo de los peces, si te fuese á rogar que sacases del anzuelo un rodaballo ó un salmon, y lo volvieses al agua?

—Algunos he sacado para dárselos á usted, maestro Epifanio.

—Vamos, vamos, déjate de niñadas. Tú te mortificas de ese modo, porque estas enamorado de la sobrina de Malais, á la cual me has hecho escribir cartas muy tiernas... Ten entendido, mi pobre Onésimo, que ella se burla hoy de ti como se ha burlado en otro tiempo; no es mas que una remilgada...

—¡Silencio, miserable bribon! exclamó Onésimo pálido de cólera. Basta ya que con vuestro infame oficio ayudeis á despojar á los desgraciados, sin que os propaseis á insultarlos.

—Mi oficio no es mas infame que el de desertor y contrabandista. Contrabandista quiere decir ladrón, y desertor quiero decir cobarde.

—¡A lo menos yo no robo mas que á los ricos, si se

llama robar el introducir algunos fardos de tabaco clandestinamente! ¡Y si he desertado, no ha sido por cobardía, sino por no dejar aquí personas que tienen necesidad de mí y que están espuestas á los ataques de los animales feroces, de los verdaderos ladrones, de los que atacan á los débiles para despojarlos!

—El molinero es tu tío.

—¡Basta, maese Epifanio! Puesto que usted no ha querido hacer por buenas lo que le pedía, y aguardar hasta mañana para fijar los edictos, vamos á arreglarnos de otro modo. He prometido que no fijaría usted los edictos, y le doy mi palabra de que no los fijará. Le digo por última vez que desco que todo se haga por buenas, y vuelvo á suplicarle que no fije los edictos, no porque así lo haga, pues estoy seguro de que así se hará, sino para tener necesidad de recurrir á los medios que querría evitar.

—¡Creo que este ganso me amenaza! exclamó el antiguo maestro de escuela. Amiguillo, añadió mostrando el garrote de fresno de cuatro pies y medio cuyos nudos había cortado por el camino. Esto ha hecho respetar en todo tiempo y lugar á Epifanio Garandín. Esto se llama Juanita, mi fiel amiga, y que ha sabido reducir á la razón á valentones mucho más temibles que los contrabandistas y desertores, que solo son diestros para ocultarse y huir. ¡Hola! ¡Calle... y pronto! ¡que Juanita no gusta que la hagan esperar!

Y diciendo esto, maese Epifanio tomó el garrote entre ambas manos y lo hizo silbar alrededor de su cabeza.

—Maese Epifanio, dijo Onésimo, sentiría mucho tener que aplicar sobre usted las lecciones que me ha dado; pero también yo traigo mi garrote, y... ¡por favor, suspenda usted hasta mañana la operación!

—¡Hola! Mi primer amanuense, dá de cola á los carteles, hijo mío.

—¡Ah! Con que se empeña usted...

—Sí. Ahora, dijo Epifanio plantándose entre la puerta del palacio y Onésimo, vé á fijarlos y no tengas miedo que aquí estamos Juanita y yo para no dejar pasar á nadie de esta raya...

Y trazó una raya entre el y el pescador, y luego se puso en guardia con el palo entre ambas manos, al lado izquierdo.

—Es una desgracia, añadió, que tu princesa no sea espectadora de este torneo, porque veria á su caballero apaleado á satisfaccion.

Onésimo, furioso, atacó al alguacil descargándole un garrotazo sobre la cabeza; pero este, levantando á tiempo su arma, paró el golpe, reculó un paso y se puso de nuevo en guardia.

—Jamás se principia por un golpe á la cabeza, querido discípulo, dijo con tono sarcástico.

Onésimo no respondió, y se empeñó el combate; pero Epifanio, mucho mas habil, le irritaba con sus sarcasmos y fingía darle una leccion, proclamando los golpes y las paradas, y contentandose con responder con algunos golpes descargados sobre los brazos y las piernas.

Onésimo se defendió bastante bien aunque renegando porque no podia alcanzar á su adversario.

—Eso no está mal, dijo Epifanio anunciando los golpes furiosos de Onésimo, cual si se tratase de un asalto simulado. Finta de golpe de flanco, golpe de cara, parado; contestado contra el brazo, parado; muy bien; dos quites, golpe de cabeza, parado. . Tú siempre tiras á la cabeza, y ese golpe es muy fácil de parar; se debe variar de golpes. A ti, en el muslo, seis á una; á ti en el brazo, siete á una. ¡Oh! un golpe de punta, parado; á ti en los dedos... ¡Oh! parado; ¡oh! me has acertado en la cara, dos á siete.

En efecto, el palo de Epifanio no habia encontrado bastante á tiempo el de Onésimo, y por consiguiente habia recibido la mitad del garrotazo sobre la oreja

derecha, que sangraba abundantemente. Epifanio aseguró bien su palo en la mano, conoció que la cosa era mas seria de lo que al principio creyera, y en lugar de los golpes medio retenidos que se habia contentado con descargar por vía de respuesta, no omitió nada para poner á su enemigo fuera de combate.

Por ambas partes se arremolinaban los garrotes silbando alrededor de la cabeza y del cuerpo de los combatientes, pero un garrote tropezaba siempre con el otro, que cubria á su dueño como un escudo.

Sin embargo, se acertaron algunos golpes, pero desigualmente; pues Epifanio recibia uno y daba cuatro.

El maestro de escuela quiso continuar aun algun tiempo sus sarcasmos:

—Recibe esto en honor de las damas, decia; finta de golpe de cara, un paso a fondo; finta de golpe de cara a derecha é izquierda, golpe de cabeza; para... ¡Oh! no has parado, aunque ya te lo habia aconsejado... ¡Ah, diablo! este es para mí.

Algunos garrotazos que no pudo parar le hicieron dejar sus sarcasmos.

Onésimo hizo revolotear su garrote sobre Epifanio, contra los brazos, las piernas y la cabeza, pero en todas partes encontraba el garrote de Epifanio que paraba el suyo y lo ponía á su vez en peligro, y sin ió que uno de sus brazos habia recibido un garrotazo tan fuerte que se habia inflamado hasta el punto de perder su flexibilidad, y que Epifanio le llevaba indudablemente la ventaja de parar los golpes.

El amanuense del alguacil habia fijado ya los edictos.

Onésimo, viendo que solo debia tomar consejo de su desesperacion, al primer golpe que Epifanio le dirigió á la cabeza, no lo paró y lo recibió voluntariamente; pero al mismo tiempo, pasando rápidamente su mano derecha al otro extremo de su palo, y presentando á

su adversario la gruesa punta que tenia siempre en la mano izquierda, lo soltó rápidamente y el palo partió recto, lanzado como una jabelina, contra el pecho de Epifanio, que cayó por tierra.

Onésimo bamboleó dos ó tres veces, y luego cayó sin conocimiento, pues el garrotazo que él no habia parado lo habia hendido la cabeza.

Ambos quedaron en ese estado por algunos instantes. Epifanio fué el primero que se reanimó, y ayudado del muchacho que habia llevado consigo, se levantó, fué á mover con el pié á Onésimo que no hizo ningun movimiento, y apoyado en su amanuense, se volvió á casa para que lo curaran.

Onésimo no recobró el conocimiento hasta algunas horas mas tarde, en medio de la noche; entonces se se arrastró hasta los edictos, los buscó y los arrancó, luego se fué al rio, lavó allí la herida de la cabeza, y se sentó al pié del sauce en donde la vispera habia encontrado á Berenice y Pulqueria.

—¿Qué hacer? ¿Volver cerca del molinero, hacerle nuevas súplicas, nuevas amenazas?...

Se puso en camino así que se halló un poco reposado, y antes de rayar el dia fué á introducirse en casa de Eloy Alain.

Este habia salido y no debia volver hasta el dia siguiente, de cuya circunstancia hasta entonces no se habia acordado Onésimo.

—Dice que me ha nombrado su heredero, dijo para sí Onésimo; de buena gana daria ya toda su herencia por la suma que le debe Mr. Malais. Lo que he debido hacer era pedirle dinero bajo cualquier otro pretesto; sí... pero ahora no se dejara engañar por mis estratagemas. No me atrevo á pensar en ello... descaria su muerte, porque entonces seria yo á quien Mr. Malais debería el dinero, y... Pero ¿qué hará de su dinero mi tío Eloy, que solo vive de pan, sidra aguada y queso, para darlo á usura? Me acuerdo haber oido decir á

ese tunante de Epifanio, cuando yo era chico, que sabía donde ocultaba Eloy Alain su dinero, que había entrado un día en su casa sin advertirle, y había visto al molinero cerrar precipitadamente un cajón debajo de la cama, y que Eloy se había puesto furioso á su vista... Si yo hallase el escondite y lo abriese... En realidad, puesto que ese dinero debe pertenecerme algún día... y además, una hora después lo volverá á recibir, supuesto que servirá para pagarle: es lo mismo que si se sacase sidra de un tonel por la espita y lo volvieran á echar en él por encima. Tiene otros pagarés de Mr. Malais; pero este tendrá tiempo para dejar el palacio y ponerlo en venta: esto es lo que quiere Pulqueria, y es preciso hacer lo que ella quiere.

Onésimo se puso á registrar el cuarto del molinero y no tardó en dar en la trampa, disimulada con bastante habilidad para que no fuese descubierta por el que no estuviese sobre aviso.

Onésimo se estremeció al abrirla, y volvió á repetirle que el molinero había robado á Mr. Malais haciendo negocios con él, que aquel dinero que tomaba era suyo, puesto que el molinero no se serviría jamás de él, que se lo dejaba en el testamento, y en fin, que aquel dinero iba á volver á poder de Eloy Alain, en cambio del pagaré de Mr. Malais.

Después de estas reflexiones cogió en oro y plata la suma que le había indicado Pulqueria. De súbito oyó un ligero ruido en el cuarto contiguo, aplicó el oído al agujero de la cerradura, y con grande asombro suyo vió otro ojo aplicado al mismo agujero por la parte opuesta.

Onésimo, asustado, fuera de sí, saltó por la ventana y corrió á enterrar la suma de que se había apoderado al pié del sauce.

Comenzaba á despuntar el día, partió atravesando



los campos hasta Trouville, y allí escribió á Berenice la siguiente carta:

«Vé con Pulqueria por la noche al pié de nuestro sauce, cava al lado opuesto al en que estaban nuestros nombres, y hallarás allí la suma necesaria para pagar el billete de Mr. Malais. Que Pulqueria decida á su tío á dejar el palacio y ponerlo en seguida en venta. Ahora necesito ocultarme con más cuidado por algunos dias, y en este momento no puedo servir de maldita la cosa. No te digo á dónde puedes escribirme porque yo mismo no lo sé. La casualidad y el cuidado de mi seguridad serán mis únicos guías. Adios, he cumplido mi promesa á Pulqueria á despecho de todos; pensad en mí las dos y amadme.

»ONÉSIMO ALAIN.»

---

## CAPÍTULO XXIII.

---

Onésimo no sabía qué hacerse; parecióle que en una ciudad populosa y agitada corría menos riesgo de ser reconocido y preso, y se embarcó en una lancha pescadora que pasaba de Trouville al Havre.

—¿Qué he de hacer en el Havre? se preguntaba. ¿Debo ir á Cherbourg y pedir que se me destine al servicio? ¿Debo embarcarme en algun buque para la pesca del bacalao ó de la ballena? ¿Pero y Pulqueria?

Así que llegó al Havre, fué con los obreros sin trabajo al puente á donde van á buscar ocupacion los que no la tienen, y fué empleado con algunos otros en trabajos de terraplen; pero esta vida no podia durar; primero, porque se fastidiaba de no ocuparse en la mar, y no podia acostumbrarse á otro trabajo, y además porque aquella posicion lo alejaba tanto de sus padres y de Pulqueria como si estuviese en el servicio como marinero.

Escribió á Berenice para tener noticias de la familia, diciéndole al mismo tiempo que si creyese dejarlos á todos tranquilos y en seguridad, iría á que lo juzgasen en Cherbourg, en donde esperaba que lo tratarían con indulgencia en atención á su presentación voluntaria.

Mientras llegaba la respuesta de Berenice, pasaba el tiempo que le dejaba libre su trabajo en el muelle del Havre, mirando la mar, hablando con los marinos de lo que á estos interesa, del tiempo que hace y del que hará, de las maniobras buenas ó malas que hacen los buques á la entrada ó la salida del puerto, de las noticias de la mar y de la pesca, cómo tal buque ha encontrado á tal otro que volvía de los bancos de Terranova con *treinta y seis mil* abadejos, cómo tal ó cual buque balleuero causa grandes inquietudes, etc.

Un día corria un fuertísimo viento Noroeste desde la mañana; las señales del Heve habian anunciado muchos buques, las lanchas de los pilotos habian salido con dificultad de entre los espolones para ir al encuentro de aquellos; la mar estaba sumamente furiosa.

Sin embargo, los buques á la vista llegaron á entrar sin accidente, y las lanchas de los pilotos que no habian guiado algun buque, se habian refugiado en diversos puertecitos.

La mar, cuando bajó, pareció calmarse un poco; pero, al subir la marea, se desencadenó el viento con nueva violencia, y se declaró una terrible tempestad. Las olas, aunque no habia acabado de subir la marea, pasaban espumosas por encima de los muelles y lanzaban piedras y guijarros con gran violencia. Los paseantes ordinarios se habian retirado, y solo quedaban algunos marinos abrigados tras la torre de la farola, interrogando el horizonte.

—¡Vaya un furioso viento! decia uno.

—No he visto otro igual, decia otro, desde el dia

en que pereció con todo su cargamento y tripulación la *Amable María*, que venia cargada de caoba.

—Afortunadamente que ya han entrado todos los buques que estaban á la vista; en la costa corre un temporal endemoniado, y dentro de hora y media aun será peor.

—Pero ¿no se divisa allá hácia el Oeste una vela?

—No, es la espuma.

—Te digo que es una vela, y en cuanto lo permite afirmar la caída de la tarde, te añado que es un bergantín.

—Verdad es; me parece un bergantín-goleta; pero trae demasiada vela para el tiempo que corre.

—Es porque quiere probar si puede entrar.

—¡Entrar en el Havre con este temporal!... ¡y sin piloto! Supongo que no hará tal locura, y que tomará el largo.

—Nada de eso, se viene aquí *en derechura*.

—Y bien; si alguna vez llego á ser *negociante*, seguro está ese capitán de que no le daré á menudo mis buques á mandar.

—¿Y esperas ser pronto negociante?

—No nos chanceemos, los hombres que montan ese buque están quizás muy cerca de ir á buscar su paga allá arriba.

—¡Ah! Iza una bandera pidiendo un piloto.

—¡Fresco está! ¡Un piloto! ¡y cómo quiere que salga un piloto?

En aquel momento se presentó en el muelle un oficial del puerto.

—Ese buque pide un piloto, dijo. La mayor parte de los pilotos no han vuelto, y es probable que hayan buscado un asilo en algun puerto de la Mancha. ¿Hay algun piloto entre vosotros?

Se presentaron dos hombres como pilotos.

—¿Creeis que se puede salir? preguntó el oficial.

—Usted es marino, señor capitán, respondió uno de

ellos, y me atengo á la opinion de usted. ¿Cree usted que uno de nuestros botes de servicio puede salir de los espolones sin zozobrar?

—Confieso que seria una operacion muy arriesgada para los que la emprendiesen, y probablemente sin resultado para los pobres diablos que piden socorro. Cuando vea el buque que no sale ningun piloto, volverá á tomar el largo, y no merece la pena de poner á algunos hombres en peligro por otros que no corren ninguno.

En efecto, el buque no tardó en arriar la bandera con que pidiera un piloto.

—¿Pero no vira de bordo?

—No, vá á entrar sin piloto.

—¡Queah! ¡No es posible! Eso seria perder la póliza de seguros. Los aseguradores no se obligan á indemnizar cuando un buque entra sin piloto.

—Sin embargo, lo dicho dicho; y preciso es ser un *pastor*, un mal *guardavacas* y carneros para no ver que está maniobrando para entrar en el puerto.

Entre tanto, la mar se ponía cada vez mas furiosa. Algunas personas que habian oído decir que iba á entrar un buque sin piloto, corrieron al muelle y quisieron hacer algunas preguntas á los marinos; pero el ruido del viento y de las piedras arrastradas por la mar era tan formidable, que era preciso gritar mucho y con voz muy sonora para hacerse oír.

El buque habia arriado casi todas sus velas, y solo conservaba sus gavias, que aun se perdian de vista cuando descendía entre las olas, y con las cuales corria quizás mucho mas de lo que queria.

Los marinos abrumaron de maldiciones al capitán que de aquel modo esponía la vida de su gente; luego todos callaron cuando llegó el momento solemne en que se holló el buque á la altura de los espolones. Una multitud de gente habia seguido á las primeras personas que fueran cerca de la farola.

Las olas se rompian contra los espectadores, los cuales se hallaban tan mojados como si hubiesen caído al agua; pero el espectáculo era tan imponente, la ansiedad tan grande, que nadie hacia alto en que estaba empapado en agua: el buque tan pronto se veia elevado sobre montañas de agua y arrebatado con furiosa rapidez, como se perdía de vista y parecia sumido en los abismos que se abrian entre las olas.

Sin embargo, llegaba ya al canalizo; pero ¡cuál fué el espanto de los espectadores cuando uno de aquellos marinos dijo:

—¡Las velas *ondean*, el buque está abandonado á sí mismo!

En efecto, el buque dió una media vuelta, y una espantosa oleada lo arrojó mas allá del espolon del Sud sobre un banco de arena y piedra llamado el Pouiller, en donde encalló con horrible ruido.

Un grito de espanto salió de entre los espectadores no marinos. Encallado el buque, su fondo estaba espuesto á los repetidos golpes de mar: era azotado por todos costados y se oian fuertes chasquidos en el pié de los mástiles.

Los de la tripulacion trataron al principio de desencallar el buque empujándolo con botadores; pero la marea estaba aun subiendo y nada podia resistirle.

El bauprés fué arrancado de cuajo y cayo hecho pedazos; la mar barria el puente del buque, arrebatando cuanto encontraba, y los marineros se refugiaron en los mástiles que aun quedaban y á donde todavía llegaban las olas á sacudirlos y conmoverlos.

Era ya casi noche, y la oscuridad aumentaba el horror de la situacion.

El oficial del puerto que habia hablado ya á los marinos, volvió a decirles:

—La tripulacion de ese buque está perdida si no se acude pronto á su socorro. Lo que hace un momento

seria una locura intentar para hacer entrar un buque una marca antes en el puerto, ¿no se puede hacer ahora que se trata de salvar la vida de los marineros?]

—Es imposible que pueda un bote pasar de las oleadas de los espolones.

—Seria irse ahogar á sabiendas.

—Nosotros tenemos mujer é hijos, y antes de arrojarlos á un peligro, debemos tener alguna probabilidad de superarlo.

—¿Con que no irá ninguno á su socorro? dijo uno de los extranjeros presentes. ¿Se vera á seis hombres perecer á la viste de toda una poblacion sin hacer ningun esfuerzo para salvarlos?

—La mar comienza ya á llevarse los bordajes del buque. Dentro de una hora no quedarán dos tablones juntos, y dentro de media estarán ahogados todos los hombres.

Entonces un jóven vestido de obrero alzó la voz y dijo:

—¡Déseme una lancha con cuatro hombres, y voy á su socorro!

—¡Bravo! exclamó el extranjero que habia hablado ya. Yo doy cien francos á cada uno de los que salgan.

—Estas cosas no se hacen por dinero, dijo el obrero.

—Perdone usted, tiene usted mucha razon, dijo el extranjero; yo seré el segundo.

—Vamos, amigos míos, dijo el jóven; hagamos por ellos lo que quizás haran otros por nosotros dentro de ocho dias. Como tenemos que morir algun dia ahogados, mas vale que nos ahoguemos por tratar de salvar á nuestros semejantes. ¿Quién me acompaña?

—Pues señor, suceda lo que quiera, yo.

—Y yo tambien.

—¡Pronto, una lancha!

Los que se disponían á salir corrieron á la plaza de los pilotos. Siguiólos la mayor parte de la multitud y la restante se quedó en el muelle.

En el momento de la salida, se hallaron seis, y no se necesitaban mas que cinco.

—¿Es usted marino? preguntó al desconocido.

—No, yo solo puedo participar de vuestros peligros.

—Entonces, quédese usted en tierra, porque no haría mas que embarazarnos. ¡En marcha, amigos míos, y á la gracia de Dios!

El obrero hizo la señal de la cruz, imitáronlo sus compañeros, y entraron en una lancha que se elevaba y descendía sobre las olas de tal manera, que solo unos marinos podían saltar y sostenerse en ella.

Los compañeros del obrero se apresuraron á poner los remos en su sitio y sentarse en los bancos de remeros; el obrero cogió la caña del timon. La parte del gentío que había abandonado el muelle para presenciar el embarque, volvió á él para seguir con la vista la piragua en cuanto lo permitía la oscuridad de la noche que entonces había entrado ya enteramente. Los marinos y los demás que allí estaban se comunicaban sus impresiones.

—*Grupo de marinos:* ¿Es un marino el hombre que está al timon?

—Yo no le conozco.

—Yo lo he visto en el puente trabajar con los terapleneros.

—Si no es un marino, y un marino muy diestro, él y los que lo acompañan están tan perdidos como si hubiesen muerto el año pasado. El bote vá á zozobrar antes de salir de entre los espolones.

—*Grupo de vecinos:* ¡Ah! ¡Dios mio! ¡ya no se vé la lancha!... ¡Se ha sumergido!



—No; héla allí que se eleva sobre las olas... en lo mas alto...

—¡Vuelven á desaparecer!

—*Grupo de marinos*: La proa sobre Dive... ¡Bien, no va mal gobernado! Debe ser del oficio...

—La mar los repele... Por tres veces no han podido salvar la marejada.

—¡Perfectamente; eso es! ¡Ya lo han logrado! pero la mar se rompe furiosamente contra el Pouller... Han zozobrado... Allí no hay agua .. La piragua está otra vez á flor de agua y ellos se encaraman dentro. Ninguno ha salido herido ¡*Bien remado y bien gobernado!* Ya se acercan á la goleta... pero van á estrellarse contra ella. ¡Ah! ¡Bien! ¡Admirablemente! Abordan contra la marejada... el piloto se ha lanzado á bordo... ¡Ese hombre es un gato!... ¡Ya no distingo nada!

—Yo veo un movimiento en las vergas del bergantín-goleta; sin duda son los marineros que bajan para embarcarse en la lancha.

—¿Ves algo?

—No, ¿y tú?

—La mar está negra como boca de lobo. Lo único que sé es que el viento sigue arreeiando, que todavía no estan mas que al medio de la obra, y que cuando esté cargada la piragua... ¡Pobres hombres!

—¡Bah! Mañana nos llegará á nosotros la vez. ¿Oyos los remos?

—Con este viento y esta mar tan furiosa no se oiria al mismo Dios tronar; pero veo como una sombra.

—A fé mia que es la lancha. Está en las rompientes; han abandonado la goleta... pues no la veo ya... ¡Ah! la he vuelto á ver en la cima de una grande ola.

En efecto, en aquel momento la lancha pasaba por entre los espolones y entraba en el antepuerto.

—¡Se han salvado!

Los vivos y los aplausos dominaron por un momento el ruido del viento y de la mar.

Concurrieron á ayudar al desconocido piloto y sus cuatro compañeros á sacar de la lancha á los hombres que acababan de salvar y que estaban ya mas que medio muertos; luego abrazaron á los animosos marinos, menos al obrero que habia desaparecido entre el gentío así que la lancha atracó.

Lo llamaron, buscáronlo por todas partes, pero inútilmente, y como fuese ya tarde, cada uno volvió á su casa.

El capitán del buque rogó á los cuatro marinos que se habian espuesto por salvar á su gente y á él, tuviesen á bien asistir á una misa que se iba á mandar decir el día siguiente, en cumplimiento de un voto que habian hecho cuando ya no esperaban ningun socorro humano.

El extranjero que habia querido salir con los marinos, y que se llamaba el conde de Sievenn, pidió el permiso de asistir á la ceremonia y de ofrecer un almuerzo á la tripulacion salvada y á sus salvadores.

En seguida, durante toda la noche, se ocupó en buscar al jóven y arrojado piloto.

En la mañana siguiente, al dirigirse á la posada en que se hallaban los marinos de la goleta, pasó cerca del puente Rojo, y aproximandose á un grupo de obreros que estaban aguardando que algun empresario ó vecino les fuese á ofrecer trabajo, exclamó de repente:

—¡El es! ¡no cabe duda, es él!

Y estrechando la mano del jóven, le abrazó con ternura y le dijo:

—Es preciso que usted venga. Los marinos que usted ha salvado ayer han hecho un voto, y es preciso que usted asista á su cumplimiento. Despues me hará usted el honor, lo mismo que sus cuatro compañeros

y los otros marinos de la goleta, de almorzar conmigo.

Al cabo de algunas perplejidades, el obrero se dejó convencer.

El capitán le abrazó con ternura, y quiso que absolutamente recibiera su reloj.

—No es una recompensa, añadió, es solo un recuerdo de amistad.

Llegó la hora de la ceremonia del voto, y todos los marineros se dirigieron á la iglesia descubiertos y descalzos con el capitán a la cabeza, y caminando con un profundo recogimiento de que participaba todo el gentío que había acudido á verlos, y que se separaba respetuoso para dejarles paso.

El clero los aguardaba á la puerta de la iglesia, y así que entraron en ella se dió principio á la tierna y majestuosa ceremonia.

El almuerzo ofrecido por el conde de Sievena fué espléndido.

El obrero y sus cuatro compañeros ocuparon los asientos de preferencia.

La sidra solo se presentó en la mesa por ceremonia y en honor de la Normandía, pues á una seña del extranjero no tardaron los mozos en reemplazarla con excelente vino.

Principiaban á cantar, cuando de repente se presentaron dos gendarmes en la sala.

—¡Nadie se mueva! gritó el brigadier. En nombre de la ley, ¿cuál de ustedes se llama Onésimo Alain?

El obrero, que al principio se había puesto pálido, volvió á calmarse al punto y respondió:

—Yo; ¿qué me quieren ustedes?

—¿Es usted Onésimo Alain, de Dive?

—Me llamo Onésimo Alain y soy natural de Dive.

—Venga usted con nosotros.

Todos los convidados exclamaron:

—¡Pero si es un hombre honrado! ¡Si es el que nos ha salvado la vida á todos! No, no consentiremos que se lo lleven.

Y se arrojaron entre Onésimo y los gendarmes. El conde de Sievenn les dió algunas esplicaciones, pero estos exhibieron su orden de arresto contra Onésimo Alain, de Dive, profesion de... marino, *desertor*.

Onésimo rogó á los convidados que no hiciesen ninguna resistencia á la comision de los gendarmes, y el conde de Sievenn le dijo:

—Despues de lo que he visto á usted hacer ayer noche, soy su amigo. Siento mucho que le suceda ninguna desgracia; pero no quiero desperdiciar la ocasion que se me presenta tan pronto de mostrar á usted mi particular afecto. ¿Qué ha hecho usted?

—He recibido una boleta de camiso para Cherbourg, pero á la sazón tenia yo en Dive amigos y parientes que tenian una indispensable necesidad de mí, y me he ocultado para no marchar. Estaba aquí aguardando una carta para ir voluntariamente á que me juzgasen en Cherbourg. Mejor hubiera sido haberme presentado antes, como era mi intencion, porque sin duda habria hallado indulgencia en mis jueces.

—Yo no le dejaré á usted, dijo el conde; me encargo de su abogado, y yo mismo hablaré á los jueces. Si le condean á usted, estoy seguro de que he de obtener el perdon del rey.

El capitán del bergantín naufragado podia disponer de algunos dias, mientras que las compañías de seguros mandaban hacer un reconocimiento por medio de peritos de las averías experimentadas por su buque, y quiso manifestar á Onésimo su gratitud yendo á Cherbourg con el conde de Sievenn, el cual, antes de salir del Havre, escribió al ministro de la Marina.

Así que llegó á Cherbourg, Onésimo fué conducido á la cárcel por los mismos gendarmes que le habían

arrestado en el Havre; pero el conde no tardó en recibir la respuesta del ministro.

Onésimo, al cabo de quince días, fué juzgado y absuelto; el presidente del consejo de guerra acababa de pronunciar la fórmula ordinaria: el tribunal ordena que el procesado sea puesto inmediatamente en libertad, si no se halla preso por ninguna otra causa, y que se ponga á disposicion del ministro de Marina para hacer su servicio.

El conde, que tenia en su bolsillo una carta del ministro en que se anunciaba que Onésimo Alain volveria á sus hogares y seria llamado al servicio ulteriormente, habia estrechado la mano del pescador, y los gendarmes entre quienes estaba Onésimo se habian separado para dejarlo salir, cuando entrando en la sala de audiencia el fiscal de S. M., hizo seña á los gendarmes para detener á su prisionero, y leyendo un papel que tenia en la mano, dijo:

—En atencion á que el llamado Onésimo Alain, de Dive, es acusado del crimen de asesinato seguido de robo en la persona de Eloy Alain, de Dive, requerimos que sea reintegrado en prision y detenido á disposicion del ministerio público.

Todos los asistentes fueron acometidos de admiracion y de horror.

El conde de Sievenn y el capitán se separaron instantivamente de Onésimo; este al principio quedó aturdido, pero luego exclamó:

—¡Pero es un sueño!... ¡Yo ignoraba la muerte de mi tío Eloy!... ¡Con que ha muerto mi tío!... ¡Yo... un asesino!...

—Gendarmes, dijo friamente el fiscal de S. M., el prevenido se explicará ante el juez de instruccion; llevado.

Los gendarmes cogieron á Onésimo por el brazo, pero él, separándolos de una sacudida, exclamó con fuerte voz:

—Aguardad. ¡Antes de seguiros quiero decir en alta voz á mis amigos que soy en este momento víctima de un fatal error, de una atroz calumnia, y que yo no soy un asesino!

Los gendarmes habian vuelto á cogerle por el brazo; entonces los siguió sin resistencia; pero en vez de conducirlo á la cárcel de donde habia salido por la mañana, lo encerraron en un calabozo despues de haberle registrado escrupulosamente y quitádole cuanto tenia consigo.

En vano procuraba Onésimo explicarse cómo podria haber muerto Eloy, y cómo se le acusaba á él de haberlo asesinado.

De vez en cuando se decia:

—Vamos, es un sueño, voy á despertar muy luego... Pero no... añadía, no estoy durmiendo... Es un error... Ya se descubrirá que se engañan... Si, pero algunas veces han condenado á inocentes.

Luego se decia:

—¿Qué fué lo que vi á través de la cerradura cuando cogia el dinero para Mr. Mala's? ¿No era mi tio quien, viendo que yo le habia cogido una parte del dinero, se habrá suicidado de desesperacion? Y entonces, ¿no soy en efecto su asesino? ¿Y no sabrá la justicia que he enviado á Pulqueria una suma bastante fuerte? ¿Se ignorará largo tiempo que yo estaba en el pais y que andaba oculto? ¿No pueden haberme visto en casa del molinero?... ¡Estoy perdido!

Pidió recado para escribir al conde de Sievonn, pues queria confesarle la verdad; pero le respondieron que hasta nueva orden estaba incomunicado y no podia escribir ni hablar con nadie.

El dia siguiente fué conducido al gabinete del juez de instruccion, quien le leyó el proceso verbal, del cual resultaba que en tal dia, precisamente el siguiente al en que Onésimose habia marchado de Dive, como no viese salir de casa al molinero, el criado del molino se

había inquietado, y había ido á llamar á la puerta de su cuarto sin que nadie le respondiera.

Algunos dias despues, el señor Epifanio Garandin, antiguo maestro de escuela, hoy alguacil, había llegado á dar cuenta á Eloy Alain de diversas ejecuciones que había hecho, y había preguntado por él, y como le respondiese el criado que no lo había visto en todo el dia, y que esta circunstancia lo tenía algo alarmado, el señor Epifanio Garandin le había aconsejado fuese á dar parte al alcalde y abriese la puerta, como así se ejecutó, resultando el haber hallado el cadáver del molinero tendido en el suelo.

Llamado un médico, declaró que había muerto estrangulado, y que la muerte databa de unas doce á quince horas. Todo hacia creer que el asesino había encontrado una viva resistencia. Las manos crispadas de la víctima tenían un pedazo de paño desgarrado que, por una singular casualidad, no se había podido encontrar algunos momentos despues cuando se había querido unirle al sumario.

Se había hecho una deposición importante por el señor Epifanio Garandin, pues había revelado que el llamado Onésimo Alain, sobrino de la víctima, marino refractario, vivía oculto hacia tiempo en el país; y que el mismo declarante, el dia en que había debido ser perpetrado el asesinato, había sufrido de parte de aquel hombre un ataque en que había sido herido á garrotazos.

Había sabido por la criada del molinero que el dicho Onésimo se había introducido el mismo dia por una ventana en la casa de Eloy Alain, y que sin duda se había fugado en la misma noche, porque no se le había vuelto á ver á la mañana siguiente.

El señor Epifanio había añadido que, en su opinion, el ataque que él había sufrido de parte de dicho Onésimo, tenía por objeto apoderarse de una cantidad de dinero que debía tener alguna razon para suponer ha-

bia sido recibido por él, Epifanio, por cuenta del molinero.

Onésimo quedó espantado de esta declaración, y anunció al juez de instrucción que iba á declarar toda la verdad.

Declaró que habia querido salvar á unos amigos perseguidos injustamente por su tío, y que habiendo apurado todos los medios imaginables para obtener en su favor á lo menos un plazo, habia cogido á su tío, que sabia estaba ausente, una suma que debia servir para pagarlo.

Que habia huido porque un ojo que él habia visto á través de la cerradura le hiciera temer que le habian descubierto.

Que lo que le habia decidido á tomar aquella suma á su tío habia sido el saber, como todos lo sabian, que era el único heredero de Eloy Alain, al cual, además, debia volvérselo la misma suma pocas horas despues.

Que el único resultado del rapto del dinero debia ser el plazo que él habia pedido en vano para sus amigos.

Indicó el verdadero motivo de su combate con Epifanio; la cólera conservada por el maestro de escuela podia explicar, decia, cierta animosidad que él advertia en su declaración.

Algunas circunstancias podian engañar á Garandin, y Onésimo no negaba esas circunstancias; pero habia otras que el maestro de escuela alteraba mucho ó suponía enteramente.

El juez de instrucción estendió esta declaración, y dijo á Onésimo que no le ocultaba que no le era favorable, que sus confesiones no le parecian completas, y sin duda sorprendido por el molinero, y amenazado por él con denunciarlo, le habia matado para asegurarse su silencio.



Onésimo pidió la facultad de escribir y ver á algunas personas, lo cual le fué otorgado.

En ese intermedio estaban muy tristes en Dive. Cuando llegó la carta en que Onésimo decia á Berenice que fuese con Pulqueria á recoger el dinero al pié del sauce, era ya conocida la muerte del molinero.

Berenice sintió un horrible escalofrío y no se atrevió á decirse á sí misma la espantosa idea que cruzó por su mente.

Fué á ver á Pulqueria, pero esta, en la misma tarde en que habia visto á Onésimo en la orilla del río de Beuzeval, no contando mucho con el resultado de sus esfuerzos, habia decidido á Mr. Malais á dejar el palacio para evitarle la humillacion de verlo puesto en subasta.

Mr. Malais se habia dicho á sí mismo lo que se propuso decir á los otros, que su palacio le era insostenible desde la muerte de madama Dorothea Malais, que además el aire era allí demasiado fresco para la salud del hijo de Pulqueria, y que en interés de la salud del jóven conde habitaria en el valle hasta que se le presentase coyuntura de comprar alguna magnífica posesion, lo cual no tardaria mucho en atencion á que sus encargados de negocios tenian echado la vista á muchas.

Al amanecer del dia siguiente salió á caballo. Pulqueria le habia pedido que le dejase el cuidado de su instalacion en una casa que se hallaba vacante en Cabourg, á la cual habia hecho trasportar los muebles, la ropa blanca y todo lo necesario; y por la noche, en vez de entrar en el palacio, Mr. Malais habia ido á dormir en su nueva habitacion. Por consiguiente no habitaban ya en Beuzeval cuando Onésimo tuvo el enearnizado combate con Epifanio para impedirle el fijar los edictos de la subasta.

Berenice y Pulqueria no pudieron dudar del crimen de Onésimo.

—¡Te amaba tanto, decía Berenice, que habría destruido el mundo entero por satisfacer uno solo de tus deseos!

—¿Y no habrá ningún medio de salvarlo? decía Pulqueria.

Ambas pensaban, como el juez de instrucción, que sorprendido por Eloy Alain en el momento de coger el dinero, se había empeñado una lucha entre ellos, en la que había sucumbido el molinero.

—Solo me faltaba, decía Pulqueria, ser la causa de una desgracia tan grande!

Decidieron entre sí que debían quemar la carta de Onésimo y dejar el dinero al pie del sauce en donde estaba enterrado; pero después de las confesiones de Onésimo al juez de instrucción, se hizo una visita judicial a la casa de Tranquilo Alain, y, en vista de la sumaria que acreditaba dichas confesiones, Berenice señaló el sauce á cuyo pié se encontró fácilmente el dinero.

Una carta de Onésimo á sus padres contenía la relación que había hecho al juez de instrucción.

«Somos desgraciados, decía, pero no estamos deshonrados; estoy inocente del crimen que me imputan; un espantoso concurso de circunstancias deponen contra mí; quizás si yo fuese juez condenaría á un hombre en mi situación; pero á vosotros, mis buenos y desgraciados padres, á mi hermana Berenice y á Pulqueria, á quien os suplico con instancia que enseñéis esta carta, os juro por la sangre de Jesucristo que ni siquiera he visto al molinero en la noche fatal en que ha perdido la vida.»

El conde de Sievonn, después de multiplicadas conferencias con el abogado de Onésimo y de diligencias activas con los jueces, se convenció de que Onésimo iba á ser condenado.

Sin embargo, á pesar de los indicios acumulados contra él, lo creía inocente, y aun esperaba que du-

rante el sumario se presentaría algún incidente que pudiera aclarar la justicia.

—Pero, decía el conde al juez de instrucción, ¿cómo explicais ese pedazo de paño de color oscuro visto al principio en las crispadas manos de la víctima, y que no se ha podido hallar después, mientras que los testigos que han encontrado al acusado en ese día, afirman todos que estaba vestido de tela?

—Eso, á lo sumo, probaría que tenía cómplices.

Algunos días antes de la sentencia, el carcelero no halló á Onésimo en la cárcel. Se enviaron por todas partes requisitorias, y se señaló la vista de la causa para otra sesión, sin duda por intervención del conde, quien decía siempre que esperaba que con el tiempo se aclararía la inocencia de Onésimo. Por desgracia no se realizó esa esperanza, y en la sesión siguiente Onésimo ausente fué declarado culpable y condenado á la pena de muerte; pero alguno que pasó por el país antes de la sentencia dijo que sabía positivamente que Onésimo se había ahogado, y dió sobre su trágico fin detalles que no permitían dudar del hecho.

Abrióse el testamento del molinero, el cual había legado á Onésimo todos sus bienes, que eran considerables, salvo una pensión vitalicia en favor de su criada.

En el caso de morir Onésimo antes de dicha criada, debía esta tener el usufructo de todos los bienes, y estos después de la muerte de la criada debían volver á la familia del molinero.

Conforme á las disposiciones de la ley, los bienes del molinero fueron puestos en secuestro, como pertenecientes á Onésimo *contumaz*, salvo el declararlo indigno de ellos y anular el testamento, si llegase á probar más tarde que era el asesino del testador; la pensión de la criada fué pagada por disposición judicial.

En la casa del Arriesgado reinaba la mayor tristeza; y era raro que ninguno de la familia hablase de Onésimo y de su acontecimiento, aunque cada uno lo tenía muy presente en su alma.

Solo Berenice, despues de haber escuchado á su corazon, estaba segura de su inocencia.

---

## CAPÍTULO XXIV.

---

Un año había trascurrido. Los baños de Benuzeval habían vuelto á ser muy frecuentados bajo la hábil dirección de la señora Garandin, y en cuanto á maese Epifanio, este había cambiado completamente de maneras. Antes se vestía en lo posible de un modo superior á su clase; y aunque sus trajes eran un poco grotescos, tenían sin embargo esa laboriosa magnificencia que pone de manifiesto las pretensiones y la fatuidad del que los lleva. En la actualidad no llevaba mas que fraques viejos y remendados; quejábese de la pobreza y la crueldad de los tiempos, no comía mas que cortezas de pan y carne de desecho, y siempre llevaba el mismo sombrero.

El mas asiduo en la playa de los extranjeros reunidos en Beuzeval y en Dive, era sin disputa un anciano alto y delgado que no se bañaba nunca, pero que era agradable á todos por su urbanidad, su estremada complacencia, una paciencia á toda prueba para

escuchar cuanto querían decirle, y la más pasmosa credulidad. Ese viejo, que parecía atacado de una sordera casi completa, se llamaba Mr. Breville.

Mr. Malais encontraba á menudo á Mr. Breville en la playa, y lo hallaba incansable en escuchar sus relaciones de las magnificencias de su vida.

Desde que habitaba en Cabourg en una casita á la vista de todo el mundo, había retrocedido ante los disfraces de su caballo: había salido un día montado en Carnero, con su estrellita blanca, se había presentado en todas partes y hablado con veinte personas diferentes anunciándoles que iba á vender su caballo, que iba envejeciéndose y no tenía necesidad de dos caballos, y que por lo mismo conservaba el mejor y se iba á deshacer del otro.

No volvió á casa hasta la noche, entró sin hacer ruido, metió su caballo en la cuadra y le borró la estrellita blanca.

Al día siguiente se paseó sobre Píramo, diciendo al que quería oírlo que había vendido á Carnero en mil francos.

No obstante la singular seguridad con que refería estos cuentos, veíase forzado á tomar algunas precauciones con las gentes del pueblo que se tomaban á veces la libertad de hacerle algunas objeciones, mientras que Mr. Breville, en calidad de extranjero, no solamente no parecía notar algunas inverosimilitudes y contradicciones, sino que jamás manifestaba la menor duda acerca de cuanto le decía, y lo aprobaba todo para manifestar que lo había entendido.

La casualidad había puesto á Mr. Breville en relación con muchos personajes que ya conocemos. Encontraba á menudo á Tranquilo Alain, algunas veces también á Pelagia y Berenice; hablábales con afabilidad y compraba su pescado; encargó á Berenice una cantidad bastante grande de blondas para una persona

de su familia, y le pagó una parte de su trabajo anticipado.

Pulqueria trabajaba en la blonda con Berenice cuando no tenia bordados que hacer.

Al cabo de algun tiempo, Mr. Breville tomó á su servicio á Desideria, la criada del molinero.

Una de las personas cuya estimacion y confianza se habia granjeado igualmente Mr. Breville, era una mujer alta y obesa, compositora de versos y madre de una lindisima jóven de quien ella se envanecia menos que de sus malos versos. Esta mujer habia escrito el invierno anterior sus impresiones al aspecto del mar, y las habia traído consigo como trajera sus sombreros. La primera vez que abordó á Mr. Breville, era á la caída de la tarde.

Estaba este sentado en una silla con ambas manos cruzadas sobre el puño de su caña y la barba apoyada sobre las manos, y estaba mirando al sol que desaparecia tras del Heve.

—¡Qué magnífico espectáculo presenta la mar! exclamó la mujer. ¡Como arrebatá el alma á las regiones de lo infinito!

—¡Hermoso ocaso del sol, madama! respondió monsieur Breville saludando. ¿Venis aquí á tomar baños? añadió.

—No, caballero, he traído á mi hija para la que vivo únicamente, y que es el objeto de todos mis pensamientos y de todas mis afecciones.

—Los hijos nos suelen recompensar bien mal, madama, respondió Mr. Breville, quien habia creído oír *aficiones*.

Habia ido tambien á tomar baños un jóven que llevaba siempre una elegante corbata y excelentes guantes, y unas largas espuelas cuyas estrellas se embotaban singularmente contra la arena de la mar y los guijarros. Este no hablaba mas que de sus caballos, de su buena fortuna, de sus duelos, y designaba por

su apellido todo lo mas distinguido de Paris en la política, las artes y la alta sociedad. Llamábase el vizconde de Morgenstein, y era muy afable con la señora literata y su hija.

Como estas, habia elegido á Dive para tomar los baños de mar, porque fatigado del *gran mundo*, no queria encontrarlo en Dieppe, en el Havre ó en Trouville.

Hacia algunos dias que reinaba un viento Nordeste que habla interrumpido los baños, y todos estaban muy incomodados a causa del tiempo.

Mr. Breville propuso algunos paseos por las cercanías, para los que tuvo cuidado de reunir borriquillas para las mujeres; los hombres las acompañaron á pié. La casualidad dirigió el paseo hácia el palacio de Beuzeval, y como vesen que estaba de venta, entraron dentro para visitarlo. Unos lo elogiaron, otros lo censuraron, pero al aspecto de un toldo de títulos hubiese dicho Clara, la hija de madama del Mortal, la literata, que aquel sitio seria magnífico para bailar, le respondió friamente Mr. Breville:

—¿Lo creéis así, señorita? Entonces voy á comprar el palacio, y si quereis, el domingo próximo tendré el honor de abrir con vos bajo esos tilos un baile, que espero ha de proporcionar algunas distracciones á nuestras amables bañistas.

Se rieron mucho de la chanza, pero el viernes siguiente todas las personas que se hallaban en los baños recibieron una esquila de convite de parte de Mr. Breville para un baile en el palacio de Beuzeval.

Aquella venta no alteró en nada la situacion de Mr. Malais y de Pulqueria, pues se halló que las sumas debidas á la herencia del molinero por Mr. Malais y por su sobrino político difunto, excedian en mucho al precio de la venta, por lo que se depositó en la caja de las consignaciones, pues no habiéndose probado le-



galmente la muerte de Onésimo, y como su sentencia condenatoria solo se habia pronunciado en rebeldia, los bienes procedentes de la sucesion de Eloy Alain debian permanecer en secuestro por espacio de cinco años.

Mr. Breville se habia informado de Desideria sobre el medio de proporcionarse alguna música, y esta le indicó á Epifanio Garandin, que, decia Desideria, tocaba admirablemente el flajolé; pero que, despues de haber sido alguacil, quizás no querria ya hacer de ministril, como lo hacia cuando era maestro de escuela.

Es preciso conservar su rango. Sin embargo, como no era muy rico, y habia perdido mucho, como ella, con la muerte del molinero, puesto que estaba precisado á trabajar á jornal, podria muy bien seducirlo la esperanza de una ganancia honrada.

Mr. Breville fué á estar con maese Epifanio Garandin.

Cuando llamó á la puerta, le hicieron esperar un largo rato, y luego se presentó á abrir madama Garandin muy encendida y turbada.

Estaba vestida bastante miserablemente; una vieja papalina que se habia puesto apresuradamente, no se mantenía perfectamente derecha en su cabeza, pero un collar de oro que llevaba al cuello formaba un contraste singular con la pobreza de su vestido.

Habiendo preguntado Mr. Breville por maese Epifanio Garandin, lo llamó su mujer repetidas veces; pero se hizo esperar aun algun tiempo, y cuando llegó se puso pálido, luego encendido, y al paso que preguntaba á Mr. Breville lo que se le ofrecia, se esforzaba en llamar la atencion de su mujer con reiteradas señas sobre su magnifico collar de oro.

Despues de algunas perplejidades, la mujer acabó por retirarse, y cuando volvió á presentarse ya no traía el collar.

—¿Usted se llama Galantin?

—No, caballero; me llamo Garandin.

—¡Oh! Muy bien: ¿y es usted alguacil?

—Lo he sido, caballero; pero los tiempos eran tan difíciles, los negocios tan malos, que me veía obligado á hacer algunas otras al mismo tiempo. Tenía enemigos, me han calumniado, me han obligado á vender mi oficio, y casi lo he dado de balde, porque ninguno quería venir á establecerse aquí, y el alguacil de Trouville me ha comprado por algunas monedas de á cinco francos mi clientela, mis cartones y mis sillas. Así es que voy trampeando como puedo con mi pobre mujer. En otro tiempo he sido maestro de escuela, doy algunas lecciones, hago las cuentas de los obreros, y luego trabajo con mis brazos.

—Entonces no tendrá usted ninguna repugnancia en venir á tocar en casa. He comprado una casa que llaman el palacio de Beuzeval, y quiero hacer saltar el domingo algunas jóvenes.

—Con muchísimo gusto, caballero.

—Me han dicho que tocaba usted el flajolé.

—Medianamente.

—Muy bien: lo espero á usted el domingo á las siete de la tarde.

El palacio había quedado con parte de los muebles, pero le faltaban muchas cosas.

Mr. Breville había rogado á Desideria que se encargase por aquel día de la dirección de la casa, y cuidase de los refrescos tomando dos muchachas para servir,

—Parece, le dijo, que el hombre á cuya casa usted me ha enviado no es rico; pues ha celebrado mucho la ocasión que se le presentaba de ganar alguna cosa. Sin embargo, su mujer traía un hermoso collar que me ha parecido de oro.

—Usted se engaña sin duda. Si madama Garandin

hubiese tenido jamás en su vida un collar de oro, tiempo hace que lo hubiera vendido.

A lo que Mr. Breville respondió:

—En efecto, ya me parecis que aquel collar no podía ser de oro.

Por la noche Desideria dijo á Garandin:

—Parece que madama Garandin tiene collares de oro.

—¿Qué ha de tener? respondió Garandin. Lo que tiene es un viejo collar falso.

—¡Sí, falso... á mí con esas!... El amo ha visto la marca del contraste... En fin, á mí me es igual.. Hagan ustedes lo que les dé la gana, que yo me lavo las manos.

Mr. Malais habia recibido una esquila de convite de parte del nuevo dueño del palacio de Beuzeval, y se presentó en él despues de alguna perplejidad entre el disgusto de ver aquella finca de la que tan cruelmente habia sido desposeido, y la importancia que aquella tarde podría darse como antiguo propietario del palacio de Beuzeval.

Tuvo buen cuidado de decir que se habia deshecho de aquella casa, porque despues de la pérdida de su mujer y del marido de su sobrina le era demasiado triste habitarlo.

—Me habeis hablado de vuestra sobrina, señor de Beuzeval, y siento en el alma que no la hayais reducido á que viniera á embellecer con su presencia nuestra pequeña reunion.

—Mil y mil gracias; mi sobrina la señora condesa de Morville no hubiera venido de ningun modo, porque no habia dejado el luto de su marido cuando perdió á su hijo, y desde entonces no frecuenta la sociedad, vive en el mas completo retiro y solo trata á una familia de pescadores en cuya casa ha estado criándose. Yo mismo he renunciado á la sociedad por no disgustarla, y no recibo á nadie en mi casa por no

condenarla á encerrarse en su cuarto, como lo hace, cuando por casualidad se presenta alguno á quien no puede menos de recibir.

El señor vizconde de Morgenstein tomó ocasion de cada cosa que visitaban para hablar de otras análogas, pero mucho mas bellas, que le pertenecian á él.

Se pasearon por la posesion nuevamente adquirida; Mr. Breville elogió la hermosura de los muebles que le habia dejado Mr. Malais, á quien llamaba siempre señor de Beuzeval.

Este le dijo:

—No sois difícil de contentar... No debo ocultaros que me he llevado todos los mejores para amueblar la casita que ocupo. Siento que la salvajería de mi sobrina me impida haceros juzgar de ellos por vuestros propios ojos.

Mr. Breville respondió que lo sabia y que ya se lo habian dicho en casa del notario.

Al ver el vizconde de Morgenstein un estanquito, habló de uno de media legua que él tenia en su palacio y en que se pescaban las mejores truchas del mundo.

Mr. Malais hizo observar que nunca habia oido decir que viviesen las truchas sino en las corrientes de agua clara y rápida; pero Mr. Breville respondió que sin duda aquella era una especie de truchas particular, porque tenia un amigo que lo habia dicho igualmente que habia pescado muchas veces excelentes truchas en un estanque.

Al ver la cuadra, Mr. Malais habló de sus cuatro caballos, y el vizconde dijo que en lo sucesivo no queria tener mas que seis en sus cuadras, y que, á su vuelta, haria esa reforma.

Se bailó, se cenó, todos se divertieron alegremente y madama del Mortal hablaba de la mar.

—¡Qué magnífico espectáculo el de la mar! exclamó,

¡cómo su aspecto arrebató el alma á las regiones de lo infinito!

Su hija se ruborizó al oír á todos los bañistas reunidos repetir una frase que su madre había dicho ya á cada uno de ellos.

En seguida madama del Mortal habló de sus éxtasis á orillas de la mar, de los hermosos pensamientos que le había esta inspirado, y fué tanto lo que habló, que Mr. Breville le preguntó si no había consagrado algunos versos á espresar lo que con tanta poesía sentía.

Habiendo logrado su objeto, madama del Mortal fingió turbarse, y respondió que sin duda ninguna no había pintado bien aquel magnífico espectáculo, y que no osaría jamás decir uno solo de sus versos, además de que tenía una timidez que nunca había podido vencer.

Alentáronla mucho, y entonces se decidió á leer unos versos tan retumbantes, que concluían todos así:

Me agradan. . . . .  
El maquerel brillante con reflejos de agata:  
El rodaballo gris, el cabrajo *escarlata*  
Jugueteando en las aguas.

—Perdonad, señora, dijo Mr. Mala's, el cabrajo no es encarnado hasta que está cocido.

Madama del Mortal quedó muy confusa, pero monsieur Breville citó algunos escritores distinguidos y poetas célebres que habían incurrido en el mismo error.

Entonces madama del Mortal exclamó que prefería mucho más engañarse con hombres de génio á tener razon *con ciertas gentes*; que, además, ella hacía sus versos sin pretension y solo para proporcionar á su hija lecturas sin peligro, porque añadió:

—;Se hacen hoy tantos libros malos! En cuanto á mí, ando errando á orillas del Océano, me dejo llevar de las ideas que me inspira el ruido de las olas, y consigno en el papel estas inspiraciones de una poesia quizás algo salvaje, pero que no serán leídas mas que por mi hija.

La verdad sobre la poesia un poco salvaje de madama del Mortal es que esta pertenecia á la redaccion de un diario de Paris, en el que escribia los *artículos de modas*, y que aquel mismo dia la habian visto á orillas de la mar que iba á murmurar á sus pies. La marea estaba baja, los frescos alboros matutinos matizaban de un color rosado la húmeda arena abandonada por la mar y que esta debia volver á ocupar.

La mar estaba cubierta de un color verde pálido, escepto en el horizonte en el que presentaba un azul sombrío.

A las orillas se desarrollaba una espuma blanca con una franja de plata en la que jugueteaban infinidad de gaviotas.

Habian visto desde lejos á madama del Mortal escribir; hé aquí lo que escribia:

«Se sigue formando los *volantes* de tafetan; el *organdi* y los *tartanes* son los que estan en boga en la *fashion*, sobre todo cuando se emplean de la *manera distinguida* con que lo hace madama Amanda (calle de Rivoli, 13.) La señora condesa A... llevaba el otro dia una capota de *tul afollado* con un ramillete en el lado izquierdo del *ala*, mientras que su hermana la duquesa de B... llevaba otro de paja de arroz adornado con rabanitos color de rosa. Toda la *sociedad* elegante reconocia la *hechura* de madama Ursula (calle Breda, 5.) Dicha señora llevaba tambien una manteleta de muselina de la India forrada de seda de color de limon, que salia de los almacenes de Mr. Alfredo (rue Vivienne, 14.)»

Al terminar firmando vizcondesa de C..., el vizconde de Morgenstein la habia abordado.

La escritora habia ocultado su papel, y habiéndole dicho el vizconde:

—¡Ah! ¿nos privareis, señora, de los bellos pensamientos que os inspira la mar?

—¿Qué magnífico é imponente espectáculo! exclamó madama del Mortal. Esta agitacion incesante de las olas, ¿no es la fiel y triste imágen de nuestro destino?

La verdad es que el destino de madama del Mortal habia sido en efecto bastante agitado. Hacia ocho años que habia dejado á Mr. del Mortal por un oficial, el cual no habia tardado en tener remordimientos y le habia dejado la facilidad de rescatar su falta comun volviendo á edificar el hogar conyugal con su arrepentimiento y la práctica de virtudes privadas que ella habia descuidado un poco.

Madama del Mortal no hizo nada de esto, pero supo crearse algunos recursos.

En otro tiempo las personas estraviadas, las desanimadas, entraban en un convento; hoy entran en el folletin. §

Si una mujer dá que hablar de ella, si una historia escandalosa la aleja por un momento de la sociedad, de seguro que no iria á llorar su falta y expiarla en un claustro, y no se pasará mucho tiempo sin que se vea su nombre al pié de un folletin de un periódico, en el que pedirá la emancipacion de la mujer.

Por lo demás, madama del Mortal no habia tenido que hacer grandes gastos de invencion para idearse este recurso, pues hacia largo tiempo que su esposo Mr. del Mortal, hombre *gato* y grueso, de cara severa y formidables bigotes, escribia los articulos de modas en un diario bajo el nombre de marqués de M... y trataba semanalmente las cuestiones de *volantes* y de *alas* de sombreros, hablaba de la largura de los

vestidos y de la anchura de los sombreros, según la indicación de las modistas y costureras que le pagaban por citar su nombre y las señas de su casa.

Madama del Mortal se entregó á la misma industria y quitó algunas personas á la clientela de su marido.

El vizconde de Morgenstein era uno de esos ilustres pianistas cuyo arte tiene muchas menos relaciones con la música que con la prestidigitación. No daba sino tres notas menos por minuto que Mr. Enrique Herz, pero era todavía joven y trabajaba mucho, y se creía que llegaría á igualar y aun á superar á su maestro. Llevaba el pelo largo y muy rizado, afectaba un aire melancólico y desesperado, y en su porte había una cosa fatal.

Al verlo, se le suponía fácilmente un hombre abrumado por los asaltos del genio y la maldición divina.

Mr. Breville, que no habría osado pedirle una contradanza, le rogó que tocara alguna cosa en el piano; pero el vizconde rehusó, alegando que estaba estenuado, que hacía cuatro noches que no había cerrado los ojos, y que envidiaba mucho á los que dormían.

Insistieron, él pasó la mano por el teclado, y dijo que el piano no valía nada, y que apenas estaba templado, con lo que cesaron de atormentarle y pasaron á otra cosa.

Cuando se vió abandonado se puso delante del piano y comenzó á preludiar.

El dueño de casa reclamó un poco de silencio, y entonces pareció que el joven músico se despertaba.

—¿Qué hay? exclamó. ¿He tocado el piano? No lo había notado, ni siquiera pensaba en ello... pero supuesto que lo quieren absolutamente... hé aquí



algunas variaciones sobre el último pensamiento de Weber.

Dejó caer los brazos sobre ambos lados de la silla, cerró los ojos, los elevó al cielo raso como pidiendo inspiraciones al cielo, luego levantó las dos manos encima del teclado y á la altura de sus ojos con negligencia.

Entonces, como si de súbito se sintiera inspirado, hirió enérgicamente el teclado con ambas manos, y principió á tocar unas variaciones que habia tocado ya veinte veces despues de haberlas estudiado dos meses con gran desesperacion de sus vecinos, que habian tenido que soportar sus estudios y los pasajes repetidos con inexorable perseverancia.

De vez en cuando, bajando la cabeza sobre el piano, dejaba caer sus cabellos sobre las teclas; luego, levantando de súbito brusca y fieramente la cabeza, los echaba hácia atrás.

Este es un efecto que casi todos ensayan, pero en el que pocos triunfan.

Estos movimientos bruscos y espontáneos son estudiados con gran cuidado.

Hé aqui cómo se hace una variacion para un instrumento cualquiera: se toma un aire de otro músico (nada impide elegirlo lindo), se toca ese aire una vez segun el movimiento fijado por el autor, luego se vuelve á tocar glosándolo, intercalándole toda especie de pegotes de frases mas ó menos musicales.

Los fautores de variaciones derraman en la copa en que hay un vino generoso, agua ó un mal vino, hacen beber esa horrible mezcla, y luego, de vez en cuando, dan á probar el vino puro, es decir, que de cuando en cuando tocan la melodía sin añadirle nada. Cuando acaban, son aplaudidos mucho mas de alegría de que hayan acabado, que á causa del placer que causa oírlos, y si alguno encantado de la melodía así

glosada, pregunta al pianista quién es su autor, este responde atrevida y modestamente á la vez:

—Yo, caballero.

Absolutamente como si el loco se creyese el autor del vaso de Bohemia que él hace pedazos.

El diario de madama del Mortal recibió al mismo tiempo que el artículo de modas que esta señora había escrito á la orilla de la mar, una nota enviada por el pianista á un amigo suyo redactor de aquel. Esta nota, escrita por él mismo, estaba acompañada de un billete concebido en estos términos:

«Haz que se publique esta nota en el primer número. Sería ridiculo hacerme el modesto y no decirte rancamente que he alcanzado un triunfo loco. Tuyo de corazón.»

Hé aquí la nota:

«Tenemos que consignar otro nuevo triunfo alcanzado por Mr. de Morgenstein. Se ha dignado dejarse oír en un salón aristocrático en Dive, en donde ha sido aplaudido con furor por las mas lindas duquesas y la flor de la elegancia. Este artista inmenso no puede ya ser comparado sino á sí mismo: gracia, energía, nobleza, todas las cualidades que la naturaleza avara reparte de ordinario entre los grandes músicos, las reúne él. Todos los circunstantes lo rodeaban solícitos, cuando oprimido bajo las inspiraciones de su génio, encorvando su frente pensativa, se retiró del salón en medio de los mayores aplausos.»

Mr. Breville dió las gracias á Mr. de Morgenstein, quien le dijo:

—Este aire ha tenido un brillante éxito el invierno pasado. La princesa de N... estaba loca por él; la du-

quesa D... me lo hizo repetir tres veces; pero esas gentes de tono me fastidian.

Algunos días después del baile dado por Mr. Breville, Berenice y Pulqueria habían ido á pasearse á lo largo del río de Beuzeval, y sin pensar en ello se sentaron al pié del sauce de Onésimo.

Pulqueria había vuelto poco á poco á ser la hermana de Berenice, y había vuelto á vestir, con toda la discreción necesaria para no chocar con Mr. Malais, todos los trajes sencillos como los que llevaba en su infancia.

Un observador vulgar no habría reconocido fácilmente á la brillante condesa; pero Pulqueria prefería estar confundida con las mujeres y las hijas de los pescadores, á representar á la vista de las gentes el papel de una gran señora arruinada.

—¡Y bien! dijo á Berenice. ¿Con que dentro de cuatro meses? Glam es un honrado jóven que te hará feliz y sabrá apreciar el tesoro que le van á confiar.

—Lo que mas me embaraza, respondió Berenice, es la boda... Glam quiere que se haga una fiesta de boda... y jamás podremos decidir á mis padres á que tomen parte en una reunion de placer. Bien ves que no están mas consolados que el primer día de la pérdida de Onésimo. No se ha dejado el lecto en nuestra casa, no ha vuelto á verse una sonrisa en aquella mesa, en que dos asientos vacíos refieren sin cesar tan tristes historias.

En efecto, desde la marcha de Onésimo, y especialmente desde que se había acreditado el rumor de su muerte, Pelagia servía como en otro tiempo la comida de su marido, su cubierto estaba puesto en la mesa como de costumbre; pero Tranquilo cogía su sopa y se iba á un rincón á comerla. Pelagia y Berenice hacían lo mismo.

Un día dijo Tranquilo á su mujer:

—Pelagia, es preciso que esto concluya. ¿Por qué no coméis á la mesa tú y Berenice?

—Si tú lo quieres, respondió Pelagia, pondré el cubierto como antes y desde mañana comeremos á la mesa.

—Bien puedes ponerlo si gustas, replicó Tranquilo, pero no seré yo el que se sienta á la mesa.

Desde entonces no habian vuelto á hablar de eso, y siguieron comiendo cada uno en su rincon.

—¿Y el señor Malais? preguntó Berenice á Pulqueria.

—Mi tío no es desgraciado; temia yo que le hiciese una triste impresion el ver pasar el palacio á otro dueño; pero, al contrario, se arregla perfectísimamente con ese Mr. Breville, que parece creer con mucha facilidad cuanto mi tío le dice, quizás porque no oye la mitad, y admite sin réplica todas las mentirillas que le encaja para no confesar su ruina ¡ay! de la que yo no puedo hablar sin un dolor respetuoso, porque soy la causa y el origen de ella. ¡Qué desgracia, mi buena Berenice, para ellos y para mí, que mis tíos no me hayan tenido olvidada mas tiempo! De ese modo no habrian perdido su fortuna, yo no habria pasado por tan duras pruebas, y nosotras no nos habriamos separado jamás.

—Entonces te habrias casado con Onésimo, que habria permanecido entre nosotros en lugar de haber muerto desesperado y deshonorado...

Al cabo de un momento de silencio, Berenice continuó:

—El dueño actual del palacio bien necesita ser rico, porque tiene fama de dejarse engañar fácilmente. Se dice por ahí que es el hombre mas crédulo del mundo.

En este momento Mr. de Breville pasó de una orilla

á otra del arroyuelo y saludó á las dos amigas. Preguntó á Berenice noticias de sus padres y de la pesca, luego se informó si el cartero habia pasado ya, y como le respondiese negativamente, saludó de nuevo y bajó á Divo.

Berenice y Pulqueria hablaron tanto tiempo de Onésimo y de su infancia, que Mr. Breville las halló en el mismo sitio una hora mas tarde, al subir á Beuzeval con Epifanio Garandin; pero á la vista de este último, desaparecieron entre los árboles y volvieron á casa de Pelagia por otro camino.

Era evidente que las revelaciones de Epifanio habian producido la fuga, la condena y la muerte de Onésimo, y las dos amigas no podian verle sin horror.

Mr. Breville llevó á Epifanio al palacio, y le dijo:

—El otro día me ha dado usted una muestra de su talento, pero hoy le necesito á usted para otra cosa mas curiosa. Señor Garandin, sepa usted que me ocupo en las ciencias, y si he fijado mi domicilio á orillas de la mar, no lo he hecho sin motivo. Me ocupo en una grande obra sobre las ostras; llevo ya hechas muchas investigaciones, pero aun me quedan muchas mas que hacer. Usted tiene una excelente letra, es usted inteligente y no le creo muy ocupado...

—No, caballero; antes bien tengo necesidad de ocupacion, porque he perdido mucho con la muerte del molinero.

—Varias veces me ha dicho usted ya que habia perdido mucho con la muerte del molinero, y no comprendo bien cómo ha podido ser eso; porque si él debia á usted algun dinero, ha dejado una magnífica fortuna que, aunque en secuestro, puede pagar las deudas de la herencia.

—Caballero, primeramente os diré que yo era al-

guacil. El molinero tenía una especie de banca, y prestaba con preferencia á las personas que sabian no podían pagarle al vencimiento de las obligaciones, lo cual producía *renovaciones é intereses* para él, y *costas* para mí. Además, yo le proporcionaba negocios, y él me daba alguna cosa cuando llevaba alguno para pedirle prestado, y el que se lo pedía me hacía también algun regalo por su parte... Luego, de vez en cuando tenía yo algunos *sombreros*...

—¿Cómo es eso de algunos sombreros?... ¿Le ha dado á usted sombreros el molinero?

—No me los daba él... pero me los daban por su causa... y eso era lo mas granado de mi renta.

—No comprendo nada.

—¿No sois normando, caballero?

—No .. no tengo ese honor.

—Entonces no podeis comprenderme, porque es un término del país.

—¿Qué quiere decir?

—Hé aqui lo que es. Se sabia que yo hacía los negocios de Eloy Alain, y sobre todo se sabia que él era muy rico. Yo tenía cuidado de estar en acceho de las nuevas ventas que se hacían en el país; mis diversos oficios me daban esta facilidad. El dia de la venta me presentaba y manifestaba la intencion de pujar, ya se tratase de una quinta ó de un trozo de bosque, y mi presencia inquietaba á los otros licitadores. Venían á buscarme y me decían:

—Di, Epifanio, ¿piensas comprar eso?

—Muy bien puede suceder.

—Pero no vale gran cosa.

—Por lo mismo no la venderán muy cara.

—Mas de lo que tú crees; porque hay muchos que pujen, y podrá subir mucho el precio.

—Tanto mejor para el vendedor.

—¿Y hasta dónde piensas llegar?

—Ya lo vereis... tienen muchas ganas de comprarla...

—¡Oh! Bien sabemos á quién tienes detrás de tí... Y bien, el que la quiera la ha de pagar cara... Hé ahí lo que es no entenderse... éramos tres á comprarla... nos hemos arreglado... de manera que apenas se cubrirá el precio de la tasacion, y nos repartiremos el beneficio... y hé ahí que vienes tú á descomponerlo todo; pero aun cuando nos haya de costar alguna cosa, si tú la llevas, la has de pagar cara.

—Eso poco me importa... porque no será mi dinero el que la pagará.

—Escucha, Epifanio, ¿quieres un *sombrero*?

—Yo me hacia rogar; decia que no podia, que no habia ningun medio... en fin, todo lo necesario para engrosar el sombrero; y por último me dejaba ganar, aceptaba el sombrero, y cuando llegaba el momento de la subasta, hacia una ó dos pujas insignificantes y abandonaba la empresa, de suerte que, mediante un sombrero, los compradores tenían las cosas casi de balde.

—Pero no me ha explicado usted la palabra *sombrero*.

—Verdad es... Cuando un testador os dá un *diamante* de dos mil francos, el albacea os paga mil francos con los que comprais un diamante. Un *sombrero* viene á ser la misma cosa. Sucede á menudo en Normandia que en las pequeñas apuestas se aventura un sombrero. Cuando se trate de ventas poco importantes y se quiere alejar á un concurrente, se le ofrece un sombrero para que desista, y las mas veces se le paga el sombrero en dinero. Así, *os apuesto un som-*

*brero* significa: os apuesto veinte francos. Y bien, se ha llegado á dar sombreros de mil y quinientos, de diez mil y de cien mil francos, segun la importancia de los negocios.

—Ahora comprendo á usted, dijo Mr. Breville; es lo que en otras partes llaman un *jarro de vino*, y los ladrones un *ramillete*.

Y añadió hablando consigo mismo:

—Los hombres tienen por el dinero el pudor que inspira un amor sério. Así evitan el desiguarlo por su nombre, los pobres se valen de un pronombre y dicen: *no lo tengo, lo debo*, sin osar pronunciar la palabra dinero, que es para ellos una divinidad temible. Los otros dicen: *diamante, jarro de vino, sombrero*: algunos piden *al filerés* para sus mujeres.

—Y se sigue de ahí, señor Epifanio, continuó, que no está usted muy ocupado, y que desea estarlo.

—Si me creyesen ocupado por vos, aun podría ganar algunos sombreros, por un lado ú otro; pero cuando me creen entregado á mis propios recursos, no se cae en el lazo.

—No es en ese sentido como yo cuento emplear á usted; tengo necesidad de usted para un *Ensayo sobre las ostras*.

—Algunas he comido, señor, pero no sé mas de ellas.

—No necesito que usted sepa mas, pues solamente se trata de poner en órden mis investigaciones y copiar las notas que tomo. Por lo demás, señor Garandín, mi *Ensayo sobre las ostras* es una obra seria que será leida en la Academia de las Ciencias, y trabajo lentamente, porque no quiero decir nada que no esté fundado en pruebas. ¿Sabe usted el griego, señor Garandín?

—No, señor; lo he enseñado, pero no lo sé.



—¿Acaso sabrá usted leerlo y escribirlo?

—Sí, señor, lo sé leer y escribir ó casi.

—Es suficiente; pues solo se trata de algunas etimologías; pero, como he dicho á usted, trabajo lentamente; algunas veces dos líneas me cuestan ocho días de investigaciones, y sería preciso que yo le tuviese á usted siempre á mano.

---

## CAPÍTULO XXV.

---

Trascurrido aun otro año sin que ocurriesen grandes cambios en la situación de nuestros personajes. Berenice iba á casarse con el hijo de Pacomio Glam. Este había muerto hacia algunos meses, lo cual había retardado el matrimonio. En cuanto á Mr. Breville, tenía su reputación completamente formada, y esta reputación era la de un hombre perfectamente sordo y un poco tonto, á quien se le puede decir y hacer creer todo.

Desideria era la criada del palacio, y el señor Garandín y su esposa habían acabado por ir á habitar en él.

Epifanio trabajaba enormemente para Mr. Breville, cuyas investigaciones tomaban unas proporciones enteramente formidables, si bien es verdad que un volumen de extractos hecho por maese Epifanio Garandín no daba en resúmen mas que algunas líneas para la obra del nuevo propietario de Beuzeval. Todo indicaba

que esa obra duraria tanto como la vida del autor y la de su secretario.

Desideria por un lado y los Garandin por el otro, pasaban por robar á Mr. Breville desmedidamente.

El verano trajo á los bañistas á Dive, y Mr. Breville dió algunas fiestas. La buena armonia que hasta entonces habia reinado entre Desideria y madama Garandin no pudo durar por mas tiempo. Desideria queria mandar en la casa, y madama Garandin oponia alguna resistencia.

Cuando sobrevenia alguna discusion, Garandin echaba la culpa á su mujer; pero esta acabó por levantar el estandarte de la rebelion y despreció las reprimendas de Epifanio.

Algunas personas hallaban que Mr. Breville no hacia lo que debia para hacer reinar la paz en su casa, pues se diria que todos aquellos cuentos y chismes le divertian mucho, porque escuchaba separadamente las quejas y parecia irritar á los adversarios unos contra otros en lugar de conciliarlos, lo cual afirmaban era una prueba de su pobre espiritu.

Un día hallábase Mr. Breville en su gabinete rodeado de libros y dictando á maese Epifanio, sin dejar de mezclar á sus doctas elucubraciones diálogos muy familiares.

—¿Está usted, maese Garandin?

—Si, señor, estoy.

—Muy bien; escriba usted: «Ostra, en latin *ostreum*. Menage afirma que en francés se decia *oistres*, antes de decir *huitres*.» Seria muy interesante, señor Garandin, poder seguir esta palabra *ostreum*, *oistres*, *huitres*, en sus diversas trasformaciones. Esto será el objeto de investigaciones ulteriores. Me decia usted que habia dado lecciones de griego; sin duda eran lecciones particulares, porque no se enseña el griego en las escuelas comunales.

—Si, señor, durante las vacaciones daba algunas lecciones á un hijo del señor Malais, el antiguo propietario de Beuzeval, pero aquel jóven murió prematuramente.

—¿Era usted todavía maestro cuando la muerte del molinero, muerte de que tanto se ha hablado, y de la que aun se habla de vez en cuando en este pais?

—No, señor; entonces era alguacil.

—Muy bien. Escriba usted: «Durante mucho tiempo, los romanos no comieron ostras sino de la laguna Lucrin; en seguida las sacaron de Brindis y de Tarento; luego, en fin, las únicas estimadas fueron las ostras del Océano atlántico. La ostra es un marisco bivalvo; la concha de la ostra es de una figura casi redonda, ordinariamente espesa, áspera y desigual...» Han dicho que usted habia sido testigo en el asunto.

—¿En qué asunto?

—En el de la muerte del molinero.

—Si, señor.

—Parece que el asesino era hijo de un pescador de aquí.

—Si, señor; era el hijo del Arriesgado.

—Y creo que se ha fugado de la cárcel.

—Si, señor; y dicen que despues ha muerto.

—Me han asegurado que en efecto habia muerto. Me han dado algunos pormenores sobre su muerte cuando compré el palacio de Beuzeval, porque este palacio estaba hipotecado en favor del molinero, y su heredero era ese... ¿Cómo le llama usted?

—¿A quién, señor?

—Al asesino.

—¿Oh! El asesino se llamaba Onésimo Alain.

—Yo creia á usted bien avenido con Desideria, señor Epifanio.

—No creo que nos llevamos mal, señor.

—Pero ella no habla de usted como se habla de un amigo; sobre todo de quien dico mil pestes es de madama Garandin. Ayer he tenido que imponerle silencio; se puso á murmurar, y hallaba muy mal el que la mujer de usted trajese una papalina nueva.

—Desideria está á sus anchuras y anda un poco orgullosa aunque no tiene por qué. Lo que tiene no lo ha robado. El viejo molinero, con quien ha estado mucho tiempo, la hacia llorar mas á menudo de lo regular, porque cuando estaba achispado no habia hombre mas grosero.

—¿Qué me queria decir exclamando: «Madama Garandin traen muy alta la papalina?»

—No sé, señor. Puede ser que la quiera acusar de un poco de vanidad. Una papalina nueva para una mujer de esa clase, porque la mia no vale mucho mas que Desideria, es una corona; así las que la traen andan muy hueccas, y las que la ven muy celosas. Al cabo, no le falta su parte de razon á Desideria. Madama Garandin obedece mucho á sus caprichos, algunas veces olvida que somos unos pobres diablos, y no parece sino la mujer de un negociante; pero yo suelo llamarla al órden de vez en cuando.

—Escriba usted: «Macrobio dice que siempre se servian ostras en la mesa de los pontifices romanos. Apicinus tenia un medio de conservar las ostras que no ha llegado hasta nosotros; las envió de Italia á Persia al emperador Trajano, y á su llegada estaban tan frescas como á la salida. En cuanto á las calidades de las ostras...» Cuénteme usted la historia de ese asesinato...

—No es muy curioso, señor; Onésimo Alain habia hecho un servicio á su tio Eloy, y este se habia acordado de él en su testamento. Dejábale toda su fortuna, pero no le daba un cuarto en vida. Sin embargo, Onésimo se habia habituado á creerse rico, gastaba

mucho y contraia deudas. Parece que un dia, hallándose muy apurado, le pidió dinero; el tío se lo negó, tuvieron una quimera, y vieron á Onésimo fugarse por una ventana, y encontraron á Eloy estrangulado.

—¿Y no han sospechado en algun cómplice?

—Nada indicaba que los tuviese. Además, los cargos contra Onésimo eran suficientes; su fuga fué considerada como una confesion por las personas sensatas. Yo aun sabia algo mas. La familia está mal conmigo porque lo he acusado; pero no es menos cierto que he contribuido mucho á salvarlo.

—¡Ah! ¿Verdaderamente?

—Lo habia conocido desde niño, y me partia el corazon el tener que declarar contra él. En fin, cuando á uno le exigen juramento de *decir la verdad*, preciso es decirlo: yo he dicho lo que sabia; pero cuando se trató de proporcionarle la fuga, lo he conducido hasta una lancha que debia trasportarlo á Inglaterra. Entouces me ha dado las gracias, me ha abrazado y me lo ha confesado todo; solamente que ha insistido en que el molinero le habia acometido el primero. Y eso muy posible es, porque cuando Eloy Alain vivia... no era su fuerte la paciencia; pero esa no era razon para estrangularlo.

—¡Perfectamente razonado!... Por hoy dejemos ahí mi *Ensayo sobre las ostras*.. . . .

. . . . .

«Mr. Breville á Mr. Edmond... en el Jardin de las Plantas, en Paris.

»Sois demasiado avaro de vuestra ciencia, mi querido amigo. No me enviáis nada, y aqui me teneis parado en medio de una frase en mi *Ensayo sobre las*

*ostras...* No perdais un instante en enviarme la continuación. Vuestro afectísimo.

»Siempre á Mr. Breville, en el palacio de Beuzeval, cerca de Dive. . . . . »

—Señora Desideria, dijo una mañana Mr. Breville, venga usted á hacer la cuenta del gasto. ¡Ah! mi querida amiga, añadió, ¿por qué hace tres días que no me pone usted pescado en la comida?

—Por una razon muy sencilla, respondió Desideria, porque los pescadores no han vuelto á la pesca á causa del temporal.

—Es muy singular, mi querida señora. El señor Garandin, á quien, no se lo ocultaré á usted, confié que me privaba usted de pescado, me decía no ha media hora que habian vuelto las lanchas llenas de él.

—El señor Garandin haria bien en mezclarse en lo que le toca.

—Es lo mismo que yo le he dicho cuando vi que queria ir mas lejos... Yo creia que estaban ustedes mas avenidos, madama Desideria.

—¡Cómo, señor! ¿Acaso se ha tomado la libertad de hablar de mi sin respeto?

—Y hoy ¿tiene usted pescado que darme?

—Perdonad, señor; pero daria cuanto hay en el mundo por saber lo que ha dicho de mí ese..

—Si pudiese usted darme un buen lenguado frito...

—¡En nombre del cielo, señor Breville! ¿Qué es lo que os ha dicho?

—Nada que merezca la pena de repetirse, mi querida madama Desideria; tonterias... Lo que ustedes llaman aqui paparruchas.

—Muy bien sienta á semejante alhaja el tomarse la libertad de hablar de mí.

—Cálmese usted, madama Desideria; el señor Garandin no ha dicho nada que pudiese ofender el honor de usted.

—¡Mi honor! ¡Ira de Dios! No se atreveria á hacerlo aunque le fuese en ello la vida; pero no quiero que se tome nunca la libertad de murmurar de mí.

—¡Dios mio! Ahí viene maese Epifanio, mi querida madama Desideria, sea usted prudente, por el amor de Dios. Tengo mucho que hacer afuera, y es preciso que le encargue de hacer á usted la cuenta del gasto. Espero que no irá usted á enfadarse y que no le hablará de nada... Señor Epifanio, hágame usted el obsequio de hacer la cuenta á madama Desideria.

Y Mr. Breville salió del cuarto, en donde dejó á Desideria y Epifanio midiéndose con la vista y aguardando que el amo se alejase para romper las hostilidades.

—Me alegro mucho de encontrar á usted, señor Garandin, dijo Desideria cuando vió cerrada la puerta por donde habia salido Mr. Breville.

—Y yo, señora Desideria, la andaba buscando á usted, replicó Epifanio.

—Preciso es que sea usted muy descarado, señor Garandin.

La conversacion así principiada, prometia ser bastante animada, y es probable que Mr. Breville, á pesar de su sordera, se arregló para oír la continuacion, lo cual justifica singularmente la acusacion que contra él se hacia en el país.

—A Mr. Breville le gustan los chismes, decian, pero no hay ninguno perfecto, y prescindiendo de ese ligero defecto, es el hombre mejor del mundo, el mas dulce y el mas fácil de atrapar que darse pueda. Se le hace pagarle todo muy caro, y eso sin que sea un motivo para no hacérselo pagar á menudo dos veces. Se cogen haces de leña en sus bosques, se llevan los ga-



nados á pacer en sus prados, y aun no ha dicho la menor palabra. Dá funciones, encarga trabajo, y en las ocasiones no sabe negar un socorro á un necesitado. Solamente que quiere saberlo todo; pero al fin, ¿qué importa, si él tiene este placer?... Además, no es él solo quien tiene ese flaco. . . . .

*«Mr. Edmond» á Mr. Breville en el palacio de Beuzeval, cerca de Dive.*

»Mi querido amigo: Me apresuro á enviaros todo cuanto se conoce sobre el molusco á que consagrais vuestros estudios con tanto interés. Todos los tratados sobre la educacion de las ostras no comprenden hasta ahora mas que el arte de engordarlas por medio de una enfermedad que se les procura con una mezcla progresiva de agua dulce. Cualquiera que sea vuestro proyecto, mi querido amigo, pongo á vuestra disposicion lo poco que sé, y aun mas, porque en los diversos tratados que he reunido para vos no solamente se hallan cosas que yo no sé, sino tambien otras de las que no creo una palabra.

»Espero aun, al fin de otoño, ir á ayudaros á comer vuestras protegidas.

»EDMOND\*\*\*»

*«Hubert á Mr. Breville, en el palacio de Beuzeval, cerca de Dive.*

»Mi querido amigo, mi padre: Entrego esta carta á un buque que es ará en Francia antes que yo, pero que solo me precederá sobre un mes. Mi primer viaje como capitán ha escedido todas las esperanzas que los armadores y yo habiamos podido concebir: el navio se ha portado en la mar como un pez, pero este no ha sido tan favorable, pues hemos sufrido una fu-

riosa tempestad que nos ha arrancado todos los palos, y por último nos vimos forzados á abandonar el buque. Puedo decir que no se me puede vituperar en nada, y el testimonio de la tripulacion y los pasajeros ha convencido de ello á los armadores hasta tal punto, que estos me han escrito ya ofreciéndome el mando de otro buque. El que no hemos podido evitar que naufragase estaba asegurado.

»Desde que abandonamos nuestro desgraciado buque, anduvimos errando durante un dia y una noche en nuestra chalupa por el mar enfurecido. He hecho un voto á la Virgen que he prometido cumplir en la iglesia de Dive, y toda mi gente ha prometido lo mismo.

»Apenas hicimos este voto, el cielo, que parecia de plomo, se entreabrió para dejarnos ver como una mancha azul; y habiendo exclamado uno de los marineros: ¡Hé ahí una ventana abierta en el cielo! ¡Dios nos mira y se apiada de nosotros! nos sentimos todos animados de un grau valor y de indecible confianza en la intercesion de la Virgen.

»En efecto, hácia el medio de la segunda jornada encontramos un buque que nos ha recogido y nos volverá muy pronto á Francia.

»¡Qué hermoso dia, mi amado amigo, mi querido bienhechor, será aquel en que, á la cabeza de la tripulacion, cumpla yo en la iglesia de Dive el voto que hice á la Virgen!

»No os digo mas por hoy. Esta carta confiada á un hombre á quien no conozco, podria por circunstancias imprevistas no llegar á vuestro poder ó caer en otras manos.

»¡Adios, mi amado, mi escelente amigo! Hasta muy luego, como espero. ¿Cómo podré pagar jamas todas las bondades que me habeis prodigado? Vuestro de todo corazon.

«Me decís que vá á celebrarse una boda; mucho sentiré no asistir á ella.

HUBERT.

Mr. Breville no respondió mas que estas dos palabras á la carta de Hubert:

«Guárdate de ello.»

Hubert no recibió este billete, que se perdió. . .

—¡Ah! madama Garandin, dijo un dia Mr. Breville á la mujer de su secretario: ¿por qué no se pone usted ya un soberbio collar de oro que le he visto una vez, y que desde entonces no he vuelto á ver? Aquel collar le sentaba á usted admirablemente.

—¡Dios mio! replicó madama Garandin á Mr. Breville, tiene la culpa Epifanio que no quiere que me ponga mis hermosas alhajas. Bien me lo ha dicho el dia que no tuve tiempo de sacarme el collar antes de ir a abriros la puerta. Si yo hiciese caso de él, tendria que andar siempre hecha una andrajosa.

Y mostró á Mr. Breville todo su *cofre*, es decir, su armario, su ropa blanca, sus vestidos, sus alhajas.

—Pero de qué me sirven todos esos *bocados*, dijo suspirando, si no me permiten nunca ponerlos, ni adornarme con ellos ni aun los dias festivos?

—Sin ostentar demasiadas alhajas ni ricas telas, me parece, madama Garandin, que podria usted muy bien mantener su rango, porque al cabo su marido ha sido institutor, y aun alguacil. Hé aquí, por ejemplo, un vestido, que si yo me hallase en lugar de usted, querria sacar al aire de vez en cuando. ¡Un vestido siempre encerrado se marchita, se pasa! Conceibo que en los dias ordinarios, cuando está usted en casa ó en los baños, se vista del modo que le parezca mas cómodo; pero el domingo va usted á misa, ¿por qué se

pone usted solamente una papalina? ¿No llevaba usted sombrero en otro tiempo?

—Si, señor, lo llevaba; pero entonces Epifanio era alguacil, y la mujer de un alguacil debe llevar sombrero; lo llevaba por hacer honor á mi marido y á su profesion. Hoy los tiempos han cambiado mucho, y son muy crueles.

—El señor Epifanio Garandin es mi secretario, y yo no creo, señora, que se tenga por degradado con ese destino. Quizás, si quisiera, podria yo hallar personas que juzgaran lo contrario. Es preciso no rebajarse de su clase, madama Garandin.

El domingo siguiente, madama Garandin no se atrevió enteramente á ponerse el famoso collar, pero se engalanó con el vestido, que segun Mr Breville debía sentarle tan bien, y enarboló su sombrero.

Mr. Breville estaba en el comedor á la ventana, y Desideria se ocupaba en levantar el cubierto del desayuno, cuando madama Garandin salió para ir á misa.

—¡Ah! exclamó Mr. Breville; ahí va madama Garandin, que á fé mía puede vanagloriarse de ir perfectamente vestida. Ese vestido le sienta admirablemente y le dá un aire muy distinguido. Tiene verdaderamente un talle bastante esbelto.

Madama Desideria habia dejado la mesa y se asomó á la ventana.

—¿Con que trae sombrero ordinariamente? preguntó Mr. Breville.

—Bien puede traer todo lo que se le antoje, respondió Desideria. ¡Coge buena fama y échate á dormir! Y sin embargo, ¡no tendria yo mas que decir dos palabras!... ¡Un sombrero, Dios mio!... Lo gastaba en otro tiempo, cuando su marido era alguacil; pero yo esperaba que por su propio interés se habia curado del capricho de echarla de gran señora; parece que me he engañado.

—¿Acaso ha dado que decir madama Garandin? preguntó Mr. Breville. Pero no importa, lo cierto es que vestida de ese modo tiene un aire de señora, y yo no había notado que tiene unos ojos muy lindos.

Los elogios de Mr. Breville acabaron por llevar la exasperación de Desideria á tal colmo, que acabó por despedirse de la casa.

Como tenía de qué vivir, gracias á las liberalidades de su antiguo amo, desapareció súbitamente y no se volvió á hablar de ella.

Acercábase el momento del matrimonio de Berenice con el hijo de Glam, y Pelagia había dicho dulcemente que deseaba que no hubiese fiesta de boda, pues aunque quería la felicidad de su hija y le agradaba mucho aquel matrimonio, decía que no podía tomar parte en ningún placer, y que por otra parte no le sentaría mal un poco de gravedad.

En cuanto á Tranquilo, este dijo con mas gravedad que no quería que hubiese fiesta de boda.

Berenice era del mismo modo de pensar, y solo el novio y sus amigos murmuraban algo, aunque todos conocieron que era preciso respetar el dolor de la familia.

Por último, se decidió que no se hiciese fiesta de boda, y que todo se limitase á las ceremonias de la iglesia.

—La alegría, decía Pelagia, no puede ya ser nuestro huésped. El hijo que causaba nuestra alegría, y quizás también nuestro orgullo, se ha convertido en nuestra desesperación y vergüenza. Para que la alegría venga a sentarse en nuestro hogar, es preciso que este enigma se disfrace y no traiga vestidos de fiesta.

—Si, dijo Pulqueria, el recuerdo de nuestros queridos muertos debe mezclarse á todo. ¿No nos faltaría mas que consolarnos, es decir, verlos morir en nuestro

corazon como han muerto en la tierra. ¡Oh! ¡no! felizmente, uno no se consuela.

Tranquilo quiso que la vispera del matrimonio se dijese en la iglesia una misa por el alma de Onésimo.

Pulqueria fué al cementerio á orar sobre la tumba de su tia y de su hijo.

Cuando salió del cementerio fué á pasear sola á orillas de la mar, que estaba baja y principiaba á subir.

Estuvo largo rato sumida en sus meditaciones, y cuando Berenice, que la andaba buscando la descubrió, estaba trazando sobre la arena, casi sin pensar en ello, con la punta de su menudo pié, algunas letras que una ola de la mar no tardó en borrar, aunque no tan pronto que no pudo Berenice leer el nombre de Onésimo.

—¡Oh, Pulqueria! exclamó. ¿Con que tú piensas en él?

—Sí, respondió Pulqueria. Hace mucho que he vuelto á hallar el corazon de otro tiempo. Además, ¿no se ha sacrificado él por mí? ¿No ha sido toda su vida un largo sacrificio por mí, desde el día en que siendo aun niño, estuvo á punto de morir de frio durante la noche en que nos hallaron perdidos en la mar? No, no es desde hoy cuando me he reprochado la ligereza que me ha hecho desconocer su corazon sublime. Ahora que no es mas que un alma, veo esa alma en toda su hermosura. ¡Todos nosotros no hacemos mas que entristecer tu dia de boda, mi pobre Berenice!

—La seriedad sienta bien á mi dicha, y la tristeza no le sienta tan mal como esa grande alegría que reina de ordinario en las fiestas de matrimonio. Además, despues de todo lo que ha ocurrido en nuestra desgraciada familia, lo que los demás llaman felicidad nosotros no podemos llamarlo mas que consuelo.

La campana *tocaba á muerto*, como se dice en Dive. La familia Alain, en la que debe contarse á Pulqueria, asistió á la misa vestida de luto; el hijo de Glam acompañaba á Berenice, y se les habian juntado algunos otros amigos. La ceremonia tuvo lugar con grande recogimiento.

En el momento en que el sacerdote terminaba el himno *Dies iræ, dies illa*, respondió una voz desde la entrada de la iglesia: ¡*Amen!*

Algunas personas volvieron la cabeza y vieron á un hombre pobremente vestido y extranjero á la parroquia, quien apenas conoció que era objeto de la atención general, salió de la iglesia y desapareció.

---

## CAPÍTULO XXVI.

---

En Dive pasaban otros acontecimientos. El gran pianista Mr. de Morgenstein habia vuelto á hallar en los baños á la señora vizcondesa del Mortal y á su hija, y habian tocado el piano y hecho algunas pequeñas escursiones juntos.

Mr. de Morgenstein habia acabado por confesar la llama que ardia en su corazon; su adorada habia dejado ver alguna sensibilidad, y le habia respondido que se lo dijese á su madre.

La vizcondesa pidió un poco de tiempo para decidirse; pero desde aquel momento, su benevolencia hacia Mr. de Morgenstein se aumentó tan visiblemente, que el matrimonio parecia cosa arreglada, y su existencia habia llegado a ser casi comun. Sin embargo, Mr. de Morgenstein no dejaba de tener algunas inquietudes, y su cielo no estaba precisamente sin nubes.

Un dia estaban acabando su tocado la señorita del



Mortal y su madre, y hablaban sobre un asunto que las traía un poco apuradas.

—Pero, en fin, mamá, decía la hija, ¿cómo hemos de salir del embarazo en que nos pone tu manía de crearte condesa por tu propia autoridad? ¿Qué pensará Adalberto cuando sepa que no somos nobles, y que nos llamamos simplemente señora y señorita del Mortal?

—¿De qué le sirve un nombre que tú debes perder dándole tu mano?

—Me atrevo á esperar, dijo Clara bajando los ojos, que no es solamente lo que él ama en mí; pero su familia, esa familia tan engreída con su blason, de que él no nos habla ya hace algun tiempo, quizás porque teme que la nobleza que tú has inventado no es aun suficiente, ¿sabemos lo que pensará de ese cambio en nuestra posicion social?

—En tu lugar, muy poco caso haria yo de un amor que no supiese triunfar de todo, de ese orgullo de las castas y de la injusticia tiránica de unos grandes, cegados por la vanidad.

—Entonces, ¿para qué engalanarnos con esos titulos que tú desprecias tan soberanamente? Ciertó que si Adalberto, habiéndome conocido siempre como lo que soy, es decir, como la hija de unos padres buenos y honrados, hubiese renunciado a mí por eso, no le habria hecho yo siquiera el honor de echarlo de menos; pero ahora es muy diferente; tiene el derecho de acusarnos de unas tramoyistas.

—Vamos, vamos, ya se arreglará todo.

—¿Y cuando sepa que no tengo dote?

—¿Cómo es eso de que no tienes dote? ¡Pues qué! ¿no son nada unas magnificas galas de boda, un aposento en mi casa y la mesa para los dos esposos? ¿No son nada mis relaciones? ¿Cos que crees que el hombre que te ama tenga el alma tan interesada?

—No, mamá, no, Adalberto tiene un corazon muy

elevado; pero ¿no ha debido su familia concebir mayores esperanzas acerca de su acomodo? ¿Y si prescinde del defecto de nobleza, no exigirá una recompensa en dinero? Es indispensable hablar claro á Adalberto, pues cada dia que pasa se hace mas difícil esa confesion, y yo estoy cada vez mas avergonzada de no haberla hecho ya.

En aqueso momento les trajeron una carta de parte de Mr. de Morgenstein.

Madama del Mortal se apresuró á abrirla, y contenia estas palabras:

«Señora condesa, y vos, idolatrada Clara:

»No puedo aguardar mas tiempo para haceros una confesion necesaria; pero no sufriré la vergüenza de ella. Voy á acabar con el mas cruel destino. La muerte vá á poner término á una vida sin brillo. Si, el cielo, que me habia dado la aristocracia del alma y... ¿me atreveré á decirlo? la del talento, me ha hecho nacer, por un odioso y cruel sarcasmo, en una clase de que me alejan mis gustos y mi organizacion.. ¡Yo no soy noble! ó al menos no lo soy mas que por los sentimientos. ¿Por qué no puedo conquistar en los campos de batalla una corona de duque y ponerla á vuestros pies? Pero, ¿qué hacer en estos tiempos prosáicos, sino elevarse por los dones de la naturaleza, hacerse conde por el talento y principe por el génio? ¡Se acabó! No quiero esponerme á los desprecios de una raza orgullosa. Mientras leéis esta carta, estoy cargando las pistolas, y, como Werther, abandono esta vida estrecha para mi alma.

»¡Adios, señora vizcondesa! ¡Adios, Clara, adios!»

—¡Oh, Dios mio! ¡Corramos, mamá! exclamó la jóven: ¡salvémosle, si aun es tiempo!

—Es perfectamente tiempo, respondió con frialdad

madama del Mortal. Todo eso quiere decir simplemente que Mr. de Morgenstein no se llama Mr. de Morgenstein, y que no es noble mas que á su manera.

—¡Y bien! mamá, tanto mejor, pero corramos.

—¿En seguida?

—¿Y si fuese tarde?

—No lo será. Solamente me pregunto si este matrimonio puede ya convenirme.

—¡Ah! mamá, ¿no seríamos indulgentes con una superchería de que nosotras mismas somos culpables?

—Eso no es una razon; pero aun se puede hacer algo de ese jóven, porque no carece de travesura, y se le podrá hacer proteger en los periódicos, como decia un hombre muy habil de estos tiempos: «Hacedlo anunciar mucho y lo vendereis inmensamente.»

—Pero, mamá, ¡por piedad! Aun cuando hubiese de perderme, yo corro á su cuarto.

—¡Pobre muchacho! No le dejarás siquiera tiempo para cargar sus pistolas. Vamos, déjame hablar, ó todo queda roto.

Clara precedió á su madre corriendo. No habia mas que un pasadizo que atravesar; llamó con violencia, y una voz débil respondió:

—Entrad.

En este intermedio madama del Mortal se habia reunido á su hija, y fué ella quien abrió la puerta diciendo:

—¡Ah! La llave está en la cerradura; el aparato teatral es mediano.

Hallaron á Adalberto en pié con dos pistolas en la mano.

—¡Adalberto! exclamó la señorita del Mortal, ¿qué ibais á hacer?

—¡Infelizmente jóven! dijo madama del Mortal. Felizmente que no llegamos tarde. Renunciad á ese fatal proyecto; mi hija es vuestra.

Adalberto se precipitó á una mano de madama del Mortal y la cubió de besos; al levantarse sacudió su cabellera hácia atrás, absolutamente como cuando tocaba el piano.

—¡Qué palido está! exclamó madama del Mortal.

Y Adalberto, muy admirado de estar pálido, hacia toda especie de maniobras para verse en un espejo.

—Déjanos, Clara, añadió la vizecondesa, que voy á dar un pequeño paseo y hablar con él.

Clara salió, cambiando una larga mirada con monsieur de Morgenstein.

Madama del Mortal tomó el brazo de Adalberto y salió con él á las orillas del mar.

—¡Vaya una terrible desgracia! ¿Con que queriais suicidaros porque no sois noble? Las virtudes que uno adquiere por si mismo, ¿no valen tanto como las que han tenido nuestros antepasados? ¿Crecis que mi hija se contentaria con la prueba de que en tiempo de Felipe el Hermoso ha habido un Morgenstein muy amable y muy bien hecho? ¿que no prefiere que vos mismo seais tal cual sois? El corazon no es tan bestia como se dice, y á menudo tiene razon. ¿Qué importa un *de* delante de un nombre? ¿Con que estas dos letras tienen un encanto enérgico que hace á un hombre mas bello, mas noble y mas generoso? Decid, Adalberto.

—Es una preocupacion tonta y ridicula, replicó Adalberto.

—¿No sois noble por el talento y el génio, noble por el corazon y por el alma?

—Así lo creo, madama.

—¿Crecis que el *de* aumente muchos encantos á mi hija? ¿Es á un *de* al que debe su cútis de camelia, sus cabellos suaves y espesos, su talle delicado y esbelto?

—¡Oh! no.

—Y á vos mismo, ¿qué es lo que os daría el *do*? ¿Tendrias mas númen, mas rapídez? ¿Acaso os amaba Clara por esas dos letras? ¿Acaso vos amais á Clara por esa sílaba?

—No, madama, y para probarlo quisiera haber nacido sobre un trono y que Clara fuese una pastora.

—Adalberto, hé ahí la verdadera nobleza; esta consiste en los buenos sentimientos. Y bien; veamos, ¿qué pensaríais de vos mismo si lo que acabais de decir llegara á realizarse? ¿Si vos, nacido sobre un trono, rehusáseis la mano de Clara, simple hija del campo?

—¡Ah! madama, sería el mas indigno de los hombres. Os lo repito, quisiera que Clara no tuviese título alguno ni nacimiento.

—Entonces alegráos, porque Clara no es mas noble que vos.

—Hablais así por probarme.

—No, á fé mia... Mi marido fué quien tomó ese título que, á mis ojos, no merecía siquiera el honor de que lo abandonásemos. Además, eso destumbra á los imbéciles. A los filósofos y á las gentes distinguidas se muestra por qué es uno verdaderamente noble; al vulgo se contenta uno con arrojarle un título.

—Pero, madama... es que yo no soy mas rico que noble.

—Y eso, qué importa?

—¡Ah! madama...

—Si no sois rico, lo sereis. Vamos, Adalberto; bastante tiempo hemos estado representando una comedia. Voy á hablaros francamente, y dejáos de continuar vuestro papel conmigo, pues no sois bastante fuerte para engañarme un solo instante hallándonos en el punto en que ahora nos hallamos. Nosotros no somos mas ricos que vos; pero yo ejerzo una industria que me dá una posición y me permite á la vez vivir en la gran sociedad: escribo en ciertos diarios de una ma-

nera productiva. Vos tenéis lo que se llama talento, ó cuando menos pasáis por tenerlo y esto basta. Casi todos los que hoy alcanzan mayores triunfos y ganan mas dinero, no saben ni hacen mas que vos. El mundo y sobre todo las mujeres os amarán mucho mas por el talento que os hallen que por el que tengais en realidad. No sois músico; pulsais con mucha presteza las teclas blancas y negras de un piano; os tomáis aires de inspirado repitiendo un pasaje por la centésima vez, cosa por otra parte puramente mecánica y que la inspiración os haria enteramente imposible. Vuestras maneras desoladas son una imitación; pero no está mal imitado, y eso siempre tiene éxito.

—Madama...

—Aguardad un poco. Frecuente cierta sociedad; dispongo de los diarios á que habeis recurrido en alguna ocasion; ganaremos dinero en abundancia, y viviremos muy dichosos los tres. Afuera seguiréis representando vuestro papel, como yo el mio. ¿Quién es el que no representa un papel? Por ejemplo, vuestro suicidio ha estado muy mal representado. Si alguna vez volvéis á dar su segunda representacion, haré la critica de la primera, y desempeñareis mejor la segunda. Yo no recibo vuestro suicidio sino con promesa de correccion.

—O juro, madama.

—No jureis; dejaré á Clara creer en el suicidio. Seamos amigos: yo haré de vos algo de provecho; pero dejémonos de comedias. Si me engañáseis, no seria por mucho tiempo, y entonces no podria seros buena para nada. Decidme la verdad, cualquiera que sea, y yo sabré sacar partido de ella.

Esa verdad fácil es de adivinar: era que el origen de Mr. de Morgenstein era de los mas humildes, y que el ilustre pianista tenia por padre á un oscuro obrero.

Madama del Mortal no quiso saber mas, y esa confesion termino la conferencia.. . . .

*«Mr. Elmond... á Mr. Breville en el palacio de Beuzeval, cerca de Dive.»*

»Estoy en camino para Beuzeval, mi querido amigo, pero os llevo un huésped bien desapacible. Me ha sucedido la aventura mas deplorable que se puede imaginar.

»Habia ido á Lisseux á ver unos amigos, y estos me han hecho conducir hasta Honfleur, en donde he dormido. Por la mañana salia un carruaje para Trouville. Estaba yo desnudo y para meterme en la cama, cuando el mozo de la posada vino á decirme que me rogaban enviase mi maleta por la noche para cargarla de antemano, porque el carruaje salia á las cinco de la madrugada.

»Yo estaba fatigado y tenia mucho sueño; sin embargo, hice lo que me exigian.

»El mozo tomó la maleta, y yo me dormí profundamente hasta las cuatro y media. Vinieron á despertarme para la marcha; lavéme apresuradamente; quise irme, pero mis vestidos habian desaparecido. Llamo al mozo y me dice:

—»Voy á buscar su ropa, señor. Sin duda la habrán llevado al cuarto en donde cepillan todo lo de la posada.

»Diez minutos despues volvió á decirme que no habia hallado mi ropa.

»Le envié á la administracion de diligencias para hacer que el carruaje aguardara alli, y entre tanto me puse á registrar con el posadero debajo de la cama, en los cajones, por todas partes.

«Al cabo de un buen rato volvió el criado y me dijo:

—»El carruaje ha marchado ya: lo he detenido cerca de diez minutos, pero por último tuve que dejarlo marchar.

—»¡Dios mío! exclamé entonces. Ya sé en dónde está mi vestido.

—»¿En dónde, señor?

—»Ayer noche me sentía muy cansado y muerto de sueño; me mandaron hacer mi maleta, y he plegado perfectamente y metido dentro el pantalón y el frac que acababa de sacarme. ¿Cuándo sale un nuevo carruaje?

—»Mañana por la mañana, señor.

—»Será un día de retraso; pero bien se puede pasar un día en Honfleur .. Súbame usted la maleta, que voy a vestirme.

—»Pero, señor, si vuestra maleta está en camino.

—»¿Cómo! ¿En camino, dice usted?

—»Sin duda, vuestro asiento estaba retenido, y tenéis que pagarlo al carruajero, el cual ha dicho que ya os entregarían la maleta en Trouville por el precio de vuestro asiento.

—»¡Imbécil!

—»Perdonad, señor; el carruajero tiene razón, pues no es justo que pierda el precio de vuestro asiento, que sin duda habría dado á otro si no os lo hubiese reservado.

—»¡Bien me ocupo yo ahora de eso! Toda mi ropa está en mi maleta, y usted la ha enviado á Trouville, de manera que me encuentre en camisa hasta mañana por la mañana.

—»Es muy desagradable, pero no es culpa mía.

«Entonces monté en tal cólera, que eché á rodar las sillas y despedacé una jarra de agua. El posadero acabó por decirme:



—»Caballero, mi casa es una posada honrada, en la que no se hace en seis meses el ruido que estais haciendo en esta media hora.

»Me hallaba fuera de mí, y prorumpi en invectivas. El posadero me dijo:

—»Caballero, haecedme el obsequio de desembarazar mi casa de un huésped tan alborotador é incómodo, y eso en el acto, porque de lo contrario voy á llamar la guardia para que os haga salir.

—»Pero, grandísimo majadero, ¿cómo quiere usted que salga en este estado? Mi cartera está en el bolsillo de mi frae, mi bolsillo en el del pantalón, y ambos en el camino de Trouville.

—»Entonces, caballero, ¿cómo vais á pagarme?

»Yo me acordé de vos, pregunté si habia salido el correo, y me respondió que no pasaba hasta las dos, por lo que me puse á escribir esta mientras tanto, mi querido amigo. Esta carta llegará esta noche á Trouville, y no la recibireis en Beuzeval hasta mañana por la mañana. Enviadme pronto un hombre con dinero, vestidos y un carruaje.

»Vuestro apasionado.

»EDMOND'''»

. . . . .  
Mr. Breville se puso en camino inmediatamente para ir al socorro de su amigo.

---

## CAPÍTULO XXVII.

---

Berenice, cuyo matrimonio debia celebrarse á la mañana siguiente, se paseaba desde que se habia puesto el sol hasta la noche con el hijo de Pacomio Glaam á orillas de la mar, hablando ambos del porvenir.

—Mi padre, decia Glam, ha juntado algun dinero; es ya viejo, y me cederá su lancha, reservándose una parte en la pesca. En cuanto á usted, Berenice, dejará usted la blonda, porque bastante tendrá con recomponer las redes, y ademas tendrá usted que seguir ayudando á su madre en sus faenas, pues sus padres no son ya jóvenes, y lejos de privarlos de una hija tan buena, quiero reemplazar á su lado al hijo que han perdido. ¡Pobre Onésimo! He rogado por él esta mañana con el mayor fervor. Nuestro primer hijo se llamará Onésimo.

Berenice se puso muy sonrosada y rogó á su novio que volviesen á casa. Además, el tiempo anunciaba

una tempestad; los árboles se estremecían sin que hiciese viento; y luego venían ráfagas súbitas que doblaban los álamos hasta el suelo, y volvían á caer en una calma pesada. Algunos relampagos, de un blanco azulado unos y otros de un cárdeno pálido, desgarraban la bóveda negra y sombría que formaban espesas nubes; á los relampagos sucedían los truenos, tan pronto con una detonacion sorda como con un agudo estrépito.

Entre los truenos oíase el canto de las currucas, que estendían sus alas para recibir la lluvia que iba á caer.

Pulqueria, seguida de Mopse, habia subido á la ribera de Beuzeval y se habia sentado bajo el sauce de Onésimo, meciéndose en los sueños que hacían cruzar por delante de ella los fantasmas de sus dias pasados; pero muy luego, viendo ya casi entrada la noche, se dispuso á volver á Dive, desde donde contaba que alguno del pueblo la condujese á Cabourg. Si embargo, quiso pasar por Beuzeval, en donde tan completamente habia cambiado su existencia.

Ya estaba solamente á algunos pasos del palacio, cuando encontró á Epifanio que iba á entrar.

Mopse gruñó enseñando sus blancos y agudos dientes.

Epifanio saludó á Pulqueria y le ofreció acompañarla hasta Dive ó hasta Cabourg, si tenia miedo.

—Gracias, le respondió Pulqueria; ya veis, continuó señalando á Mopse que con el pelo erizado seguía gruñendo á Epifanio, que en caso necesario tendria un buen defensor.

—¿Qué es lo que veo? preguntó Garandín. ¿No anda allí alguno rondando el palacio?

Y diciendo esto se adelantó en el momento en que un extranjero acababa de llamar á la puerta, que fué abierta por una mujer.

—¿Está en casa Mr. de Breville? preguntó el extranjero.

—Está de viaje, caballero.

—¿Por mucho tiempo?

—Sin duda volverá esta noche, y sino vendrá mañana por la mañana sin falta.

—Entonces no podré verlo. Tenga usted la bondad de decirle que ha estado aquí Mr. Hubert y que no pudiendo aguardarlo ha vuelto á marchar en seguida.

Mopse habia vuelto á gruñir con mas fuerza; luego, de súbito, á pesar de los esfuerzos de Pulqueria que lo llamaba, se lanzó sobre el extranjero; pero en lugar de morderlo ó desgarrarle la ropa, saltó sobre él, lamiendo sus manos y sus vestidos, se arrolló por tierra gimiendo, en seguida comenzó de nuevo sus brincos, corriendo alrededor de él y saltando bastante alto para lamerle la cara.

—¡Mopse! ¡Mopse! gritó el desconocido.

Y cogió al perro entre sus brazos y lo cubrió de caricias.

Epifanio se adelantó, y dijo:

—¿Ha preguntado usted por Mr. Breville?

—¿Es usted de casa?

—Sí, señor.

—Pues bien, ya he dejado mi nombre.

—¿Mr. Hubert?

—Sí, señor.

—Escucha, Onésimo, si tratas de disfrazar tu nombre y tu voz por mi causa, no adelantarás nada, pues te reconozco perfectamente... ¿Qué vienes á hacer aquí, desventurado Onésimo?

Pulqueria se habia aproximado creyendo oír el nombre de Onésimo y sorprendida ya de la alegría del perro; pero cuando oyó á Gerandin nombrar á Onésimo por la segunda vez, lanzó un grito y cayó de rodillas.

—¡Pulqueria! exclamó Onésimo.

—¿Eres tú, Onésimo, a quien creíamos muerto?

—Este no es el momento de hablar, dijo Epifanio; si saben que Onésimo está aquí; es perdido.

—Y no tardarán en saberlo por ti, cobarde y traidor; pero aun no ha llegado el momento de arreglar nuestras cuentas; solamente te digo que desaparezcas en el acto.

Y diciendo esto, Onésimo llevó la mano al puñal de marino que traía en la cintura. Epifanio se había alejado ya.

—Querida Pulqueria, repuso Onésimo, no es solamente el miedo el que hace huir á Epifanio; además, aun no ha llegado el tiempo en que quiero estar en medio de vosotros; pero no he podido resistir al deseo de veros de lejos ayer en la iglesia. ¿Por quién traiais todos luto? Yo no he sabido la muerte de ninguno.

—Onésimo, era un servicio que celebrábamos ayer por el descanso de tu alma.

—Adorada Pulqueria, mi único pensamiento, todo lo que yo amo en el mundo, ¿con que has adoptado á mi Mopse?

—¿Estás en seguridad, Onésimo?

—¡Yo! Nada de eso.

—¡Entonces, huye, desgraciado!

—Necesito ver á alguno que no estará aquí hasta mañana.

—Pero, ¿y si Epifanio te descubre... cómo es posible?

—No solo es posible sino seguro. Por eso mismo no queria que nadie me reconociese, y preferia que todos me creyesen muerto; tal vez será preciso que mis amigos me pierdan otra vez.

—¿Y ese horrible acontecimiento?...

—Pulqueria, soy inocente; pero á pesar de eso estoy condenado á muerte.

—¡Cómo has cambiado, Onésimo!

—Desde que no nos hemos visto he estudiado y trabajado; pero... mira, preferiría que no nos hubiésemos encontrado. ¡Adios! No hables de mi a nadie, ni á Berenice, á no ser que suceda alguna desgracia; porque si me descubren y me prenden, demasiado oiréis de mí. Estate segura de una cosa, Pulqueria; mi vida entera te pertenece, y suceda lo que suceda será tuya hasta la muerte... mi último suspiro será por tí... ¡adios!

Y Onésimo desapareció por entre los sauces y los otros árboles de la ribera.

Mopse queria seguirlo, pero Onésimo le hizo retirarse.

Pulqueria no osó entrar en Dive, en donde debia ocultar un secreto tan importante, y en donde fácilmente habrian notado su emocion; por consiguiente se fué en derechura á Cabourg y halló á su tío acostado hacia largo rato.

Era cerca de media noche cuando Mr. Breville llegó á Beuzeval con su amigo Edmond. Este último era un hombre de una obesidad poco comun; no habria podido ponerse ningun vestido de Mr. Breville, quien por lo mismo creyó inútil llevarselo, y solo se proveyó de dinero.

Llamaron á un prendero, y costó mucho trabajo hallar lo que se necesitaba para poner en estado de salir de la posada á Mr. Edmond, cuyas desmesuradas proporciones no habian sido previstas por los sastres.

Durante el curso de estas investigaciones, Mr. Breville preguntó con afan el precio de una levita que estaba mezclada con las demás piezas que le mostraban, la pagó sin replicar é hizo muchas preguntas al prendero.

El carruaje que conducía á Mr. Breville y Mr. Edmond se hallaba á algunos pasos del palacio, cuando un hombre paró bruscamente el caballo. Al mismo tiempo gritó una voz:

—Soy yo, Hubert.

—¡Desdichado! ¡imprudente! ¿Le ha visto a usted alguno?

—Sí, me ha visto Epifanio.

—¡Diablo!

—Y todo me hace creer que ha tomado ya sus medidas para que me prendan. Así, á no haberos encontrado esta noche me hubiera marchado antes de amanecer.

—Es menester que entre usted en el palacio, y luego veremos lo que se debe hacer. Cuando vea usted una luz fuera de la puerta del salon, entre usted por la puerta del jardin, en donde yo lo aguardaré.

—Está muy bien.

Trascorrió á lo menos media hora; luego se dejó ver la luz, y Onésimo fué recibido á la puerta del Jardin por Mr. Breville, que lo abrazó con ternura.

—Estoy muy enfadado con usted, Onésimo. ¿Cómo, á pesar de mi prohibicion? ..

—No podia aguardar por mas tiempo...

—Es usted un loco... Epifanio ha ido á dar aviso á los gendarmes, y ya está de vuelta.

—Ya me lo sospechaba.

—Me ha hablado del encuentro de usted, y me ha dicho que lo que hacia era en interés de usted y de su familia; que primero le habia aconsejado á usted que se escapase, que no habia querido escucharlo, y que entonces para salvarlo contra su misma voluntad, habia ido á dar aviso á los gendarmes, pero que las noticias que les habia dado debian hacerlos pasarse inútilmente mañana durante toda la mañana. Ha creido que, viendo el peligro tan inminente, se decidiria usted

sin duda á huir. Hé aquí en qué órden ha indicado al brigadier de gendarmería las pesquisas que debían hacerse: primeramente aquí, en donde está bien seguro de que no hallarán á usted, luego en casa de sus padres, despues en Cabourg, en casa de Malais; en fin, en casa de Glam cuyo hijo vá á casarse con Berenice. Cree, dice él, que estas inútiles pesquisas le darán á usted mas que el tiempo necesario para evadirse y ponerse á salvo.

—¡Cuánta traicion encierran esas precauciones!

—No la que usted cree. Epifanio en realidad prefiere verlo á usted salvo á verlo preso: los gendarmes vendrán aquí al rayar el día. Cene usted y duerma, y ya hablaremos durante la cena.

Eran apenas las seis de la mañana, y Berenice se despertaba feliz desposada.

Pulqueria habia venido á ayudarla á engalanarse.

De súbito entró el hijo de Glam con la noticia de que Onésimo no habia muerto, que lo habian visto en el pueblo, y que habia sido preso por los gendarmes en el momento de fugarse por encima de las paredes de Beuzeval.

Esta noticia entregó á todos á las impresiones mas diversas y aun mas opuestas. Onésimo vivia, pero sin duda no vivia mas que para sufrir una muerte infame.

Ya no se habló mas de matrimonio por aquel día, y Pulqueria entonces pudo decir que habia encontrado á Onésimo la vispera. Todo el mundo acarició á Mopse, que tan bien habia reconocido á su amo, y Pelagia exclamó:

—¡Oh! ¡Si al menos lo hubiese yo abrazado y estrechado contra mi corazón!

Observaron con asombro que los gendarmes, despues de haber conducido á Onésimo á la cárcel de Caen, volvieron á Beuzeval y no se separaron de allí durante



algunos días. Maese Epifanio Garandin y su mujer, igualmente que la criada del molinero, no tardaron en ser citados; pero como hemos dicho, Desideria habia abandonado el pais sin dejar ninguna huella.

Mr. de Breville fué muchas veces á Caen. Cuando se fijó el dia para la vista de la causa, preguntó á Tranquilo Alain y á Pelagia si querian asistir á ella; estos vacilaron largo tiempo, pero recibieron una citacion como testigos, en virtud del poder discrecional del presidente. Mr. Malais, igualmente citado, llevó consigo á su sobrina Pulqueria.

---

## CAPÍTULO XXVIII.

---

Llegado el día de la vista de la causa (pocas de nuestras personas habían dormido durante la noche), los testigos se presentaron en el tribunal. Berenice y Pulqueria se mantenían separadas con Pelagia, y todas tres estaban pálidas y casi sin poder articular una palabra. Mr. Malais, Tranquilo Alain, Epifanio y su mujer estaban en el banco de los testigos: los jueces no tardaron en ocupar sus puestos, y el presidente ordenó en seguida que trajesen al acusado. Entonces apareció Onésimo entre dos gendarmes y se sentó en el banco de los acusados. Al verlo las tres mujeres, prorrumpieron en un llanto silencioso. Tranquilo Alain evitó el mirar del lado de su hijo; su tristeza estaba mezclada de severidad.

Leyóse la lista de los testigos, y todos respondieron menos Desideria, la criada del molinero, cuya residencia no se había podido descubrir, y Mr. Breville, cuya ausencia no se podía explicar.

El presidente anunció que estaban abiertos los debates. Habiendo respondido el acusado á las preguntas de estilo, que era marino y capitán mercante, le interrumpió el procurador del rey y le dijo:

—El prevenido no tenía ese título cuando el sumario que precedió á su evasión: ¿es real ese título?

—Señores, respondió Onésimo, me he fugado porque, aunque inocente, veía acumuladas contra mi algunas presunciones que habrían podido engañar la sabiduría de los jueces. Esperaba que la casualidad ó mas bien la Providencia suministraría alguna prueba de mi inocencia que yo mismo habría venido á presentar al tribunal. Entre tanto, bajo el falso nombre de Hubert, he trabajado, me he recibido de capitán é hice un viaje á las Indias. Hè aquí los papeles que lo acreditan.

El procurador del rey, dando entonces lectura del acta de acusación, comenzó por recordar la muerte del molinero, que evidentemente había perdido la vida defendiendo su tesoro.

«La justicia, continuó, se vió un momento embarazada. Un solo hombre había entrado durante la noche en casa de Eloy Alain; pero ese hombre era su sobrino; ese hombre era su heredero, como lo prueba su testamento, y él lo sabía, como no solamente lo han acreditado muchos testigos, sino también las mismas confesiones del heredero. La desconfianza de la justicia retrocedía ante un crimen tan odioso, cuando las revelaciones de un testigo ocular le obligaron á creer una perversidad afortunadamente poco común. Un personaje unido á esa familia por vínculos de interés y de amistad, el llamado Epifanio Garandin, que siendo maestro de escuela, había enseñado al acusado, dijo que, vencido por la fuerza de la verdad y por el horror del delito, venía á revelar á los magistrados un espantoso crimen.

»Algunas horas antes de la perpetracion de este, el declarante habia dejado á Eloy Alain que salia en perfecta salud para un corto viaje. Onésimo Alain, marino refractario, oculto en el pais, se habia introducido en casa de su tio, y poco tiempo despues se le ha visto escapar por una ventana.

»A la mañana siguiente habian encontrado muerto al molinero, que habia vuelto á casa en la misma noche en vez de volver en la mañana siguiente como se debia esperar.

»El acusado, que en aquella misma noche habia dejado el pais, fué preso en medio de un banquete de marineros, en el Havre, y conducido á la carcel. Allí, en el sumario, confesó que despues de haber agotado todas las súplicas á fin de obtener algun plazo en favor de un deudor del molinero, que era amigo suyo, habia creído poder coger á su tio, cuyo heredero le constaba ser, una suma que debia volver á su poder algunas horas despues, puesto que debia servir para que el deudor apurado le pagase.

»En efecto, se habia introducido en el cuarto de molinero durante la ausencia de este, y habia abierto un escondite en donde sabia que habia sumas importantes.

»En el momento en que acababa de coger el dinero que necesitaba, habia oido ruido, y mirando por el agujero de la cerradura, habia visto un ojo que desde la parte opuesta observaba todos sus movimientos. Asustado, se escapó y no supo nada de la muerte de su tio hasta mucho tiempo despues, cuando lo prendieron en el Havre.

»Habia enterrado en efecto la suma al pié de un árbol, á donde las personas para quienes estaba destinado aquel dinero fueron invitadas por una carta á ir á buscarlo; pero estas se apresuraron á entregar á la justicia el resultado de un crimen, del que no pue-

de recaer sobre ellas la mas leve sospecha de complicidad.

»Este descargo estaba destituido de verosimilitud la mas vulgar.

»El prevenido confesaba todas las cosas probadas materialmente, y negaba las otras. El ministerio fiscal creyó debía pasar al prevenido ante el tribunal de *Assises*; pero cuando llegó el día de la vista de la causa, Onésimo Alain se había evadido, y no ha vuelto á aparecer en el país hasta hace algunos días, arrastrado por su imprudencia, por su confianza en una impunidad demasiado larga, ó mas bien por un decreto de la Providencia, que si alguna vez deja impunes los mayores crímenes, es solo para castigarlos despues mas ejemplarmente.

»Onésimo Alain, actualmente en poder de la justicia, es llamado á defenderse; pero las pruebas contra él acumuladas no dejan mucha esperanza de que lo haga con buen éxito.»

Esta esposicion del estado de la causa fué seguida de la acusacion del ministerio público, que demostró la espantosa ingratitud de Onésimo, el cual, colmado de beneficios por su tío, lo habia asesinado cobardemente en la impaciencia que le causaba la espera de sucesion.

Felicitó á Epifanio Garandin, quien, lleno de horror á la vista de tamaño crimen, habia sofocado en su honrado corazon una antigua amistad y no habia vacilado en facilitar á la justicia el cumplimiento de sus rigurosos deberes.

Por último terminó pidiendo contra Onésimo la aplicacion de los artículos 296, 297 y 302 del Código penal.

El presidente preguntó á Onésimo si tenia algo que decir en su defensa y si habia elegido defensor.

Un hombre grande y seco se adelantó entonces

por entre el auditorio, llegó hasta el pié del tribunal y dijo:

—Señor presidente, testigo citado, pido, por consentimiento del acusado, se me permita encargarme de su defensa ante los señores jurados y los señores jueces.

—Acusado, dijo el presidente, ¿tomais al testigo aquí presente por vuestro defensor?

—Sí, señor.

—¿Cómo os llamais? preguntó el presidente al testigo.

—Hector Eugenio, conde de Sievenn.

Los habitantes de Dive y de Beuzeval se miraron entre sí con admiración, porque el presidente había hablado bastante bajo y Mr. Breville, que entonces se llamaba el conde de Sievenn, había respondido al instante, siendo así que muchas veces apenas parecía oír las voces más fuertes y estridentes.

—El testigo, dijo el procurador del rey, solo está citado con el nombre de Mr. Breville.

—Poned Breville, si gustais, pues es indiferente. Sin embargo, aquí teneis los papeles que acreditan mi identidad.

—¡Calla! ¡Con que no es sordo! murmuró Epifanio.

—Es una transformación singular, dijo Mr. Malais. Aunque no me disgusta que el actual propietario de Beuzeval sea un hombre de distinción; ya me lo había sospechado.

—¿Puedo tomar la palabra?

—Hablad, caballero.

—Señores jurados y señores jueces: hallábame yo en el muelle del Havre en el momento en que un buque iba á naufragar. Era tan espantoso el peligro, que los más arrojados pilotos no querían salir á la mar. Presentóse Onésimo Alain, y su ejemplo alentó á los otros marineros. El furor de la mar fué vencido, y seis

hombres fueron arraucados á una muerte segura. A la mañana siguiente, en medio de un banquete á que me hicieron el honor de admitirme, fué preso Onésimo Alain como culpable de un asesinato cometido en la persona de su pariente y bienhechor con la intencion de robarle. Yo que habia visto su adhesion hácia unos desconocidos, que habia visto tambien con qué airo me habia rechazado cuando tuve la tontería de ofrecerle dinero por su generosa accion, hallé la acusacion inverosimil y absurda. No abandoné á este hombre tan valiente como generoso, y no tardé en saber que hacia algunos años habia espuesto su vida por salvar la de ese pariente á quien le acusaban de haber asesinado cobardemente. Sin embargo, reunianse contra él presunciones abrumantes; acumulábanse circunstancias que tenian singular semejanza con las pruebas. Me informé, vi que Onesimo iba á ser condenado; pero perdonadme mi audacia, señores, creí que la justicia se equivocaba y que iba á cometer uno de esos muy raros pero muy deplorables errores que han salpicado su armiño de algunas gotas de sangre inocente. Yo no tenia nada que responder á la acusacion, pero una voz elocuente me decia en el corazon: «este hombre es inocente.» Facilité su evasion, y debo decirlo, fui ayudado por un hombre de quien el señor prócurador del rey acaba de hacer un notable elogio; por Epifanio Garandin, que mostró el mayor celo para facilitar esa evasion. Tuve bastante dificultad en decidir á Onésimo á la fuga, pues pretendia que estaba inocente y que no corría ningun riesgo de ser condenado. Vuestra sabiduria, señores, era dignamente apreciada por él; pero yo soy menos jóven, he vivido, he visto el mundo, y esto me ha inspirado una desconfianza sin duda alguna exagerada; hice partir á Onésimo, tengo algunos amigos, alguna influencia, y aun un poco de dinero. Onésimo, cuya educacion era nula, trabajó en el retiro, y trabajó con tanta intelgancia y obstinacion, que al

cabo de año y medio estaba recibido de capitán de larga navegacion bajo el nombre de Hubert, dejando por mis consejos el de Onésimo Alain, hasta que pudiese llevarlo de nuevo sin mancha y sin sospechas.

—Pero, señor, dijo el procurador del rey, me parece que nos estáis contando unas historias que os son enteramente personales; esos episodios no pertenecen sino muy indirectamente al proceso, fatigan la atención de estos señores, y...

—Señor, respondió el conde de Sievenn, habeis hablado por espacio de dos horas y media para sostener la acusacion, y yo no pido mas que media hora para destruirla. Dejadme emplear mi media hora á mi antojo. Estoy seguro de que los señores jurados tienen demasiado interes en no condenar á un inocente para fastidiarse de mis palabras; además, señor procurador, os proporciono pormenores que os han de causar alguna satisfaccion á vos mismo. ¿Puedo continuar?

—Continuad, dijo el presidente.

—Mi amigo estaba á salvo; digo mi amigo, señores, porque el hombre sentado aquí entre dos gendarmes, me habia hecho el honor de llamarme su amigo, honor que yo habia codiciado el día del salvamento del buque, honor que yo hallaba aun mayor desde que él era desgraciado, injustamente acusado y abandonado de todo el mundo: la desgracia dá á los hombres cierta especie de consagracion y los hace venerables. Sin embargo, para mi no era bastante que Onésimo Alain estuviese en seguridad contra el error probable de la justicia; creia, sentia, sabia que estaba inocente, y no tenia la menor prueba que aducir en su comprobacion; esta prueba la necesitaba, aun cuando hubiese tenido que consagrar mi vida entera á buscarla: era una grande y noble ocupacion, y me consagré enteramente á ella.

Llegué á Beuzeval como por casualidad; me mos-



tré el mas sordo y mas crédulo de todos los hombres; nada oia, y lo creia todo. Estas dos enfermedades alejaron de mi toda desconfianza y se hablaba delante de mi como si yo estuviese ausente. Recorri todo el pais, quise saber la verdad de todo el mundo, y no hay allí casi una persona que no me haya contado dos ó tres veces la historia del molinero Eloy Alain hallado muerto en su cuarto. Cien veces he creido ver un principio de claridad, y cien veces me he estrellado contra lo falso y lo absurdo. Tomaba nota de todas las relaciones, de todas las contradicciones. Esa ocupacion, señores ha durado dos años, y hace solo algunas semanas que me he procurado la última prueba que me faltaba, no para mi conviccion, pues esta no es mas fuerte que el primer dia, sino para la vuestra, señores; y hoy vengo á deciros y á probaros de una manera irrefutable; primero, que Onésimo Alain, mi amigo, es inocente, y luego, que el autor del asesinato del molinero Eloy Alain, es Epifanio Garandin, cuyo elogio acaba de hacer el señor procurador del rey.

Pronunciadas estas palabras, Mr. de Sievenn, derecho y lleno de majestad, y con ojos centellantes, se adelantó hasta Epifanio, que estaba pálido como un difunto, lo agarró por un brazo, y con fuerza invencible lo arrastró hasta el medio del pretorio, ante los jueces y los jurados, mudos de asombro y de terror.

Allí repitió:

—Si, señores; este hombre, Epifanio Garandin, ¡es á la vez el acusador de Onésimo y el asesino del molinero!

—Señores, exclamó Epifanio, es una calumnia; este hombre está loco.

Toda la asamblea estaba estupefacta. Cuando Epifanio, á una señal del presidente se volvió á su puesto, los testigos sentados á su lado se separaron por una especie de horror instintivo para no tocarle.

El tribunal deliberó. Los asistentes, á pesar de las frecuentes invitaciones al silencio, se comunicaban sus impresiones. Las mujeres lloraban.

El presidente, despues de haber conferenciado con los otros jueces y con el procurador del rey, mandó conducir á los testigos á la sala que les está reservada, y ordenó que Epifanio quedase solo ante el tribunal.

El conde de Sievenn pidió entonces al presidente se dignase mandar comparecer como testigo á Desideria Maurel, que habia sido criada del molinero hasta su muerte.

—Esta testigo, añadió, no ha respondido al llamamiento de su nombre por razones que me reservo explicaros.

Llamaron de orden del presidente á Desideria Maurel, la cual respondió las preguntas de estilo, y fué á reunirse con los testigos.

—Señor de Sievenn, dijo el presidente, ¿quereis continuar vuestra defensa?

—Si, señor presidente. Solamente desearia que Epifanio Garandin respondiese a una pregunta.

—Decidme esa pregunta, y yo se la transmitiré al... testigo.

—¿Quereis, señor presidente, preguntar al... testigo por hablar con vos, si persiste en su declaracion?

—Testigo Epifanio Garandin, ¿qué es lo que sabeis del asesinato de Eloy Alain, molinero de Beuzeval?

Epifanio se levantó y dijo:

—Sostengo lo que he dicho en el sumario.

El procurador del rey leyó en alta voz la declaracion de Epifanio.

—Así, dijo el presidente, ¿sosteneis todo lo que se contiene en esa declaracion?

—Si, señor presidente.

—¿Y vuestra convicción es que el molinero ha sido asesinado por Onésimo Alain?

—Sí, señor presidente.

—¿Es eso lo que deseáis, señor de Sievenn?

—Sí, señor.

—Me parecería justo y conveniente, interrumpió el procurador del rey, que en la nueva posición que el defensor del acusado trata de crear al testigo, se proveyesen á este desde luego de un defensor. ¿Opina del mismo modo el tribunal?

El presidente recogió los pareceres, y preguntó si se hallaba en la sala algun abogado.

Presentáronse muchos, y el presidente dijo:

—Epifanio Garandin, encargo de oficio vuestra defensa á maese\*\* que es uno de nuestros mas elocuentes abogados. ¿Le aceptais?

—Sí, señor.

El abogado se colocó al lado de Epifanio, con quien cambiaba de vez en cuando algunas palabras en voz baja.

El presidente invitó al conde de Sievenn á continuar su defensa.

—«Instalado en el pais, señores, habiendo establecido convenientemente mi reputacion de sordo y crédulo, tomé por ama de llaves á Desideria Maurel, criada del difunto molinero, y por secretario á Epifanio Garandin, con quien no habia tenido mas que relaciones indirectas cuando la evasion de Onésimo. Epifanio habia sido sucesivamente maestro de escuela, latonero, soldado, ministril, sochantre, boticario, y por último asesino y testigo falso.

»Para dar ocupacion al... testigo, como lo llama el señor presidente, aparenté que estaba componiendo una obra sobre las ostras. Desde entonces quedó empeñado el combate: ora hacia vivir en paz á Epifanio, su

mujer y Desideria, y entonces hablaban sin desconfiar de mí: ora arrojaba entre ellos algunos gérmenes de discordia, y cada uno de ellos, dominado por la cólera, me hablaba de los otros con bastante libertad: yo escribía y componía mi expediente. En fin, hoy, señores, puedo manifestaros cómo se ha cometido el crimen en realidad. No aventuraré nada de que no pueda presentar las pruebas mas completas.

»Onésimo, perseguido como prófugo, retonido en el pais por una pasión mas noble que razonable, hallaba un asilo en casa de su tío, á quien habia salvado la vida con la mas rara abnegacion. Hé aquí una medalla que acredita esa bella accion. Eloy Alain (preciso es decirlo, á pesar de la costumbre que tienen los vivos de desembarazarse en favor de los muertos de todas las virtudes que los embarazan), Eloy Alain se dedicaba á la usura.

»Habíase apropiado, por toda clase de medios poco honrosos, la mayor parte de los bienes de Mr. Malais de Beuzeval, y perseguía á este sin tregua para obligarlo á vender su casa, que era lo único que le quedaba de una fortuna considerable.

»Hacia largo tiempo que entre la familia de Onésimo y la de Mr. Malais existía un vínculo de amistad. Los hijos de las dos casas se habian criado juntos. Onésimo suplicó á su tío que se compadeciese de un anciano decaído de una gran fortuna, abrumado por todo linaje de desgracias, y que iba á quedar reducido á la mendicidad y la desesperacion.

»El molinero estuvo inflexible; el anciano y el resto de su familia iban á ser puestos en la calle; su casa, su último asilo iba á venderse en subasta; los edictos para la venta estaban fijados, cuando Onésimo, despues de arrojarse por última vez á los pies de su tío, no escuchó ya mas que su desesperacion: resolvió cogerle la suma que reclamaba á Mr. Malais, para que este se la devolviese al dia siguiente por via de pago.

Eloy Alain estaba de viaje: Onésimo abrió un escondite cuyo sitio sospechaba, sacó exactamente la suma necesaria; luego, como oyese ruido, y habiendo visto un ojo que lo observaba á través de la cerradura, huyó é hizo llegar aquella suma al desgraciado deudor del molinero, el cual rehusó aprovecharse de ella y la devolvió á la herencia algunos días después. El hombre que habia sorprendido á Onésimo y lo habia visto sin ser él visto por este, no era el molinero, era Epifanio Garandin que, como Onésimo, tenia facil entrada en la casa. Sea que hubiese querido, como Onésimo, aprovecharse de la ausencia del molinero para abrir el escondite, ó sea que, testigo casual de lo que pasaba, hubiese pensado que le era fácil hacer recaer el robo sobre otro, vació el tesoro.

»Onésimo se habia llevado ocho mil setecientos francos, que fueron restituidos á la herencia por Mr. Malais de Beuzeval; pero quedaban en papel y en oro veintiocho mil que Epifanio Garandin iba á llevarse cuando fué sorprendido á su vez, pero lo fué por el molinero, quien lo cogió por el cuello y quiso gritar, y á quien Epifanio estranguló llevándose después los veintiocho mil francos.

»A la mañana siguiente hallaron al molinero muerto y el escondite vacío. El cadáver tenia en la mano un pedazo de paño que probablemente habia arrancado al vestido de su asesino. Se descuidó poner bajo sello ese pedazo de paño, y algunas horas después habia ya desaparecido... Hé aquí ese pedazo de paño.

»Al entrar en su casa, Epifanio se vió obligado casi á confesar á su mujer lo que habia pasado. Habia hallado al molinero asesinado, agonizante, decia. El ladrón no se lo habia llevado todo, y él se habia recogido el resto que, de otro modo, debia pertenecer á Onésimo asesino y heredero de su tío. En las convulsiones de su agonía, Eloy Alain, á quien él habia querido socorrer, habia desgarrado su levita, sobre la

cual habian caido algunas gotas de sangre. Mandó á su mujer quemar la levita, y esta la echó al fuego; pero temiendo que se se extendiese por la vecindad el olor del paño que principiaba á quemarse, é impulsada tambien por un sentimiento de sordida avaricia ó por una ceguera providencial, la señora Garandin se apresuró á retirar del fuego la levita y la ocultó. Despues la vendió en Caen á un prendero llamado Samuel, quien la remondó y la vendió á su vez á uno de sus cofrades, Salomon, residente en Trouville, en donde yo la he comprado. Aquí tiene el tribunal la levita, con dos piezas de otro paño del mismo color y que reemplazan, una la parte arrancada por el molinero espirante, la otra del pedazo quemado. Quizás podrán los químicos hallar los vestigios de la sangre. El señor presidente puede mandar comparecer a los prenderos.

»Mientras que Epifanio creia, como hasta este dia ha creido siempre, que su mujer quemaba la fatal levita, se fué á ver á Desideria, le contó la misma fábula que á su mujer, pero con algunas alteraciones en los detalles, y no le habló de los veintiocho mil francos. La persuadió que recogiese el pedazo de paño que habia quedado en la crispada mano del cadáver; pero esa mujer, para la que eran sospechosas algunas circunstancias, guardó cuidadosamente ese pedazo de paño que yo he acabado por proporcionarme. Desideria tenia mucho apego á su amo Epifanio la decidió á engañar á la justicia; especialmente haciéndola esperar que no se sabia que el molinero habia sido asesinado por su sobrino, lo que él, Epifanio, se veria obligado á descubrir si se veia en peligro.

»Mas tarde, cuando Desideria se halló bastante comprometida por la ocultacion del pedazo de paño y por su mentira á la justicia, ya no guardaron con ella tantos miramientos, y pudo saber algo mas; pero siempre creyó que Onésimo era el asesino. Así, la persua-

dieron que le dejase acusarlo, cuando Epifanio, creyendo ver que recaían sobre él mismo algunas sospechas, se decidió á perder á Onésimo, contra el cual no era difícil acumular pruebas aparentes. Sin embargo, aunque Onésimo estaba cogido en las redes que alrededor suyo se forjaban por la casualidad y la perfidia de Garandin, temía este que en los debates una luz súbita ó la prudencia de los jueces llegase á aclarar y hacer aparecer la verdad. Así es que se prestó con toda su fuerza á la evasión del acusado. Cuando tomó la resolución de descubrir la verdad para venir en seguida á decirlos, señores, no quise por demasiada precipitación hacer imposible una empresa que cuando menos era ya difícil. Por esta razón he consagrado tres años á recoger pruebas, y mi tesoro se ha reunido grano á grano como el de una hormiga. Reservo lo que tengo que decir respecto de los testigos, cuando el señor presidente tenga á bien interrogarlos.»

El presidente preguntó entonces á Epifanio si tenía algo que responder á la acusación que contra él acababa de hacer Mr. Breville.

Epifanio se levantó y volvió á caer en su banco sin haber podido pronunciar una palabra, levantóse de nuevo y dijo:

—No hay palabra de verdad en todo eso; pero mi abogado lo refutará en la defensa.

El abogado tomó la palabra y dijo:

—He aconsejado á mi defendido que no respondiese á ninguna pregunta hasta que yo hubiese conferenciado con él.

—Entonces, dijo el presidente, vamos á oír á otros testigos. Que se presente la señora Garandin: que se retire su marido y no se separen de él los gendarmes.

—Señor presidente, preguntó el conde de Sievenn, ¿puedo dirigir algunas preguntas á los testigos?

—Me las podeis comunicar para que yo se las transmita.

Despues de las preguntas de estilo, el presidente preguntó á la señora Garandin si reconocia la levita comprada por Mr. Breville, á lo que respondió negativamente.

—¿Habeis vendido una levita al prendero Samuel?

—Jamás he visto á Samuel, ni conozeo á nadie de ese nombre.

—Sentáos. Que venga el testigo Samuel.

Fué interrogado Samuel, quien reconoció en medio de los asistentes á la señora Garandin, la cual dijo le habia vendido la levita que despues le habia comprado Salomon de Trouville. Además, aquella venta estaba anotada en sus libros; solamente que madama Garandin habia alterado un poco su nombre, pues habia dicho llamarse madama Parentin.

—Y vos, señora Garandin, ¿persistis en negar que habeis vendido al prendero Samuel la levita que se os presenta?

—Confieso que es verdad, pero tengo miedo. No sé por qué se me hacen todas esas preguntas, y temo decir cosas que me comprometan.

—Solo la mentira es la que puede comprometeros. Decid la verdad como lo habeis jurado ante este Crucifijo. ¿Sois vos quien ha puesto esas dos piezas, la una para reemplazar un giron, y la otra una quemadura?

—No, señor.

—¿No os habia mandado vuestro marido quemar esta levita, y no habeis preferido el venderla?

—Todo lo que recuerdo es que la he vendido.

—El dia del asesinato del molinero, no os ha traído á casa mucho dinero vuestro marido?

—No, señor, jamás hemos estado tan pobres co-



mo desde que sucedió esa desgracia, como todos saben bien.

—Señor presidente, interrumpió el conde de Sievenn, ¿quereis tener á bien preguntar á madama Garandin si no es esa una astucia ideada por su marido, y que la incomodaba mucho? Os suplico le preguntéis tambien si no habia acabado por obtener de él el permiso para comprar ciertos adornos que ella se ponía dentro de casa cerrando las puertas. Preguntadle si la primera vez que yo fui á su casa, no habia conservado puesto, en medio de su precipitacion, un collar de oro, y si<sup>3</sup> Epifanio, confiado en mi sordera, no le dijo con ese motivo algunas injurias á media voz en presencia mia.

—Bien pueden registrar la casa; estoy segura que no se hallará ningun collar de oro.

—Eso depende del lugar en que registren. Si se levanta una piedra bajo las cenizas, en el fondo del hogar de la chimenea, se hallarán el collar de oro y otras alhajas, y casi la totalidad de los veintiocho mil francos robados por Epifanio.

—¿Qué respondeis á eso, madama Garandin?

—Señor presidente, digo que no es verdad.

—Se van á hacer esas pesquisas.

—Pues bien; digo que hay alli dinero, pero Garandin lo ha hallado.

—Señor presidente, os ruego tengais á bien preguntar á la señora Garandin, si, en una de las querellas que yo tenia cuidado de escitar entre ella y Desideria, no ha hecho esta última alusiones al crimen de Epifanio, que Desideria solo conocia en parte. Si no le he dicho una vez entre otras: «Cuando yo quiera, enviaré tu marido á presidio,» á lo que la señora Garandin respondió con aire suplicante y señalándome; pero que Desideria le recordó con una seña que yo era sordo.

La señora Garandin pareció abrumada y no respondió.

Se hizo comparecer á Desideria, y las respuestas de esta estuvieron conformes con las aserciones del señor de Sievenn.

Se quejó de Mr. Breville, que la habia engañado por tanto tiempo aparentando que era sordo, luego dijo:

—Tenia un aire tan bonachon, tan crédulo, que nadie pensaba en desconfiar de él! Sin embargo, añadió, recordaba el afan que tenia algunas veces en malquistarla y otras en averirla con los Garandin, y que habia dejado el pais por sus consejos.

Hicieron comparecer de nuevo á Epifanio Garandin, y el procurador del rey le preguntó en dónde habia hallado el dinero, á lo que respondió que él no habia hallado ningun dinero.

—No hay para qué negarlo por mas tiempo, replicó el magistrado; vuestra mujer acaba de confesar que habeis hallado dinero.

—Una vez he hallado un escudo en el camino de Trouville.

—No es eso de lo que se trata. Trátase de veintiocho mil francos que están ocultos bajo una piedra de vuestra chimenea. Vuestra mujer, interrogada sobre la procedencia de esa suma importante en vuestra situacion, dice que vos lo habeis encontrado.

El abogado se levantó y dijo que aconsejaba de nuevo á su defendido que no respondiese.

—Señores jueces y jurados, añadió, la situacion del cliente que se me ha confiado, no me permite defenderlo sin algunas preparaciones y sin haber conferenciado antes con él. Por consiguiente pido que se aplace la vista de la causa para dentro de algunos dias, pues indudablemente tendremos que hacer citar algunos testigos, y pedimos los plazos convenientes.

El tribunal, por su parte, opinó que había que mandar comparecer algunos testigos, y mandó suspender la causa por tres días; pero decidió que Epifanio Garandin fuese retenido en la cárcel, igualmente que su mujer y Desideria, y que los tres quedasen incomunicados, y no pudiesen conferenciar ni aun con sus mismos defensores, sino desde las doce del día siguiente, en atención á que la nueva faz que había tomado el negocio, exigía una ampliación del sumario.

Los gendarmes se llevaron primero á Onésimo, y luego á Epifanio Garandin, á su mujer y á Desideria.

No hay necesidad de decir la emoción de que estuvieron dominados todos nuestros personajes hasta el día de la vista de la causa.

Tranquilo y su mujer se abrazaban, lloraban y daban gracias al cielo. Pulqueria y Berenice se vanagloriaban de no haber creído jamás á Onésimo culpable, y todos maldecían á Epifanio y su doble crimen; pero con particularidad hablaban del conde de Sievenn, de su paciencia y de sus sacrificios en favor de la inocencia, y daban gracias á la Providencia por haberle inspirado una tenacidad tan extraordinaria.

Llegó el día señalado para el fallo de la causa, y el abogado de Epifanio hizo una larga defensa, pero sin decir gran cosa en su favor. Por otra parte, el conde de Sievenn tenía un inflexible cuaderno lleno de notas abrumantes que, cuando eran negadas por uno de los acusados, eran probadas y reconocidas como verdaderas por los testigos. En ese cuaderno había observaciones hechas día por día durante tres años, y muchas de ellas aun en número de tres ó cuatro por día.

El tribunal y el auditorio quedaron muy escandalizados al oír al jefe del jurado declarar que los jurados

reconocian en favor de Epifanio circunstancias atenuantes, y no se dejó de recordar que en la sentencia pronunciada por contumacia contra Onésimo inocente, no habia este encontrado el mismo beneficio y habia sido condenado á muerte.

Epifanio fué condenado á trabajos perpétuos, su mujer á cinco años de cárcel, y Desideria á un año, del que solo cumplió tres meses, por mediacion del conde de Sievenn que habia prometido interesarse por ella.

En cuanto á Onésimo, se declaró que *no habia lugar á proceder contra él*, y el tribunal ordenó que inmediatamente fuese *puesto en libertad si no estaba preso por alguna otra causa*.

Así es como principiaba y principia siempre la parte dispositiva de la sentencia cuando hay varios coacusados.

Por una delicada atencion de la justicia, el inocente es el primero que sabe su suerte. Onésimo, aunque conscripto refractario, fué puesto en libertad en el acto, porque el conde de Sievenn salió por su flador, y el presidente habia prometido obtener su gracia.

El auditorio vió con enternecimiento á aquel jóven alto y hermoso, á quien los gendarmes dejaban libre el paso, ir á arrodillarse delante de sus padres que lo bendijeron antes de abrazarlo.

El señor de Sievenn tenia ya coches preparados, y todos se pusieron en marcha para Dive.

Algunos dias despues se ordenó, por sentencia de otro tribunal civil, se pusiese á Onésimo Alain en posesion de la herencia de su tío Eloy Alain, conforme al testamento de este; pero ese era un asunto de fórmula cuyo resultado solo se supo por una carta del procurador.

No hay necesidad de decir la mucha alegría de

toda la familia Alain cuando se halló en la cabaña de Dive, en donde durmió Onésimo toda aquella noche.

Pelagia, por una tierna y delicada prevision de mujer, llamó á Pulqueria, y estrechándola entre sus brazos, le dijo:

—¡Hija mia!

---

## CAPÍTULO XXIX.

---

Los días siguientes no se volvió á ver á Pulqueria ni á Onésimo. Este no salía del palacio de Beuzeval, en donde probablemente estaba ocupado con el conde de Sievenn. Pulqueria se quedó en su casa en Cabourg, bajo diversos pretextos: además, una indisposición de Mr. Malais vino á reemplazar esos pretextos con una razón.

Ciertas revelaciones hechas en el proceso relativamente á su ruina, lo habían humillado profundamente y esclamaba sin cesar:

—¡Qué se dirá, ¡Dios mio! ¡Ya no me atreveré á presentarme en el país! ¡Había ocultado mi miseria con tanto cuidado y acierto... y hé ahí que esos malditos charlatanes han hecho de ella el testo de sus defensas!

Pulqueria no se atrevió á decirle que nadie se había dejado engañar por su comedia.

Berenice fué muchas veces á ver á Pulqueria; pero

la misma Berenice estaba embarazada, porque contra las esperanzas de toda la familia, Onésimo no hablaba de casarse con Pulqueria, y nadie osaba tampoco hablarle de ello; pero Pelagia y Berenice hablaban entre sí, y la buena madre decía:

—No sería completa mi felicidad si Onésimo no me diese á Pulqueria por hija, y siento que aborrecería á cualquiera otra mujer con quien se casase no siendo con ella.

—En esas cosas no se puede forzar á nadie, decía el Arriesgado, pero espero que no habrá cambiado respecto á Pulqueria, porque ahora es él rico y ella pobre; apostaría á que viene esta noche á pedirnos vuestro consentimiento.

—No tendrá que aguardarlo mucho tiempo, dijo Pelagia.

Pero Onésimo no fué á casa aquella noche ni las siguientes, y Berenice principió á inquietarse. Por esto mismo sus conversaciones con Pulqueria eran embarazosas, pues temia lastimar su corazon ó herir el orgullo de madama de Morville.

Pulqueria lloraba y decía:

—Tiene razon, me paga mis desdenes. ¿No le he desdeñado yo cuando él me amaba tanto y era tan pobre? ¡Ay! El cielo es testigo que no fué su pobreza la que entonces me impidió pensar en él. ¡Cómo ha cambiado! ¡Qué nobleza ha adquirido su cara! ¡qué aire tiene tan imponente! Y despues de tan largo tiempo que yo sé se habia sacrificado por mí, ¿cómo no habria de amarlo por tantas miserias sufridas por mi causa? Pero hoy debo evitar su vista y ocultarle mi ternura; ¡qué desgracia que sea rico!

Mr. Malais llamó a su sobrina á la cabecera de su cama.

—Pulqueria, le dijo, no me atrevo mucho á pedirte que dejes á tus amigos; pero yo necesito alejarme de Beuzeval. Ahora se sabe ya que soy pobre, y no me

atrevo á salir á la calle, los chiquillos me señalarían con el dedo; no puedo quedarme aquí.

—Nos marcharemos cuando usted guste, querido tío, amado padre; yo no deseo otra cosa con tal que tengamos algunas noticias de los amigos que dejo aquí, con tal que de vez en cuando reciba una carta para saber que son dichosos. Creo que usted y yo estaremos mejor en cualquier otra parte. Voy á escribir á madama de Fondoís, mi antigua amiga, para rogarla que en la sociedad de París que frecuenta, me busque lecciones de piano. Iremos á París; allí cada uno parece lo que quiere, nadie sabe lo que pasa en su casa y no se cuida uno de ello. Cuidaré á usted perfectamente y viviremos felices.

—¡Gracias! ¡Gracias, mi dulce Pulqueria! exclamó el anciano. No me hubiera atrevido á pedírtelo, pero tú me salvas la vida. No quería dejarte sola, y sin embargo yo no podría vivir aquí en donde todo el mundo conoce mi miseria, en donde el mejor sentimiento que podría inspirar sería la compasión... ¡Gracias!... ¿Y cuando marcharemos?

—Cuando usted quiera, tío mío; pero ¿no le parece á usted que sería bueno aguardar la respuesta de Maria?

—Como tú quieras; pero entre tanto, no pondré los pies fuera de casa, á no ser para dejar á Dive y no volver jamás. ¡Oh! no, no daré á las gentes el placer de encontrar por los caminos pobre y humillado al señor de Beuzeval, á quien han visto en otro tiempo rico y feliz. Aguardaré; además, no tengo necesidad de salir... ¿qué es lo que veo cuando salgo? Tierras que han sido mías; bosques que podan; el palacio de Beuzeval, un palacio que he empleado tanto dinero y cuidados, y en que yo no puedo posar mis miradas sino á través de la reja.

Dicen que ese señor de Sievenn, que ha hecho una bella acción salvando á un inocente del cadalso, pero



que ha hablado de cosas y de personas de que hubiera podido dispensarse de hablar, está haciendo trabajar enormemente en Beuzeval, como si yo hubiese dejado allí alguna cosa que hacer. Estoy seguro de que lo echa todo á perder; solamente quisiera entrar allí una vez para ver el mal gusto de esa gente.

—¿Para qué, tío mío? Eso no serviría mas que para causar á usted nuevos pesares; por lo que á mi toca, con tal que sepa algunas veces que mis amigos de infancia son dichosos, y lo serán, porque ahora tienen cuanto necesitaban, no echaré de menos mas que las tumbas que dejo aquí.

El anciano recobró en pocos días la salud con la esperanza de dejar muy luego á Dive; no queria ni aun abrir una ventana, y no tomaba el aire sino por la noche á fin de no ser visto.

Tardó muy poco en llegar la carta de Maria de Fondois. El tono de esta carta era algo protector. Sin embargo, Maria se habia ocupado de lo que le encargaba Pulqueria, le habia hallado ya dos lecciones y decia que estaba segura de hallarle otras. La carta contenia muchas espresiones de pesar por la desgraciada suerte de madama de Morville, y esto bajo una forma muy poco cortés.

Debemos decir para la esplicacion de esto, que Maria de Fondois no habia soportado con paciencia el haberse visto eclipsada en la sociedad por Pulqueria de Morville, que durante un corto tiempo habia sido mas rica y mas elegante que ella, y no habia cesado de ser mas bella.

No obstante el tono desdeñoso de su amiga, Pulqueria quedó encantada de aquella carta, y de acuerdo con Mr. Malais apresuró los preparativos de marcha.

Un dia entró Berenice en casa y se arrojó á los brazos de Pelagia deshecha en llanto:

—Tú no sabes, mamá, le dijo, que Pulqueria vá á dejar el país. La he hallado haciendo paquetes... Se vá á Paris con su tío, y dice que Mr. Malais no puede soportar el ser pobre en donde ha sido rico, sobre todo desde que en la casa de Onésimo han hablado de una miseria que él creía haber ocultado á todo el mundo. Desde entonces está tan avergonzado, que no ha querido salir de casa una sola vez, y no podrias figurarte lo mucho que ha cambiado. Pulqueria vá á dar lecciones de piano en Paris, y me parece que no se ha decidido á ello solamente por el pesar de su tío, sino principalmente por causa de Onésimo y de su inesplicable conducta. Pulqueria tiene á menudo los ojos encarnados; yo no le hablo de Onésimo, porque á decir verdad, no sé qué pensar de él. Ella tampoco me habla, pero veo muy bien que eso le roe el corazón. Preciso es decir tambien que Onésimo es muy singular. Despues de no haber vivido mas que para ella, ahora que puede poseerla tiene el aire de no pensar siquiera en eso .. A pesar de todo, no puedo creer que haya cambiado así porque ahora es rico. Además, ¿qué podría desear? ¡Pulqueria es tan hermosa, tan distinguida, y le ama tanto! ¡Le he hablado tanto en estos tres años del amor y de los pesares de mi hermano!... En fin, Pulqueria vá á marchar, y comprendo perfectamente que no quiere permanecer mas aquí. Yo no he podido decirle nada, porque me ahogaba la pena y he corrido á llorar aquí contigo.

—¡Eso es espantoso! exclamó Pelagia. ¡Yo no quiero que Pulqueria se marche! Verdad es que Onésimo tampoco está muy tierno con nosotros, pues apenas sale del palacio de Beuzeval. El señor de Sievenn le ha hecho un gran servicio, y es un verdadero amigo; pero en fin, no puede hacerle olvidar á su familia y á su querida. Escucha, Berenice, esto no puede seguir de ese modo; á lo menos es preciso que Onésimo se explique. Vamos las dos al palacio, y ya le hablaremos

con claridad; es preciso que nos manifieste lo que tiene en el corazón.

—Vamos allá, mamá.

Ambas se pusieron en camino, y al pasar á corta distancia del cementerio, vieron á Pulqueria de rodillas sobre el sepulcro de su hijo, y que en seguida fué á orar sobre el de su tia. Luego la vieron coger flores de los dos sepulcros y besar la piedra que los cubria.

—¡Madre mia, dijo Berenice, ya lo ves, viene á decirles adios!

No tardaron en llegar al palacio; preguntaron por Onésimo y les dijeron que habia salido por la mañana á caballo, pero que no tardaria en volver.

Aguardaron como media hora, al cabo de la cual entró Onésimo, y abrazó á su madre y á su hermana con efusion.

—Onésimo, dijo Pelagia, acabamos de pasar por cerca del cementerio de Beuzeval, y hemos visto á Pulqueria que estaba diciendo adios á los muertos que deja allí.

—¡Adios!

—Sí, añadió Berenice, se vá á Paris con su tio, y deja á Dive para no volver.

Onésimo palideció, y cogiendo á su hermana por el brazo, exclamó:

—¡Pero supongo que aun no habrá marchado!

—¡Oh, mamá! exclamó Berenice llorando de gozo; ¡la ama! ¡Ya ves que no ha dejado de amarla!

—¿Qué quieres decir? preguntó Onésimo.

—Creíamos que ya no amabas á Pulqueria.

—¡Yo no amar á Pulqueria! ¿Entonces por quién he vivido hasta aquí? ¿Cuál ha sido el blanco de mi vida? ¿Qué es lo que he hecho para que se dudase de mi amor?

—Pero tu conducta, replicó Pelagia, ha sido muy singular, y Pulqueria ha debido creerse desdeñada.

—¡Desdeñada Pulqueria! ¡Si yo la adoro, madre mia!

¡Si no respiro mas que por ella!!! No he creído un momento que ella ni vosotras pudieseis dudarle.

—Y bien; tu silencio, de que ella no dice nada, es indudablemente el que la hace marchar, aunque tiene tambien al viejo Malais que se muere de pesar y no quiere permanecer aqui por nada de este mundo.

—Es una idea del señor Sieven que me retiene aqui; pero todo está acabado. ¡Cómo! ¿habeis podido creer que yo olvidaba á Pulqueria? .. ¿Estais seguras de que a lo menos no se marchan hoy?

—¡Oh, no! Pulqueria no nos ha dicho aun adios.

—¿Pero estais seguras de que quiero deciros adios? Volved pronto á Dive y vigiladlo todo. ¿Está en casa mi padre?

—Sí.

—Pues bien; voy á buscar al señor de Sieven; aguardadme en Dive.

Pulqueria permaneció mas de una hora en el cementerio llorando, orando y repitiendo: «¡Adios, adios!» Luego volvió á Cabourg, en donde halló al viejo Malais muy gozoso porque debia partir aquella misma tarde, y Pulqueria le dejaba arreglar las cosas á gusto de su triste y enfermiza vanidad. Habian vendido sus muebles y solo se llevaban sus vestidos y la ropa blanca.

Mr. Malais, viéndose con algun dinero, queria salir *decentemente* del pais que le parecia triunfar de su pobreza. Quería ir *en silla de posta* hasta Houffleur.

—Allí, decia, no nos conocen, podremos viajar en la rotonda de la diligencia y desquitaremos lo que nos cueste la silla de posta. Aqui vamos á decir que nos vamos á Paris á causa de una herencia importante que nos ha tocado: ya he hecho algunas indicaciones al alcalde de Dive que pasaba delante de la puerta y á quien he hecho entrar un momento: esta noticia vá á circular al instante por el pais. He escrito pidiendo asientos en una silla de posta, y esto confirmará la

historia de la herencia. De ese modo, cuando hablen de mí en Beuzeval, en lugar de decir: Es un pobre diablo que se ha arruinado y se muere en la miseria, diran: ¡Oh! ¡oh! el señor de Beuzeval era un hombre que tenia una grande fortuna y á quien han arruinado abusando de su generosidad... Y bien, ha heredado una fortuna mayor aun que la primera. Ya ves, cuando las gentes son pobres, siempre se dice que es por culpa suya, porque esto es mas cómodo; pero si nos creen otra vez ricos, se hallará toda especie de excusas á mis tonterías.

—No dirán mas que la verdad, querido tio, diciendo que usted se ha arruinado por generosidad.

—Y tambien por la vanidad de emparentar con un conde, sobrina. Pero es igual, he escrito á la administracion mandando que me envíen esta tarde á las seis una silla de posta para el señor Malais de Beuzeval y la señora condesa de Morville. A las seis ya están de vuelta de la mar los pescadores, y quiero que nos vean salir en silla de posta. ¿Te has despedido ya de la familia Alain?

—No... enteramente... tio mio; son tambien de mi familia, y si usted se acusa de un poco de vanidad... tambien yo puedo acusarme, al menos con tanta razon, de haber tenido mucha y de la peor especie. No he sido siempre para la familia Alain lo que habria debido ser, y sin embargo siempre los he hallado buenos, muy tiernos y afectuosos, sin hablar de la sublime abnegacion de uno de ellos. Tengo que ir á Dive, y quisiera mucho haber pasado ya esa penosa prueba, porque confieso á usted que la temo mas que todo el resto.

—No olvides el hablarles de la herencia, porque si no decimos la misma cosa á todo el mundo, acabarán por descubrir la verdad.

Putqueria se puso su velo y estaba ya para salir, cuando llamaron á la puerta y vieron entrar á Tran-

quillo Alain con Pelagia y Berenice en traje de domingo. Seguíalos el señor de Sievenn, Onésimo y el hijo de Glam, el cual se quedó afuera con el señor de Sievenn.

—¡Buenos días, señor de Beuzeval, dijo Tranquilo Alain. Pero ¿qué significan estos paquetes? ¿Estais acaso de marcha?

—Sí, querido Alain; sí, mi buen amigo. Tenia un primo que se ha dejado morir, y ese es el único placer que el buen hombre ha dado á alguno en toda su vida. Mientras que yo me arruinaba tontamente aquí, él se enriquecía en Paris, y ha muerto precisamente en el momento mas oportuno para restablecer mis negocios. Ya me tiene usted un tantico mas rico que lo era antes. Nos vamos á Paris en donde debemos fijarnos.

—¡Oh! entonces, señor de Beuzeval, no sé ya si debo deciros lo que... No, creo que no.

Pelagia se llevó á Pulqueria á otro cuarto, y le dijo:

—¡Es cierta esa herencia?... Si lo es, entonces no hay que pensar en ello... Ese pobre Onésimo vá á perderte aun otra vez. ¡Te ama tanto... que estoy segura que esta vez se muere de pena!... Ahora ya sé por qué él no decia nada...

—Mi buena madre, dijo Pulqueria, es porque no es cierto que me pierde ni que yo lo pierdo tampoco, porque yo no he aprendido á conocerlo mas que para echarlo de menos.

—Volvamos al otro cuarto, dijo Pelagia.

—Mi buen amigo, decia Mr. Malais al Arriesgado, si puedo ser á usted útil en Paris, dígamelo usted, pues celebraré en el alma poder servirlo.

Pelagia llevó aparte á su marido, Onésimo y Berenice.

Despues Alain se adelantó hasta el señor de Beuzeval y le dijo:

—Escuchad, señor de Beuzeval, no es por vuestro dinero por lo que todos nosotros os hemos amado siempre; pues desde que estais arruinado no os amamos ni os respetamos menos. Yo no sé si habeis querido hacer alto en ello. Por consiguiente no es á nosotros á quienes debeis contar esas historias.

Al llegar aqui, Pelagia hizo seña á su marido para impedirle que continuase, pero fué del todo inútil, pues Alain prosiguió:

—No se trata de eso. Sé bien la distancia que hay entre vos y nosotros, señor de Beuzeval; nosotros no os desconocemos, y no creais que porque hoy teneis menos dinero, tratemos nosotros de hacernos valer. Lo que voy á deciros es un poco atrevido, pero a pesar de eso es preciso que os lo diga. Conocéis á Onésimo desde su infancia; se ha criado con Pulqueria; esta ha sido para él su dios durante su vida; y él se ha consagrado á ella siempre, esponiendo por ella su vida y hasta su honor. Onésimo nos ha hecho muy desgraciados á todos por espacio de algunos años, y muchas veces me ha hecho desear la muerte. En fin, todo eso está acabado, y no hay que hablar mas de ello. Onésimo no es ya un rústico, ha estudiado y habla como un señor; es capitán de larga navegacion, y es rico. Esto no es cosa que os pueda interesar mucho; pero para disminuir la distancia que hay entre vos y nosotros, es preciso que no omitamos ninguna de nuestras pequeñas ventajas. Y bien, señor de Beuzeval, ¿queréis concederle la mano de Pulqueria?

Mr. Malais iba á responder y principiaba ya:

—Mi sobrina la señora condesa de Morville...

Cuando le interrumpió Pulqueria y dijo:

—Yo no quiero haber desdeñado á Onésimo cuando yo era rica y aceptarlo ahora cuando él es rico á su vez y yo soy pobre. Ciertó que desde que lo conozco, desde que sé todo lo que por mí ha hecho, he conce-

bido hacia él sentimientos tan afectuosos como él mismo podría desear; pero es preciso que yo marche.

—Perdonad, dijo Onésimo: ¡Pulqueria, en nombre del amor mas profundo, en nombre de una existencia que os ha estado consagrada enteramente, decidme si es esa la única causa que os impide ser mia!

—Yo querria ser rica ó que vos fuéscis pobre, Onésimo... pero cesad de hacerme pasar por una prueba demasiado cruel... Es preciso que yo parta, y partiré.

Onésimo fué á llamar al señor Sievenn, este se adelantó hacia Mr. Malais, y le dijo abriendo una caja de rapé llena de ceniza:

—¿Qué veis ahí, señor de Beuzeval?

—¿A qué viene esa pregunta, caballero?

—Ya lo sabriais, si me hubiéscis respondido.

—Pues bien, veo algunas pulgaradas de ceniza.

—¡Ah!... Y bien; estas cenizas son todo lo que queda de la escritura de venta del palacio de Beuzeval y de los billetes de lo que debiais al molinero. Puede ser que aun se halle tambien mezclado algo de los cigarros que Onésimo y yo hemos encendido con aquellos papeorios.

Todos los presentes se quedaron como atontados.

—De suerte que no me habeis vendido nunca el palacio de Beuzeval, ni habeis debido jamás un ochavo sobre él.

—Pero, caballero, dijo Mr. Malais, yo no sé si. .

—Eso no es cuenta mia, señor de Beuzeval; yo habia comprado el palacio por cuenta de Onésimo, que me ha reembolsado el dinero religiosamente. Me ha dado sus razones para encender nuestros cigarros con los papeles en cuestion, las he hallado muy fundadas, y jamás cigarros me han parecido tan deliciosos. Si quereis que él os diga sus razones, espero que sereis de mi opinion.

—Señor de Beuzeval, dijo respetuosamente Onésimo, soy, como creo que lo sabeis, el heredero de mi tio



el molinero de Beuzeval. En sus papeles he hallado pruebas de que habia habido errores graves en los negocios que habia hecho con vos y con vuestro pariente el señor conde de Morville. Estos errores han hecho subir los réditos de las sumas prestadas á un precio exorbitante y ruinoso. Mi tío ha muerto súbitamente, y yo he creído, en honor de su memoria, deber reparar una injusticia que él no habia tenido tiempo de reparar. Las hipotecas del palacio de Beuzeval y una parte de sus dependencias me han parecido debían anularse. Vos no podeis negaros á aceptar lo que es vuestro, lo que no se os ha quitado mas que por un error de cuentas.

—¡Cómo! Onésimo, ¿eres tú quien me devuelve el palacio de Beuzeval, mi palacio en donde ha muerto mi pobre Dorotea? ¡Con que aun podría habitar en Beuzeval?

—Soplad ahí, dijo el señor de Sievenn á Mr. Malais presentandole la caja con la ceniza. ¿No queréis? Pues voy á soplar yo mismo.

Y diciendo y haciendo, való la ceniza y se derramó por el suelo.

—Ya está todo terminado, añadió el señor de Sievenn. Pero, ¿qué significa ese carruaje que se para delante de vuestra puerta?

—Es una silla de posta que he pedido para la señora condesa de Morville, mi sobrina, y para mí, á causa de nuestra marcha.

—Pues os vá á conducir a vuestra casa, á Beuzeval, en donde lo hallareis todo como lo habeis dejado. Onésimo y yo hemos tenido bastante trabajo en ponerlo todo en orden.

El viejo, sucumbiendo á tantas emociones, cayó sentado y pálido en un sillón.

Pulqueria corrió á su socorro; le dieron aire y al punto abrió los ojos.

—No tengais miedo, dijo, pues esto no me hace mal. Pero en fin, Onésimo, ¿qué quieres, querido mio? Yo no tengo en el mundo nada mas que lo que tú me das. Pregnta á Pulqueria si es mas rica que yo.

Onésimo se volvi6 hácia su padre, le entreg6 los papeles que le alarg6 el señor de Sievenn, y dijo:

—Un hijo no puede ser mas rico que su padre. Estos papeles le dan á usted todo lo procedente á Eloy. Todo es de usted y de mi madre. Recibirán ustedes en su casa á Berenice y á Glam, á Pulqueria y á mí, si Pulqueria consiente en ello.

Luego, dirigiéndose á Pulqueria, añadió:

—Pulqueria, mi vida entera ha sido vuestra hasta este momento; ¿consentis en aceptar el resto? Yo no soy digno de vos sino por mi amor.

Pulqueria se arroj6 á los brazos de Pelagia, luego á los de Berenice á quien bes6 con la mayor ternura. Onésimo recogió aquellos besos en las mejillas de su hermana.

Habrá como unos doce años, me paseaba por la costa de Beuzeval en un caluroso día de Agosto. El sol abrasaba la tierra, los pájaros estaban mudos, y no se oía mas que el canto de las cigarras. Sentéme á la sombra de los sauces á orillas del risueño y limpio río de Beuzeval, que murmuraba por entre los guijarros bañando las saxifragas y los miotosis de hojas azules.

No lejos de mí se habia sentado á la sombra un viejo pastor, vestido con una chamarreta parda; de un sombrero de anchas alas se escapaban largas guedejas blancas que iban á mezclarse con una barba también argentada. A pesar de esto, estaba lejos de tener un aspecto venerable, pues bajo sus tupidas cejas se veían unos ojos llenos de astucia que parecían evitar las miradas. Sus perros estaban jadeando á sus pies. Los

carneros buscaban en el rastrojo los pequeños albobos de flores de un rosado pálido que exhalaban un olor de almendra, única verdura que el sol había dejado en el campo en que se hallaban. Algunos ramoneaban un poco de yerba bajo los árboles, ó se esforzaban para alcanzar algunas hojas de las ramas pendientes de los sauces.

Quise trabar conversacion con el pastor y aventuré la observacion, acostumbrada en semejante caso, de que hacia mucho calor. Por una parte, él no podia negarlo; y por otra, parecia yo tan convencido de esta verdad, que no necesitaba me confirmase en ella el ascenso del pastor; por consiguiente no habia necesidad de respuesta, y no me respondió. Entonces le pregunté cuánto habia de Beuzeval á Dive, en donde yo me hospedaba, y cuál era el camino mas corto. El pastor se levantó, reunió sus carneros, silbó á sus perros, se puso en marcha sin responderme, y no tardé en verlo desaparecer detrás de los setos.

Al entrar en Dive me estravié un poco y mi posadera me dijo:

—Caballero, no es culpa mia si vuestra comida no vale nada; porque realmente no hay un átomo de sentido comun en venir á comer á las siete.

—Puedo asegurar á usted, le respondí, que ha tenido la culpa un pastor que no ha querido enseñarme el camino, y me he estraviado.

—Nada arriesgo, murmuré dirigiéndome á la hija de la posadera, en echar la falta sobre las costillas del hombre que he encontrado, pues, si no me engaña su fisonomia, otras mas pesadas debe tener sobre su conciencia.

—Si es el que nosotros conocemos muy bien, replicó la posadera que escuchaba siempre lo que decían á su hija, especialmente cuando le hablaban en voz baja; si es un hombre muy viejo, muy delgado, de cabellos y barba blancos, no podrá usted imaginarse respecto

de él todo lo que ha hecho. Ahora es adivino, echa las cartas, y preserva á los jóvenes de la conscripcion; pero es sombrío y taciturno, y hay sitio por donde no pasa nunca. Por cuanto oro hay en el mundo no le hariais bajar hasta el molino de Beuzeval. Hablo del molino que está á orilla de la mar. Hace mucho tiempo asesinó á un molinero que era dueño no de ese molino sino de otro construido en el mismo sitio. Tampoco pasa nunca por el sitio en que estaba en otro tiempo el palacio de Beuzeval. Sobre eso corre una historia... terrible, en que se habla de muchas personas; pero la mayor parte de ellas han muerto, y las otras han dejado el pais y no son ya jóvenes. Dicen que el pastor Garandin tiene noventa y seis años, pero morirá aquí. En otro tiempo fué condenado á galeras perpétuas, pero al cabo de doce años alcanzó perdon, solo que no se le permite separarse del pais, en donde, á pesar de lo viejo que es, lo vigilan severamente.

Pregunté si podrian contarme aquella terrible historia, y la posadera me condujo á casa de una mujer vieja y sorda que hacia blonda negra. Aquella mujer habia conocido á todos los personajes de esta relacion, y era parienta de Desideria, la criada del molinero. Empleó muchos dias en recordar y contarme la historia y yo á mi vez acabo tambien de contarla.

ALFONSO KARR.

FIN DE LA FAMILIA ALAIN.